

Bajo la sombra del ombú

Luciana Seminara

Bajo la sombra del ombú

Montoneros Sabino Navarro,
historia de una disidencia





COLECCIÓN INDEAL
Dirigida por Pablo Pozzi

Luciana Seminara

Bajo la sombra del ombú: montoneros Sabino Navarro, historia de una disidencia. 1a ed. Buenos Aires: 2015.

176 p.; 15x22 cm.

ISBN 978-950-793-200-7

1. Historia Política Argentina. 2. Peronismo. I. Título

CDD 320.982

Fecha de catalogación: 19/03/2015

© 2015, Luciana Seminara

Ilustración de tapa: sin título, tinta sobre papel, año 2015, Pablo Di Masso

© 2015, Ediciones Imago Mundi

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina, tirada de esta edición: 350 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de junio de 2015 en Gráfica San Martín, Güiraldes 2723, San Martín, provincia de Buenos Aires, República Argentina. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Sumario

Agradecimientos	IX
Una introducción	XI
1 «Los Sabino»	1
2 La(s) línea(s) política(s) hacia los frentes sindicales	47
3 Cuando el carro anda	71
4 La lucha armada y los pasados convocados	103
5 1975, la disolución	127
Desde los márgenes. Algunas conclusiones	141
Glosario.	151
Bibliografía.	153

Agradecimientos

Las páginas que siguen son el resultado de un camino que inicié hace algunos años atrás cuando me propuse abordar un particular segmento de la historia reciente argentina.

En primer lugar quiero agradecer a aquellas y aquellos militantes de la organización Montoneros Sabino Navarro, quienes me cedieron documentos, registros fotográficos y parte importante de su tiempo y estuvieron dispuestos a revisitar fragmentos de su pasado frente a un grabador. Sin ellas y ellos esta investigación hubiera sido sencillamente imposible.

Asimismo gran parte de ese recorrido fue posible gracias a la obtención de una beca doctoral del CONICET. Durante los años de la beca conté con el apoyo de dos instituciones fundamentales en el devenir de mi carrera: el ISHIR-CONICET bajo la dirección de la doctora Marta Bonaudo, ámbito en el cual radiqué mi proyecto y la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, hoy dirigida por el doctor Oscar Videla, espacio en el que me formé académicamente y en el cual me desempeñé como docente de grado.

También quiero reconocer el aporte generoso y sistemático de Gabriela Águila, Laura Luciani y Elvira Scalona colegas y amigas que se involucraron de una u otra manera con el propósito de mi investigación, respondiendo consultas, compartiendo bibliografía o confrontando ideas.

Un especial agradecimiento es para a mis amigas y amigos Ezequiel Gatto, Débora Cerio, Verónica Imhoff y Pilar Escalante por la paciencia con la que soportaron las interminables conversaciones sobre «los Sabino».

Cuando defendí mi tesis, a mediados del 2012 estaba convencida de que la publicación de la investigación debía suceder lo antes posible. Sin embargo, rápidamente mis suposiciones se mostraron erradas y fue necesario dejar transcurrir un buen tiempo para recuperar fuerzas y poder volver sobre lo escrito. Andrea Andújar y Cristina Viano insistieron incisiva y persuasivamente para que pudiera corregir y reescribir todas esas páginas. Sin ese estímulo, probablemente todavía estaría cavilando neuróticamente sobre la idea de publicar este libro. Andrea también auspició de correctora de los borradores que iban y venían a través del correo electrónico, fue ella quien asumió este desafío como propio y discutió hipótesis y enfoques, y reclamó más claridad cuando mi estilo barroco y el excesivo uso de las subordinadas

se enredaban más de la cuenta. Quiero agradecer también a Pablo Pozzi por comprometerse con este proyecto y hacer posible su publicación.

A mi familia de acá y del otro lado del océano, a mis viejos y hermanos porque siempre me animaron y sostuvieron cuando hizo falta. A mi madre porque una vez más mostró su enorme generosidad y se solidarizó con la edición del libro.

A María Di Masso, maestra de ashtanga yoga, que me enseñó que a veces hay que dejar de pensar.

A Ignacio, por su obstinado optimismo y con quien decidimos compartir este tramo de la vida juntos.

Finalmente, a mi abuela Pochy, hija de inmigrantes italianos, farmacéutica y testigo ejemplar del corto siglo xx, quien fue además una gran contadora de historias. Recuerdo ahora cuando la escuchaba en silencio y las preguntas se me amontonaban en la cabeza reclamando ser evacuadas por ella. Creo que fue allí entre libros, diarios y humo de cigarrillos que se despertó mi curiosidad por conocer el pasado y comprender el presente. A ella está dedicado este libro.

Una introducción

Evocando esa luz se imagina capaz de narrar una historia encajada en el interior de...

—¿De otra historia? —se preguntaba Wolff

—No: dentro de sí. Justo en el centro de sí misma y no en un pedazo de otra historia que la contiene...

—En otra historia – pensaba Wolff – se traman casi todas las historias, por lo menos, desde Homero. En cambio uno tendría que permitirse urdir las dentro de sí mismas.

Fogwill, *Vivir afuera*

Este libro relata la historia de una organización político-militar surgida en los primeros años de la década del setenta: Montoneros Sabino Navarro (SN),^[1] experiencia que como otras emergentes en el período, se inscribe en la turbulenta escena política y cultural del pasado reciente argentino. En tal sentido, la reconstrucción de su derrotero, abordada aquí a través de entrevistas a sus integrantes y la revisión de distintos tipos de documentos escritos, permite avanzar en la comprensión de diversas problemáticas asociadas a una constelación de relaciones, tramas sociales y políticas mucho más amplia en las que la SN se insertaba.

Por ello, estas páginas narran la historia de una organización política, pero no únicamente. Al mismo tiempo, contienen *una historia* que está superpuesta, imbricada con otra historia. Es que la experiencia de la SN se inicia en julio de 1972, con la aparición de un documento político escrito por un conjunto de militantes pertenecientes a la organización Montoneros. El propósito del documento era, a grandes rasgos, fomentar el debate y discutir ciertos lineamientos políticos generales relativos a cuestiones tácticas, pero también estratégicas de la organización con la conducción nacional.

[1] Autodenominados en un inicio de este modo, con el correr del tiempo dejarán de usar el vocablo «montoneros» y serán referenciados como «la Sabino» o «los Sabino». No obstante, aquí ambos modos son usados indistintamente para referirnos a la SN, entendiendo que así se destacan elementos propios de su nacimiento y que fueron decisivos en los trazos de su propia experiencia.

Sin embargo, la receptividad del texto no produjo el efecto buscado, dado que tanto el debate como la discusión interna no eran una característica propia de Montoneros; por el contrario, quienes intentaban generar brechas de confrontación y tal vez la posibilidad de rever críticamente lo actuado por la organización en los dos años que habían transcurrido desde su fundación, no obtuvieron como respuesta otra cosa que un pronunciado silencio. Clausuradas entonces las vías del debate interno, los grupos que se habían identificado con el *Documento Verde* – como fue bautizado el texto – decidieron tomar otro camino, constituyéndose en la primera disidencia política de Montoneros.

En términos generales, es lícito decir que una disidencia supone un quiebre o una separación con cierta creencia o doctrina, o también puede suponerse que – y así lo definen algunos diccionarios – apela al modo de marcar un desacuerdo de opiniones. Uno y otro de los sentidos aquí señalados remiten a situaciones de discrepancia y confrontación en el marco de un debate de ideas entre interlocutores. Por ello, y siguiendo aquello que Jacques Rancière teorizó en relación al término, puede pensarse que el desacuerdo no refiere solamente a las palabras sino que en general, remite a la situación misma de quienes están hablando y «... [así] las estructuras del desacuerdo son aquellas en las que la discusión de un argumento remite al litigio sobre el objeto de la discusión y sobre la calidad de quienes hacen de él un objeto» (Rancière 1996, págs. 10-11). En este sentido, y retomando los términos en que la disidencia de «los Sabino» fue planteada, debe destacarse en primer lugar que, en este caso, el objeto de la discusión remite a la propia organización y su accionar político, es decir que el objeto del litigio se constituye en torno a la política misma de Montoneros.

En segundo lugar, el hecho de que quienes propiciaban el debate y decidieron, luego, continuar organizados bajo el nombre de Montoneros Sabino Navarro, conservando, como es evidente, el vocablo *montoneros* en su nueva nominación, constituye un indicio inapelable de la voluntad de disputar el sentido de una política o, por lo menos, debe ser interpretado como un gesto o una invitación a continuar el litigio.

Finalmente, la situación extrema del desacuerdo, afirma el filósofo francés, se presenta allí donde uno de los interlocutores no es capaz de descifrar las argumentaciones esgrimidas por el otro, situación que precisamente concierne a *la política*. En este sentido, puede decirse que la política de la SN emana del desacuerdo. Como se verá, fueron los momentos de escritura-recepción del documento los que aparecen o se constituyen como la situación fundante del desacuerdo, desacuerdo que finalmente devino en ruptura. De allí que *desacuerdo y litigio* constituyan la base del tríptico desde el cual propongo analizar *la política* de «los Sabino».

Tal vez como resultado de cierto vicio historiográfico o por mera consecuencia de esa predilección que provocan los aniversarios que concuerdan con las fechas redondas, como suelen llamarlas, es imposible dejar de señalar

que entre aquel acontecimiento y el momento en que estas páginas fueron escritas transcurrieron exactamente cuarenta años. Han transcurrido cuatro décadas y aunque las partes involucradas en el litigio son simbolizadas por esta investigación, una suerte de diálogo es posible en el presente. Podrá argumentarse, es cierto, que tal operación resulta artificial, manufacturada, creación de quien suscribe estas páginas; pero ha sido construida con la intención de disponer las argumentaciones, confrontar las ideas y las críticas esgrimidas por una de las partes involucradas en el desacuerdo.

Estoy convencida de que allí se encuentran alojadas las huellas de *una* historia, la de la SN. Pero también *cierta* historia de Montoneros, aquella que puede ser leída desde la óptica de quienes optaron por otro camino, en tanto que reconstruir la experiencia de la SN supone también volver sobre los derroteros de la organización Montoneros. Esta ha sido una estrategia necesaria porque se vincula directamente con otro de los objetivos que guían este libro, demostrar la existencia de divergentes miradas sobre el pasado reciente, poniendo en tela de juicio cierta imagen «canonizada» sobre los años setenta.

Por ello, y aunque no es mi intención establecer aquí un marco conceptual específico, resulta obligada una referencia a Walter Benjamin y las tesis «Sobre el concepto de historia», donde el filósofo alemán afirma que para escapar al relato de los vencedores, quienes revisitan los hechos del pasado han de cepillar la historia a contrapelo (Benjamin 1940, pág. 23). La invocación a Benjamin y a las tesis pretende simplemente sintetizar la motivación que mi propia mirada encuentra en la revisión de ese pasado tantas veces visitado por otros y otras.

No obstante, debo insistir que cepillar la historia a contrapelo supone un modo de mirar el pasado y como tal, constituye una de las razones que motivaron el desarrollo de esta investigación. Un proyecto que se propone, entre otras cosas, desandar algo del trayecto recorrido por la historia reciente argentina.

En primer lugar, debo señalar que existe una necesidad, tal vez de índole personal, pero que sin lugar a dudas me excede, por debatir con determinadas formas de narrar ese pasado, una historia representada por ciertos relatos sobre la época de los sesenta-setenta, que han contribuido a construir una imagen simplificada, como una fotografía en la que la escala de grises ha sido suprimida, quedando tan sólo los blancos y los negros, polarizada por las dos organizaciones más emblemáticas del período: el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y Montoneros. Así es la imagen que nos han transmitido los textos más consagrados. Imagen que, entre otras cosas, obtura la posibilidad de considerar otras experiencias minoritarias que imprimieron características singulares a la cultura, a las manifestaciones sociales, a los modos de entender y transmitir la experiencia política, a la lucha armada y a la lucha de clases en la Argentina.

En otro plano, una deriva importante de otros relatos y representaciones muy difundidos sobre el pasado reciente, íntimamente vinculados a la teoría de los dos demonios, son aquellas narrativas que visualizan a los grupos armados en el mismo plano de responsabilidad que las fuerzas armadas, frente a una sociedad que asiste ajena al escenario de la violencia. Estos relatos pueden sintetizarse en los modos en que ciertos intelectuales identificaron y describieron los años sesenta-setenta. Violencia, autoritarismo, desprecio por la vida y por la democracia (entendida como encarnación y realización máxima de la política), terminan siendo los factores explicativos de procesos sociales y políticos mucho más ricos y complejos.

En suma, ha sido la necesidad de confrontar con estas visiones lo que me ha motivado a bucear en ese tramo del pasado argentino, con la intención de poner en duda, de refutar, si se puede, sus supuestos y afirmaciones.

En esta clave, tal vez sea necesario consignar aquí que el primer acercamiento a la Sabino Navarro fue a través del relato de mis padres en el exilio. Llegamos a Dinamarca, luego de un breve periplo por Brasil, en el mes de enero del año 1980, momento en el que yo contaba con poco más de dos años, y Copenhague fue la ciudad donde transcurrieron los primeros años de mi infancia, en un ambiente donde constantemente llegaban familias que venían expulsadas por razones políticas, de sus países de origen (principalmente chilenos, argentinos y uruguayos). En este particular contexto, las discusiones políticas acerca de las coyunturas latinoamericanas fueron moneda corriente y las referencias específicas a las organizaciones armadas un tema obligado, al mismo tiempo que formaban parte del devenir de mi vida familiar. De regreso al territorio argentino, al promediar el año 1985, aquel relato se fue complementando y ampliando con recuerdos compartidos por otros y otras militantes y ex militantes, en eventos sociales donde las charlas giraban, fundamentalmente, alrededor de su experiencia política, y desplegaban frente a mis ojos una caudal de imágenes que condensaban y entrelazaban anécdotas personales y procesos nunca cerrados de la historia argentina.

Con el correr de los años y en el marco de la etapa final de mis estudios de grado, realicé un nuevo acercamiento a esa historia, pero esta vez planteando un enfoque diferente que pudiera salir del entorno de lo «familiar» y me permitiera ubicar la experiencia de «los Sabino» como objeto de análisis histórico.

Desde la perspectiva brindada por la historia oral y las historias de vida, realicé una primera exploración de las experiencias de un conjunto de militantes, agrupados en la SN rosarina. Dicha investigación desembocó en la elaboración de mi tesis de licenciatura y posteriormente, se constituyó en la base y los cimientos para la elaboración del proyecto de la tesis doctoral. El mismo obtuvo el auspicio del CONICET, institución que me brindó la posibilidad de contar con dos becas doctorales durante los años 2007-2012. Y me permitió abordar desde múltiples aristas, la experiencia histórica de

la SN, analizándola en el plano geopolítico nacional, buscando explicar su singularidad en clave comparativa en el complejo campo de las organizaciones armadas peronistas, contemplando las formas de organización interna, las redes de articulación con el movimiento obrero y las definiciones tácticas y estratégicas. En particular la indagación avanza e interpela los aspectos subjetivos de los varones y mujeres protagonistas de esta historia. Una intromisión que ha sido guiada por aquello que E. P. Thompson (1989) señala como la resultante de experiencias compartidas, sentidas y articuladas por una identidad de intereses comunes que habitualmente son distintos y opuestos a otros.

Finalmente, estos aspectos no son ajenos a las tensiones propias de las relaciones entre los sexos. Por ello, la perspectiva de género atraviesa y vincula de manera general las redes y los modos en que *experiencia e identidad* se desarrollan en la SN.

La SN, como otras expresiones del campo de la cultura y la política, da cuenta de una constelación de experiencias, en este caso experiencias militantes que necesariamente revisten un carácter subjetivo y constituyen, al mismo tiempo, un indicio que permite indagar en el universo de la política, la cultura y la militancia de los años sesenta-setenta desde una mirada que centrada en los detalles, no pierde de vista el marco general donde se desarrollan los acontecimientos (Guinzburg 1994).

La construcción de esta investigación se sostiene sobre varias estrategias metodológicas, pero todas se han ensamblado para dar cuenta de la originalidad de la SN. Precisamente, porque el objeto abordado constituye una de aquellas «zonas grises» de la historia reciente argentina, pero a la vez, representa una pequeña parte del universo de experiencias que se desarrollaron en aquel período ha sido necesario destacar la potencialidad de la SN, acentuando su singularidad sin perder de vista el universo político-social en el que estaba inserta, tensionando constantemente esas particularidades con sus aspectos más generalizables.

En esta dirección, es necesario insistir el doble valor que posee la SN, ambivalencia determinada por una cuota de fragilidad y otra de fortaleza que le asigna el hecho de ser una experiencia poco explorada por la historiografía.

Finalmente, la sumatoria de estas características me ha permitido, o tal vez obligado, a delinear una escala de observación móvil y una metodología dinámica. Es decir, se ha dispuesto un plan de trabajo que contempla ciertos ejes transversales por los cuales se organiza el campo de la historia reciente argentina (HRA), para resolverlos desde la experiencia de la SN. E inversamente ¿cómo pensar la experiencia de la SN desde las principales usinas teóricas y metodológicas desplegadas desde el campo de la HRA?

Por ello, como plantea Carlo Guinzburg al relatar las vivencias de Menocchio, aquel molinero friulano del siglo XVI, aquí me he propuesto «delimitar un ámbito de investigación en cuyo seno habrá que llevar a cabo análisis particularizados» (Guinzburg 2008, pág. 27). Contemplando que

la experiencia de la SN es irreductible a esquemas conocidos, es necesario buscar y recorrer los límites de la singularidad de su propia significación.^[2]

En este sentido, debo señalar que una importante cantidad de interrogantes acompañaron, desde un inicio y diría que lo hicieron hasta los tramos finales, los momentos de escritura. El punto de partida lo constituía una certeza: la Sabino Navarro fue una organización político-militar, fruto de un temprano desprendimiento de Montoneros, pero además de eso, ¿cómo era su organización partidaria? ¿Eran peronistas? ¿Eran marxistas? ¿Cómo se insertaban en los frentes de masas? ¿Cuál era el rol asignado a la lucha armada? Cuanto más escribía, más me cuestionaba sobre las certezas que podía ofrecer «el objeto de estudio». Sin embargo, hoy puedo corroborar que además de haber respondido esos interrogantes, estas páginas, que son el resultado de varios años de investigación, exceden en muchos sentidos los primeros objetivos.

Es que el puntapié inicial de esta exploración, lo que de alguna manera me empujó a involucrarme con estos temas, fue el hecho de interrogar al pasado reciente a través de las subjetividades de aquellos y aquellas militantes, tan jóvenes, que apostaron colectivamente, equivocados o no, a construir una idea de futuro.

Ese impulso inicial residía, y todavía hoy lo hace, en la convicción de que «los años setenta» contienen indicios de una *cultura militante* que no puede estar representada, solamente, por la violencia, el terror y la derrota, sino también por alegrías, utopías e ilusiones de una generación que por sobre todas las cosas se sublevaba frente a un sistema injusto (Andújar *et al.* 2009, pág. 151), donde la militancia y la política, pero también el arte, la cultura y los distintos ámbitos de la vida privada cobraban relevancia en función de nuevos imaginarios y objetivos trascendentes como la revolución, a escala nacional, latinoamericana o mundial (Gilman 2003).

Quiero destacar que el título elegido para el libro, *Bajo la sombra del ombú*, es una frase mencionada por uno de los entrevistados. En ella, el ombú es la representación de la organización Montoneros, y la sentencia fue dicha con la intención de mostrar la inviabilidad de que otras experiencias

[2] Guinzburg ha señalado que «un caso límite (y el de Menocchio lo es) puede ser representativo. Tanto en sentido negativo, porque ayuda a precisar qué es lo que debe entenderse, en una determinada situación, por *estadísticamente más frecuente*, como en sentido positivo, al permitir circunscribir las posibilidades latentes de algo que se advierte sólo a través de documentos fragmentarios y deformantes (...)» (Guinzburg 2008, pág. 22). Debo señalar, no obstante, que no se trata aquí de una apuesta metodológica por la microhistoria, no es esa la escala de observación elegida, ni siquiera ha sido aquel método lo que ha llamado mi atención y me ha acercado nuevamente a la lectura de Guinzburg. Por el contrario fueron otros elementos, de índole analítico si se quiere, o incluso más vinculados a una estrategia de lo sensible en términos de la construcción de un objeto, se entiende, lo que ha servido de puente con la obra del historiador italiano.

podieran desarrollarse bajo aquella excesiva sombra. Yo misma la he elegido porque condensa de una manera particular una sensación manifestada por otros y otras, sensación o percepción, de que las posibilidades de desarrollar la SN estuvieron siempre condicionadas por el accionar de Montoneros. En este sentido, una de las hipótesis de trabajo ha sido que tanto el origen de «los Sabino» como su temprana disolución, estuvieron íntimamente vinculados al devenir de la que fuera su organización madre.

Las pocas referencias historiográficas que existen sobre la SN la rotulan como «Columna Sabino Navarro», dando la errónea imagen de que la ruptura con Montoneros se llevó adelante de manera dirigida, ordenada, como si dijéramos planificada. El caso es que la disidencia de «los Sabino» fue más bien desordenada, causa y efecto del *Documento Verde*, y fue protagonizada por sendas columnas de las regionales de Rosario y Córdoba. No obstante, la SN nunca se organizó bajo la disposición de columnas; por el contrario, como se verá, su estructura interna fue bastante difusa y mereció numerosas reflexiones.

El libro se organiza en seis capítulos que exploran la trama de un particular período de la historia reciente argentina, el que se extiende entre 1968 y 1975. Dicha periodización excede los márgenes de la existencia concreta de «los Sabino», pero da cuenta del contexto de surgimiento de las experiencias armadas de la izquierda peronista, los llamados «grupos originarios» que en gran medida confluyeron hacia Montoneros en el año 1970, y particularmente es una periodización que dialoga franca y abiertamente con los derroteros seguidos por quienes dieron vida a la organización.

El primer capítulo constituye una introducción y una suerte de carta de presentación de la Sabino Navarro. Allí se propone un recorrido por los principales acontecimientos que devinieron significativos en su nacimiento, acentuando las características generales asumidas por la organización.

Los siguientes cinco están entrelazados a través de diversos cortes temáticos y distintos modos de analizarlos, cuestiones que se explicitarán en la introducción a cada uno de ellos. Asimismo, el punto de partida para cada capítulo es una historia de vida. De este modo muchos de los relatos de los y las protagonistas de esta historia se irán entretrejiendo, unos con otros, de manera acontecimental, pero también lo harán con el devenir de la historia argentina, y con la práctica y la política de la SN.

En esta clave, el segundo capítulo plantea el abordaje de los aspectos relativos a la línea política de la SN. Dicho análisis se desarrolló a través de la observación de un conjunto de textos producidos por la SN que fueron puestos en tensión, en diálogo, con otros elaborados por la conducción nacional de Montoneros. Se destaca aquí la importancia en torno a la pertenencia o adhesión al sector «alternativista» (clasistas y antiburocráticos) en contraposición al «movimientista» (consustanciado con las tradicionales estructuras del peronismo).

Seguidamente, ese mismo lineamiento fue contrastado con la práctica que efectivamente desarrollaron en determinados espacios geopolíticos o a través de ciertos dispositivos tácticos. En esta clave, el tercero de los capítulos pretende mostrar los modos de inserción hacia los frentes de masas desplegados por la organización, prestando muy especial atención al frente sindical.

El cuarto capítulo constituye una apuesta por descubrir la política editorial de la revista «oficial» de la SN, publicación aparecida en el transcurso del año 1974 y que fuera denominada *Puro Pueblo*. Al mismo tiempo, se ha contemplado una metodología comparada. Para ello, he realizado un relevamiento de un conjunto de publicaciones vinculadas a las organizaciones político-militares del campo de la izquierda peronista (aunque no exclusivamente). El objetivo principal es visualizar y analizar la configuración de un discurso político e ideológico, a través de la revista como dispositivo de llegada a los frentes de masas.

El quinto capítulo propone una intromisión a la experiencia de aquellos y aquellas militantes de la organización que participaron de las células armadas de la SN, abordaje pensado y estructurado desde la triangulación resultante de la historia oral, el campo de estudios sobre la memoria y la perspectiva de género. En esta clave, es necesario señalar que pese a que la «perspectiva de género» se halla presente en la totalidad de la propuesta en tanto es parte constitutiva de mi propia visión del mundo, y como tal ha intervenido en la elección y selección de las fuentes documentales, de los temas y problemas de la investigación, he elegido abordar y desplegar en mayor escala algunos aspectos de las relaciones entre los sexos, circunscribiéndolas al modo en que estas se desarrollan en un particular contexto y en su vinculación con las armas. La ocasión se presentaba propicia en tanto que los diálogos entre el poder de las armas y el poder de significación de las relaciones genéricas (Scott 1996), se mostraban y referenciaban en las prácticas y simbolizaciones desarrolladas por los y las militantes de la SN, y reclamaban particularmente mi atención.

Finalmente, el último capítulo que compone este libro constituye una reflexión centrada en el proceso que desencadenó en la autodisolución de Montoneros Sabino Navarro. Allí se despliegan algunas hipótesis que intentan dar cuenta de los distintos factores (internos y externos) que intervinieron en la crisis que subrepticamente emerge hacia 1975.

Las características singulares y las trayectorias asociadas a la Sabino Navarro despiertan algunos interrogantes que aún se encuentran sin responder. No obstante, tengo la certeza de haber echado luz sobre una experiencia que no solamente fue *original*, en el sentido de haber desplegado ciertas prácticas, modos de construcción y de referencialidad que pueden considerarse diferentes con respecto a las que devinieron hegemónicas en el período, sino también en relación a las expectativas e ideas de futuro puestas en juego a

través de sus definiciones estratégicas. Las páginas que siguen son, también, una aproximación a ellas.

Capítulo 1

«Los Sabino»

Quienes se han preocupado por abordar aquellos segmentos de la historia reciente argentina vinculados al devenir de las organizaciones político-militares, y particularmente me refiero a quienes lo han hecho indagando la trayectoria seguida por Montoneros, no se han detenido en indagar los diálogos posibles entre la que fuera la organización más emblemática del campo de la izquierda armada peronista con otras expresiones minoritarias (entre otros se destacan: Anguita y Caparrós 1997; Bonasso 2000; Calveiro 2005; Chaves y Lewinger 1998; Donatello 2010; Gasparini 1999; Gillespie 1987; Lanusse 2005; Ollier 1998; Perdía 1997).

Por ello, la historia de los años setenta se presenta a través de un escenario hegemonizado por las grandes organizaciones del período, Montoneros para el caso de las organizaciones del campo de la izquierda peronista y el PRT-ERP para el de la izquierda marxista-leninista. Esta fotografía invisibiliza otras experiencias que aunque de menor envergadura, imprimieron características singulares a la lucha de clases vigente en Argentina y a las culturas militantes de ese convulsionado universo político y social. Experiencias que dejaron huellas, indicios en los pliegues del gran relato de la historia.

Tal es el caso de la Sabino Navarro, una organización cuyo derrotero comenzó a delinearse en el año 1972 a partir de un temprano desprendimiento de Montoneros, y que desarrollará su actividad política hasta promediar el año 1975 en distintos ámbitos del espacio sociopolítico nacional. Aunque más tardía a la ruptura protagonizada por la SN, debe también mencionarse la denominada Tendencia Lealtad (1974) encabezada por Jorge Obeid, hasta entonces responsable de la Regional II de la estructura interna de Montoneros (provincia de Santa Fe). Sin embargo, esta última fue una ruptura «por arriba», con muy poca adhesión en las bases e íntimamente consustanciada con el régimen, que por otra parte se evidenciaba poco permeable a las ideas más contestatarias que anidaban en las mentes de los jóvenes montoneros.

Para Richard Gillespie la primera de las disidencias representó una ruptura «por izquierda», en tanto que la segunda se correspondió con una visión

más «derechista». Esta línea argumental sugiere que, aunque de efímera existencia, cada una de estas rupturas «puso al menos de manifiesto una debilidad organizativa, y fundamentalmente política de los montoneros: la falta, debido a su militarismo, de toda forma democrática interna que permitiera resolver las diferencias internas» (Gillespie 1987, pág. 175).

El caso es que, excediendo las interpretaciones asignadas a las manifestaciones y consecuencias internas de los rompimientos, es decir, rebasando las interpretaciones intrínsecas al devenir de Montoneros, lo que me interesa particularmente destacar es que la SN fue no solamente una «columna Montonera» como frecuentemente es evocada, sino una organización política autónoma que, lejos de limitarse a la formulación crítica de su organización madre, llevó adelante una praxis que puso en tensión tales postulados, a través de una estructura orgánica propia con inserción real en distintos frentes de masas. Pero ¿quiénes eran «los Sabino»?

El origen de «los Sabinos» es, si se quiere, un origen doble; doble porque nace casi simultáneamente dentro y fuera de una unidad carcelaria, la que estaba ubicada – y aún hoy lo está – en la ciudad de Resistencia, en la provincia de Chaco.^[1] Allí se encontraban detenidos un grupo de jóvenes, todos varones, vinculados con una causa penal que había cobrado trascendencia a nivel nacional: la ocupación de la población cordobesa de La Calera por la organización Montoneros. A este grupo inicial pronto se unirían otros compañeros trasladados desde la penitenciaría santafesina de la localidad de Coronada. Transcurría el año 1971.

De este grupo debe señalarse que algunos eran cordobeses, otros santafesinos; algunos, además de compartir la elección por la lucha armada y el hecho de hacerlo bajo la incipiente estructura de Montoneros, estrecharon lazos políticos y de amistad que se reforzaron dentro de la cárcel.

Pero reconstruyamos brevemente los primeros pasos que este mismo grupo de jóvenes dio en el exterior de la cárcel para comprender cómo llegaron a producirse sus detenciones y finalmente, de qué modos y bajo qué circunstancias se desarrollaron los orígenes de la organización Sabino Navarro.

El 29 de mayo de 1970, en un nuevo aniversario del día del Ejército Argentino y a un año de que las movilizaciones obreras tomaran las calles de la capital de la provincia mediterránea conmocionando al país y sacudiendo a la dictadura de Onganía en una sucesión de acontecimientos que luego serían recordados como el *Cordobazo*, un reducido grupo jóvenes, entre los que se contaba solo una mujer, se disponía a llevar adelante un hecho que habría de tener importantes consecuencias en sus vidas personales y también, en la escena pública de la política nacional.

[1] Prisión Regional del Norte (U.7) dependiente del Servicio Penitenciario Federal. Resistencia, Chaco.

Se trataba del operativo Pindapoy, una incursión que los propios protagonistas del acontecimiento pocos años más tarde recordarían del siguiente modo: «(...) era la una y media de la tarde del 29 de mayo de 1970. Las radios de todo el país interrumpían su programación para dar cuenta de una noticia que poco después conmovía al país. “Habría sido secuestrado el teniente general Pedro Eugenio Aramburu”. Era la una y media de la tarde. Esquivando puestos oficiales y evitando caminos transitados una Pick up Gladiator avanzaba, hacía cuatro horas, rumbo a Timote».^[2]

La noticia había copado la primera plana de los periódicos más importantes del país y despertaba simpatías y enemistades en la población argentina: «Montoneros» – así se dieron a conocer – habían secuestrado en su propio domicilio al general (RE) Pedro Eugenio Aramburu haciéndose pasar por personal del Ejército. Unos días más tarde, el ex dictador, encarnadura y símbolo de antiperonismo, era fusilado, al tiempo que una organización guerrillera hasta el momento desconocida y que contaba con pocas y pequeñas células activas en las ciudades de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, cobraba una trascendencia inaudita. En el operativo participaron Fernando Abal Medina, Gustavo Ramus, Carlos Capuano Martínez, Mario Firmenich, Norma Arrostito, Emilio Maza e Ignacio Vélez.

Con escasas semanas de diferencia, se llevó adelante otra acción militar que también buscaba cierta espectacularidad para propagandizar a la flamante organización: la ocupación de la localidad cordobesa de La Calera, un pueblo que se encontraba a tan solo 17 km al noroeste del centro de la ciudad capital provincial.

En esta ocasión, la acción consistía en ocupar simultáneamente la Comisaría, la central telefónica, la oficina de Correos, la Municipalidad y el banco local (del que se llevaron un botín de 26.000 dólares) y estuvo bajo las órdenes de Emilio Maza, quien a su vez tenía a su cargo una veintena de combatientes entre los que también se encontraba su amigo Ignacio Vélez. En términos estrictos, no hubo grandes inconvenientes en el transcurso de los acontecimientos. No obstante, las dificultades en «la toma de La Calera» – como es recordado el suceso – surgieron en la retirada, dado que uno de los automóviles se averió y dos combatientes tuvieron que seguir la marcha a pie y fueron detenidos por la policía. A partir de allí comienza una suerte de cadena de detenciones que da inicio a una investigación que terminaría por vincular los hechos de La Calera con el asesinato de Aramburu.

En este marco, en un enfrentamiento producido mientras la policía realizaba un allanamiento en una casa operativa de la organización, Emilio e Ignacio fueron gravemente heridos y detenida Cristina Liprandi, la mujer de este último. Emilio finalmente murió e Ignacio fue encarcelado junto a

[2] *La Causa Peronista*, año 1, n.º 9 (3 de septiembre de 1974), pág. 25. De este modo Montoneros recordaban – cuatro años más tarde – en su propio órgano de difusión, la acción fundante que los lanzaba a la escena pública.

otros compañeros que habían participado en el copamiento de la localidad cordobesa (Vélez Carreras 2005). Entre ellos se encontraban Luis Losada y José «Pepe» Fierro, Luis Rodeiro y Carlos Soratti.^[3] Estos jóvenes constituyeron el pequeño grupo intracarcelario que mencionaba al inicio de estas páginas; grupo al que meses más tarde se unirán Antonio Riestra, Jorge Cottone y Carlos Figueroa.

Ignacio recuerda que «Estuvimos en Córdoba una primera etapa, después nos trasladaron a Resistencia y nos metieron en una especie de enfermería que tenía la cárcel de seguridad de Resistencia (...). Hasta que un día hubo un traslado de presos masivo de Devoto a Resistencia y nos encontramos con los montoneros, porque llegaron 40, 50, 60 montoneros de golpe... Y lo que se había integrado era mucha gente del grupo Santa Fe, grupos... Y es ahí donde empezamos a tener infinita cantidad de sorpresas: montoneros absolutamente movimientistas, acríticos de la burocracia sindical, mogólicamente peronistas (risas), totalmente milicos, militaristas, digamos. Peronismo y lucha armada alcanzaban para ser montonero, y más lucha armada que peronismo».^[4]

Otro compañero, uno de los que fuera trasladado, lo relata de este modo «(...) Y ese documento empieza con la convivencia de los presos de Calera (...) son cinco compañeros que siguieron ligados por cuestiones de causa en un mismo espacio físico. Después en Resistencia nos incorporamos algunos compañeros que si bien teníamos relaciones anteriores (...) pero el reencuentro con ellos se da en Resistencia».^[5]

Todo pareciera indicar que, pese a haber existido indicios^[6] previos de la necesidad de expresar ciertas críticas en relación al devenir de la práctica de Montoneros, el detonante más claro y contundente para este grupo inicial (*los presos de Calera*) fue su encuentro con «los otros montoneros», los «acríticos de la burocracia sindical... totalmente milicos». El caso es que a partir de ese encuentro de realidades (más allá de cierto rechazo que se advierte en los extractos de la entrevista que aquí se transcriben) se habilitó la posibilidad de cierto diálogo entre protagonistas de experiencias distintas, diálogo que prontamente abordaría temas complejos como el balance de lo actuado por la organización en esos dos años en el encierro.

Por ello, y como consecuencia de una forzada convivencia en el aislamiento y de largas horas de lectura y discusión, de reflexiones maduradas

[3] Los nombres de quienes participaron de los debates que luego se plasmaron el texto fundacional de «los Sabinos» fueron publicados en: *Lucha Armada en la Argentina*, n.º 6. Dossier «El Documento Verde», Buenos Aires (2006).

[4] Entrevista con Ignacio. Buenos Aires (octubre de 2011).

[5] Entrevista con Antonio. Santa Fe (marzo de 2006).

[6] Este proceso había comenzado con anterioridad «expresándose en algunos documentos parciales, escritos durante ese año (1971) y difundidos luego – algunos de ellos – en la publicación *Nuevo Hombre*» citado en: *Lucha Armada en la Argentina*, n.º 6. Dossier «El Documento Verde». Buenos Aires (2006), pág. 3.

y sistematizadas que se sucedieron puertas adentro de la cárcel, primero en Córdoba y luego en Resistencia, saldrán a la luz una serie de críticas dirigidas hacia la organización Montoneros. Con el correr de los meses, el texto irá incorporando pequeños aportes realizados por distintos militantes, como si se tratase de un rompecabezas.

Este texto elaborado y rubricado colectivamente y que, sin embargo, no exhibe firma alguna, fue escrito en un sinnúmero de papeles para armar cigarrillos, tal vez los *pliegos* de mayor circulación dentro de un correccional; y fue también en ese formato fácilmente transportable en el que fueron «liberados» los originales del primer documento de «los Sabino», originales que luego fueron transcriptos en un texto que lleva la fecha de julio de 1972.

El documento es, ante todo, una muestra de las principales ideas que rumiaban los presos, representaciones que fueron transcriptas tras los muros de la cárcel y posteriormente reensambladas en un mismo cuerpo y rebautizado, como ya se dijo, con el nombre de *Documento Verde*.^[7]

Apúntese solamente de manera general que así como ya se ha señalado que el puntapié inicial a la escritura estuvo dado por una visión crítica del devenir de la praxis de Montoneros, en el mismo sentido y desde las primeras páginas se deja traslucir la intención de ubicar como su único destinatario a la misma organización.

El objetivo no era otro que el de iniciar un diálogo con quienes fueran los representantes de la conducción nacional de Montoneros, un debate que según lo expresa la letra del texto, pretendía atravesar distintos aspectos del accionar y la política de la organización guerrillera más convocante del momento. El pedido, por otra parte, estaba legitimado en el hecho de que algunos de quienes suscribían las líneas del *Documento Verde*, eran militantes de la organización que habían sido protagonistas de los dos ya mencionados acontecimientos desde los cuales Montoneros se había lanzado a la escena pública.

Ahora bien, el propósito de «los escribas» – como algunos testimonios los referencian – era que, una vez finalizada la transcripción del *Documento Verde*, este fuera enviado a la conducción de la organización con el fin de iniciar un debate. Uno de los testimoniantes lo relata de este modo: «(...) lo mandamos a la organización y nunca tuvimos respuesta, salvo una media carilla que alguna vez alguien escribió, se supone que el Pepe,^[8] diciendo nada...: las pruebas de que la organización está en la política correcta es el reconocimiento del pueblo... y la puta que los parió...».^[9] Puede inferirse de ello que la respuesta recibida por la dirección de Montoneros no fue

[7] Llamado de este modo por el color de las cartulinas con las que fue ensamblado el texto. También fue publicado bajo el nombre de «Documento Verde. El documento de Los Sabino» en: *Lucha Armada en la Argentina*, n.º 6. Dossier «El Documento Verde», Buenos Aires (2006).

[8] Se refiere a Mario Firmenich, miembro de la conducción nacional.

[9] Entrevista con Ignacio Vélez. Buenos Aires (octubre de 2011).

precisamente la apertura al diálogo y el debate fraterno, sino, por el contrario, una rotunda negativa y aún más la expulsión de quienes adhirieron a los postulados del documento.

Solo para dar una somera idea del texto y en esa clave, señalar las líneas generales que definirán también la cosmovisión de la SN, se puede afirmar que quienes se sintieron convocados por el *Documento Verde* se identificaron con una propuesta programática que giraba alrededor de tres puntos: se definían clasistas, *alternativistas* y revolucionarios. Se definían *clasistas* y sostenían una radicalizada crítica a las burocracias sindicales, adherían al campo de acción del *alternativismo* en oposición al movimientismo de Montoneros, apostaban a generar un cambio revolucionario, y el sujeto histórico encargado de llevarlo adelante sería la *clase obrera peronista*. Finalmente, desarrollaron una serie de críticas que ponían atención en Montoneros y su opción *foquista*,^[10] concluyendo que esta última había degenerado en una práctica militarista alejada de la acción y los intereses de la clase trabajadora y el «pueblo peronista».

El texto cuya redacción fue laboriosa y premeditada y al cual la conducción de Montoneros se negó posteriormente a discutir, pasó a ser difundido en ciertos círculos de la militancia de esa organización. Allí sirvió de base a una serie de debates teóricos que nada agradaron a los responsables políticos de las regionales de Córdoba y Santa Fe, quienes al intentar infructuosamente evitar la circulación del texto y, con menos éxito aún, de las ideas allí plasmadas, terminarían optando por el rápido camino de la expulsión de quienes a él adhirieron.

[10] En el siguiente capítulo se verán las implicancias y sentidos asignados a esta categoría en la cosmovisión de la SN, por el momento señalemos que la historiografía ha caído en grandes generalizaciones al asignar significados y características similares a las categorías guerrilla-lucha armada-foco. En distinta dirección, Pablo Pozzi ha insistido en que «El desarrollo de la guerrilla en la Argentina durante la década de 1970 fue sumamente complejo y escapa a tipificaciones fáciles. Existieron, a través del período, aproximadamente diecisiete organizaciones distintas, de las cuales cinco llegaron a tener una mayor relevancia en el panorama político nacional (...). Ninguna de estas organizaciones puede tipificarse como claramente foquista. Todas tenían trabajo de masas, frentes legales, organismos sindicales, prensa y organizaciones juveniles y estudiantiles». Pozzi (1994).

El encargado de esta decisión en la Regional II^[11] fue Roberto Cirilo Perdía, quien en su reconstrucción del pasado prescinde cautelosamente de mención alguna al *Documento Verde* y la referencia a la disidencia de «los Sabino» ocupa tan sólo unas pocas líneas en un libro de más de cuatrocientas páginas dedicadas a la historia de Montoneros (Perdía 1997). En todo caso, ¿qué podría recriminársele? Las memorias son así, selectivas y olvidadizas.

El hecho es que, hacia mediados del año 1972 aquellos varones y mujeres que, perteneciendo a la estructura orgánica de Montoneros, se alinearon en torno a los planteos del *Documento Verde*, fueron expulsados. En la ciudad de Rosario, la mitad de la organización – alrededor de diez personas – pasó a identificarse con «la columna Sabino Navarro», nombre que los disidentes habían adoptado en Córdoba.

Se inauguraba así una nueva etapa de sus militancias y los modos de concebirla, una época que por el lapso de algunos años estará marcada por el desarrollo y sostenimiento de una nueva organización. Córdoba y Rosario, ciudades del interior – llamémoslas así por oposición a la gran urbe de Buenos Aires – se constituirán entonces en los núcleos fundadores de la SN.

Vaya como una nota marginal el hecho de que el «grupo originario» de Montoneros que funcionaba en la ciudad cordobesa había tenido un rol fundamental para que diera el primer zarpazo: el secuestro de Aramburu. Pocos años más tarde volvía a ser clave, esta vez proveyendo de infraestructura, militancia y experiencia para la constitución de una nueva organización: Montoneros Sabino Navarro.

En esta aproximación a la experiencia de la SN es necesario indicar que como consecuencia de los debates que se sucedieron dentro de la prisión – donde todavía *los escribas* se encontraban recluidos – el texto que los suscitara fue elevado a la condición de *documento fundacional*, consagrándose en una especie de referencia teórica y una guía para la acción, al tiempo que «los escribas» se instituyeron como los referentes políticos de la nueva organización.

Una rápida lectura del documento llevaría, sin mayores titubeos, a un supuesto lector a la conclusión de que allí había una intención, no demasiado explícita pero presente al fin y al cabo, de romper con Montoneros y apostar a la construcción de algo nuevo. En esta sintonía, no escasean propuestas del

[11] Debe señalarse que la adopción de la división geopolítica diseñada por las fuerzas armadas, particularmente para la Tendencia (expresión política que agrupaba al conjunto de las organizaciones de base de Montoneros, las FAR y FAP), respondía a objetivos de carácter militar y de descentralización. Se trataba de dispositivos estratégicos dispuestos en función de alcanzar la victoria en el enfrentamiento político y bélico. Asimismo el esquema territorial estructurado en cinco cuerpos del Ejército (I-II-III-IV-V) fue complejizándose en la década del setenta con la incorporación de *zonas y subzonas* que intensificaron la descentralización de la logística destinada a la «lucha contra la subversión». Véase Águila (2008).

tipo «recrear el movimiento desde sus bases» o «reconstruir la organización político-militar desde las bases».^[12]

En diversa dirección se organizaron algunos de los relatos recogidos, donde los testificantes que, habiendo participado de la escritura del «Documento», recordaron el momento de su liberación de la prisión y el encuentro con el proceso que se estaba desarrollando a instancias del mismo «(...) nosotros sacamos el documento afuera, desde la cárcel, y cuando... antes de salir ya nos enteramos que una de las dos columnas de Córdoba lo había adoptado como documento propio que definía su línea política. Cuando salimos, naturalmente nos incorporamos a la columna Sabino Navarro. Yo en ese momento, personalmente tuve una serie de conversaciones con Firmenich, porque a mí me costaba mucho dejar los monto [sic]; estaba absolutamente convencido de lo que planteamos en el *Documento Verde* y en la columna, pero era como que se me venía toda la historia arriba, la orga que había participado de su formación... Pero estuvimos dos días juntos, fuimos a Córdoba juntos, él estuvo parando en casa de mis viejos, y no había caso... Yo creo que nos decidimos por los sabinos, pero que en el íntimo, muy muy adentro nuestro, y esto es la primera vez que se me ocurre pensarlo, estábamos convencidos de que estábamos avanzando mucho más rápido que la historia de las posibilidades reales que el movimiento popular tenía en Argentina».^[13]

Por su parte, Antonio recuerda que «(...) cuando yo salgo, salgo todavía como monto, yo no me separo de Montoneros antes de salir, porque yo dije quiero tener una práctica política concreta, quiero saber qué pasa afuera, digamos, mantuve mi relación orgánica, bancándome todo ese verdugueo pero adentro... definitivamente me voy a la mierda después de junio de 1973, después de Ezeiza, donde yo voy a Ezeiza, me quieren poner de responsable de un vagón de un tren que salía de acá, le digo que no, que me parece una pelotudés salir armado... no acepto ir armado al acto y después del acto y después del discurso de Perón me encuentro con los compañeros de Calera en un departamento en Buenos Aires... y bueno ahí me acuerdo que el negro Luis hace un análisis muy duro de Perón, a mí me golpeaba mucho el tema de pegarle a Perón, hasta el día de hoy... yo hago una interpretación de Perón que, después si querés alguna vez lo vamos a hablar pero, tal vez termine siendo mucho más benévolo que los propios Montoneros que en ese momento, que sé yo... lo disfrazaban y lo construían a Perón a su medida, no? y bueno ya definitivamente queda el enlace planteado acá en Santa Fe».

Nótese que hay ciertos aspectos del devenir de la vida de los interlocutores aquí citados, tramos del trayecto de estos dos jóvenes, que en algunos de sus pliegues se funden. Antonio e Ignacio participaron de la escritura del

[12] *Documento Verde* (julio de 1972), pág. 94.

[13] Entrevista con Ignacio. Buenos Aires (octubre de 2011).

Documento Verde, fueron miembros de «los grupos originarios» de Montoneros, uno en Córdoba, otro en Santa Fe, y terminarían siendo referentes políticos de la nueva organización que se estaba gestando mientras ellos todavía se encontraban detenidos. Finalmente y por distintos motivos, ambos demoraron el ingreso a la SN, como si algo de aquellos primeros tiempos se cruzara al paso de los nuevos caminos por andar.

Podría decirse que para quienes participaron de la escritura del *Documento Verde* la suerte ya estaba echada; incluso, que el documento llevaba una marca de nacimiento que sólo con el tiempo se haría evidente pues contenía la simiente de Montoneros Sabino Navarro, la organización a la que estaba indisolublemente ligado.

El documento y los testimonios son claros y afirman una y otra vez que las fuerzas que estimularon su escritura, lejos de buscar la ruptura, intentaban disputar la orientación política de la organización. No obstante, cabe preguntarse hasta qué grado los escribas del texto eran conscientes del poco margen y la ausencia de antecedentes en este campo dentro de la estructura de Montoneros.

«La experiencia de la SN»

La experiencia de la SN se inicia entonces, con la escritura del texto en julio de 1972 y se extiende hasta mediados de 1975; poco más de tres años en los que lograron desarrollar una organización de alcance nacional, con anclaje en las provincias de Santa Fe, Córdoba, y en menor medida, Buenos Aires y Tucumán. Asimismo, sostuvieron un trabajo de inserción en diferentes frentes de masas como el sindical, el territorial y el universitario, al tiempo que llevaron adelante la revista *Puro Pueblo* que se imprimió durante el año 1974.

La SN nucleó a un conjunto de militantes, en gran parte formado por disidentes de la organización Montoneros, que buscaba desarrollar una práctica política amparada en los lineamientos generales de la «alternativa independiente».^[14] Con ello, intentaron situar a la nueva organización en un nivel de coordinación con los sectores más avanzados del movimiento obrero por fuera de las estructuras burocráticas y tradicionales del movimiento peronista.

La política sindical de «los Sabino» era algo compleja y resulta difícil de clasificar. No obstante, partiendo de la base que supone la apropiación de los postulados teóricos de la «alternativa independiente», la SN asumió que la mecha de la revolución en la Argentina no se encendería a partir del foco rural.^[15] y que tampoco lo haría el accionar de la guerrilla urbana por

[14] En líneas generales, puede decirse que esta fue una corriente a favor de organizar a la clase obrera por fuera de las estructuras burocráticas del sindicalismo peronista.

[15] Ampliamente difundida en la década siguiente al triunfo de la Revolución Cubana, la idea de la guerrilla rural y la teoría de foco suponía la posibilidad de iniciar un

sí misma: la clase trabajadora autónomamente organizada debía entonces constituirse como la «columna vertebral» del proceso revolucionario. Convencidos de ello, los militantes de la SN apostaron a fortalecer este aspecto estratégico de su línea política. Para ello, impulsaron la consolidación de numerosas comisiones internas de fábrica y fortalecieron diferentes procesos electorales en gremios y sindicatos, lo cual los llevó a sostener distintos niveles de confrontación con su antigua organización, además, claro está, de las que sostenían con los aparatos de la burocracia. Sin embargo, la relación establecida con el movimiento obrero – al descartar la táctica de la «proletarización» – ^[16] descansaba principalmente en lo que ellos llamaban «dirigentes naturales» de los trabajadores fabriles.

Son conocidas otras experiencias de organizaciones político-militares del período que se «propagandizaban» a través de acciones concretas, tales como el reparto de víveres en villas miseria, acciones militares contra empresarios o similares, como las que llevaron a cabo el PRT-ERP o Montoneros (Gillespie 1987, pág. 138; Pozzi 2006, pág. 48; Carnovale 2011, pág. 147), para citar los ejemplos más relevantes. La SN se distanciaba de este tipo de procedimientos en grado sumo, dado que sus acciones militares en ningún caso estuvieron vinculadas a hechos de propaganda y por regla general, se realizaban a espaldas del frente de masas.

Por el contrario, la idea que allí se divulgaba era la de la *auto-organización de la clase y el pueblo peronista*, la de la sublevación contra los patrones y los burócratas, sin que ese proceso de reactivación individual debiera necesariamente decantar en una identificación colectiva con el partido/organización política. Dicho en otros términos, no hay una idea de referencialidad puesta en juego a través del discurso.

A la larga, «los Sabino» contaron con una red de contactos, aquellos «dirigentes naturales» asentados en los diferentes sindicatos en los que habían decidido intervenir, y a través de ellos actuaron en la resolución o en la generación de conflictos. Ejemplos de este tipo de dispositivos lo constituyeron las experiencias del SMATA (Córdoba), Sulfacid (Rosario), PASA (Rosario), Bagley (Buenos Aires), para nombrar algunas de las fábricas o asociaciones gremiales en las que la SN tuvo mayor incidencia.

No obstante, debe señalarse que la vinculación entre esos dirigentes fabriles y la estructura orgánica de la SN fue por momentos difusa. Lo mismo sucedía con el frente territorial, donde la militancia activa desarrollaba un trabajo de coordinación por la base con los vecinos y vecinas del barrio sin

proceso revolucionario en las zonas más pobres y rurales, para luego expandirse hacia las zonas industrializadas del país.

[16] La proletarización fue una práctica de inserción muy difundida entre las organizaciones políticas de las décadas del sesenta y setenta. La misma consistía en la implantación de los/as militantes políticos en el ámbito de la fábrica con el propósito de lograr la captación de los trabajadores allí nucleados.

que esto supusiera la posibilidad de su incorporación a la estructura de la organización.

Las palabras de un ex miembro del frente sindical quizás resulten ilustrativas y nos acerquen a una imagen más palpable de tales vínculos: «(...) bueno, vamos a hacer una línea bien divisoria: una son los compañeros digamos de fierro, que militábamos, María, Parente,^[17] Riquelme y después en los frentes de masas, del barrio, se arrimaban mil tipos (...) gente que militó y militó muy bien en los frentes de masas, [pero] no sabe nada de lo que es la columna [SN], no tiene la menor idea, fue un militante gremial, que tiene su importancia... él fue importante como secretario general del sindicato... en esos frentes barriales había policías, hijos de policías, había de todo...».^[18]

El caso del frente universitario es bien disímil y se presenta como un territorio permeable a otra práctica. Como si en los pasillos de las facultades, en los bares y mesas de café, alejados de aquel – tal vez – «idealizado» *sujeto histórico encargado de llevar adelante la revolución social* los Sabino no hubieran tenido tantos obstáculos – ¿acaso teóricos, materiales o subjetivos? – para desarrollar agrupaciones que se vincularan pública y orgánicamente con la organización política que las fomentaba. Incluso dieron un paso más en este sentido y las escasas (y nuevas) incorporaciones de las que la organización pudo nutrirse, provinieron del frente universitario.

Por otro lado, y como mencioné en las primeras líneas de estas páginas, la SN desarrolló su actividad política en el escenario de la Argentina de los primeros setentas.

Para mayo de 1973, luego del indulto de los presos políticos que poblaban las cárceles, las calles volverían a colmarse de entusiasmo y las instituciones del juego político de la democracia empezarán a ser espacios de disputas de poder. Héctor Cámpora había sido electo presidente y también fue, por unos pocos meses, la cara visible del retorno del peronismo a la Casa Rosada; estaba claro que quien detentaba el poder seguía siendo el general Perón.

1973 sería un año de celebraciones pero también de tenaces negociaciones y enfrentamientos hacia el interior del movimiento justicialista, o así por lo menos lo vivió Montoneros, quienes por esos días estaban volcándose con obstinación hacia las negociaciones de los posibles lugares en el armado de las listas para participar en las próximas elecciones generales.

Las disputas, los enfrentamientos y las alianzas dejarían en el camino obstáculos difíciles de sortear y lesiones que nunca cesaron de inquietar a los distintos actores en juego. Asperezas que incluso terminarían dirimiéndose fuera de la «mesa de negociaciones». Así sucedió con el asesinato de José

[17] Hugo Parente, militante desaparecido el 8 de julio de 1977, radicado en la ciudad de San Lorenzo, estudiante de abogacía y militante de la SN.

[18] Testimonio 4, entrevista realizada por Gabriela Águila. Rosario (5 de agosto de 2004).

Ignacio Rucci – secretario general de la Confederación General del Trabajo – el 25 de septiembre de 1973,^[19] a tan sólo dos días de que la fórmula Perón-Perón se alzara con el 61,68 % de los votos. Sin embargo – y no era para menos – Montoneros tardó más de un año en adjudicarse la autoría del hecho,^[20] «Los Sabino» seguirán de cerca los vaivenes de las relaciones entre Montoneros y el líder del movimiento, pero se mantuvieron alejados de las disputas y los desfasajes en los cargos y los repartos de poder. A su vez, volcaron toda su energía – o por lo menos gran parte de ella – a denunciar y resistir el Pacto Social lanzado en junio de ese año, en los distintos frentes de lucha que pudieron o supieron abrirse.

Finalmente, hacia mediados de 1974, una serie de acontecimientos como la muerte de Juan Domingo Perón y la asunción de la primera magistratura a cargo de María Estela Martínez de Perón, el avance la política represiva de López Rega y la aparición de la Alianza Anticomunista Argentina (AAA) y, un dato no menor, el pase a la clandestinidad de Montoneros el 6 de septiembre, convergieron para generar un denso clima político y social.

En ese tránsito, es decir en los meses que se sucedieron entre mediados de 1974 y 1975, la SN puso en marcha *su revista*, un proyecto editorial que estuvo bajo la dirección de Luis Rodeiro, un joven cordobés que tempranamente había iniciado su militancia en ámbitos universitarios vinculado a los curas rebeldes del Movimiento Universitario Cristo Obrero (MUCO) y que luego, junto a otros y otras, fundara la Agrupación Lealtad y Lucha, espacio que en los años sesenta sería el germen del Peronismo de Base (PB).^[21] Esta amplia trayectoria ligada a un trabajo de base le daría variados y vastos vínculos con el movimiento obrero cordobés, aspecto que se perfilaba particularmente importante para la proyección política que la SN deseaba generar.

Puro Pueblo emergió junto a tantas otras publicaciones del campo de la izquierda peronista tras la muerte del General Perón. El acontecimiento marcaba el inicio de una coyuntura que, en principio, se presentaba propicia

[19] Ese mismo día el gobierno peronista declaraba la ilegalidad de las actividades del Ejército Revolucionario del Pueblo. La tapa del diario *El Litoral* titulaba la noticia: «Declaróse ilegal la actividad del ERP. El Poder Ejecutivo mediante el decreto 1.454 declaró ilegal la actividad del autodenominado Ejército Revolucionario del Pueblo». *El Litoral*. Santa Fe (25 de septiembre de 1973).

[20] En este sentido, es interesante una referencia a pie de página realizada por el historiador Richard Gillespie, quien sostiene, aunque con un asomo de duda, que quienes podrían haber desarrollado la acción fueron los miembros de la organización Sabino Navarro: «Los Montoneros tardaron más de un año en asumir la responsabilidad del atentado. Es probable que mataran a Rucci, aunque algunos rumores sugirieron que intentaban atribuirse de forma oportunista la fama de un acto que había sido obra de la disidente Columna José Sabino Navarro...» (Gillespie 1987, pág. 207). La SN nunca se adjudicó la autoría del atentado (ni en el pasado como tampoco en el presente) y de hecho, este tipo de actos no se correspondía con su accionar político.

[21] Referencias extraídas de la entrevista a Ignacio Vélez. Buenos Aires (octubre de 2011). También puede consultarse Lanusse (2005, págs. 96-112).

para reposicionarse en el escenario político que rápidamente mostraría sus fisuras internas y externas.

En esta sentido, mencionemos que hacia 1974, de las organizaciones revolucionarias con mayor o menor incidencia en el campo popular, ninguna carecía de un órgano de difusión propio, aunque cada una de ellas desplegaba distintas estrategias discursivas. *El Combatiente* (publicación del Partido) y *Estrella Roja* (publicación del brazo armado/ERP) para el caso del PRT-ERP, *La causa peronista*, publicación que no ocultaba su apego por Montoneros, *Evita Montonera, revista oficial de Montoneros*, cuyo primer número se editó en diciembre de 1974, o la publicación *De frente (con las bases peronistas)* identificada con el PB.

Ahora bien, ¿qué voces se alzaban en *Puro Pueblo*? O mejor dicho, la publicación que estaba bajo la dirección de un militante de la SN y que contaba con el financiamiento de la organización ¿explicitaba su vinculación con «los Sabino»? La respuesta, aunque extraña, ya se perfila a medida que se va comprendiendo más cabalmente cierta *idea de militancia* con la que la SN sostenía sus proyectos de inserción.

Una lectura fugaz de las páginas de *Puro Pueblo* es suficiente para avizorar que no hay mención a organización política alguna. La revista *Puro Pueblo*, pensada y diseñada fundamentalmente para ser «trabajada» en el ámbito de la militancia sindical, no contiene ninguna referencia a la organización Sabino Navarro. En cambio, quien encarna un papel protagónico en los discursos de la publicación es la «clase obrera peronista».

Quienes por el contrario sí sustentaban una fuerte referencialidad con la organización fueron aquellos y aquellas militantes que formaban parte de la estructura interna, que integraban los dispositivos desde los cuales la SN desarrollaba su política de masas y también aquellos otros espacios como el departamento de logística o el aparato armado. Como se adelantó unos párrafos más arriba, este último no estaba destinado a «propagandizar» militar y políticamente a la organización, sino que fundamentalmente se pretendía que quedara restringido a una esfera de acción de recaudo de dinero para el sostenimiento económico de la estructura de la SN. Aunque de vez en cuando – los testimonios así lo refirieron – «los fierros» podían servir de apoyatura o fortalecimiento de alguna elección en cierto sindicato, donde el enfrentamiento con la burocracia así lo requiriera.

En síntesis, para responder aquel interrogante que daba inicio a este capítulo, «¿quiénes eran Los Sabino?», he tenido que referirme a múltiples aspectos que constituyen una identidad y una experiencia política,^[22] a una serie de definiciones teóricas, a un conjunto de prácticas, a ciertas elecciones

[22] El concepto de *experiencia* desarrollado por Thompson ha sido una inspiración para pensar la categoría identidad y su vinculación con la experiencia de la SN. Si bien estos aspectos sólo son mencionados sumariamente aquí, es necesario contextualizar su uso en el marco de la una lectura más general propuesta por el historiador inglés cuando indica que la clase cobra existencia en tanto que un conjunto de hombres y

y afinidades políticas que comenzaron a delinearse tras los muros de una prisión por lo menos un año antes de que la disidencia se produjera. Quienes decidieron ponerle el cuerpo a esta experiencia lo hicieron sabiendo que la apuesta era arriesgada, no sólo porque suponía construir una organización que pretendía hacer base, instalarse, levantar sus cimientos en un terreno donde inevitablemente deberían confrontar con la que otrora fuera su organización de pertenencia e intentar disputar sus bases, sino que esta apuesta se consumaba en una particular coyuntura.

Hacia fines de 1972, el régimen militar llegaba a su fin y Montoneros no sólo exhibía una capacidad de movilización que se contabilizaba en decenas de millares simpatizantes (Gillespie 1987, pág. 154), sino que, paralelamente, la campaña «luche y vuelve» era prácticamente capitalizada por la Tendencia. A partir de allí, Montoneros se dedicó a reestructurar la organización que tras dos años de existencia había sido varias veces arrasada.

Para 1973 la organización había dado pasos verdaderamente importantes. Entre ellos emprendió la organización de una serie de *agrupaciones o frentes de masas*: la Juventud Peronista (JUP), la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), el Movimiento de Villeros Peronistas (MVP), la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), la Agrupación Evita de la Rama Femenina (AE), el Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP), que en conjunto conformaban la Juventud Peronista Regionales (Gillespie 1987, pág. 153). En este sentido Karin Grammatico ha señalado que estos frentes de masas no solamente sirvieron como una vía para alcanzar una mayor inserción en el campo popular, sino que también jugaron un importante papel en la lucha por la hegemonía dentro del movimiento y por el control del gobierno que Montoneros protagonizaría frente a la ortodoxia peronista (Grammatico 2011, pág. 35).

Contrariamente, la SN no desarrolló hacia el interior del movimiento ninguna disputa de poder, en tanto que los sectores burgueses allí contenidos no eran otra cosa que «enemigos de clase»; tampoco participó en la lucha contra los sectores más ortodoxos del peronismo en el gobierno.

Mención aparte merece el lugar de las armas en la experiencia de «los Sabinos» y no es aquí donde desarrollaremos de manera exhaustiva este aspecto. Baste señalar que luego de mayo de 1973, la mayoría de las organizaciones político-militares del campo de la izquierda peronista «guardó las armas». No fue – como se sabe – esta la senda que siguieron las organizaciones marxistas, y tampoco el caso de la SN.

No obstante, «las armas» dentro de la praxis de la SN fue un lugar que no todos los y las militantes transitaron, y a diferencia de otras organizaciones del período, el grupo encargado de llevar adelante los operativos militares estaba integrado por un reducido número de ellos. En la SN, las acciones

mujeres comparten una experiencia y sienten y articulan la identidad de sus intereses y los diferencian de otros.

armadas y el funcionamiento de la estructura militar se estructuraban bajo los siguientes lineamientos:

1. No había intención de organizar un Ejército para enfrentar al enemigo.
2. (De lo anterior se desprende) no había acumulación de militantes en la célula armada.
3. No se buscaba «propagandizar» a la organización política a través de las acciones armadas (secuestros, asesinatos, expropiaciones, toma de fábricas, etc.).
4. En el discurso de «los Sabino» las acciones armadas siempre estuvieron vinculadas con la necesidad de sostenimiento económico de la organización.^[23]

Estas características constituyen trazas particulares en los modos de vincular la política y el uso de las armas en el contexto de los primeros años setenta, lineamientos que intervinieron decididamente en la configuración de una *identidad propia* y dejaron huellas particulares que como aquellos otros aspectos señalados unos párrafos antes, nos acercan a los modos de concebir y transitar la *experiencia de la SN*.

En suma, rastrear y explicar las identidades y los lineamientos políticos vinculados a «los Sabino», constituyen perspectivas de análisis desde las cuales es necesario volver a pensar la experiencia de la SN en el mapa más general de las organizaciones políticas y político-militares de los primeros años sesenta de la historia reciente argentina. Dichas perspectivas serán desglosadas y explicadas en los siguientes capítulos a medida que nos inmiscuyamos en la lectura de los documentos y los testimonios.

El principio: «escribir las prácticas»

Antonio nació en Santa Fe capital e inició su militancia en un grupo cristiano, el Movimiento de Estudiantes de la Universidad Católica (MEUC).

Posteriormente, hacia el año 1969, se vinculó con grupos clandestinos que optaron por la lucha armada como metodología de lucha frente a la dictadura inaugurada en 1966; poco tiempo después frecuentaría ciertos espacios de participación política que desembocaron en el nacimiento de la Organización Montoneros.

A causa de un operativo de menor envergadura Antonio fue detenido – primero en Coronda y posteriormente – en Resistencia donde participó de la escritura del *Documento Verde*. En mayo de 1973 fue liberado y se trasladó a la ciudad de Rosario para unirse a la disidente SN.

[23] Estos y otros aspectos se analizan en detalle en el capítulo que aborda la problemática de la lucha armada. No obstante, debe señalarse que más allá del carácter asignado a tales acciones, ninguna acción protagonizada por una organización política puede percibirse por fuera de la dimensión histórica en la que se inscribe, y al margen de las tramas políticas y sociales en la que esta se halla inserta.

Desde mediados de los años sesenta y por más de una década, la Argentina fue escenario de diversas formas de contestación política que en sintonía con los vientos de cambio que soplaban en los antes denominados «países del tercer mundo», vio cómo una nueva cultura militante irrumpía en las calles de las grandes ciudades. Así, la adscripción al socialismo, la necesidad de hacer la revolución y la adopción de la lucha armada como metodología, fueron algunas de las notas distintivas de esas nuevas experiencias que nacieron bajo el ala de la Revolución Cubana, la proscripción del peronismo, y la dictadura de la «Revolución Argentina».

En esta clave y desde mediados de los noventa gran parte de la historiografía se construyó sobre la insistencia por encontrar elementos comunes que permitieran caracterizar aquella «militancia setentista». Desde la teoría de los dos demonios nacida en los años ochenta, hasta la polémica del «no matarás»^[24] sostenida poco tiempo atrás en la revista *Intemperie*, los debates en torno al binomio política y/o violencia (Calveiro 2005) han nutrido gran parte de los estudios sobre el pasado reciente argentino. No obstante, es necesario advertir que de ese conjunto de investigaciones que han aportado significativamente al desarrollo de nuevas miradas sobre un viejo problema, pocas se han interrogado sobre las teorías que sostuvieron dichas elecciones. Por ello me he propuesto indagar en aquellas formulaciones de carácter teórico que acompañaron el devenir de ciertas prácticas vinculadas a la militancia de «los Sabino».

En sus dos años de vida la SN publicó de manera sostenida una columna en la revista *Militancia*,^[25] llevó adelante como ya dijéramos, la edición de una publicación periódica llamada *Puro Pueblo*^[26] y como toda organización política, emitió una serie de documentos producidos con la intención de servir de apoyatura o sostén de debates de carácter interno.

Asimismo, y más allá de los usos frecuentes del registro escrito en las organizaciones políticas de los sesenta y setenta, en «los Sabino» existía una acentuada tendencia a acompañar los debates y las discusiones políticas, las prácticas en el territorio y en el sindicato, de una esmerada elaboración de textos de distinto grado de circulación. Como si el ansiado pase al acto, tantas veces evocado para retratar las experiencias que protagonizaron la arena política de aquellos años, no alcanzara a colmar sus expectativas de militancia política. O tal vez simplemente se tratara, como dijera el Che, de

[24] El debate «No matarás» puede consultarse en: <http://laempresadevivir.com.ar/2010/04/22/respuestas-publicadas-en-la-revista-la-intemperie> (visitado el 22/10/2013).

[25] *Militancia Peronista para la Liberación* fue una importante publicación del peronismo de izquierda dirigida por Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Duhalde. Editada desde junio de 1973 contó con un total de 38 números hasta que fue clausurada en junio de 1974.

[26] *Puro Pueblo* la publicación dirigida por Luis Rodeiro, fue editada durante el año 1974 y contó con un total de seis números.

«teorizar lo hecho»; el caso es que escribían en un acto que oscilaba entre la necesidad de registrar los hechos y hacer circular sus ideas en los ámbitos de la militancia; escribían y tal vez la idea de perdurar, acaso de hablarle al futuro más que a su propio presente, ya despuntara en algunas de las líneas que iban trazando.

Esa búsqueda por tensionar teoría y práctica es notable en los modos discursivos puestos en juego en la revista *Puro Pueblo*, también en la columna que sostuvieron en la revista *Militancia*, en la sección material de discusión llamada: «Cartilla para militantes-Montoneros Sabino Navarro» que iba encabezada por una advertencia: «para evitar confusiones creemos necesario reiterar que estos aportes de discusión son políticos-ideológicos y no propuestas políticas para la acción concreta».^[27]

En suma, en los textos de «los Sabino» encontramos cierta vocación de saber teórico y la inquietud por teorizar la experiencia militante de los frentes de masas, es decir que existe un intento por abstraer en el plano de síntesis que supone toda teoría la necesaria reflexión que pudiera desprenderse de su propia praxis.

Incluso, como sugieren algunos documentos, se podría pensar que tras esa inquietud por vincular teoría y práctica se escondía otra preocupación que se revelaba cercana a aquella vieja premisa marxiana que enunciaba que toda teoría debía ser contrastada con la realidad, es decir, toda práctica política debía contemplar una lectura dialéctica que se desplazara de la teoría a la praxis y de la praxis a la teoría. Para «los Sabino» esto suponía el constante desafío de contrastar los resultados de la acción con el devenir político y social argentino, una historia que se evidenciaba susceptible de ser alterada o revolucionada a través de la militancia.

Esta preocupación se evidenció tempranamente en el *Documento Verde* tal vez por una razón: quienes lo estaban escribiendo se encontraban detenidos y en su calidad de presos «disponían» de una cantidad de tiempo extra para leer un conjunto de materiales que puertas afuera hubiera sido más difícil de abordar.^[28] De esta manera, se dispusieron a balancear y contrastar, a teorizar y debatir sobre los acontecimientos políticos que habían acompañado el devenir de Montoneros en los años previos a su propio encierro.

Por otra parte, debe señalarse que la idea de hablarle, de acertarle al futuro, obsesionaba a algunos de los miembros de la joven organización. Tal vez por ello hubo algo del materialismo histórico que los sedujo desde el principio, esa lectura decimonónica y lineal del desarrollo de la historia de la cual ciertos textos muy difundidos en las décadas del cincuenta y sesenta tampoco alcanzan a escaparse por completo. Es precisamente en este sentido,

[27] *Militancia*, n.º 30, 1973, pág. 20.

[28] Esta referencia fue aludida en varias de las entrevistas.

y no en otro, que la SN utiliza algunas herramientas provenientes del marxismo, en tanto que lo entiende como una suerte de «ciencia histórica».^[29] En el *Documento Verde* dirán que «consideramos al marxismo como decían Marx y Engels: nuestra teoría no es un dogma, sino una guía para la acción. Lo consideramos como una ciencia y una filosofía en permanente creación, en desarrollo dialéctico, que se enriquece en la práctica social concreta. Desde ese punto de vista lo juzgamos como “el más acabado sistema de pensamiento científico de la realidad, en la medida que descubre las leyes fundamentales que rigen los intereses históricos de la clase obrera hacia su emancipación...”».^[30]

Finalmente, debe señalarse la posibilidad brindada en el presente de abordar ciertos relatos orales, testimonios de quienes participaron en la redacción y/ o discusión original del *Documento Verde*. Se trata de un aporte sumamente valioso en tanto permite una aproximación a los significados asignados a los textos por los propios protagonistas.

No obstante, y teniendo en cuenta el universo de problemas específico que cada corpus nos aporta (los documentos escritos y los relatos orales), la perspectiva adoptada supone el compromiso de abordar la multiplicidad de aspectos que atravesaron las escrituras y las prácticas de la SN.

[29] Esta práctica no fue – obviamente – privativa de la SN ni de las organizaciones políticas revolucionarias, sino que constituye una marca distintiva de la época. En este sentido, Claudia Gilman ha señalado que hacia los años setenta la incorporación de nuevos saberes fue una de las bases de sustentación de cierta cientificidad de la práctica intelectual, «La búsqueda de la legitimidad ideológica impulsó el estudio de la teoría marxista. No puede despreciarse la importancia atribuida en los setenta a la permanente relectura de los clásicos del marxismo; lectura y relectura que condujo frecuentemente a las polémicas entre pares que (en nombre del marxismo-leninismo, del guevarismo, del gramscismo, y otros) polemizaron entre sí para discutir el derecho a determinar en qué consistía el “verdadero” socialismo. En otras palabras, la justificación ideológica se elaboró en un terreno eminentemente teórico». Gilman (2003).

[30] *Documento Verde*, (julio de 1972), págs. 18-19.

El Documento Verde

Acaso te llamaras solamente María
 No sé si eras el eco de una vieja canción,
 pero hace mucho, mucho, fuiste hondamente mía
 sobre un paisaje triste, desmayado de amor...

María (1945)

Música de Aníbal Troilo, letra de Cátulo Castillo

Si tuviéramos que escoger alguna fecha del calendario para datar los primeros tramos de la experiencia de «los Sabino», deberíamos remontarnos al mes de julio del año 1972. La precisión de la fecha no es fortuita sino que guarda estrecha relación con la aparición de un texto mecanografiado.

Como se expuso pocas páginas atrás el *Documento Verde* fue redactado por un puñado de militantes detenidos en un correccional al norte del país. A ese primer grupo pronto se sumarían otros presos, también militantes de Montoneros entre los que se encontraba Antonio Riestra, que había sido trasladado desde la penitenciaría de la ciudad de Coronda.

Sin que nadie se lo hubiese propuesto de antemano, el encuentro producido dentro de la cárcel cobró cierta trascendencia al evidenciar las múltiples visiones y valoraciones en torno a la misma organización que los nucleaba. Así, la necesidad de hacer un balance colectivo fue una idea que poco a poco empezaría a ganar terreno.

En rigor, deberíamos decir que el nacimiento de la Sabino Navarro se produce casi un año después de este singular encuentro; sin embargo, la escritura del texto y el surgimiento de la SN son dos acontecimientos que van de la mano. Tal vez por ello el *Documento Verde* supone un punto de inflexión en la experiencia de la SN, constituyéndose en el punto de partida de las operaciones de memoria de quienes fueron protagonistas de esta experiencia.

Por otra parte, debe consignarse que el *Documento Verde* es de una escritura hermética, no sólo por la cantidad de pseudónimos utilizados (aspecto que dificulta la lectura para cualquiera que no haya formado parte de su elaboración), sino también por el uso de un lenguaje rígido y en cierto punto, esquemático. Como si la formalidad del enunciado fuese la contraparte necesaria de una procurada rigurosidad política y programática, también pueden encontrarse análisis coyunturales o históricos enmarcados en una pretendida racionalidad científica.

El texto original^[31] es un texto mecanografiado, encarpetaado de manera manual en cartulinas de color verde – de allí tomará su nombre – y se titula «Aporte autocrítico». Consta de poco más de cien páginas y comienza con una breve «Introducción», donde los escribas se preocupan por señalar los propósitos que los motivaron a la escritura; una suerte de advertencia da inicio al primer párrafo: «Sentimos desde hace tiempo la necesidad de expresar, de manifestar nuestra crítica con respecto a algunos hechos de la práctica política de María. Hoy esa necesidad está acrecentada y esa crítica originaria sobre hechos parciales se quiere convertir en autocrítica de todo nuestro proceso, desde el origen mismo hasta hoy (...)».^[32] Así enuncian al destinatario de las reflexiones que tensionan el recorrido del texto: *María* es el nombre que los presos han dado a la organización Montoneros.

Las primeras páginas están destinadas a esclarecer las necesidades políticas que motivaron la escritura, es decir, por qué, incluso encerrados entre cuatro paredes, esos hombres consideraron necesario hacer ese «aporte autocrítico»; por ello se justifican y resaltan el sentido asignado a su intervención señalando aquellos temas que pretenden discutir con *María*:

«Desearíamos, pues, que esta autocrítica sea tomada con el mismo fervor revolucionario y la misma honestidad con que pretendimos hacerla (...). Buscando las causas profundas de nuestra realidad, confrontando la realidad de María a la luz de la lucha revolucionaria del Pueblo, a la luz de la práctica (en el sentido de incidencia sobre la realidad), tratando de verificar si nuestra práctica no tiene contradicciones entre sí y con la realidad, tratando de asumir conscientemente nuestros errores o aciertos y darles la dimensión dialéctica necesaria (...) significa hacerla desde adentro y no desde afuera de la empresa. Lo que implica comprometernos totalmente con cuanto afirmamos. Desde adentro, sintiéndonos parte de la empresa que nos engloba (...)».^[33]

Recordemos que quienes escribieron el *Documento Verde* lo hicieron mientras se hallaban encuadrados bajo la estructura de Montoneros, por lo que la reafirmación del sentido del documento y la pretendida actitud autocrítica es constantemente reafirmada, aunque lo cierto es que en repetidas ocasiones se confunden los límites de la organización: por momentos

[31] Es necesario señalar que la mayor parte del análisis del *Documento Verde* que aquí se presenta fue realizado sobre la base de una copia del documento original, texto que fue conservado por Oscar, militante del frente universitario de la SN rosarina. Cuando la investigación se encontraba en curso, la revista *Lucha Armada* publicó como dossier el *Documento Verde*. Sin embargo, he preferido mantener aquí las referencias al paginado que aluden a la copia original y no al dossier de la revista. Esta decisión luego se mostró acertada dado que el documento publicado por la revista *Lucha Armada* fue modificado, presentándose en algunas de sus partes agregados o incluso quitando algunas frases que aunque no modifican su espíritu general, resultan relevantes.

[32] *Documento Verde*, pág. 1.

[33] *Documento Verde*, págs. 1-2.

hablan en primera persona del plural y en otros refieren a María como si no mediara vínculo alguno con ella. No obstante, mas allá de establecer la pertenencia orgánica, los dobleces en el discurso y las erráticas de la semántica, lo que reviste cierto interés aquí es vislumbrar – ya en lo que podemos considerar los inicios de la SN – las diferencias en los modos de pensar la política y la militancia que se establecieron entre la SN y Montoneros.

Ahora bien, luego de haber dejado constancia del sentido «autocrítico», el texto se aboca a un extenso y pormenorizado análisis de la realidad política argentina desde finales de los años sesenta hasta el momento en que está siendo escrito. Organizado cronológica y temáticamente, los dos primeros capítulos, «Nuestro origen» y «Cristalizaciones de concepciones erróneas manifiestas en la práctica», abordan los acontecimientos políticos y sociales que rodearon las experiencias de los grupos originarios de Montoneros, desde la Resistencia peronista hasta las primeras manifestaciones de la guerrilla urbana. Se trata de un análisis que se detiene en las concepciones tácticas y estratégicas de aquellos grupos.

El tercer apartado, las «Conclusiones», es una suerte de diagnóstico político de las consecuencias prácticas derivadas de aplicación de esas concepciones tácticas y estratégicas sobre la realidad; finalmente, en «La propuesta teórica» y «La postura de Patricia»^[34] se esboza a grandes trazos una propuesta político-organizativa diferente a la que sustentaba Montoneros.

Al iniciarnos en el texto, como si un especial conjuro entreverara los signos nos encontramos con una trama cerrada sobre sí misma, una escritura críptica y la constante utilización de pseudónimos dificultan la comprensión de lo que allí se dice. No obstante, tras pasados esos primeros obstáculos nos hallamos todavía frente a un documento denso que desde una mirada borgiana podríamos calificar de «barroco».^[35] Es que el *Documento Verde* al tiempo que se muestra caóticamente, también presenta una literalidad abrumadora y una permanente búsqueda de «pruebas históricas» que ratifiquen las interpretaciones que allí se esgrimen.

En este sentido Arlette Farge ha señalado que la intromisión a cierto tipo de archivos supone el encuentro con un mundo caótico y fragmentado, donde incluso los signos de un mínimo desorden han dejado huella (en el caso de Farge los archivos judiciales de París). De allí que esos pequeños detalles, esas «irrisorias demandas se vuelven cada vez más expresivas frente a la avidez del investigador/a» (Farge 1991, págs. 63-65).

En esta dirección, es necesario señalar que la utilización de los documentos de circulación interna de cierto tipo de organizaciones o partidos

[34] «Patricia» es un eufemismo para referirse a las Fuerzas Armadas Peronistas. En este apartado, se refieren específicamente a una serie de elementos propuestos por las FAP, publicados en la revista *Cristianismo y Revolución* y que «los Sabino» retoman con la intención de profundizar en el análisis y búsqueda de coincidencias programáticas.

[35] «Aquel estilo que deliberadamente agota (o quiere agotar) sus posibilidades y que linda con su propia caricatura». Borges (1998, pág. 9).

políticos modernos para la indagación histórica, a diferencia del tratamiento de las mal llamadas fuentes tradicionales (periódicos, publicaciones, etc.), suelen ser vistos más como un complemento que como medio de comprobación de las hipótesis sustentadas en la investigación. Por el contrario, nuestra mirada busca depositarse en otros aspectos quizás más sutiles que se desglosan de una hermenéutica del texto, interrogarnos por los sentidos políticos que los autores pretendieron asignarles, capturar el contexto de producción y articular los discursos y los significantes puestos en juego con los sujetos que los enunciaron.

Varios han sido los ensayos de apertura arbitrados con el fin de poder establecer un seguimiento integral del documento. Finalmente, aquí se propone un ejercicio de lectura transversal, deteniéndonos en ciertos nudos teóricos, aspectos que como se verá, fueron centrales para el desarrollo de otros textos y debates que trascendieron la experiencia de la SN propiamente dicha, como es el caso de los debates en torno al militarismo y el foquismo, alternativismo y movimientismo, o el rol de Perón y la concepción de vanguardia en la estrategia revolucionaria dentro del movimiento peronista.

El foquismo y la línea político-militar

«[el], foquismo actúa en nombre de las masas y para las masas, *pero no con las masas*. Movilización popular y práctica foquista se da como en dos caminos paralelos. Mientras se va perfeccionando el nivel militar de la práctica foquista, la clase obrera y el pueblo siguen manifestándose espontáneamente buscando su organicidad propia para cumplir con su rol en el proceso revolucionario».

Montoneros Sabino Navarro^[36]

A contracorriente del enorme avance de los estudios sobre el pasado reciente argentino, y en particular los estudios sobre las organizaciones políticas y político-militares, pareciera que restan aún algunos resquicios por explorar. Ciertos temas y problemas que necesitan ser específicamente debatidos y contrastados con un importante volumen de producciones académicas. En esta clave, despejar las distintas manifestaciones e interpretaciones sobre el foquismo y la intervención armada en los años setenta, constituye un buen punto de partida para comenzar a saldar deudas.

Aquí se trabajará simultáneamente en dos planos: explorando las visiones, los textos, y las producciones de índole teórico-política de la organización Montoneros, al tiempo que se abordarán las críticas que «los Sabino»

[36] *Militancia*, n.º 3, 1973. Sección Material de Discusión. Montoneros Sabino Navarro, Cartilla para militantes n.º 4.

elaboraron de aquellas; en algunos casos, incluso, el diálogo intertextual está reflejado en las mismas fuentes seleccionadas.

«La autocrítica forma parte de la necesidad – también – de sentirnos partícipes activos de nuestro proyecto revolucionario, que por distintas causas – que no es el caso analizar acá – no pudimos cumplir (...). Creemos que con ella aportamos realmente al proceso revolucionario e invitamos a abrir un profundo diálogo político (...). No ponemos en cuestión algunos defectos parciales, sino la concepción misma de *María* acerca de ese mismo proceso revolucionario».^[37]

Para una mejor comprensión de la concepción revolucionaria de «los Sabino» es necesario, en primer lugar, profundizar algunos aspectos que están vinculados con cierta teoría revolucionaria y con el sujeto histórico encargado de llevarla adelante. Consecuentemente, y en virtud de la realidad nacional en las que esas conceptualizaciones están inmersas, sus teorizaciones generales asumen características políticas particulares.

Por otra parte, más allá de las marcadas singularidades regionales y los particulares recorridos transitados por los primeros grupos de la izquierda peronista, aquellos que hacia fines de la década del sesenta asumieron la lucha armada como vía de transformación radical de la sociedad, en la gran mayoría de los casos, canalizaron experiencias previas, convergiendo diversas vertientes de pensamiento político e ideológico. Esto ya ha sido señalado en un trabajo pionero por Marcelo Raimundo (Raimundo sin fecha), quien ha mostrado para el caso de las FAP las distintas vertientes que confluyeron en el proceso de su formación hacia mediados del año 1966. Dicha experiencia convocó diferentes expresiones de la juventud peronista (de izquierda y de derecha), del catolicismo, del marxismo así como del trotskismo y algunos seminaristas y militantes cristianos identificados con el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Como resultado, la base de acuerdos sobre la que se estructuró el grupo original estaba fuertemente signada, en primer lugar, por la necesidad de pasar a la acción; se sostenía además sobre una serie de acuerdos generales:

1. El reconocimiento del peronismo como movimiento de liberación nacional.
2. La elección de la lucha armada como metodología.
3. El objetivo principal de la lucha es el retorno del líder para el establecimiento de una Patria libre, justa y soberana.

El mismo autor no duda en afirmar que esa suerte de carta de «acuerdos generales» sobre los que se cimentaron las FAP constituía, hacia finales de la década del sesenta, algo así como el elemento distintivo que podemos encontrar en otros grupos armados de la izquierda peronista que se estaban desarrollando, como es el caso de Montoneros y Descamisados. Como veremos, los tres ítems aquí señalados fueron ampliamente (re)trabajados

[37] *Documento Verde*, pág. 12.

por «los Sabino» y tuvieron consecuencias importantes en las definiciones tácticas y estratégicas de su política.

La misma caracterización señalada para el caso de las FAP fue compartida por los escribas del *Documento Verde*. Críticamente planteada, su mirada gravita sobre las debilidades ideológicas y políticas que ellos mismos, «los Sabino», vislumbraban en los primeros pasos de la organización Montoneros, trayecto que se iniciara promediando los años sesenta con los llamados «grupos originarios» desarrollados en las principales provincias argentinas: Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, con epicentro en sus capitales, que en el *Documento Verde* aparecen bajo la denominación de: «Juan», «Jerónimo» y «Estanislao», respectivamente.

La elección de tales nombres, como veremos en otros casos durante el examen del documento, no es en absoluto aventurada; por el contrario, forma parte de cierta estrategia de escritura, mediada por las condiciones materiales y la censura, y una estrategia que apuesta a construir una red de significados políticos e históricos que exceden el tiempo y el espacio propios de quienes escribieron, tratando de asignar un plus de sentidos, no siempre lineales, como si se tratara de un juego, o de pequeños guiños a ese imaginario lector.

En este caso, los nombres puestos a jugar parecieran aludir a los fundadores de las ciudades del Nuevo Mundo, Juan de Garay por Buenos Aires en 1580 y Jerónimo Luis de Cabrera Zúñiga y Toledo por la ciudad de Córdoba en el 1573. En el caso de la ciudad de Santa Fe (también fundada por el mismo Juan de Garay) supuso un escollo al esquema colonial que los escribas eludieron al echar mano a otra referencia histórica que vinculara la provincia del Litoral con algún otro personaje histórico. Así, el convulsionado siglo XIX proveyó la sugerencia, de modo que fue el caudillo y militar Estanislao López, representante del federalismo santafesino, quien completó la terna.

«Juan», «Jerónimo» y «Estanislao» iniciaron sus recorridos de manera independiente y sin haber establecido, previamente, relaciones orgánicas uno con el otro.^[38] Compartieron, sin embargo, similares afinidades y sensibilidades políticas; entre ellas la necesidad de «pasar a la acción» se impuso con mayor premura. Los tres «grupos originarios» de Montoneros habían optado tempranamente por las armas como medio de incidir en la escena política nacional, en un contexto dictatorial que no dejaba demasiados márgenes para la participación de los jóvenes, con un clima de ideas que a escala planetaria pretendía revolverlo todo y dejarlo patas para arriba. En la franja latinoamericana del por aquel entonces llamado tercer mundo,

[38] Debe señalarse, no obstante, que las vías de sociabilidad habilitadas por los ámbitos universitarios y cristianos fueron extremadamente favorables para que prontamente los tres grupos convergieran en uno solo. Véase Vélez Carreras (2005). También puede consultarse Lanusse (2005).

la Revolución Cubana ofrecía la prueba fehaciente, o la ratificación si se quiere, de que la teoría del foco insurgente era la herramienta idónea para llevar a buen puerto una revolución nacional. Finalmente, las incipientes organizaciones armadas encontraron en el año 1969 una doble encrucijada: como se sabe, aquel año fue singularmente conmovido por las sublevaciones populares y obreras del Cordobazo y el Rosariazo, acontecimientos que, por una parte, se prestaban a confirmar que la opción por las armas era la vía correcta para encauzar la lucha por el socialismo nacional. Pero por otra, evidenciaban que «el foco» que encendería la llama de la revolución en la Argentina se encontraba no en el monte ni en las sierras (como sostenían hasta entonces los documentos internos de la mayoría de las organizaciones), sino en las ciudades, en los centros urbanos con mayor concentración de trabajadores e industrias. Particularmente, en aquellas ciudades como Rosario y Córdoba que hacia finales de la década del cincuenta habían visto fomentado su crecimiento industrial a través de las políticas desarrollistas.

Sin embargo, el redescubrimiento del foco guerrillero no fue asumido de un día para el otro; en el caso de las FAP, por ejemplo, el Cordobazo no generó inmediatas ni grandes modificaciones en la línea política.^[39] Empero podemos afirmar que en líneas generales, la mayoría de los varones y las mujeres militantes de las organizaciones armadas experimentaron con cierta amargura aquellas jornadas de lucha, debido al aislamiento^[40] al que los confinaban los estrictos criterios de seguridad tendientes a preservar la mínima estructura político-militar que habían logrado desarrollar. Y aunque existieron moderadas críticas en torno a los modos en que debía organizarse la metodología de la lucha armada, ninguna de ellas cuestionaba de fondo la teoría del foco; más bien sugerían sutiles o medianas modificaciones en cuanto a su implementación.

El grupo originario de Montoneros con asentamiento en la ciudad de Córdoba fue particularmente sensible tanto a la situación de «aislamiento» percibida en el transcurrir de los acontecimientos que conmovieron al país y desestabilizaron el régimen de Onganía, como a las reflexiones desencadenadas con posterioridad en el interior de la naciente organización, aspecto que fue retomado en el *Documento Verde* y planteado en estos términos:

«El Cordobazo mismo, que hace sentir a [Jerónimo], hondamente, la impotencia, el trabajo superestructural, la dicotomía no resuelta entre la acción política y el aparato armado. La única presencia es un panfleto en [el] que además de fijar una

[39] Consultar el reportaje a las FAP en: *Cristianismo y Revolución*, n.º 25. Buenos Aires (1970), págs. 17-20.

[40] Juan Carlos relata en este sentido que «en el Rosariazo, veíamos la cosa un poco desde afuera, porque como estábamos armando la “Orga” y había que preservar a la organización, íbamos pero no nos jugábamos directamente, presenciábamos los hechos, pero no interveníamos para resguardar precisamente a la organización y no caer desde el vamos preso, no?». Entrevista con Juan Carlos. Granadero Baigorria (2005).

posición política y enseñar a hacer “molotov”, identificar autos policiales, dar normas de seguridad y que no tiene, por cierto, ninguna incidencia en los hechos. Dicho panfleto permitía señalar dos cosas: por un lado, que aún ese mínimo trabajo político de Jerónimo le permitía aprehender la realidad y formular una orientación en general correcta. Pero como el objetivo a desarrollar, el escalón superior era la formación del aparato armado, Jerónimo vivió el Cordobazo fracturado por la presencia de la clase trabajadora y el pueblo en las calles y su concepción de seguridad que lo hacía sentir por arriba, ajenos y guardados como reserva de una vanguardia que solucionaría todos los problemas. (...) las crecientes movilizaciones populares que desembocarían en el Cordobazo, el auge de los “tupas” [Tupamaros-Uruguay], y la revaloración –después de lo emocional– de la experiencia fallida del Che en Bolivia, hizo que Jerónimo participara de las críticas al “foquismo”. Pero por su déficit ideológico y teórico, condicionamientos objetivos, la crítica se dirigía a lo que parecía ser su esencia: su orientación rural. Y se pensaba en la superación del mismo a través de la orientación urbana, porque allí se concentraba la población y la lucha».^[41]

En igual sentido se orientan otros estudios que demuestran los efectos y repercusiones internas que ocasionó el Cordobazo sobre la organización Montoneros, afirmando que en el curso de la protesta social de mayo de 1969, estos modificaron los planes originales, mostrando que la guerrilla urbana era el modelo que se aproximaba en mayor medida a las condiciones nacionales para una revolución social (Donatello 2010).

Por lo menos para una etapa inicial y en líneas generales, debe consignarse que para las organizaciones político militares del campo de la izquierda peronista, la lucha armada no era un fin en sí mismo sino que constituía un medio (expresado en sus propios términos, una metodología) que perseguía fundamentalmente como objetivo el retorno de Perón a la Casa Rosada para, de ese modo, avanzar hacia la construcción del socialismo.

Ambos objetivos se correspondían con los aires de cambio y agitación que comenzaban a sentirse cada vez con mayor intensidad. Contrariamente a los deseos y las expectativas formulados por el general Juan Carlos Onganía, los sesenta fueron años donde los jóvenes se volcaron masivamente a las calles en busca de transformaciones radicales en la cultura, el arte, la música y también en la política.^[42]

Así, la generación del sesenta, caracterizada por una desprendida búsqueda de aperturas culturales y artísticas encontrará en el territorio nacional estrechos márgenes para desarrollarse. En el plano de la política, la lista de restricciones es harto extensa, y en ella debemos evidentemente incluir una firme política represiva. Puede decirse, en síntesis, que en más de un sentido el golpe de estado de 1966 condicionó los modos de pensar y hacer política,

[41] *Documento Verde*, págs. 11-12.

[42] El proceso de emergencia de los jóvenes como franja social diferenciada en los años sesenta y la década siguiente, fue en parte resultado del crecimiento cuantitativo del sector, la ampliación del consumo en sectores populares y la constitución de un mercado dirigido a los jóvenes como público específico.

legitimando el uso de la violencia y el abierto desafío a un sistema represivo y conservador.

Pero volviendo al análisis de los documentos, es necesario hacer dos señalamientos; por un lado la cuestión que refiere al foco guerrillero, por el otro ¿qué significaba para «los Sabino» la opción por las armas? Si bien este es un interrogante que merece ser abordado desde múltiples perspectivas, aquí nos centraremos en aquellas cuestiones de carácter teórico que se desprenden directamente de la crítica que elaboraron de la línea político-militar de Montoneros y que tomó cuerpo en los textos producidos por los SN. Para su formulación «los Sabino» se basaron en la propia experiencia vivida y también en el documento «Línea político-militar» (Baschetti 2004) elaborado por la conducción nacional de Montoneros.

En relación a la primera cuestión, interesa despejar ciertos aspectos en torno a la pertinencia del término «foquismo» como metodología o categoría específica para el análisis histórico. Si bien un amplio espectro de las organizaciones políticas optó por la lucha armada como vía para la acción, como categoría de análisis «foquismo» no resulta lo suficientemente exhaustivo para comprender las experiencias de las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP) desde 1971 en adelante.

Consignemos que como metodología específica, la guerrilla rural alcanza cierta popularidad a posteriori del triunfo de la Revolución Cubana y alrededor del año 1967, en consonancia con los lineamientos generales planteados por Regis Debray en *¿Revolución en la revolución?*, una suerte de manual de la teoría del foco. El objetivo del libro era la difusión del foquismo en América Latina; en esta línea podríamos pensar que la concepción y teorización de la lucha foquista se encuentra simplificada, sistematizada y comienza a ser recibida con gran aceptación por las organizaciones políticas que emprendieron el camino de la lucha armada. En el mismo año debe señalarse la creación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) en agosto de 1967 en Cuba, y compuesta por diversos movimientos revolucionarios y antiimperialistas de América Latina que, en mayor o menor medida, compartían las propuestas estratégicas de la Revolución Cubana. La creación de la OLAS se realizó tras el éxito de la Primera Conferencia Tricontinental de Solidaridad Revolucionaria en la que se reunieron más de quinientos delegados de organizaciones revolucionarias de Asia, África y América Latina. En su primera declaración se mostró claramente en sintonía con la metodología de la lucha armada y la guerra de guerrillas como vías de expansión de la revolución por América Latina.

Por otra parte, y más allá de la discusión concreta en torno de lo que específicamente refiere el foquismo,^[43] el interés se centra fundamentalmente

[43] Desde un punto de vista histórico, la guerrilla foquista pudo desplegarse exitosamente en términos concretos en el proceso de la Revolución Cubana. En este sentido, representa un modo específico de la relación entre vanguardia y masa, que

en visualizar los aspectos que podemos encontrar tras esta denominación. De hecho, existe una variedad heterogénea de significados asignados a este mismo concepto que dio lugar a múltiples lecturas en relación a lo actuado por las organizaciones armadas de la «nueva izquierda».^[44] No obstante, diversos elementos indican que en las organizaciones armadas de los sesenta y setenta las interpretaciones que giraron alrededor de categorías como guerrilla, lucha armada y foco distaban mucho de ser unívocas.

En cuanto a la línea político-militar de Montoneros, y pese a no haber despertado suficiente interés por la historiografía, más que los postulados del francés Régis Debray, o el Che Guevara, fueron otros dos intelectuales, teóricos y estrategas quienes guiaron desde los inicios el pensamiento político y militar de Montoneros: Carl Von Clausewitz y, fundamentalmente, Abraham Guillén (Gillespie 1987, págs. 110-111; Reyes 2005). Este último veterano de la Guerra Civil española y exiliado en estas tierras hacia finales de la década del cuarenta, estrechamente vinculado a las experiencias guerrilleras de Uruguay y Argentina. Fue periodista, escritor y autor de una extensa producción teórica que polemiza con la visión guevarista de la teoría del foco guerrillero.

En el mencionado documento «Línea político-militar» publicado en el año 1971, la conducción nacional de Montoneros define, en función «del objetivo estratégico de la toma del poder para la construcción del socialismo nacional», que sus métodos son «(...) la guerra revolucionaria total, nacional y prolongada. Esta guerra por sus objetivos revolucionarios necesita de la construcción del Ejército popular que implica la participación del pueblo de diferentes maneras. Como esta incorporación es paulatina y las relaciones de fuerzas militares son desfavorables durante una larga etapa, la construcción de ese Ejército y el desgaste de las fuerzas enemigas es un proceso largo en el tiempo, de ahí su carácter prolongado» (VVAA 2004).

Este fragmento citado palabra por palabra en el *Documento Verde*, es indicativo del grado de importancia que los autores le asignaban a la necesidad de entablar un debate con su organización madre. Por otra parte, nos

tiene su epicentro en la guerrilla rural, prolongándose luego hacia la ciudad en una coordinación entre distintos sectores comandados por la guerrilla inicial.

[44] Por otro lado, podríamos decir que la historiografía ha caído en grandes generalizaciones al asignar significados y características similares a las categorías guerrilla-lucha armada-foco. En distinta dirección, Pablo Pozzi ha insistido en que «El desarrollo de la guerrilla en la Argentina durante la década de 1970 fue sumamente complejo y escapa a tipificaciones fáciles. Existieron, a través del período, aproximadamente diecisiete organizaciones distintas, de las cuales cinco llegaron a tener una mayor relevancia en el panorama político nacional (...). Ninguna de estas organizaciones puede tipificarse como claramente foquista. Todas tenían trabajo de masas, frentes legales, organismos sindicales, prensa y organizaciones juveniles y estudiantiles» (Pozzi 1994).

muestra ciertas modalidades del pensar de «los Sabino». Pero dejemos en suspenso por un momento estas aristas del problema.

Decíamos que aunque Guillén no se encuentre citado en el documento interno de Montoneros, las conexiones con su pensamiento son ciertamente llamativas. Guillén incitaba a una guerra revolucionaria unificada, donde el foco rural haría las veces de apoyatura al enfrentamiento desarrollado en las ciudades; en una entrevista publicada hacia el año 1978 afirmaba – refiriéndose a algunos textos que él mismo había publicado unos años atrás y que habían cobrado cierta trascendencia – que «los bosques de cemento son más seguros que los bosques de árboles (...) las ciudades tienen más recursos logísticos que el campo. Y como nuestra civilización es capitalista y concentra el capital y las poblaciones en las ciudades a ritmo acelerado, en países como Uruguay con más del 80 % de población urbana, era absurdo ir a hacer la guerra revolucionaria en el campo, donde hay más vacas y ovejas que población rural. Por consiguiente, las teorías fidelistas y maoístas de la guerra revolucionaria no eran apropiadas para países industrializados o subdesarrollados con más población urbana que rural. Una gran ciudad (que es casi como una ciudad-nación con varios millones de habitantes o, simplemente, alrededor de un millón) se presta a la guerra de guerrillas más que la selva amazónica. Pues en esta selva hace muchos años que están los indios, con un terreno favorable que los protege de los blancos; pero así no hacen política, no son decisivos como las guerrillas urbanas en las grandes capitales o ciudades de los países de la Cuenca del Amazonas. No es en la selva amazónica donde unas guerrillas pueden decidir en la política de Brasil, sino más bien las guerrillas urbanas en San Pablo, Río de Janeiro, Porto Alegre y el Salvador, etcétera».^[45]

Llegado a este punto resulta elemental afirmar que en líneas generales, Montoneros (al igual que otras OAP) realizó una particular y singular lectura de un conjunto de intelectuales entre los que se encontraban tanto Guillén como Clausewitz. Una lectura que tomaba algunos aspectos de su pensamiento y descartaba otros. En esa dirección, se podría afirmar que Abraham Guillén aportaba a la cosmovisión político-militar de Montoneros una serie de elementos generales: en primer lugar, la afirmación de que el corazón de la guerra de guerrillas se encontraba en las grandes ciudades industrializadas; en sintonía con esto, la concepción táctica de la guerrilla suponía que sus operativos militares debían ser dispersos, sorpresivos y veloces; finalmente, que la lucha debía ser prolongada, porque consistía en la suma de «muchas pequeñas victorias militares que, sumadas, conducirían

[45] Entrevista publicada en: *Bicicleta*, año 1, n.º 9 (octubre de 1978). Entrevista con Abraham Guillen (destacado propio). Disponible en: <http://reflexionrevuelta.wordpress.com/2010/02/01/entrevista-con-abraham-guillen-el-primero-teorico-de-la-guerrilla> (consultado el 22/10/13).

a la victoria final» (Guillén 1965, citado por Gillespie 1987, pág. 108). Al respecto, Richard Gillespie ha señalado que Montoneros tomó de Clausewitz principalmente la tesis de que la guerra defensiva es intrínsecamente más fuerte que la ofensiva; cabría pensar que hubo en realidad, una elaboración propia de postulados de distintos pensadores que influyeron en la definición estratégica de una guerra «popular y prolongada» con epicentro en las grandes ciudades.

No obstante, Gillespie insiste decididamente en que tanto Guillén como Clausewitz influyeron en el pensamiento político-militar de Montoneros, aunque advierte – con esa preocupación que poseen sólo quienes conocen los titulares de los periódicos del día de mañana – que Clausewitz habría eclipsado la influencia de Guillén y las lecciones que había deducido de la experiencia de los tupamaros en el Uruguay (Gillespie 1987, págs. 110-111).

Finalmente, creemos que ni una ni otra de las teorías fueron aplicadas como recetas de cocina; por el contrario, son pocos los documentos de circulación interna en los que Montoneros refrendaba sus líneas de intervención (a través de citas) más allá de los clásicos del movimiento peronista; incluso en el documento «Línea político militar», que es en definitiva el texto que despertó cierto interés y premura por responder sus postulados en los autores del *Documento Verde*, no hay mención alguna ni a Clausewitz ni a Guillén sino a Mao Zedong.

Resta en todo caso volver sobre las posibles vinculaciones, los diálogos y desplazamientos entre Mao y Clausewitz,^[46] pero claramente excede los objetivos aquí planteados. Por otra parte, es preciso reconocer que no fueron esos desplazamientos los que captaron la atención de «los Sabino». Por el contrario, aquello que parece encender el debate y las críticas más agudas es la cuestión que gira en torno al sujeto histórico de la revolución.

En esta dirección, cuando el *Documento Verde* dialoga con el texto sobre la línea político-militar de Montoneros es fundamentalmente para demostrar los errores en la concepción política; la crítica se modula principalmente en torno al papel asumido por estos como «brazo armado» del movimiento peronista.

Así, la crítica se desplaza poco a poco hacia lo que ellos consideran el origen de esa desatención: «el foquismo». Por ello dedican un apartado específico para analizar este aspecto en concreto – tema trabajado *in extenso* a lo largo del texto – donde señalarán dos momentos clave en la línea político-militar de Montoneros, uno «donde aparece con mayor “pureza” nuestro foquismo, y otro donde María cree haber superado el foco».^[47]

[46] Véase el texto que escribiera Rodolfo Walsh (02/01/77) como respuesta al documento del Consejo Ejecutivo Nacional de la OPM Montoneros (11/11/76). Dicho documento fue publicado en: *Lucha Armada en la Argentina*, n.º 5. Buenos Aires (2006), págs. 132-144. También puede consultarse en: <http://www.rodolfowalsh.org/spip.php?article2232>.

[47] *Documento Verde*, pág. 68.

Concretamente dirán: «Nosotros – María – reivindicábamos lo político-militar en los documentos, pero en la práctica reflejábamos concepciones militaristas. Es que la práctica foquista entra en contradicción con el concepto de la guerra popular y prolongada que debemos desarrollar desde las bases. El problema no radica en que desarrollemos la lucha armada, lo cual es imprescindible y necesario, sino que lo hacemos menospreciando la tarea política, restándole importancia, centrando el esfuerzo en el accionar militar, dejando irresueltas las contradicciones a superar por las masas (...). Y no es que estemos encerrados en una torre de marfil. Porque vamos a los frentes, vamos a los barrios, vamos a las fábricas. Pero consciente o inconscientemente, deliberada o pragmáticamente, vamos (sólo) a reclutar combatientes o colaboradores, buscamos posibilidad de infraestructura, (pero) no incidimos políticamente gestando la organización independiente de la clase obrera y del pueblo. Todo nuestro esfuerzo se vuelca así al aparato armado, dislocando nuestra concepción político-militar».^[48]

En resumen, se puede afirmar entonces que para «los Sabino» el problema de la lucha armada no remitía a una cuestión ética, ni se trataba de una fase o etapa más tardía de la lucha de clases por la toma del poder. Por el contrario, los cuestionamientos que los escribas elaboraron alrededor de la lucha armada desarrollada por Montoneros estribaron principalmente en la preponderancia de la metodología foquista de su desarrollo, vinculándola a su vez con una demanda excesiva, dinero, cuadros militantes, etc.

Finalmente, la crítica más aguda se organiza en torno al rol de Montoneros como brazo armado del movimiento. Un movimiento policlasista que, más allá de su heterogeneidad, respondía fundamentalmente a los intereses de las burocracias y los sectores burgueses aliados a estas.

«(...) nuestro foquismo, sin política, por la concepción misticante de la realidad y del movimiento quiere, supone, pretende, superarse aportando su brazo armado, su fusil a las manifestaciones más radicalizadas de la superestructura partícipe del sistema, de sus leyes y sus valores. En esta etapa concreta, nuestra política hacia esos sectores está significando ceder en nuestros principios políticos, comprometer nuestros objetivos políticos y militares, confundir lo estratégico con lo táctico».

Sobre el final del documento, «los Sabino» introducen una serie de reflexiones sobre las transformaciones de carácter orgánico promocionadas por la conducción nacional de Montoneros.

Señalemos que hacia el año 1972 se habían puesto en marcha una serie de modificaciones en la estructura organizativa de la organización. Fundamentalmente, el esquema intentaba incorporar a un tipo de organización federativa las distintas expresiones que la organización había desarrollado a nivel nacional.

[48] *Documento Verde*, pág. 71 (destacado en el original).

El núcleo central lo conformaban las unidades básicas de combate (UBC) integradas por «oficiales» que tenían a su mando la jefatura de la organización en un espacio o zona determinada. En otro nivel estaban las unidades básicas revolucionarias (UBR) integradas por «aspirantes» y tenían como propósito el despliegue de la política hacia los frentes de masas (territorial, estudiantil, sindical) a través de las «agrupaciones», única instancia integrada por «militantes de base». Si bien los militantes que integraban las UBR no lo eran, el funcionamiento de las UBC/UBR era clandestino.

Por encima de las UBC y conformadas por los jefes de las mismas estaban las «columnas», luego las «jefaturas regionales» y finalmente, la «conducción nacional» (VVAA 2004).^[49] Este esquema organizativo se mantuvo casi sin modificaciones hasta promediar el año 1977.

Para los autores del documento, la nueva línea político-militar de Montoneros representaba una reafirmación de su foquismo inicial y por ende, del militarismo; en ese sentido serán taxativos en sus valoraciones finales:

«Para completar este análisis queremos hacer referencia al proyecto de UBR. Y decimos, que la propuesta es coherente con el desarrollo de la concepción foquista en cuanto significa fundamentalmente, la extensión del foco armado, la extensión del aparato».^[50]

«Nuestra propuesta a las masas es la incorporación directa – independiente de su práctica y experiencia – al aparato armado (embrión del ejército popular). Y esto son las UBR: cuadros logísticos, canteras de reclutamiento. Nuestra concepción foquista nos lleva a colocar tácticamente lo que es un objetivo estratégico».^[51]

«Así a través de todo el documento va apareciendo la subyacencia militarista, la subordinación constante de lo político a lo militar».^[52]

Con la clara intención de cerrar la crítica sobre la experiencia militar de Montoneros, «los Sabino» recurrieron al documento «Línea político militar» para señalar nuevos ejemplos de problemas de más larga data. Así y como si se tratara de rematar una idea ya trabajada hondamente, las UBR aparecen a los ojos de los escribas como el paradigma de los modos en que Montoneros desarrolló su política hacia los frentes de masas, esto es, subordinando lo político a lo militar.

[49] También puede consultarse Perdía (1997, págs. 117-118).

[50] *Documento Verde*, pág. 74.

[51] *Documento Verde*, pág. 75.

[52] *Documento Verde*, pág. 75. Refiere al ya citado documento «Línea político militar de Montoneros, 1971».

La opción clasista: alternativistas vs. movimientistas

«Quedaba oscurecida – en la práctica – nuestra definición del sujeto histórico de la Revolución. Confundíamos movimiento con clase obrera hegemónica».

Documento Verde

Si pudiéramos trazar una línea con un lápiz de tal manera que al desplazarnos sobre la hoja de papel pudiéramos retomar, como puntos de una constelación, las preocupaciones más relevantes y recurrentes de estas poco más de 100 páginas del *Documento Verde*, descubriríamos sin mucho esfuerzo que hay una de ellas que nos obligaría, una y otra vez, a retornar, produciendo la sensación de dibujar círculos con nuestra mano.

Este punto imaginario de la constelación de ideas de «los Sabino» refiere al debate que gira alrededor de la composición social del movimiento peronista, uno de los aspectos fundamentales de la autocrítica aquí planteada.

Sin embargo, y del mismo modo en que sucede con los dilemas teórico-político en torno a la pertinencia del foco como metodología para viabilizar la lucha armada, o los debates sobre cómo organizar a la clase obrera, la emergencia de esta cuestión no fue privativa de quienes suscriben el *Documento Verde*, sino que involucró a un conjunto de organizaciones político-militares, abarcando el espacio de acción de las OAP y manifestándose de manera simultánea alrededor del año 1971.

El contexto socio político nacional brinda un conjunto de elementos para entender ciertos aspectos de este debate. En cierto sentido, podríamos decir que actúa como catalizador de discusiones larvadas y configura los tiempos y los modos para que finalmente se desarrollen.

Hagamos un breve repaso de algunos acontecimientos que tuvieron particular resonancia en el espacio de acción de las OAP. Para ello recordemos que relativamente poco tiempo atrás, tanto Montoneros como las FAP, en ese período que podría denominarse como el momento de configuración y reestructuración a partir de los «grupos originarios», se habían articulado en un proceso desarrollado sobre la base de una serie de acuerdos generales que reconocían en el peronismo «un movimiento de liberación nacional». Precisamente, este aspecto fue el centro de las inquietudes teóricas y prácticas vinculadas a cómo organizar a la clase obrera argentina.

El año 1971 es significativo en varios sentidos. El mes de marzo tuvo a la ciudad de Córdoba como protagonista de una nueva insurrección obrera, conocida como el viorazo.^[53] A diferencia de las movilizaciones de 1969,

[53] El por entonces gobernador interventor designado por Levingston, Camilo Uriburu, había declarado que «confundida entre la múltiple masa de valores morales que es Córdoba, por definición, se anida una venenosa serpiente cuya cabeza le pido a

estas estuvieron caracterizadas por un grado de organización más alto y siendo menos espontáneas. Además de contar con la participación de gremios tradicionales como Luz y Fuerza, se sumaron sindicatos clasistas y combativos como SITRAC-SITRAM.

Más importantes, sin embargo, fueron los elementos que apuntaron a un desarrollo y a los límites de la conciencia de clase entre los trabajadores (Pozzi y Schneider 2000). Las repercusiones de la revuelta protagonizada por el movimiento obrero cordobés tuvieron un efecto casi inmediato sobre la superestructura del gobierno militar, hecho que supuso que para fines del mismo mes Levingston dimitiera de su puesto y su lugar pasara a ser ocupado por el comandante en jefe del Ejército, el general Alejandro Agustín Lanusse. Quien poco tiempo después de asumir el mando del gobierno pondrá en marcha un plan estratégico Gran Acuerdo Nacional (GAN) que procuraría – según sus intenciones – una solución integral al convulsionado escenario político. Si bien Lanusse era consciente de que, dadas las circunstancias, cualquier salida a la crisis debía indefectiblemente involucrar al peronismo como factor de cambio en las variables puestas en juego, y existía una notable conciencia de la necesidad de incluir también al viejo caudillo, la inclusión del peronismo en el plan de transición a la vida democrática (Grammático 2011, pág. 34) no se desarrollaría sin mediaciones. Una de las principales condiciones que el régimen pretendía negociar con el líder exiliado, para permitir finalmente su incorporación al sistema político, era lograr que Perón repudiara públicamente el accionar de las guerrillas peronistas y manifestara su apoyo a los aspectos fundamentales del GAN (De Riz 2010, págs. 96-98). Es ampliamente conocida la respuesta anodina y esquiva, por no decir inexistente, que el régimen consiguió extraer del General, quien mantuvo la incertidumbre sobre sus intenciones, colaborando en cierto sentido a exacerbar la crisis política y militar en ciernes.

Finalmente, el hecho de que el GAN no generara demasiadas expectativas en ninguno de los sectores del variopinto abanico de la política nacional fue incuestionable. Paralelamente, la estrategia asumida por la oposición congregada en «La Hora del Pueblo», que había redoblado los esfuerzos para lograr imponer al gobierno militar el llamado a elecciones, fueron importantes elementos de presión que finalmente resultaron exitosos. Así, en el mes de septiembre de 1971 el presidente de facto Alejandro Lanusse, se vio forzado a fijar una fecha certera para el próximo llamado a elecciones nacionales, a realizarse en marzo de 1973 y también, que el nuevo gobierno asumiría dos meses más tarde.

Otro dato relevante de este agitado año se organiza alrededor de la realización del Primer Congreso de Sindicatos Combativos, Agrupaciones Clasistas y Obreros Revolucionarios, espacio que contó con el afluente de

Dios, me depare el honor histórico de cortar un solo tajo» de ahí provenía entonces el nombre «viborazo». Citado en Pozzi y Schneider (2000, pág. 62).

miembros del sindicato de la empresa Fiat SITRAC-SITRAM y comisiones internas y representantes de distintas entidades del interior del país. Aunque de reducida participación, interesa señalar la aspiración de este sector del sindicalismo de consolidar una coordinación y estructura a nivel nacional con una clara orientación política. En este último sentido, el Congreso se pronunció contra las «falsas opciones de la burguesía» representadas en el «GAN» y también en la «Hora del Pueblo» (Pozzi y Schneider 2000, pág. 65).

Estas cuestiones resultan significativas en tanto que de las concepciones políticas que más acabadamente definían a «los Sabino», necesariamente – y tal vez en primer lugar – debe mencionarse al clasismo. Sin negar por esto la existencia de otros factores intervinientes en la modulación de los discursos que en último término dieron forma al *Documento Verde*, resulta casi una cuestión matemática la preponderancia asignada a las contradicciones de clase dentro del movimiento peronista y sus derivas tanto teóricas como prácticas; entre ellas, la más evidente fue sin dudas la opción por el alternativismo. Una opción política e ideológica estructurada desde una mirada clasista, que adquiriría materialidad práctica en las experiencias de lucha contra las burocracias sindicales y la burguesía.

No obstante, para las organizaciones que formaban parte de la izquierda peronista, las significaciones políticas puestas en juego tras la opción alternativista de organizar a la clase obrera por fuera de las estructuras tradicionales del movimiento peronista o por el contrario abonar al sostenimiento y consolidación de dichas estructuras (movimientistas), no sólo suponía la adopción de una estrategia y una construcción política hacia el conjunto de la clase obrera. Cualquiera fuera el camino, estaba claro que esa decisión también comportaba una forma de incidir en el juego de intereses librado hacia el interior del movimiento, un enfrentamiento más o menos abierto por establecer el mando y la conducción hegemónica del mismo.

En este sentido, consecuentes con su «método de análisis», esto es, buscar las raíces del problema, «los Sabino» se plantearon rastrear los orígenes de tales contradicciones de clase; por ello, comenzaron por interrogarse:

«(...) ¿estas contradicciones surgen en el movimiento, en la coyuntura que comentamos? Evidentemente no. Son expresiones que se dan desde sus orígenes, que se clarifican a partir de 1955 y que afloran – de distintas maneras – acordes con las variaciones políticas del régimen. Varían según que la alternativa dominante sea la integración o la represión. (...) como consecuencia la clase obrera va a la zaga de los sectores burgueses enquistados en la superestructura del movimiento y del régimen».^[54]

Este pasaje es una clara muestra del modo que «los Sabino» eligieron para exponer su valoración sobre los orígenes del movimiento. Una crítica que se va modelando a través de la búsqueda de cierta científicidad, siguiendo

[54] *Documento Verde*, pág. 28.

la lógica del texto, a medida que la historia avanza y el movimiento se desarrolla; se puede suponer que las contradicciones de clase hicieron lo propio y fueron evidenciándose cada vez de manera más profunda, afirmándose en prácticas y actores concretos.

Así, llegada la década del setenta, estas mismas contradicciones se expresaron a través de distintos enfrentamientos que cada vez con mayor urgencia, requerían un posicionamiento de los sectores más jóvenes del movimiento, incluyendo por supuesto a aquellas organizaciones que, desde el exilio madrileño, el General había denominado «las formaciones especiales».

Particularmente interesa señalar una suerte de mecánica en el razonamiento y en la exposición de las ideas de la SN, como si la posibilidad de hallar en la historia de los orígenes del movimiento peronista las pruebas de aquellas contradicciones de clase, ayudara de por sí a comprender los desaciertos en la práctica política de las OAP y específicamente de Montoneros.

Esos anhelos fueron expresados con claridad en diversas oportunidades a través del entramado del *Documento Verde*:

«Había un análisis simplista, genérico y espontaneísta del peronismo, que, si bien se asentaba sobre innegables verdades históricas, no calaban ni se percataba de la profunda contradicción que se daba en el seno del movimiento. Así, se minimizaba el papel de la burocracia política o gremial en su verdadera función. La “idealización pequeño-burguesa” del peronismo nos hacía afirmar, que la clase trabajadora, en su seno, era hegemónica confundiendo el número con la fuerza (...). No habíamos aprendido – por ese culto al espontaneísmo que inconscientemente practicábamos – que el déficit fundamental era que la clase trabajadora había carecido de su organización independiente, de su organización clasista que permitiera asegurar su hegemonía en el movimiento y en el proceso revolucionario que se estaba gestando. La “idealización”, la ideologización de la lucha armada, nos convencía que bastaba el mero voluntarismo de un pequeño grupo de iniciados, mientras dejábamos a la clase trabajadora en su dispersa multitud, en su inorgánica cohesión, en manos de direcciones reformistas y claudicantes. Teóricamente teníamos vocación de masas, pero en la práctica política no aspirábamos a un movimiento en que la salida revolucionaria sea la consecuencia lógica y la dirección revolucionaria se convierta en la única posible. En definitiva, sin quererlo conscientemente, pretendíamos constituirnos como vanguardia del movimiento, pero caídos de la estratósfera (6)».^[55]

Finalmente, el hecho de que Montoneros subestimara las contradicciones de clase en el seno del movimiento, llevó a los escribas del *Documento Verde* a situar fundamentalmente a la política de masas implementada por la organización en el centro de la crítica. Esto en parte es así porque para el año 1972 Montoneros, lejos de darle la espalda a la burocracia de la CGT y

[55] *Documento Verde*, págs. 7-8. En el original figura una nota bibliográfica, (6): Véase Cooke: «La lucha por la liberación nacional», (conferencia en Córdoba sobre el operativo Retorno, 1964), *Documento Verde*, pág. 101.

aquellos «sectores burgueses enquistados en la superestructura del movimiento» – como pretendía este pequeño grupo de militantes recluidos en la cárcel de Resistencia – concluía sus apuestas en la ruleta de posiciones que giraba en manos del General Perón.

Por su parte, el viejo mandatario les había hecho varios guiños y los jóvenes montoneros decidieron arriesgar en pleno; la JP comenzaba vertiginosamente a vislumbrarse como la principal vía de llegada hacia las masas, Galimberti había sido nombrado como representante de los sectores juveniles en la Mesa Nacional del Movimiento Nacional Justicialista y – como para cerrar el círculo – poco tiempo después sería reclutado por Montoneros.

Tempranamente, incluso antes de constituirse en una organización independiente, «los Sabino, propusieron una manera diferente de vehiculizar una política de masas, o por lo menos para este momento, una manera divergente de teorizar sobre ella. Lo hicieron incorporando elementos de análisis y experiencias políticas que estaban por fuera de la mitología justicialista».

Estos elementos se expresan diáfanoamente a través de la visión que sostienen sobre el movimiento peronista:

«... las diversas tendencias y propuestas antagónicas, tienen sus orígenes en la historia misma del movimiento y expresan contradicciones de clase o sectores de clases. A modo de síntesis podemos decir; el proyecto del régimen ha fluctuado desde el 55 con dos caras respecto del peronismo: la integración y la represión.

»Estas dos tácticas, muestran a su vez, las contradicciones internas dentro del movimiento entre los sectores que expresan dentro del mismo, la ideología y la política de la burguesía, y los que expresan los intereses de la clase trabajadora. Esto se expresa con dos proyectos diferenciados, respecto del movimiento: el que tiende a integrarlo al sistema; y el que trata [a] partir de la fuerza de la clase obrera, destruir al sistema».^[56]

Por otra parte, el mismo debate se hallaba presente también en el seno de las FAP. Por ello no es casual que una copia del *Documento Verde* fuera enviada a su conducción nacional. Las FAP iniciaron un debate denominado «Proceso de Homogeneización Política Compulsiva», que entre sus objetivos se encontraba el de tratar de hacer converger el accionar de las organizaciones armadas peronistas con el desarrollo de las luchas populares. Los alcances de esta discusión deben medirse en sintonía con la coyuntura política nacional condicionada por la constante reconfiguración del escenario de la lucha social abierta por el Cordobazo y la estrategia aperturista del gobierno militar de Lanusse, que anunciaba un próximo llamado a elecciones. El caso es que entre 1971-1972 se desarrollaron ciertos debates de carácter estratégico en dos de las organizaciones político-militares más influyentes del período.

Para las FAP, la discusión fue impulsada y centralizada por la conducción nacional; del lado de Montoneros, el debate pretendía ser puesto en marcha

[56] *Documento Verde*, pág. 29.

por un grupo reducido de hombres que, además, como ya se dijo, estaban presos. A pesar del ingenio y esfuerzo puestos en la redacción del texto, la conducción de Montoneros rechazó de plano la propuesta. Como resultado, las discusiones y los interrogantes posibles fueron – como veremos más adelante – lisa y llanamente eludidos. Por ello, tal vez como plantean las teorías del campo psicoanalítico, cabe pensar que aquello que fue reprimido, coartado o suprimido, simplemente retorna. Es en ese sentido que «los Sabino» retoman el debate, para establecer un punto de partida que devendrá en una experiencia organizativa distinta a Montoneros.

Puntualmente, el *Documento Verde* plantea que «las vanguardias armadas – nosotros – por una falsa concepción del movimiento, hemos propuesto por ahora, sólo paternalmente un método, sin percatarnos que lo necesario era y es plantear correspondiendo a las necesidades de la clase, una organización independiente no sólo a nivel organizativo, sino político e ideológico que conforme la herramienta apta para la lucha por el socialismo».^[57]

La lógica con la que el texto se va desarrollando es rigurosa, mecánica, y en este apartado la trama textual del discurso está puesta al servicio de demostrar las implicancias políticas de una errónea o en todo caso condescendiente, lectura de la composición de clase del movimiento peronista – sostenida por los sectores movimientistas – este aspecto se vincula a su vez, como ya se ha señalado, con el debate de carácter más estratégico en torno a la clase obrera y su rol como sujeto histórico de la revolución.

«Los sectores burgueses (...) encaramados en la superestructura política como un proyecto reformista, nostálgico del pasado, juegan como cuña del sistema (...). Su política coincide con la del régimen, su programa es la integración de la clase trabajadora en el proyecto “nacional” de conciliación de clases, imposible de realizar entre el imperialismo y los sectores explotados (...). El desarrollo de estos grupos se asienta no en la movilización de las bases (que no representan) sino en el apoyo que puedan lograr en las clases dominantes para lo cual necesitan valerse de una estructura política (en este caso el Partido Justicialista) o sea la participación del movimiento para adecuarlo a las necesidades del régimen liberal que los legitima, como “representantes” del pueblo peronista».^[58]

Así planteado, el carácter estratégico del debate se manifiesta en aquellas posiciones que se denominaban alternativistas, que proponían líneas de acción en abierto enfrentamiento con los sectores de la burocracia del movimiento e intentaban poner en marcha de un proyecto y unos objetivos por fuera del *statu quo*.

[57] Aquí el «nosotros» refiere a Montoneros y no a quienes están en la redacción del *Documento Verde*.

[58] *Documento Verde*, pág. 31.

Estos posicionamientos se apoyaron en los ejemplos proporcionados por las nuevas expresiones del «clasismo» como alternativa a la organización comandada por la vieja guardia sindical peronista. En este camino, en el *Documento Verde* se propone abandonar la lucha política «dentro» del Movimiento para encauzar toda su fuerza en organizar, de manera independiente, al movimiento obrero, único sujeto al cual consideran históricamente revolucionario:

«[se] requiere reafirmar nuestro clasismo y recrear el movimiento desde sus bases, para asegurar la hegemonía de la clase obrera, sujeto histórico irremplazable de la revolución socialista. Y ese es el rol objetivo del peronismo en la historia actual del país (...). Es esta la concepción que divide frontalmente a las bases peronistas, sus proyectos de organización revolucionaria, de la burocracia entreguista que actúa en lo gremial como en lo político al servicio del sistema y dominando la superestructura del movimiento. Y lo prueba la lucha de los trabajadores peronistas en hechos que, como lo muestra la CGT de los Argentinos, SITRAC-SITRAM, señalan con todas sus limitaciones la búsqueda aún no lograda de un camino organizativo independiente de la burocracia y de la dictadura».^[59]

Desde la perspectiva alternativista, variadas y múltiples han sido las derivas que asumieron los análisis de la composición de clase del movimiento peronista, algunas de las cuales, como es el caso de las ideas moldeadas en el *Documento Verde* se sintetizaron en una consigna: «recrear el movimiento desde sus bases».

Con esta perspectiva y con esos objetivos se fundamenta una visión estratégica y se sostiene una definición del sujeto histórico de la revolución. Algunos conceptos o categorías que entran en juego en tal definición del sujeto, son habilitados desde una lectura materialista de la sociedad:

«(...) como peronistas lo asumimos plenamente. Somos conscientes que ser marxistas, saber a marxismo, no es equivalente a ser revolucionario (...) y es por eso que nos definimos históricamente como peronistas, que expresa la práctica política de la clase obrera argentina en su lucha por el poder. Y el marxismo, no lo reconocemos en un plano ideal, sino que debemos estar dispuestos a emplearlo – como ciencia – consecuente».^[60]

Peronismo y marxismo no deben ser entendidos, en los márgenes definidos por este documento, como dos concepciones políticas e ideológicas antagónicas, ya que la carga de significados otorgados a cada uno se complementan en función de lograr una concordancia lógica y práctica; así el marxismo pretende ser la lente con la que se analiza la realidad y el peronismo es per se, el sujeto histórico-político encargado de llevar adelante la revolución socialista.

[59] *Documento Verde*, pág. 33.

[60] *Documento Verde*, pág. 83.

Asimismo y contemplando que en los años sesenta y setenta gran parte de los trabajadores argentinos podían encuadrarse bajo los lineamientos del peronismo, también es cierto que la clase trabajadora estaba siendo interpe-lada por una serie de experiencias de nuevo tipo. Experiencias que nutrieron al movimiento obrero de características más complejas que por otra parte, no fueron tan fácilmente asimilables a la experiencia del peronismo.

En síntesis, puede decirse que los procesos de fuerte radicalización de la lucha obrera protagonizados por los nuevos sindicatos clasistas y combativos, representaron el inicio de un proceso que llevaba el germen de un modo de organización que no estaba contemplada en los márgenes abiertos por el peronismo como doctrina ideológico-política. Es decir que constituyen indicios de una nueva forma de vincular las reivindicaciones sindicales con las estrategias políticas, y aunque no desarrolladas, intentaron quebrar ciertas visiones clásicas sostenidas por el formato de organización sindical peronista.

El mito fundante y otros relatos

«(...) el significado de un relato brota en la intersección del mundo del texto con el mundo del lector. El acto de leer se convierte así en el momento crucial de todo análisis. Sobre dicho acto descansa la capacidad del relato de transfigurar la experiencia de lector».

Paul Ricoeur, *Educación y política*

Como ya se ha señalado, el hecho de haber sido redactado dentro de una cárcel sobrepresionó la escritura del *Documento Verde*. Así, los momentos de elaboración del texto estuvieron atravesados por una serie de circunstancias excepcionales que le concedieron una sobrecarga simbólica. De esta manera, el *Documento Verde* adquirió nuevos sentidos que con el tiempo se tradujeron en una serie de valores románticos o míticos que lo situaron como un mito fundacional, fundante.

Por ello, tal vez sea necesario sondear e interrogar un poco más acerca de los procesos colectivos y subjetivos que despertó la recepción del documento en los grupos militantes de las filas montoneras.

Insistamos – una vez más – con esta idea. Quienes redactaron el *Documento Verde* fueron referenciados, a posteriori, como «los escribas» o «los intelectuales de la SN». La operación de nominarlos de este modo los colocó en el lugar de padres fundadores de la nueva experiencia.

En este sentido, habría que señalar que cuando los y las militantes de las columnas montoneras recibían el *Documento Verde* no solamente se encontraban con un texto «prohibido» que había sido escrito y pensado por los primeros presos de la organización, sino que en ese proceso habían

participado algunos de sus fundadores. Todo esto no podía menos que aumentar las expectativas de lectura y acrecentar las dimensiones de un texto que ya rebasaba las cartulinas de color verde que lo contenían.

Lo que interesa particularmente destacar es que tanto dentro como fuera de la cárcel este texto – acaso podría decirse que es una cualidad de todos los textos – excedió su propia materialidad, prolongándose en las significaciones míticas, y fundantes que le asignaron los grupos receptores (receptores-lectores que no fueron los que originalmente «los escribas» habían supuesto).

Ya se ha hecho mención al especial proceso de escritura, plasmado en un cúmulo de papeles de cigarrillos, celosamente ocultos de los guardias y cuidadosamente sacados de la cárcel. Las múltiples intervenciones hechas «con paciencia de presos» constituyen en conjunto referencias, detalles, pinceladas del mito fundante.^[61] Una fotografía que se vincula directamente al texto y de allí, como si no hubiera solución de continuidad, los relatos de nuestros entrevistados, se ordenan, como si fuera resultado de tirar a través de un hilo invisible que lo anuda todo: el mito fundante, la escritura, «la salida del documento», la ruptura y todo lo que vino después, la experiencia de «los Sabino», o lo que es lo mismo – o no tanto – su propia experiencia en la SN.

Del total de entrevistas que he realizado, no existió un solo caso en donde no se hiciera una referencia explícita a la existencia del texto, así como también una reflexión sobre la incidencia que tuvo en la constitución de la identidad política y militante de los varones y mujeres que dieron vida a la SN. Incluso, más de la mitad de los testimonios recogidos comenzaron haciendo referencia al *Documento Verde*. En otros casos, una copia (la que

[61] Piera Castoriadis-Aulagnier ha señalado que todo grupo social – designando con este término al conjunto de sujetos que hablan la misma lengua y se rigen por las mismas instituciones – puede pronunciar un número indeterminado de enunciados, entre los cuales tendrá lugar la serie particular que define la razón de ser del grupo, el origen de sus modelos. Esta serie comprende al conjunto de los enunciados cuyo objeto es el propio grupo, conjunto más o menos complejo y flexible: los enunciados del fundamento (esta fórmula también puede escribirse como los fundamentos del enunciado) que son percibidos como palabras de certeza (de no ser así son dejados de lado y remplazados por una nueva serie). Al adherir a un grupo del campo social, «el sujeto se apropia de una serie de enunciados que su voz repite; esta repetición le aporta la certeza de la existencia de un discurso en el que la verdad acerca del pasado está garantizada». Finalmente el enunciado de los fundamentos vuelve al sujeto como enunciado fundador de su posición en el conjunto. Véase Castoriadis-Aulagnier (2004, págs. 160-163). Esta operación analítica nos ha servido a los fines de indicar ciertos modos discursivos que hemos observado en las narrativas de «los Sabino» y como estas han operado e interactuado en relación al mito fundante y las reacciones que despertó la llegada del documento.

fue editada como dossier de la revista *Lucha Armada en la Argentina*)^[62] se encontraba, no como al descuido, sino aplicadamente ubicada sobre la mesa en la que nos disponíamos a realizar la entrevista.

Algunas de estas referencias se desprenden del relato de Antonio, quien recuerda con precisión «la salida del documento definitivo, después de haberse hecho la corrección después de haber sido transcrito afuera aproximadamente debe haber sido junio-julio del 72, esa es la fecha... Pero el documento ellos (los militantes que estaban fuera de la cárcel) lo enganchan y empiezan a trabajarlo, por eso cuando nosotros salimos en libertad, ya hay un trabajo de discusión prácticamente dado, a partir justamente del Documento, que es lo que posibilita el surgimiento, también, digamos, de la autodenominada Columna Sabino Navarro y es columna porque evidentemente no había una decisión explícita tampoco de romper...».

Para quienes formando parte de la estructura de Montoneros comenzaron a simpatizar con las ideas que sostenía el «Documento Verde» hubo de manera cuasi automática repercusiones que se encausaron a través de la vía de la disidencia. Proceso que en efecto, o por defecto, se desarrollaría varios meses después de la llegada del texto a los espacios de base.

El caso es que el documento comenzó a circular y paso a paso generaba opinión, eso sí, no imaginemos, un paso que levantara demasiada polvareda, sino más bien uno sigiloso. Hubo pronunciamientos a favor, en contra y también silencios, es decir, despertó simpatías y enemistades.

Victorio recuerda la llegada del documento a Rosario, donde según sus propias palabras ya se estaba gestando «una rebelión». «Nosotros estábamos en la zona norte... [pero] nosotros vivíamos en la zona sur, entonces en un determinado momento nos plantean que nos integremos a la columna sur, nos pasamos a la columna sur, y ahí se estaba incubando toda la rebelión, producto de que había llegado el libro gordo de Petete».^[63]

La incipiente regional rosarina de Montoneros funcionaba hasta ese momento en dos columnas, la sur y la norte,^[64] los 9 o 10^[65] integrantes de la columna sur vieron en el *Documento Verde* la expresión más acabada de una serie de críticas que entendían era necesario debatir dentro de la organización y comenzaron a discutir los problemas allí planteados.

[62] *Lucha Armada en la Argentina*, n.º 6. Dossier «El Documento Verde», Buenos Aires (2006).

[63] He consignado en páginas anteriores que en la regional rosarina el *Documento Verde* también era denominado «el libro gordo de Petete».

[64] Algunos/as entrevistados/as se refieren a columnas, otros/as prefieren hablar de células dada la poca cantidad de militantes con que contaba cada zona. Nosotros nos referiremos a columnas porque entendemos que dicho concepto representa fielmente la estructura organizativa que Montoneros pretendía desarrollar en Rosario.

[65] Entrevista con Victorio. Rosario (abril de 2006).

Dentro de aquellos sectores que recibieron con entusiasmo la propuesta «autocrítica», pronto se organizaron los grupos fundadores de la SN, principalmente alojados en dos de las ciudades más industrializadas del país, Córdoba y Rosario.

Se sumaron, decía, a la idea original de llevar adelante un proceso de discusión y una revisión de la práctica y la política desplegada por la ya entonces más importante organización guerrillera de la izquierda peronista. En la vereda opuesta estaban todos aquellos y aquellas que se subordinaron – digámoslo así – a las definiciones oficiales de la dirigencia de Montoneros.

«(...) nos enteramos de que había salido un documento de los presos, que coincidía con nuestra postura, o nosotros coincidíamos con la postura de ellos, porque era mucho más, el hecho de que ellos estuviesen en cana le daba más posibilidad de una elaboración teórica mucho más profunda que la nuestra... y bueno, después vino noviembre del 72 con la venida de Perón, ahí ya estábamos prácticamente como decididos a una escisión de la “orga”, cosa que me acuerdo que a mí me provocaba mucha desazón ¿no? Por el hecho de que uno trataba de que el proceso revolucionario se extendiese y fuera uno solo, y ver que empezaba a haber divisiones, que empezaba a haber diferencias, inclusive entre compañeros y viejos amigos...».^[66]

Pese a la intención de poner en discusión el texto y las críticas allí plasmadas, ya se ha indicado que no hubo posibilidad de debate alguno. La intransigencia que Montoneros contraponía a debatir su propia práctica, su línea política, sus aciertos y errores, es un aspecto que ya muchos han señalado como tal vez el caso más emblemático de esta suerte de ceguera o sordera política, aunque mucho más tardío al que aquí consignamos, fue la carta que Rodolfo Walsh enviara a la conducción nacional.^[67]

Como respuesta a la iniciativa de aquellos que se manifestaron alentados por los debates que impulsaba el texto, la conducción nacional de Montoneros puso fin al intento de diálogo. Literalmente, expulsó a todos aquellos

[66] Entrevista realizada a Juan Carlos Granadero Baigorria (septiembre de 2005). Militante de la columna sur.

[67] Observaciones complementarias formuladas por Rodolfo Walsh al documento «Ideologismo y política» elaborado por el consejo Montonero en enero de 1976. Entre otras cosas Wash señala tres aspectos centrales: «(a) reconocer que las OPM (organizaciones político-militares) han sufrido en 1976 una derrota militar que amenaza convertirse en exterminio, lo que privaría al pueblo no sólo de toda perspectiva de poder socialista sino de toda posibilidad de defensa inmediata ante la agresión de las clases dominantes. (b) Definir la etapa como retirada en el aspecto estratégico y como resistencia en el aspecto táctico, sin fijarles límites temporales. Definir el conjunto del pueblo y en particular el pueblo peronista como terreno donde debe verificarse la retirada. (c) Definir el peronismo y la clase trabajadora como sujeto principal de la resistencia, y a la resistencia Montonera como parte de la resistencia popular» (texto completo disponible en <http://www.rodolfowalsh.org/spip.php?article2232>).

militantes que animaban la necesidad de profundizar aquellos planteos y postulados críticos.

En una extensa conversación y frente a la pregunta sobre cómo fueron las expulsiones, Victorio recordaba que «los que fuimos expulsados fuimos Susana, Mabel, la flaca, la petisa, el Loco Matías, el Duro, el Gordo y yo. Ocho o nueve... llegamos los que en ese momento estábamos encuadrados como Unidad Básica de Combate de Montoneros (UBC) y en ese momento el responsable de Montoneros acá era Perdía. En realidad toda la discusión y la pelea fue con él. Que tuvo una actitud absolutamente autoritaria, media facha. Pasando un informe de que nosotros teníamos relaciones horizontales con los cordobeses. Porque en Córdoba también estaba la columna norte y la columna sur. En la columna sur de Córdoba estaba el petiso Santiago, la petisa, el turco Tito un compañero que se murió que era un compañero del norte de Santa Fe. Nosotros manteníamos la discusión sobre las críticas del documento las llevábamos acá y en Córdoba. Entonces nos acusaron de mantener relaciones horizontales, de no querer operar, de indisciplina, todo el aspecto formal. En ningún momento se hizo mención a todo el planteo político que se hacía en el libro gordo. Cuando salen los presos, hay un montón de compañeros que habían estado en la cárcel que quieren tener una discusión con nosotros. Y yo me acuerdo que en ese momento vino el Fredy Ernst, que era uno de los dirigentes de Santa Fe, que después lo matan en el 75, y ¿quién más? Bueno el cabezón Vélez tenía relaciones con el grupo original, con la Arrostito, se hicieron acercamientos por varios frentes. Y la conducción nunca modificó la posición, tal es así que durante un tiempo nosotros nos seguimos llamando Montoneros, Montoneros Columna José Sabino Navarro».^[68]

En la ciudad de Rosario – expulsiones mediante – los destinos de los militantes que tomaron como propias las líneas que se plantearon en aquel «enunciado fundante» confluirían en un mismo camino. En esta clave la llegada del *Documento Verde* marca el inicio de una experiencia política vinculada al desarrollo de una identidad militante que se irá reconfigurando con el devenir de la propia historia de la nueva organización.

«Y el 25 de mayo del 73 ya éramos Sabino, o sea que entre julio y mayo se produce la fractura y cuando vino Perón en noviembre del 72 todavía estábamos y ahí en ese momento estalló, al día siguiente de la llegada de Perón hubo una reunión, me acuerdo que estaba el Loco, el Duro, yo, el Sábalo (Perdía), en Villa Diego a la orilla del río, estábamos parados ahí a la orilla del río discutiendo y el Loco... ah! nosotros cuestionábamos las tres cuestiones básicas, que eran que el peronismo no era el movimiento de liberación nacional, que Perón no era el conductor estratégico de la guerra revolucionaria, y el tema de la burocracia. Entonces Perdía lo corre con que ustedes al final desconocen el peronismo y qué sé yo, y el Loco dijo –“el viejo es un hijo de puta” y Perdía dijo –“no te voy a permitir que digas eso de Perón!!!” –“sí, es

[68] Entrevista con Victorio.

un hijo de puta!” y escarbaba con un palito en la arena. Esos eran los términos de la discusión. Y ahí se pudrió mal».

Mabel militaba junto a Victorio, su marido, cuando la insurrección comenzaba a germinar en la columna sur. Y a contramano de otros relatos^[69] recordaba los días en que la «orga» había dado curso a las sanciones «... Me acuerdo cuando me llegó la carta,^[70] porque tuve el gran privilegio de que un amigo nuestro, un amigo del alma con el cual habíamos compartido toda la militancia dentro de Monto, quedaba del otro sector, y él me trajo a mi casa una carta, llegó a mi casa tocó timbre, me dice – mirá te traigo esta carta – yo la recibo, hablo un rato con él y se va. Cuando abro la carta era una carta de la dirección de montoneros donde decía que quedábamos expulsados de la organización tal, tal y nos nombraba a todos... bueno en ese momento nos decretan la expulsión y nosotros empezamos a funcionar como Sabino Navarro acá, en Córdoba, en Buenos Aires».

A partir del momento en que se hicieron efectivas las expulsiones en las distintas regionales, comenzó el proceso de confluencia de los distintos sectores disidentes, enmarcado fundamentalmente por los debates propuestos en el *Documento Verde* y alentados por la necesidad de encontrar una práctica política común.

Asimismo, los contactos para formar esta nueva experiencia se sustentaron y desarrollaron sobre los cimientos que les proporcionó la estructura previa de Montoneros,^[71] estructura de la cual provenía el grueso de los militantes de la SN. Incluso muchos de los fundadores de la SN se conocían personalmente por haber compartido sus primeras incursiones en la militancia política previa al surgimiento de Montoneros en ámbitos juveniles o estudiantiles (MEUC/MUCO/ATENEOS).^[72]

En síntesis, el sentido inicial del «enunciado fundante» era fomentar la posibilidad de una autocrítica en torno a la práctica política de Montoneros,

[69] Llama la atención que en los relatos y memorias de Cirilo Perdía, que ya hemos mencionado en el capítulo 1, existen notables olvidos y omisiones vinculados a las expulsiones producidas en la ciudad de Rosario de la Regional Litoral de Montoneros. Allí el ex jefe Montonero relata que la ruptura, protagonizada por la disidente columna Sabino Navarro, fue consecuencia de no acordar en términos políticos, con la posición de exigir elecciones sin proscripción, tomada por la Conducción Nacional, exigencia que se enmarcaba, en el contexto del GAN recientemente lanzado por Lanusse (Perdía 1997, pág. 110).

[70] Consigno solamente que en el relato de Ignacio también hay referencia una carta que la conducción nacional habría escrito en respuesta al *Documento Verde*.

[71] Este aspecto viene a explicar, en parte, el grado de desarrollo organizativo que alcanzó la SN en un breve período de tiempo.

[72] MEUC: Movimiento de Estudiantes de la Universidad Católica (Santa Fe), MUCO: Movimiento Universitario Cristo Obrero (Córdoba). El Ateneo (Santa Fe): agrupación estudiantil vinculada a los Colegios Mayores.

establecer un diálogo con Montoneros, desde Montoneros. Resignificado, tomado como enunciado propio y como objeto de identificación, el *Documento Verde* se constituía en el primer eslabón de una cadena de acontecimientos que iniciaban una nueva experiencia política.

Así, el documento que originariamente había sido pensado como punta-pié para tal vez – y en todo caso – modificar la línea política de Montoneros, tomaba un rumbo diferente. Sus interlocutores definitivamente eran otros que aquellos que «los escribas» habían imaginado y el documento se instituía – al estilo de las cartas orgánicas de los partidos decimonónicos – como documento fundacional. En el mismo sentido se constituía como un lugar privilegiado de referencialidad de esa nueva identidad política y militante de los varones y mujeres que dieron vida a la organización político-militar Montoneros Sabino Navarro.

Capítulo 2

La(s) línea(s) política(s) hacia los frentes sindicales

«Cuando nuestras fuerzas son mínimas es legítimo y natural nuestra decisión de consagrarnos al trabajo entre los obreros y de condenar severamente toda desviación de esta línea; entonces la tarea estriba por completo en consolidarnos en el seno de la clase obrera».

Lenin, *¿Qué hacer?*^[1]

Tras ocho años de silencio, la revista *Pasado y Presente* volvía a publicarse en el invierno de 1973. En la editorial de su reaparición, fechada en el mes de junio, afirmaba la importancia de establecer los días 11 de marzo y 25 de mayo del año que transcurría como fechas emblemáticas de profundos procesos sociales y políticos. Así, sostenía que «... la primera marca el cierre de una etapa, abierta en 1966, en la que el capital monopolista extranjero, figura predominante en la estructura productiva de nuestra sociedad, despliega avasalladoramente una ofensiva para consolidar ese poder económico como poder político. Esa ofensiva chocó, claramente desde 1969, con la resistencia

[1] Citado en: *Documento Verde*, pág. 50. Nótese que la frase del revolucionario ruso está someramente adaptada. Transcribo aquí la cita original que corresponde al siguiente párrafo: «¿Tenemos bastantes fuerzas para llevar nuestra propaganda y nuestra agitación a *todas* las clases de la población? Pues claro que sí. Nuestros “economistas”, que a menudo son propensos a negarlo, olvidan el gigantesco paso adelante que ha dado nuestro movimiento de 1894 (más o menos) a 1901. Como “seguidistas” auténticos que son, viven con frecuencia aferrado a ideas del período inicial, pasado hace ya mucho, del movimiento. Entonces, en efecto, nuestras fuerzas eran tan pocas que asombraban, entonces era natural y legítima la decisión de consagrarnos por entero a la labor entre los obreros y condenar con severidad toda desviación de esta línea, entonces la tarea estribaba en afianzarse entre la clase obrera». En: <http://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1900s/quehacer>.

de los grupos representativos de las clases sociales afectadas y el país entró en una ola de convulsiones que finalmente impidieron la estabilización de un modelo político autoritario...».^[2] Y continuaba diciendo sobre la segunda que «alcanzó y sobró para bloquear a la política del Gran Acuerdo Nacional, para hacer replegar a sus protagonistas, para enterrar las ilusiones de continuismo. Pero sería suicida pensar que las fuerzas vencidas no habrán de reagruparse tras la primera etapa de confusión. Más aún, no advertir que ese reagrupamiento habrá de incluir a fuerzas que participaron de la coalición triunfante...».^[3]

El sensato análisis de *Pasado y Presente* daba en el centro de aquellos que serían los principales dilemas a los que se enfrentarían ciertos sectores que, habiendo apoyado y celebrado la victoria del FREJULI, se verían una y otra vez en la encrucijada que les planteaba el Pacto Social. Un programa de gobierno que demandaba la colaboración del empresariado y fundamentalmente, de las estructuras sindicales para garantizar la mentada «paz social».

Sin embargo, pese a que su implementación supuso un freno a las demandas salariales, no puede decirse que haya clausurado los procesos de lucha que en elevado número llevaron adelante ciertos sectores del movimiento obrero. Procesos que se revelaron a través luchas reivindicativas como las mejoras en las condiciones laborales, la reincorporación de trabajadores despedidos o los enfrentamientos con la burocracia sindical protagonizados por sectores combativos y clasistas (James 1990; Torre 1993 y Pozzi y Schneider 2000).

De hecho, la indisciplina de los trabajadores frente a los defensores del Pacto Social emergió, en muchos casos, de las propias filas del movimiento. Los tres años de gobierno peronista fueron tiempos de intensos debates y enfrentamientos desarrollados no solamente en el interior del movimiento,^[4] sino también en el seno de las relaciones sociales de producción del sistema capitalista. Dicho de otro modo, aquellos fueron años donde la clase obrera vio afectados sus intereses en varios sentidos y experimentó un creciente malestar. Esta situación devino en la apertura de nuevos escenarios de conflictos, entre ellos los que surgieron a raíz de la aplicación de ley de Asociaciones Profesionales (Torre 1993; James 1990; VVAA 1999; Andújar y Santella 2007 y Lorenz 2007).^[5] También en este breve período se

[2] *Pasado y Presente*, n.º 1. Buenos Aires (1973), pág. 1.

[3] *Pasado y Presente*, n.º 1. Buenos Aires (1973), pág. 22. La segunda fecha indicada por los editorialistas (el 11 de marzo) es analizada por Juan Carlos Portantiero en una nota titulada: «Antes y después del 25 de mayo. La “larga marcha” al socialismo en la Argentina».

[4] Los enfrentamientos entre la «derecha» y la «izquierda» del movimiento peronista son analizados en el próximo capítulo.

[5] La nueva ley de Asociaciones Profesionales 20.615, aprobada en el Congreso el 29 de noviembre de 1973 y publicada en el Boletín Oficial del 17 de diciembre del mismo

evidenciaron con más claridad que en otros momentos las contradicciones y ambigüedades entre los sectores trabajadores y la burocracia sindical.

Esa misma burocracia que desde fines de la década del sesenta había comenzado a sostener una marcada identidad política-ideológica asociada a ciertas capas de las clases trabajadoras, parcialmente desclasadas, que jugaron el papel de intermediarias en las relaciones de fuerzas entre capital y trabajo (Löbbe 2009, pág. 42).^[6]

No obstante, el problema de la burocracia no será analizado aquí desde una matriz sociológica, o contemplando su carácter de grupo de funcionarios dentro de una administración compleja, ni se intentará encontrar una definición de burocracia que discuta sobre los aspectos «democráticos» o autoritarios de ciertas prácticas gremiales; por el contrario, la propuesta es abordar el problema de la burocracia interrogando los distintos tipos de documentos y dialogando con los modos en que una organización pensaba y definía cierta línea política en relación a la «burocracia sindical».

Dicho aspecto deviene particularmente sensible en el análisis de la experiencia de «los Sabino», teniendo en cuenta que en las páginas iniciales he mencionado la vital importancia que revestía – desde una perspectiva teórica – el rol asignado a la clase obrera en el desarrollo de un proceso revolucionario.

Por ello y consecuentes con ciertas definiciones adoptadas al respecto (me refiero particularmente a los debates en torno a las definiciones «alternativistas»), la SN abandonó todo intento por disputar superestructuralmente con la ortodoxia peronista y (re)encauzó el trabajo de inserción hacia los frentes de masas, priorizando el trabajo fabril y barrial. En esta clave, «los Sabino» desarrollaron y sostuvieron frentes de inserción hacia la universidad, siendo esta un espacio privilegiado de debate y confrontación política, dentro y fuera del movimiento. No obstante, el movimiento estudiantil nunca fue el centro de la política partidaria. Estaba claro desde un principio que la prioridad pasaba por organizar al sujeto históricamente revolucionario, es decir a la clase trabajadora.

En definitiva, se trata de revisar un abanico de variables tácticas y ciertas modalidades de inserción asumidas por la SN (una organización clasista, peronista y antiburocrática) que pusieron en juego un conjunto de definiciones estratégicas y constitutivas de una identidad militante. Particularmente, me detendré en los aspectos vinculados a la experiencia sindical, dejando las prácticas de implantación barrial en un segundo plano, aunque han sido sugeridas y contempladas en virtud del análisis general.

año, prolongaba el mandato de las conducciones gremiales (de dos a cuatro años), no establecía representación para las minorías, permitía a los dirigentes sindicales revocar el mandato de los delegados de fábrica y autorizaba a las Federaciones a intervenir los sindicatos afiliados a ella.

[6] También puede consultarse VVAA (2010).

La militancia en las fábricas

Victorio descubrió el mundo de la militancia promediando la década del sesenta de la mano de un cura tercermundista, en su pueblo natal en la provincia de Santa Fe. Poco tiempo después, en el año 1968, se trasladó a la ciudad de Rosario, para comenzar sus estudios en la carrera de Periodismo en la Universidad Católica. Al llegar a Rosario se instaló en una pensión por la que transitaban numerosos personajes representantes del diversificado e incipiente campo de las organizaciones revolucionarias. Prontamente integraría una de ellas, ingresando primero a las FAP y luego a Montoneros, organizaciones en las que compartió la militancia junto a su compañera, Mabel.

Juntos también protagonizaron la ruptura con Montoneros que desembocaría en el nacimiento de la autodenominada Columna Sabino Navarro.

Durante el tiempo que estuvo en «los Sabino», su militancia se vincularía particularmente con los asentamientos industriales alojados en el cordón industrial del Gran Rosario para terminar estrechamente ligada a los avatares de Villa Constitución y las luchas sindicales de la lista Marrón. En mayo de 1975 fue detenido en la Jefatura de Policía de Rosario y permaneció encarcelado hasta mediados del año 1981.

Partiendo de las premisas desplegadas en aquel texto fundante, «los Sabino» se volcaron principalmente a desarrollar la creación de un frente sindical. Y aunque en algunos casos se tratara de experiencias que ya contaban con un trabajo previo, el objetivo fijado suponía la posibilidad de desarrollar la autoorganización de la clase obrera y el pueblo peronista. Dos categorías que «los Sabino» hilvanaban discursiva y retóricamente, pero que tendían a equipararse a un único sujeto definido históricamente, la clase trabajadora.

En las páginas iniciales se hizo alusión a la existencia de otras experiencias de organizaciones político-militares del período que se «propagandizaban» a través de operativos militares contra empresarios o burócratas, como las que llevaron a cabo el PRT-ERP o Montoneros (Gillespie 1987; Pozzi 2006; Pasquali, 2007; Carnovale 2011). El caso de «los Sabino» se distanciaba significativamente de este tipo de procedimientos y como veremos más adelante, sus acciones armadas en ningún caso estuvieron ligadas a la propaganda política.

Por otra parte, la línea política desplegada en el ámbito de la fábrica fue la de la autoorganización de la clase y el enfrentamiento con los sectores patronales y la burocracia. Tal vez entonces, debamos comenzar por responder aquellos interrogantes iniciales: ¿cómo se organizaba el frente sindical de la Sabino Navarro?, o ¿qué objetivos específicos perseguía?

En principio he de consignar que su inserción fabril, más allá de la voluntad y los objetivos, no fue una experiencia homogénea, no sólo por la diversidad de niveles de desarrollo y politización alcanzados en las distintas regionales, aspecto que en parte se explica por el devenir de una cultura y

cierta experiencia^[7] de los/as trabajadores/as de cada región, sino también por las variables tácticas desplegadas por la propia organización.

Ahora bien, si desde una perspectiva estratégica el objetivo buscado era desarrollar la «autoorganización de la clase para su emancipación» (consigna esgrimida por las corrientes de la autodenominada alternativa independiente), también hay que señalar que dicho objetivo se articulaba necesariamente con ciertas modalidades de construcción política e intervención en la realidad social.

En primer término, dicha articulación se contraponía a las estructuras donde encarnaban las prácticas y las políticas de la burocracia sindical y la ortodoxia peronista. En segundo lugar, había una disposición a generar los dispositivos idóneos para organizar a la clase en el ámbito de la fábrica: comisiones internas, cuerpo de delegados, o incluso algún «artefacto» que los mismos trabajadores pudiesen crear. Disposición para organizar a los y las trabajadores/as.

En esta clave, la experiencia sindical de la SN es una muestra de ciertos modos de concebir y construir las relaciones sociales y políticas con el movimiento obrero que son posibles de analizar a través de sus variables tácticas.

Por un lado, se visualiza la tendencia a fortalecer un tipo de nexo o articulación política con los «dirigentes naturales» (referentes) que surgían en la fábrica o el gremio, y a partir de ese vínculo se esperaba expandir el arco de llegada de la SN al conjunto de los trabajadores nucleados allí. Pero también, favorecía modos de inserción con mayores niveles de organicidad que estimulaba la pertenencia e identificación de los trabajadores con una agrupación alineada a la SN. Tal es el caso de Peronismo Descamisado, experiencia de organización fabril y barrial desarrollada en Córdoba hacia el año 1973.

Ambos fueron los mecanismos a través de los cuales la SN desarrolló su política de inserción en la clase obrera y ambos dispositivos constituyen modos de inserción que hacen a una determinada experiencia que si no fuera por el inestimable valor de los relatos orales que acompañan y contextualizan las parcializadas huellas escritas que lograron conservarse, hoy permanecería prácticamente invisibilizada.

Un ejemplo de ello se encuentra graficado en la revista *Militancia* donde con alboroto se anuncia *el nacimiento del Peronismo Descamisado*.^[8] Sin embargo, la nota – sobre la que volveré más adelante – no hace mención alguna a la posible vinculación política entre este y la Sabino Navarro, la organización que efectivamente le diera impulso.

[7] Desde la perspectiva thompsoniana, el concepto de «experiencia» remite a los procesos sociales, políticos y culturales que confluyen en el desarrollo y formación de la clase obrera en tanto sujeto histórico. Véase E. P. Thompson (1977).

[8] *Militancia*, n.º 31. Buenos Aires (1974), pág. 30 (destacado en el original).

Sintéticamente y a modo de presentación. El Peronismo Descamisado fue el resultado de la articulación por la base de distintos colectivos militantes desarrollado en Córdoba e impulsados por «los Sabino». A diferencia por ejemplo de la JTP (la herramienta sindical de Montoneros), este no fue desarrollado a nivel nacional ni se expandió en otras regiones.

Por el momento digamos que la construcción y desarrollo de la JTP garantizaba a Montoneros una presencia y cierta referencialidad orgánica que pareciera no despertar demasiado interés por parte de «los Sabino». Haciendo un contrapunto con las organizaciones político-militares que devinieron hegemónicas en el período, podemos inferir que la política sindical de la SN presenta matices, sutiles diferencias en torno al rol asignado a la clase obrera como sujeto histórico revolucionario.

Una de ellas se ubica en la propia dimensión de la experiencia sindical de «los Sabino», dimensión que es diversa y que no puede ser englobada bajo una misma denominación. En pocas palabras, la SN desplegó distintas líneas de intervención en el movimiento obrero, variantes que se adecuaron a las condiciones de desarrollo alcanzadas por los trabajadores y las trabajadoras en las distintas regionales, a las necesidades y objetivos fijados por ellos y la organización.

Por ello y a los efectos de lograr una representación y comprensión del universo de dichas prácticas, propongo abordar la experiencia de la agrupación Peronismo Descamisado – que como ya he dicho refiere a los frentes barrial y sindical de Córdoba – y la experiencia desarrollada en el cordón industrial del Gran Rosario.^[9]

La elección no ha sido arbitraria ya que se trata de los dos enclaves vinculados a la SN que alcanzaron el mayor y más complejo desarrollo político y organizativo. Asimismo, se trata de experiencias que nos han legado un significativo caudal de información contenida en documentos escritos y testimonios orales.

Más allá de las diferencias entre ambas regionales, la SN apuntaló – con el objetivo de consolidar la autonomía de las clases trabajadoras – el desarrollo de ciertas formas organizativas que los trabajadores pudieron concebir. Allí donde el devenir propio de la lucha de clases permitió el desarrollo

[9] Es un dato sabido pero consignémoslo igualmente, que allí se encontraban establecidas varias de las más grandes industrias de la zona nacidas bajo el gobierno de Arturo Frondizi, que fomentó el desarrollo industrial de alta tecnología. Dichas industrias también se caracterizaron por pagar altos salarios en comparación con los sostenidos en las ramas de la industria tradicional. En la ciudad de San Lorenzo (al norte de Rosario) se hallaba alojada, desde mediados de los años sesenta, la empresa Petroquímica Argentina Sociedad Anónima (PASA); junto a establecimientos como Sulfacid, algunas industrias ceramistas, aceiteras y otras vinculadas a la producción de jabón; el conjunto configuraba en la región un escenario ideal para que las florecientes organizaciones políticas desplegaran una política tendiente a la captación de la clase obrera. Véase Viano (2000).

de herramientas o modos de organización vinculados al ámbito de la producción, la SN los potenció (comisiones internas, cuerpos de delegados, coordinadoras interfabriles). En esta clave podría decirse que asumieron un rol similar a aquel que el teórico y revolucionario italiano asignara al partido en el proceso de gestación de los consejos de fábrica. Un «agente consciente» que acompaña e impulsa cierta experiencia de la clase, pero no se sitúa ni como tutor, ni sustituto del sujeto (Campione 2007, pág. 28).

Del mismo modo debemos representarnos la modalidad de inserción fabril vinculada a la experiencia de Peronismo Descamisado. En este caso, aunque desarrollado fuera del ámbito de la producción, surge como resultado de un proceso iniciado en la propia clase. Se trata de un dispositivo de intervención que, desde su misma constitución dialogaba íntimamente con las formas organizativas creadas por los propios trabajadores. Veamos ahora más de cerca las dos experiencias anunciadas aquí.

La militancia en el cordón: una rueda de auxilio

«Instrúyanse, porque necesitaremos toda nuestra inteligencia. Conmuévanse, porque necesitaremos todo nuestro entusiasmo. Organícense, porque necesitaremos de toda nuestra fuerza».

Antonio Gramsci^[10]

Un buen punto de partida para visualizar los modos en que se materializó la experiencia gremial de la SN en el Gran Rosario y aproximarnos a la cotidianeidad de la militancia, lo constituyen los relatos de ex integrantes del frente sindical.

Para ello es necesario trasladar el prisma de observación hacia aquel cordón de industrias que se extiende desde el límite de la ciudad hacia el norte, bordeando el río marrón y atravesando un conjunto de localidades entre las que se destacan Capitán Bermúdez, Granadero Baigorria y San Lorenzo, que devino epicentro de la actividad sindical y barrial de «los Sábino».

Para Victorio se trataba «de llevar a la práctica la crítica que le hacíamos a los montos con respecto al verticalismo, al movimientismo, al priorizar el trabajo superestructural y no éramos a mi entender basistas como era el PB, pero estábamos en la búsqueda de lo que llamábamos los dirigentes naturales, los liderazgos que estaban surgiendo en el momento, fundamentalmente en las luchas sindicales, había una generación muy interesante».^[11]

[10] *L'Ordine Nuovo*. El primer número del periódico dirigido por Antonio Gramsci, editado el 1º de mayo de 1919, llevaba la conocida frase como encabezamiento.

[11] Entrevista con Victorio.

Como se verá, esa búsqueda no se traducía en la incorporación de los «dirigentes naturales» en la estructura de la SN, ni intentaba revertir la «natural» distancia entre aquellos que formaban parte de la estructura fabril y «los Sabino». Estos, por otra parte, contrariamente a lo que podría suponerse, tampoco optaron por la proletarización de sus militantes orgánicos. Es decir que el vínculo generado con los trabajadores y trabajadoras del *cordón* revestía ciertas particularidades, entre las que se destacan las relaciones establecidas con un conjunto de referentes gremiales.

Quizás la relación que «los Sabino» establecieron con José López puede considerarse como paradigmática de ese modo de vinculación. Antonio recuerda los inicios del acercamiento a quien todos recuerdan como «la chancha López...» «la Chancha era un dirigente nato, que cuando lo descubrimos él estaba como un compañero de la JP más; ardoroso y fervoroso admirador de Montoneros... cuando me pongo yo a hablar con él, descubro que el tipo laburaba en Sulfacid, entonces la pregunta es “¿qué mierda haces vos en un acto de una básica?, vamos a hablar de lo que tenemos que hablar, que es de la fábrica” y se establece una relación muy fuerte en donde él que ya era comisión interna a partir de la relación política, de la discusión política vamos avanzando sobre cuestiones... suponete había un conflicto, había que sacar un volante, yo escribía el volante, la Chancha lo leía, y me decía “no esto no, no lo entienden los compañeros, corregí acá, esto no, esto no...” y después que lo leía recién el volante se imprimía y salía así. Era ese tipo de vínculo que te digo donde realmente estaba la cuestión integrada, si bien es cierto que uno seguía siendo clandestino...».

El desarrollo de la relación entre Antonio y Lopez, y de manera más general entre la SN y los «dirigentes naturales», puede alumbrar ciertos aspectos que devienen esenciales en la concepción política que sostenía la articulación con el movimiento obrero.

Antonio vivía con su familia en una casa de Rosario, y en el auto recorría, junto a Victorio, los centros neurálgicos del parque industrial del *cordón*. En cada visita discutían con sus «contactos» en torno a diversas situaciones que se presentaban en la fábrica. En una ocasión, «leyendo en un *Ámbito Financiero*, en un *Cronista Comercial* leo que un descarrilamiento que había ocurrido en Minera Aguilar, en Salta o Jujuy, y me llama la atención el material que transportaban los vagones, que era la blenda, la blenda,^[12] y yo se la había escuchado nombrar a la Chancha, era la materia prima con la que ellos trabajaban, en el mes de enero-febrero siempre licenciaban al 50 % del personal, por falta de materia prima. Y en realidad en el proceso de producción, o los tipos hacían una suerte de reconversión o de reprogramación en el sistema productivo, porque en realidad de la blenda salía no solo el ácido sulfúrico, que era lo primero que se obtenía, sino que salía cadmio y oro, el cadmio que era más caro que el oro todavía, y sobre eso

[12] Sulfuro de zinc, se utiliza para extraer el zinc.

es lo que hablábamos hoy, los puertos de San Lorenzo fueron eternamente puertos piratas donde nadie controlaba nada de las exportaciones, el asunto es que después descubrimos la relación, que Minera Aguilar era de Bunge & Born,^[13] y Sulfacid era de Bung & Born, y que los descarrilamientos se producían a propósito, y que a ellos en la fábrica les decían que había falta de materias primas. Juntamos los elementos y hacemos el volante, que tal vez fue el volante más explosivo de todos, que fue haber descubierto la lógica del sistema de producción que sostenían ellos...».^[14]

Para él la «militancia consistía en eso, en partir con el auto a la mañana temprano y empezar a hacer contactos con los compañeros».

En ese «hacer contactos con los compañeros», en ese transitar y caminar el cordón, en ese diálogo permanente se encuentran albergados la mayoría de los recuerdos de Antonio. En su relato la militancia sindical nunca es ajena a la interacción con «el otro». Es que la experiencia sindical de la SN, una experiencia alojada en las fábricas del cordón industrial, hoy es evocada más como un «acompañamiento» de las expresiones más organizadas de la clase que una inserción en términos clásicos.

«Yo me voy a laburar a la zona norte de Rosario, concretamente a San Lorenzo, Puerto San Martín, Capitán Bermúdez (...), estoy hablando de junio-julio de 73. En una básica que estaba en Puerto San Martín, lo conozco a “Potongo” Camuglia^[15] que era un compañero despedido de la aceitera que estaba en Puerto San Martín, comenzamos a recorrer la provincia y el país con el tema de la recuperación del sindicato aceitero, también estaba la relación con el sindicato ceramista... y esto que te relataba ayer en *off the records* habían cerrado la fábrica Molinos del Río de la Plata por el tema del propio sindicato, por la relación dura que se había establecido con el sindicato, los tipos prefieren directamente trasladar la fábrica a otro lugar y el sindicato queda como un sindicato fantasma. Que era el lugar de reunión nuestro, el sindicato aceitero vaciado, porque en realidad no había ningún afiliado más ya en el sindicato aceitero. Sin embargo era un poco en el intento de ir coordinando una serie de prácticas comunes, el PB tenía algunos cuadros políticos en la conducción del sindicato PASA, donde no había nada así era en petroleros que era todo el... formaban parte de la CGT, pero vuelvo a insistir, los aceiteros de Puerto San Martín, los ceramistas, el sindicato PASA petroquímico [SOEPU], después la enorme influencia que tiene la Chancha López, a partir justamente de la comisión interna de Sulfacid y luego viene la conquista y recuperación del Sindicato Jabonero... Y bueno, era todo, dentro del cordón industrial no eran pocas las relaciones políticas que teníamos con todos ellos. ¿Cómo actuaba la SN en todo esto? Bueno fundamentalmente en la vinculación política a través de los cuadros políticos, y desde el punto de vista de la infraestructura, con la infraestructura que fuimos consiguiendo».

[13] Bunge & Born posee en la actualidad un paquete minoritario de acciones.

[14] Entrevista con Antonio Riestra. Santa Fe (marzo de 2006).

[15] Roberto «Potongo» Camuglia, fue detenido clandestinamente por fuerzas represivas de la última dictadura militar el 24 de Julio de 1976, continúa desaparecido.

El Sindicato de Obreros y Empleados Petroquímicos Unidos (SOEPU) fue la organización de los trabajadores de la empresa Petroquímica Argentina Sociedad Anónima (PASA), por aquellos años la poseedora del complejo petroquímico más importante de América Latina. PASA terminó de establecerse en la localidad de San Lorenzo en 1964 y desde entonces hasta el golpe de estado de 1976 empleó entre ochocientos y mil obreros. En este sentido, Débora Cerio ha señalado que la forma organizativa del SOEPU estaba «caracterizada por el ejercicio de la democracia obrera: las decisiones se tomaban exclusivamente en función de mandatos de asamblea y a través del mecanismo de cuerpo de delegados y no había dirigentes rentados que pudieran favorecer tendencias a la burocratización. La otra constante fue el emprendimiento de numerosas luchas, tanto en el plano reivindicativo como en el intento de cuestionar más profundamente el orden político y social». De esas luchas me interesa particularmente destacar el proceso de autogestión de la producción, desarrollado en los meses de agosto-septiembre de 1974, durante el cual los trabajadores organizados en comités de fábrica agenciaron la planta, autónomamente, sin intervención del personal jerárquico, logrando récords de productividad en ese lapso^[16] (Cerio 2007).

La revista *Puro Pueblo* en el mes de agosto de ese año celebraba el proceso de autogestión de la producción gestado en «PASA Rosario: los petroquímicos siguen llevando el conflicto adelante con control obrero de la producción y por la nacionalización de dicha empresa imperialista. Los obreros aumentaron el ritmo de la producción, continuaron con todos los trámites administrativos de la empresa, cobraron sus sueldos y mantienen normalmente las ventas de sus productos ¿PARA QUÉ SIRVEN LOS PATRONES? Para llenar sus bolsillos de sudor ajeno».^[17]

Las experiencias de lucha y organización, particularmente aquellas que se desarrollaron desde fines de los años sesenta, devinieron vitales para la constitución de una cultura obrera que favorecía y abonaba la democracia obrera, el clasismo, la solidaridad y coordinación en la región. Un claro ejemplo de ello lo constituye, en primer lugar la asamblea obrero-popular de 1971; la creación de la «Intersindical de Gremios de San Lorenzo» (1969-1973) y posteriormente de la «Coordinadora de Gremios Combativos» (1975-1976).

La Intersindical, contemporánea por un período de tiempo con la SN, estaba integrada por el SOEPU, la comisión interna de Sulfacid, el Sindicato

[16] «Tres momentos importantes en este último sentido fueron: (1) la convocatoria a una asamblea obrero-popular (julio de 1971) que concentró un conjunto de demandas sostenidas por sectores populares más amplios que los estrictamente obreros; (2) la discusión en asambleas de un anteproyecto de convenio colectivo de trabajo (1972); (3) la autogestión de la producción (agosto-septiembre de 1974), durante la cual los/as trabajadores/as organizados/as en comités de fábrica gestionaron la planta sin intervención del personal jerárquico». Cerio (2007).

[17] *Puro Pueblo*, n.º 4. Buenos Aires (1974).

de Ceramistas, y el Sindicato de Aceiteros, también participaban los Sindicatos de Químicos Papeleros, y Químicos de San Lorenzo, y diferentes agrupaciones de base (Águila y Viano 1996; Cerio 2006; Ceruti y Resels 2006; Dowling 1982, 1992).

Su existencia fue decisiva para que los contactos de la SN comenzaran a asentarse. Contactos políticos que fueron entrelazándose pacientemente a través de una serie de redes que existían previamente, redes que se remontan a experiencias y ámbitos de lucha que fueron compartidos colectivamente. Redes que habían sido tejidas por los propios obreros, y que la SN intentaba fortalecer y en todo caso direccionar.

En otro de los testimonios este aspecto es expuesto de manera elocuente: «... casi todos los sindicalistas se referenciaban mucho con el ongarismo, con la CGT de los Argentinos y tenían un alto grado de afinidad con la Intersindical y no con las 62 Organizaciones... [hace referencia a la experiencia de PASA y del SOEPU]. Pero el vínculo que ellos tenían era el de una historia común... de alguna manera todos son hijos de obreros o de sectores ligados no a lo fabril, como en el caso de Riquelme y de Potongo, Riquelme de la isla, Potongo de Puerto Gaboto, y los otros... Kruppa es hijo de un obrero también, Carroza... el papá era de Fábrica Militar, porque vivía dentro del Arsenal, en la parte civil. Así que yo creo que... toda la experiencia compartida de la zona, porque nosotros no iniciamos la lucha, la lucha de los trabajadores viene de mucho antes, las distintas huelgas, yo me acuerdo cuando llegué ahí se hablaba mucho del conflicto, del cierre de Molinos Río de la Plata, del cierre de Cerámica San Lorenzo, de toda esa gente que había quedado despedida, se referenciaba mucho en nosotros, me acuerdo que nos reuníamos en la casa de ellos, de los despedidos... y creo que eso fue un punto de concientización...».^[18]

El mismo testimonio continúa con un pasaje que interesa especialmente, dado que allí se recuperan otros sentidos y se manifiesta un sentido vital (global) de la militancia. «Acá, en Córdoba, Buenos Aires, La Plata, Tucumán... Aparte cuando nosotros hacíamos lo que era el frente barrial había gente que tenía que ver con la columna, pero realmente el frente barrial, el frente fabril, junto con la Intersindical tenían una vida propia. Nosotros no íbamos a pelearnos con [la] burocracia, o con los sectores militares, para después tratar de conducir a los compañeros, al contrario nosotros creímos que fuimos de alguna manera motores, no quiero decir formadores, no quiero ser soberbio, pero sí abríamos canales de crecimiento y de defensa de los líderes naturales tanto a nivel barrial como fabril».^[19]

Extractos del relato donde se trasluce una concepción del sentido más eminentemente político en el que no sólo se pone en juego cierta articulación

[18] Testimonio 4, entrevista realizada por Gabriela Águila. Rosario (5 de agosto de 2004).

[19] *Ibíd.*

entre clase y organización política, sino también una forma de articulación que, en términos gramscianos, podría pensarse como la interacción de los «agentes conscientes» del partido y de la clase obrera.

En este punto es preciso señalar que la mención al filósofo italiano no es meramente una referencia analítica. Han sido los propios testimonios los que han desviado mi atención hacia las concepciones políticas y las modalidades organizativas que Antonio Gramsci desplegara en *L'Ordine Nuovo*. Publicación que sirvió de nexo entre los consejos de fábrica y el grupo que integrara Gramsci y que rigurosamente insistía en la necesidad de situar en planos diferenciales el rol del partido, el sindicato y los consejos de fábrica. En esta clave, los dos primeros fueron señalados como «asociaciones voluntarias» mientras que los consejos representaban «asociaciones históricas»: «El consejo de fábrica es una institución de carácter “público” mientras que el partido y el sindicato son asociaciones de carácter “privado”. En el consejo de fábrica el obrero interviene como productor, a consecuencia de su posición y de su función en la sociedad, del mismo modo que el ciudadano interviene en el Estado democrático-parlamentario» (Gramsci 1919, citado en Campione 2007, pág. 24). Por el contrario en el sindicato y en el partido los/as obreros/as voluntariamente subscriben un contrato. Tal diferencia supone que el desarrollo de la institución representativa del consejo de fábrica no es aritmético, sino morfológico. Dicho dispositivo se constituye en un nucleamiento de «productores» – que controla y dirige colectivamente el proceso productivo – y no ya de una masa de asalariados.

Una deriva de esta radical expresión de la lucha de clases es que el lugar de trabajo se convierte en un cierto tipo de célula desde la cual emana o se configura un nuevo poder social, un nuevo Estado (Campione 2007, pág. 27). Paralelamente, Gramsci destaca y diferencia el rol que deben asumir el partido y el sindicato, señalando en primer término que, aunque la función del primero esté siempre ligada a las tareas de creación de conciencia, a correr el velo de ignorancia que oculta las relaciones de explotación capitalistas: «Influye cada vez más a profundas masas populares y les asegura que el estado de disgusto en que se debaten no es una frivolidad, no es un malestar sin salida, sino que corresponde a una necesidad objetiva, es el momento ineluctable de un proceso dialéctico que debe desembocar en una laceración violenta, en una regeneración de la sociedad...» (Gramsci 1919). Aunque la teoría gramsciana prevé cierta articulación entre las tres modalidades de organización obrera, estas no pueden confundir los roles asignados al partido o al sindicato que, en su carácter de «agentes conscientes» de la clase obrera, no deben, bajo ningún concepto, asumir roles como «tutores» o sustituir la acción del sujeto (que por definición se desarrolla en los consejos).

Salvando las distancias, dado que no es mi intención demostrar si esta fue una modalidad desarrollada en el cordón industrial, o si la Intersindical o en su defecto la Coordinadora de Gremios de 1975, pudieron haber asumido

dichos roles, insisto en que la referencia a Gramsci tiene el objetivo de contrastar sentidos y referencias teórico-políticas asignadas a una práctica.

Volviendo entonces a los relatos de «los Sabino», teniendo en cuenta aquellas referencias explícitas a la teoría gramsciana, podemos afirmar que en la estructura narrativa de los testimonios existe un despliegue y una afirmación de ciertos valores políticos que condensan un modelo de militancia sindical.

En esta perspectiva, las narrativas compartidas por los/as entrevistados/as revisten una singular importancia en tanto ilustran de manera vivencial la relación personal sostenida con los «dirigentes naturales», y de manera general muestran la modalidad de inserción de la SN en el movimiento obrero. O planteado en otros términos, la importancia concedida a las narrativas, a los relatos de vida, deviene de la consideración de estas como una construcción permanente, gestada en el marco de una praxis social, esto es, por un lado, como el testimonio de una dimensión social, que toma cuerpo en las prácticas narradas, y por otro, como una reconstrucción personal y subjetiva de esa dimensión (Cerio 2007).

Antonio, por ejemplo, elige narrar «una anécdota como para reflejar cuáles eran las tareas, la práctica política en realidad pasaba por decir en realidad, el sindicato químico al cual pertenecía Sulfacid estaba en Rosario, estaba el petroquímico y el químico. Sulfacid pertenecía al sindicato químico, Toscanito López era el burócrata en Rosario, pero no tenía casi ninguna injerencia en Sulfacid que se manejaba con la comisión interna, porque además el que paraba la fábrica era la comisión interna, les importaba tres huevos la relación con el sindicato... llegó incluso un momento en el cual se establece una relación fuerte entre Sulfacid y Petroquímica, bajaban la orden entre Sulfacid y PASA, o sea entre la comisión interna de Sulfacid y PASA, y se paraba todo el cordón, porque a esa pelea se enlazaban los ceramistas, que tal vez era la relación más pobre que había, pero con muchos compañeros, con muchos cuadros del PB, que estaban laburando en esa zona, en la cerámica, Cerámica San Lorenzo, Cerámica Alberdi...». Siguiendo esta tónica, las conversaciones con Antonio estuvieron organizadas por una trama donde las anécdotas, por momentos, cobraron cierta trascendencia y no solo referían a su propia experiencia sino a la modalidad específica y general en que «los Sabino» se insertaban en la estructura fabril.

Para los integrantes de la SN rosarina, traer a la escucha del presente su experiencia en el frente fabril conlleva necesariamente revivir relaciones personales, volver la mirada a ese pasado donde diagramar un volante u organizar una asamblea en los abandonados establecimientos de Molinos Río de La Plata iba acompañado de un trabajo de integración con esos «dirigentes naturales».

En ese frágil y por momentos difuso esquema planteado por la organización, los y las militantes de la SN fueron capaces de desplegar una política

sindical en el Gran Rosario, no siempre exenta de contradicciones, hilvanando teoría y práctica. Dicho esquema dio como resultado una estructura que, más allá del hecho fácilmente contrastable de encarnar una propuesta diferente de los postulados sostenidos por otras organizaciones político-militares del período, resulta compleja de delimitar en sus límites; o dicho de otro modo: quienes se referenciaban en la línea política desplegada por la SN y que de hecho intervenían en su elaboración (el caso de los «dirigentes naturales» como la Chancha López, o Roberto «Potongo» Camuglia), pero que no formaban parte de ninguna de las instancias orgánicas propias de la SN, constituyen ejemplos de los modos de inserción hacia los frentes de masas, propios de la SN.

Este último señalamiento se vincula con otra cuestión que podría decirse deviene ontológica de la organización Montoneros Sabino Navarro: el grado de invisibilidad con que el que actuaban en distintos niveles, en este caso, en la esfera fabril y barrial.^[20] Sin embargo dejemos, por ahora, en suspenso este aspecto para continuar con el abordaje de las modalidades desplegadas hacia los frentes de masas.

Peronismo Descamisado

«Nuestra tarea es hoy doble: desarrollar un combate a la burocracia, al reformismo, a la improvisación y al integracionismo, [y] encauzar nuestras fuerzas contra todas las falsas salidas que no representen los intereses de la clase obrera y el pueblo oprimido, sean elecciones o golpes. Organizarnos para pelear y, en la medida que desarrollamos esa tarea con los mejores compañeros, los más coherentes, ir construyendo la organización político-militar que asegure que nuestra lucha se encamina hacia la Revolución. En otras palabras, debemos ir construyendo la organización revolucionaria que nos asegure que la clase obrera [dirige] el proceso revolucionario y no le servimos de “carne de cañón” a quienes no están interesados en una revolución que nos haga libres como nación y como clase explotada».^[21]

Nuevamente, así como en el cordón industrial rosarino la modalidad organizativa devino tal, y fue en parte consecuencia de las críticas sostenidas en los documentos y las prácticas previas, en Córdoba, la inserción barrial y sindical también tenía una historia. Y pese a que ambas prácticas estuvieron, como se sabe, coordinadas por la misma organización, su desarrollo tomó rumbos diversos.

En enero de 1974 la revista *Militancia* cedía – fiel a su costumbre – un espacio a las organizaciones políticas revolucionarias. En esta oportunidad se anunciaba el nacimiento de una nueva agrupación en Córdoba: «La necesidad de unirse por abajo, la necesidad de hacerse fuerte para luchar contra

[20] La invisibilidad de la SN es una característica que se repite una y otra vez y volveremos sobre ello en los siguientes capítulos.

[21] *Documento Verde*, pág. 89.

la burocracia y la traición, la necesidad de los auténticos peronistas de recoger las banderas de Evita y los mártires populares, la necesidad de construir el poder popular y peronista desde las bases, la necesidad de organizarse masivamente para hacer realidad la Patria libre, justa y soberana, sin explotadores ni explotados, la Patria socialista ha hecho generar el nacimiento del PERONISMO DESCAMISADO».^[22]

Peronismo Descamisado (PD) fue una agrupación, que convocó a un conjunto de experiencias barriales y sindicales, y fue impulsada por los militantes de la SN. A diferencia de otras experiencias potenciadas por la misma organización, el PD da cuenta de un alto grado de desarrollo político y numérico, incluso contaba con una mínima infraestructura provista por una casa operativa ubicada en la capital cordobesa.^[23] Sin embargo, su funcionamiento orgánico, es decir su vinculación con la SN, nunca fue explicitado públicamente. No fue explicitado ni en el momento de su presentación en la revista *Militancia*, ni más tarde en el periódico de la SN y tampoco en eventuales artículos.

Según lo refrendado en los testimonios, Peronismo Descamisado funcionaba en una casa central que hacía las veces de local, ubicado en la calle Vélez Sarsfield, donde se convocaban para desarrollar las reuniones plenas el frente barrial y el fabril, ambos muy numerosos. El primero contaba con la representación de los barrios Primero de Mayo, Villa Barranca Yaco, Urquiza, Corral de Palos, Villa Azalais, Las Palmas, Comercial, Libertador, Renacimiento, entre otros.^[24] De las delegaciones sindicales se destacaban: delegados o las agrupaciones del SMATA, Fiat, Perkins; Empleados Públicos, Thompson Ramco, Sanidad, Bancario, UTA, y Municipales.

En la citada nota de la revista *Militancia*, se declara que «El peronismo Descamisado quiere ser la organización de los peronistas de abajo, quiere representar a ese peronismo montonero y descamisado, a ese peronismo de los trabajadores sin caudillos digitados a dedos, sin dirigentes impuestos por la superestructura sin base de la burocracia de turno».^[25] Teniendo en cuenta cierta lógica de funcionamiento propia de la SN, no es tanto el objeto de mi atención el hecho de que la naciente agrupación realice el llamamiento a constituirse, como la representante de un peronismo montonero y descamisado – aspecto que podría ser leído como una abierta disputa o incluso una más o menos encubierta provocación a la organización Montoneros – como el hecho de que se autoproclame como la «organización de los peronistas de abajo».^[26] La organización incluso declara ser antiimperialista y «luchar

[22] *Militancia*, n.º 31. Buenos Aires (17 de enero de 1974), pág. 30.

[23] Entrevista con Matías. Córdoba (noviembre de 2011).

[24] *Militancia*, n.º 31. Buenos Aires (17 de enero de 1974), pág. 31. Entrevista con Matías.

[25] *Militancia*, n.º 31. Buenos Aires (17 de enero de 1974).

[26] No es la cuestión de un «peronismo de abajo» lo que está puesto en debate aquí, sino el llamamiento a la «organización política» desde una instancia que no es la SN.

hasta el final, hasta que las fábricas, los campos y los bancos, etc. [sic] sean totalmente nuestros».^[27]

Peronismo Descamisado también asume como única vía de resolución de los conflictos barriales, sociales, y en definitiva los conflictos e intereses que hacen a un clase, la necesidad organizarse, «única manera de hacer realidad el sueño de la Patria Socialista».^[28] De este modo, PD aparece como la vía privilegiada de canalización de las distintas expresiones e inserciones barriales y gremiales que «los Sabino» (o «la columna» como algunos de los ex militantes cordobeses de la SN prefieren denominarla) sostenían en la región.^[29] Una región que era poseedora de una larga trayectoria de luchas sindicales y populares.

Sin ir mas lejos el Cordobazo había dejado huellas profundas en la ciudad, y una ciudad como diría Ítalo Calvino «(...) no dice su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en los ángulos de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, en las antenas de los pararrayos, en las astas de las banderas, cada segmento surcado a su vez por arañazos, muescas, incisiones, comas» (Calvino 2000, pág. 26). Decía entonces que el Cordobazo, el Viborazo, las luchas y sublevaciones populares habían podido constituirse en una suerte de huella de la memoria social, incisiones en el tejido de las culturas populares. En este sentido, la evocación de ciertos aspectos del pasado trae aparejada necesariamente su valoración y los recuerdos preservados en torno a la experiencia gremial de la SN en Córdoba están vinculados, sino directamente, sí de manera más velada, a los procesos de lucha más generales de las clases populares de la ciudad. El resultado es una trama individual, pero también social (Portelli 1991). Así, la traza de los relatos se configura a partir de una interrelación que va articulando, que se va desplazando en realidad, de acontecimiento en acontecimiento, estableciendo una especie de red de significaciones. Una suerte de línea histórica donde el presente de los hechos relatados (esto es la experiencia de PD 1973-1975) es situado en el lugar de decantación «natural» de los procesos de lucha iniciados en la década anterior, «Los años de lucha en los barrios y las fábricas nos han dejado experiencias muy parecidas a todos. Lo que hemos conseguido ha sido siempre a través de la movilización que siempre nos dio éxitos».^[30]

La idea de un «peronismo de abajo» en contraposición a un «peronismo de arriba, un peronismo de los patrones» se analizará en los próximos capítulos.

[27] *Militancia*, n.º 31. Buenos Aires (17 de enero de 1974), pág. 30.

[28] *Militancia*, n.º 31. Buenos Aires (17 de enero de 1974), pág. 30.

[29] Más adelante volveré sobre este aspecto. Consigno solamente que esta disonancia en las formas de nominar a la organización, podría deberse a un mayor sentido de pertenencia hacia Montoneros desarrollado en Córdoba, vinculado a los «grupos originarios».

[30] *Militancia*, n.º 31. Buenos Aires (17 de enero de 1974).

A petición mía, uno de los testimoniantes relató los inicios de la SN/Peronismo Descamisado. Para ello se remontó a los inicios de su propia experiencia militante en el año 1965 destacando distintos factores que de una u otra manera intervinieron en el devenir de dicha organización. En su relato se enfatizan principalmente las luchas universitarias y las luchas obreras en Córdoba. Las iniciales vinculaciones entre el integralismo y la CGT de los Argentinos, el Cordobazo, y una serie de experiencias organizativas donde el acento siempre estuvo puesto en la articulación entre lo sindical, lo político y la lucha armada. En consecuencia, los orígenes de la SN (y también de PD) deberían haberse rastreado más allá de la disidencia con Montoneros.^[31]

Tal vez haya algo de cierto en ello. Pareciera que en Córdoba hay indicios de una tradición obrera, de una cultura política clasista que está presente en los propios recorridos de los militantes que luego confluyeron en la SN.

Sin embargo, y suponiendo que esto fuera así – cosa que por otra parte no me propongo analizar aquí – no responde el interrogante sobre por qué «los Sabino» decidieron dar vida a otro dispositivo político-organizativo que no fuera la propia organización que los nucleaba. O en igual sentido ¿por qué decidieron generar una organización de masas – y no como en el cordón industrial rosarino – apuntalar las instancias de autoorganización obrera?

Estos interrogantes se relacionan de manera directa con un conjunto de definiciones tácticas, cuando no estratégicas que a riesgo de caer en generalizaciones, podría resumirse en la siguiente cuestión: en cierta instancia de la entrevistas solía solicitar una definición de la organización, y sin titubeos la mayoría respondió: nosotros éramos una organización de masas.

Pero dejemos en suspenso (sólo por uno momento) todo lo relativo a la cuestión teórica, todo aquello que está vinculado a este conjunto de definiciones de índole estratégico, y acerquemos un poco más el prisma de observación a la experiencia organizativa desarrollada en Córdoba.

Según lo manifiesta otro de los testimonios recogidos, Peronismo Descamisado fue caracterizado como «una suerte de embrión de lo que podía llegar a ser un partido de superficie, llamémoslo así... se conformó a instancias de establecer un instrumento organizativo que disputara en la política abierta, tradicional, así como lo fue el Partido Auténtico en Montoneros que sí llegó a constituirse en un Partido tradicional...».^[32]

El Partido Auténtico fue una propuesta surgida o elaborada desde Montoneros, luego de que estos hubieran pasado a la clandestinidad en septiembre de 1974. Como tal tuvo una existencia efímera, pero logró congregarse a un número importante de militantes e interesados en participar de la vida política y ciudadana. En su presentación pública, participó de las elecciones

[31] Entrevista con Matías. *Ibíd.*

[32] Entrevista con Antonio. Santa Fe (marzo de 2006).

legislativas en la provincia de Misiones (Rodríguez 2009), logrando hacerse con dos bancas. No obstante, el decreto 4.060/75 de diciembre de 1975 declaraba ilegal al Partido Auténtico, al mismo tiempo que los últimos intentos de Montoneros por mantener en actividad ciertos frentes legales, quedaban sin efecto.

La comparación esgrimida en el testimonio da cuenta – una vez más – de cierto razonamiento propio de «los Sabino» (presente en relatos y testimonios, así como también en los textos escritos), que se muestra a través de un espejo. La imagen que ellos se hacen de sí mismos es la que se (re)produce como devolución, en inverso, como negativo, de Montoneros. Ser lo que no se es.

Entonces, en este caso, Peronismo Descamisado es comparado con el Partido Auténtico, desafiando incluso el momento de su propia fundación (dado que PD es cronológicamente anterior), porque es utilizado sólo como recurso retórico para explicarlo, para fundamentarlo. Porque en realidad son mayores las diferencias que separan una y otra experiencia que los aspectos que las unen. De todos modos la comparación es útil en tanto introduce un elemento central que todavía no he abordado: la cuestión del partido.

El testimonio anterior continúa del siguiente modo: «lo que nosotros justamente criticábamos era el partido leninista, el partido de cuadros, afianzábamos más la necesidad de establecer un partido de masas en función justamente de lo que vamos a definir como los núcleos, lo que Gramsci llama los núcleos rojos, o nosotros creo que también lo rescatamos en algunos documentos posteriores, ya rumbo al congreso,^[33] pero fundamentalmente la crítica al foquismo está dada por la mala caracterización que hace la conducción respecto del movimiento peronista, el rol equivocado que le asigna a la burocracia sindical, cosa que nosotros rescatamos justamente este tema que con la burocracia sindical no hay un aliado táctico, hay un enemigo que se torna antagónico, que es antagónico al cual hay que enfrentar, estas alianzas tácticas que menciona en continuidad Montoneros a lo largo de los años 73, 74 y hasta 75 son muy costosas, son muy costosas a la organización de la clase también, y fundamentalmente en el plano organizativo...».^[34]

En el documento fundacional de la SN se extienden las raíces de estas ideas,

«La clase trabajadora y sus luchas no se encuentran representadas en el movimiento, tal cual es hoy, no encuentran en él su instrumento revolucionario, ni Perón encuentra la posibilidad de una fuerza coherente que asegure su apoyo en una política revolucionaria. La caudalosa movilización de las bases no es capitalizada en sí misma por los trabajadores al carecer, pues de organización. De allí nos planteamos recrear el movimiento, plasmarlo en una nueva forma que concrete la concepción y la acción de los trabajadores y el pueblo en su objetivo de construir la Patria Socialista.

[33] Véase «1975, la disolución», en este libro en pág. 127.

[34] Entrevista con Antonio. *Ibíd.*

»La metodología para el desarrollo de dicho proceso debe partir de lo más concreto, el lugar de trabajo, el barrio, la villa, etc. encabezando las luchas reivindicativas (desde las más simples a las más altas) y mostrando a cada paso que toda conquista real de los trabajadores, no es sino la lucha de las bases. En este camino, el combate por lo inmediato (el agua, la luz, los caminos, las condiciones de trabajo, el salario, etc.) no debe aislarse del esclarecimiento constante en que la situación de explotación es producto del régimen y que la solución sólo se dará a través de la lucha por el poder político que requiere la creación de nuevas formas organizativas y políticas».^[35]

Según lo testimoniaron los relatos de los cordobeses, todos los sábados por la tarde se hacían las asambleas o plenarias – en el citado local de calle Vélez Sarsfield – donde además de intercambiar información sobre el desarrollo de los trabajos territoriales y fabriles de las agrupaciones vecinales, unidades básicas, etc., se articulaba políticamente. Atendiendo particularmente las necesidades – que siempre eran muchas – de los distintos barrios que confluían en el frente barrial se analizaban posibles estrategias a seguir, «siempre sosteniendo la horizontalidad».^[36]

«A nivel sindical lejos era el trabajo de mayor desarrollo de Córdoba, tanto por la corrección de las propuestas como la representación numérica, se contaban con más de 50 cuadros de profunda incidencia en el frente, asimismo el frente Barrial donde se destacaban 1ro. de Mayo, Barranca Yaco, Urquiza, Corral de Palos, Villa Azalais, Las Palmas, Comercial, Libertador, Oña, etc. donde se llegaron a contar con 160 cuadros. Con una capacidad de movilización y convocatoria que superaba a cualquiera de las propuestas existentes... el frente fabril estaba comandado por Florencio Díaz, que a su vez integraba la dirección de la Columna».^[37]

Cuando en enero de 1974 la SN decidió hacer pública la existencia de la naciente agrupación Peronismo Descamisado – a través de una publicación de alcance nacional y de buena receptividad en la izquierda peronista y marxista como era la revista *Militancia* – lo hizo publicitando el acto de lanzamiento de PD «donde un millar de personas se dieron cita».^[38] Allí, según consta en la publicación «el compañero Florencio Díaz [sic] hizo uso de la palabra en nombre del frente de trabajadores, historiando las luchas del movimiento obrero... Habló también Luis Rodeiro – liberado de la cárcel de la dictadura el 25 de mayo – quien planteó que no venía a hablar como preso liberado porque eso ya era historia, que quería fundamentalmente hablar como peronista descamisado...».^[39]

[35] *Documento Verde*, pág. 90.

[36] Entrevista con Matías.

[37] Entrevista con Matías. *Ibíd.* En función de dar una homogeneidad a la trama de mi propia escritura he decidido denominar siempre de la misma manera a la organización Sabino Navarro, sin embargo debo consignar que en Córdoba es mas frecuente la denominación de «la Columna».

[38] *Militancia*, n.º 31. Buenos Aires (17 de enero de 1974), pág. 31.

[39] *Militancia*, n.º 31. Buenos Aires (17 de enero de 1974), pág. 31.

Permítaseme aquí una desviación analítica a los fines de introducir una cuestión no saldada en relación a la modalidad con la que la SN operaba en los frentes de masas. Pocas veces en el transcurso de la investigación sobre «los Sabino» se presentaron oportunidades como la que refleja la anterior cita. Oportunidades o situaciones en las existía una referencia explícita a la vinculación real entre la organización política y el frente de masas. En general, las referencias siempre fueron elípticas, implícitas o soslayadas. Pero aquí el vínculo se mostraba a través de dos nombres.

Que Florencio Díaz y Luis Rodeiro eran miembros de la SN, es un hecho que había podido corroborar con anterioridad en función de la realización de entrevistas; del mismo modo había verificado la relación orgánica de la revista *Puro Pueblo* (dado que en la publicación no hay mención alguna sobre la existencia de la SN).

Ahora bien, si por una parte este tipo de hallazgo potenciaba y alentaba el desarrollo de mi investigación, por la otra también volvía a poner sobre la mesa la necesidad de esclarecer el tipo de vínculo que la SN establecía con las organizaciones de base que ella estimulaba en su formación (y que de hecho financiaba).^[40] Una forma de vinculación que «los Sabino» minuciosa y eficazmente invisibilizaban, borrando las marcas que dejaban sus propias huellas.

Cuando Luis Rodeiro habló en el acto de lanzamiento de PD, explicó que no lo hacía en nombre de un «preso liberado» sino como peronista descamisado. ¿Por qué no hablar en nombre de la SN? ¿Por qué ocultar la existencia de la organización política que dinamizaba estas experiencias?

En esta clave, ya se ha señalado desde ciertas premisas gramscianas, que una hipótesis general de trabajo supone pensar a la SN en el lugar de un «agente consciente» que acompaña e impulsa la experiencia de la clase, pero no se sitúa ni como tutor, ni sustituto del sujeto. Un sujeto que es definido por «los Sabino» en el marco de una dualidad que requería «reafirmar [el] clasismo y recrear el movimiento desde sus bases, para asegurar la hegemonía de la clase obrera, sujeto histórico irremplazable de la revolución socialista».^[41]

Una segunda hipótesis (solidaria con la anterior) podría ser planteada del siguiente modo: la SN se concebía a sí misma como un partido de cuadros, pero su existencia estaba condicionada estratégicamente por la posibilidad del desarrollo político y organizativo que pudieran darse, autónomamente, las clases trabajadoras. Incluso esta concepción (político-organizativa) puede rastrearse no solamente en sus modalidades de construcción por la base, sino en los lineamientos políticos de sus orígenes mismos. Lineamientos

[40] Este aspecto es desarrollado en el capítulo 4: «La lucha armada y los pasados convocados».

[41] *Documento Verde*, pág. 33.

donde estaban ya dados los límites de su propio desarrollo, y más que de límites, tal vez debiera consignarse que se trataba de objetivos.

En este sentido, uno de los objetivos estratégicos que se planteara la SN refiere a la necesidad de «recrear el movimiento desde sus bases».

«Tenemos que construir ese sujeto político. Y para esto, no basta totalizar la lucha armada como política alternativa, ni ofrecer las armas para la política de un movimiento contradictorio, sino realizar una política que contemple la organización autónoma de la clase trabajadora... nuestra tarea como embrión de vanguardia adquiere, al respecto dos niveles:

1. recrear el movimiento desde sus bases;
2. construir la organización político-militar desde esa realidad».^[42]

Se entiende ahora que la organización a la que se apuesta estratégicamente a construir no es la SN, sino una organización que en su seno contenga a la vanguardia de la clase obrera (que por definición será también peronista).

Ser el «embrión de vanguardia» es el objetivo principal de la SN, un objetivo que – siguiendo con la metáfora de la gestación – se continuaría con el nacimiento de una organización político-militar generada desde la clase obrera. Un objetivo planteado en términos axiomáticos. De este modo es el propio trabajo en el frente de masas lo que adquiere, no ya una perspectiva táctica, sino estratégica. De allí surgirá, si fuera exitoso, la herramienta idónea para llevar adelante la revolución y la «patria socialista».

«Nuestro trabajo es un trabajo de masas con una perspectiva estratégica, ya sea con elecciones o sin ellas, porque nuestro análisis de coyuntura y nuestra ofensiva táctica la realizamos desde el pueblo, sin atarnos a las propuestas del régimen como eje de nuestras respuestas. Nuestro planteo es imponer, a partir de la acumulación de fuerzas, de la construcción de lo pequeño a lo grande, de lo cualitativo a lo cuantitativo, la construcción de la organización a nivel ideológico, político y organizativo».^[43]

Finalmente, tanto una como otra de las modalidades de inserción señaladas en este capítulo, se corresponden con un único objetivo: la autoorganización de la clase obrera. No obstante, los dispositivos desplegados en el cordón industrial rosarino y en Córdoba, difieren. En el primer caso, hubo una clara tendencia a invisibilizar la estructura orgánica detrás de las formas organizativas que los propios trabajadores pudieran desarrollar en el ámbito de la fábrica. En Córdoba, aunque la SN también permaneció invisibilizada, se desarrollaron instancias de referencialidad política por fuera del ámbito de la fábrica, donde confluyeron múltiples experiencias sindicales y también barriales, identificadas con Peronismo Descamisado. Una modalidad que en

[42] *Documento Verde*, pág. 89.

[43] *Documento Verde*, pág. 91.

última instancia se desliza^[44] hacia formas más clásicas de inserción llevadas a cabo por otras organizaciones, incluso por los propios Montoneros.

En este sentido, se ha insistido en las diferencias regionales sobre las que la práctica sindical de la SN tuvo que asentarse. En el Conurbano rosarino debe destacarse que la experiencia «frentista» se estaba desarrollando en el momento mismo en que «los Sabino» se vinculaban con los trabajadores de la zona. Por tanto, la articulación y coordinación por la base con otras organizaciones – marxistas y peronistas – fue inevitable. En la región cordobesa, si bien la tradición y el recuerdo del Cordobazo y el Viborazo perduran y están presentes en los relatos, lo cierto es que, para 1973-1974, los dispositivos de organización puestos en juego desde la SN no supusieron una vinculación ni un diálogo con una política frentista con otras organizaciones del campo de la izquierda. Por el contrario, hubo una «natural» confluencia de los propios desarrollos barriales y sindicales hacia el Peronismo Descamisado.

Apuntes desde los márgenes

A propósito de la generización de ese sujeto revolucionario emanado de la clase obrera, el guerrillero heroico o el hombre nuevo guevarista como modos prefigurativos de la experiencia política y la militancia en las décadas del sesenta y setenta, es necesario señalar que tanto las representaciones como las prácticas sindicales de la SN no constituyen una excepción y aunque aquí se ha hecho referencia a los y las trabajadores/as, lo cierto es que la experiencia histórica y la memoria de los protagonistas no resultan igualmente inclusivas. En este sentido, una breve anécdota relatada por Antonio puede ilustrar la fuerza que la masculinidad adquiría en el imaginario clasista de la SN.

«(...) esta es también una historia interesante... en ese momento el sindicato jabonero estaba compuesto por Jaboncoop y Jabón Federal, Jabón Federal al sur de Rosario y Jaboncoop a la entrada ahí en Capitán Bermúdez, Granadero Baigorria... prácticamente tenían la misma cantidad de empleados, uno con la burocracia y otro con los compañeros, con la lista nuestra que manejaban todos los votos de Jaboncoop. Pero había una serie de fabriquetas pequeñas, que ni siquiera eran productoras de jabón, eran productoras del cebo... si uno ve lo que son los piletones de cebo, donde se pudre el cebo para hacer el jabón, no te lavas la cara con jabón ni a palos, después eso emulsiona con potasa, y qué sé yo y sale el jabón, mientras tanto es un cebo repodrido que está en una piletón, inmundito... y bueno a través de la Chancha vamos a hablar con estas fabriquetas que estaban en Arroyo Seco, que ahí eran todas mujeres, y en realidad no sé si hacían envases ya no me acuerdo bien qué tipo de insumos... pero dependían de jaboneros, estaban afiliadas a jaboneros. Y cuando

[44] Deslizamientos que también pueden ser percibidos en ciertas operaciones de la memoria, a través de los testimonios, donde los cordobeses nominan a la SN como «columna», y por su parte, quienes compartieron la experiencia en el ámbito rosarino tienden, en la mayoría de los casos, a sindicarla como «la Sabino».

vamos a hablar allí, las compañeras re cortadas, viste? No querían saber nada, hacé de cuenta que venía el diablo (...) el asunto es que una de ellas, cuando salgo me dice “quédese tranquilo que nosotras lo vamos a votar a ustedes”. El asunto es que ese día de la elección mandamos un colectivo, y no subió nadie al colectivo nuestro... y viste?... somos boleta!, son cincuenta mujeres... todas subieron al colectivo que había mandado la burocracia. [Pero] ese día ganamos por 25 votos el sindicato... que fueron los votos de las minas estas».

Cuando Antonio dice «las minas estas» está claro, pese a la sonoridad del relato que es amistoso y cálido, que las compañeras son minas. Son compañeras porque su accionar se suma y garantiza el triunfo de la lista en las elecciones gremiales a espaldas de las especulaciones de la burocracia, acontecimiento que no es menor y lo hace digno de ser recordado.

No obstante, la generización del relato en femenino aparece con fuerza para marcar el lugar subsidiario que las fábricas productoras de materia prima tenían en la rama de la producción del jabón. Las mujeres no hacían el jabón, ellas eran productoras de cebo. Un rol secundario – aunque necesario – que se acentúa con el también subsidiario accionar que las mujeres habían tenido en los comicios.

Tal vez sea necesario insistir en la enorme fuerza que tienen las relaciones intergenéricas en la determinación de las relaciones de poder y la configuración de la experiencia vital. Asimismo existe un conjunto no muy extenso pero significativo de estudios que han abordado la experiencia femenina en las organizaciones políticas y político-armadas de la década del setenta (Grammático 2005, 2011; Pasquali 2005; Oberti 2006; Martínez 2009; Andújar *et al.* 2009), sin embargo, aún quedan numerosos aspectos por explorar en tanto que las mismas fuentes que han sido fundamentales en la reconstrucción del pasado reciente, están fuertemente masculinizadas. Incluso muchas veces los mismos testimonios están fuertemente impregnados por las relaciones genéricas y los modelos estetizantes hegemónicos.

Finalmente hay que señalar que la experiencia de la SN no escapa a la mayoría de los análisis realizados sobre otras organizaciones vinculadas a la izquierda peronista de los años sesenta-setenta y se muestra esquiva a la hora de analizarla desde la perspectiva de las relaciones entre los sexos. En esta clave hay quienes plantean que «es necesario entender las identidades como productos sociales, cambiantes, fluctuantes (...) entender que la construcción y reconstrucción de identidades implica un ir y venir en la lucha contra el racismo, el sexismo, el clasismo y el heterosexismo según los contextos, hegemonías y coyunturas políticas» (Curiel 2003). Siguiendo este análisis no debe llamar la atención que sean las propias mujeres quienes en la mayoría de los casos nos brindan relatos y testimonios que invisibilizan su accionar. En esta clave, el testimonio de Mabel resulta muy ilustrativo en tanto muestra la subrogación de su propia experiencia en la realizada por sus compañeros varones en la esfera sindical. Ella también fue protagonista de la experiencia en el cordón industrial de Rosario y junto a una

compañera impulsaron un estudio jurídico que asesoraba trabajadores y sindicatos. No obstante este aspecto sólo fue señalado en los testimonios como una experiencia marginal.

Capítulo 3

Cuando el carro anda^{*}

«Debemos temer más a los enemigos de adentro que a los de afuera, a la oligarquía enquistada en nuestras propias filas».

Evita^[1]

Promediando el año 1973, un amplio abanico de publicaciones,^[2] algunas de las cuales se vinculaban estrechamente con las organizaciones políticas y político-militares de la izquierda peronista, se lanzaba con pasión a exponer, debatir y contraponer sus ideas políticas.

Y no era para menos. El universo cultural y político desarrollado a instancias del retorno de Perón, luego de 18 años de proscripción, configuraba un paisaje que proporcionaba buenos insumos para que lo hicieran. La juventud ganaba las calles.

Algunos agudos observadores percibieron – pese a los justificados climas de festejo imperantes – los exiguos límites de desarrollo que tendrían los sectores más radicalizados del movimiento en el esquema del nuevo gobierno. El caso es que el clima comenzaba a enrarecerse y no sólo en Argentina. La «catarata de golpes de Estado» que se sucedió en América

* La elaboración de este capítulo ha sido posible gracias a la colaboración de Roberto Baschetti, quien me facilitó el acceso a sus archivos personales permitiéndome fotografiar íntegramente la publicación *Puro Pueblo*.

[1] *Militancia*, n.º 8. Buenos Aires (1973), pág. 22.

[2] Entre ellas se destacan: *Diario Noticias* (1973-1974); *Pasado y Presente*. Buenos Aires (1973), revista de perfil intelectual, entre sus colaboradores se encontraban: José Aricó, Oscar del Barco, José Nun, Juan Carlos Portantiero y Juan Carlos Torre, entre otros; *Militancia-Peronista para la liberación*. Buenos Aires (1974), dirigida por Ortega Peña y Duhalde; *De Frente con las Bases Peronistas*. Buenos Aires (1974), estas dos últimas de orientación clasista. *El decamisado*. Buenos Aires (1973-1974); *Evita Montonera*. Buenos Aires (1974-1979) y *La Causa Peronista*. Buenos Aires (1974), identificadas con Montoneros.

Latina comenzaba a filtrarse y el bloque temporal de los sesenta-setenta, aquel que en palabras de Claudia Gilman tenía la percepción de que el mundo, el llamado Tercer Mundo, estaba a punto de cambiar radicalmente, iniciaba su clausura (Gilman, 2003).

Así, la visualización de ciertas perspectivas vinculadas a las organizaciones armadas peronistas es posible a través del análisis de un conjunto de publicaciones. En este caso, la selección involucra prioritaria y especialmente a la revista de la SN: *Puro Pueblo*. El objetivo principal ha sido el de analizar y contrastar la configuración de un discurso político e ideológico, a través de la revista como dispositivo de llegada a los frentes de masas.

El contexto: 1973-1974

«Votaremos por Perú y los programas de Huerta Grande, La Falda y 1º de Mayo, votaremos por el control obrero en las fábricas donde nos roban nuestro trabajo, votaremos por la expropiación de los patronos monopolistas y los capitales imperialistas, votaremos por el castigo a los asesinos de Trelew y Ezeiza, votaremos por la democracia sindical. *Votaremos, pero no nos quedaremos en el voto, organizándonos desde abajo como clase explotada y pueblo marginado, independientes de burócratas y burgueses comenzaremos a ejercer el poder real desde la fábrica y el barrio para que nadie nos joda, para que nadie se enanque en nuestras luchas ni usufructúe la sangre de nuestros mártires*».^[3]

En 1971 el proceso de reorganización y reestructuración del movimiento daba sus primeros pasos. Desde su exilio el General anunciaba el desplazamiento de Daniel Paladino de su cargo de «delegado de Perón», para nombrar en su remplazo a Héctor Cámpora, personaje político que contaba con mayor consenso entre los jóvenes.

Asimismo, el reacomodamiento de las piezas también contemplaba a los sectores más jóvenes del movimiento, aquellos a los que Perón supo recompensar luego de producirse la designación de Cámpora, anunciando la incorporación de Licastro, pero también de Galimberti como delegados juveniles ante el Consejo Superior. Este acontecimiento implicaba entre otras cosas, el reconocimiento y la anexión de una cuarta rama a la estructura formal del movimiento, sumándose así a las ya conocidas política (o masculina), sindical, y femenina del Consejo Superior del Movimiento Peronista. Finalmente, todos estos componentes decantaron, como era lógico de prever en esta primera instancia, en la asignación de un 25% (una equitativa cuarta parte) de los cargos políticos para la Juventud Peronista (Grammático 2011).

Por su parte Montoneros, aunque preocupados por canalizar la representación del sector juvenil del movimiento, no pudieron ocupar la totalidad

[3] Montoneros Columna Sabino Navarro. *Militancia*. Buenos Aires (30 de agosto de 1973).

de los cargos electorales ofrecidos.^[4] No obstante, su peso específico se hizo sentir en algunos sectores claves, como el Ministerio del Interior a cargo de Esteban Righi, persona fuertemente consustanciada con la Tendencia. También ocuparon ocho de las bancas del FREJULI en la cámara de Diputados del Congreso de la Nación, y cincuenta puestos en los gobiernos provinciales así como varias gobernaciones: Oscar Bidegain en Buenos Aires, Alberto Martínez Baca en Mendoza, Jorge Cepernic en Santa Cruz, Miguel Ragone en Salta y Ricardo Obregón Cano en Córdoba (Gillespie 1987, págs. 165-168).

La presidencia de Campora no llegó a los 50 días, su mandato fue breve y estuvo asociado a los climas de festejo, al fin de los 18 años de proscripción y la liberación de los presos políticos. No obstante, si «la primavera camporista» puede ser vista como un fugaz intento por equilibrar la incidencia de los distintos sectores del movimiento, el cambio de mando y el adelanto del llamado a elecciones significó, entre otras cosas, un claro vuelco de la balanza: había llegado el momento de poner límites a la «juventud maravillosa», aquella que había sido la protagonista indiscutible de la campaña electoral que había llevado al «Tío» al sillón de Rivadavia.

Mediado por los trágicos acontecimientos de Ezeiza el 20 de junio de 1973, el peso de los sectores más jóvenes del movimiento fue decreciendo tanto en su interior como en las esferas de gobierno, en un proceso inversamente proporcional a la injerencia que fueron adquiriendo los sectores ligados a la burocracia sindical. Luego de la dimisión de Cámpora y Solano Lima el 13 de julio de 1973, Lastiri, yerno de López Rega y hasta ese momento presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, fue investido como presidente de la Nación.

A diez días de conocerse la noticia, la SN publicaba un comunicado (el primero de una serie que podría leerse en las páginas de *Militancia*) donde se sostenía, en consonancia con los editorialistas Ortega Peña y Duhalde, que «La traición anida en la sombra»^[5] y que pese a haber vencido a la dictadura el 11 de marzo «la dictadura de los monopolios que durante años nos había explotado, perseguido, torturado, encarcelado, sabíamos que dentro del movimiento estaban los burócratas y traidores que habían boicoteado nuestras luchas, negociando nuestras victorias, burlando nuestras esperanzas... Y sabíamos que no se resignarían a este triunfo del pueblo si no que tratarían por todos los medios de enancarse al triunfo popular que no era el de ellos, para cambiarle el sentido, torcerle el rumbo, y el contenido por las bases. Y no nos podíamos equivocar. Porque el papel de esa burocracia traidora y oportunista – en estos 18 años de resistencia – fue siempre la de actuar como infiltrados del régimen en el movimiento... Lo sabíamos

[4] Algunos estudios señalan que debido a su escaso aprecio por la democracia burguesa se habrían generado ciertas contradicciones en torno a la participación en las esferas gubernamentales. Bajo esta lógica se explica también que este factor podría haber incidido como límite en la incorporación de cuadros en el gobierno de Cámpora.

[5] *Militancia*, n.º 8. Buenos Aires (2 de agosto de 1973), pág. 22.

**LA TRAICION
ANIDA EN LA SOMBRA**

Cuando el 11. de marzo vencimos a la dictadura de los monopolios que durante años nos había explotado, perseguido, torturado, encarcelado, sabíamos que dentro del Movimiento estaban los BUROCRATAS Y TRAI-DORES que habían boicoteado nuestras luchas, negociado nuestras victorias, burlado nuestras esperanzas, robado nuestras rebeldías y traficado la sangre de miles de trabajadores y militantes que hicieron posible esa victoria. Y sabíamos que no se resignarían a este triunfo del pueblo si no que tratarían por todos los medios de enancarse al triunfo popular que no era de ellos, para cambiarle el sentido, torcerle el rumbo y el contenido dado por las bases. Y no nos podíamos equivocar, porque el papel de esa burocracia traidora y oportunista —en estos 18 años de resistencia— fue siempre la de actuar como infiltrados del régimen en el movimiento para desvirtuar su esencia revolucionaria y frenar su decidida marcha hacia la Revolución Nacional y Social postergada. Lo sabíamos porque **ELLOS REPRESENTAN OTROS INTERESES QUE NO SON LOS DE LA CLASE OBRERA Y EL PUEBLO PERONISTA** Lo sabíamos porque

Figura 3.1. Montoneros Columna Sabino Navarro. Revista *Militancia*. Buenos Aires (30 de agosto de 1973).

porque **ELLOS REPRESENTAN OTROS INTERESES QUE NO SON LOS DE LA CLASE OBRERA Y EL PUEBLO PERONISTA**».^[6]

En el mismo texto se caracteriza el nombramiento de Lastiri como «golpe palaciego», mientras denuncian a los sectores del movimiento vinculados a «la traición». Finalmente, al igual que lo hizo Montoneros, se sumarán a la proclama de la formula presidencial Perón-Cámpora.

En otra clave, a través de las páginas de «El Descamisado» Montoneros señaló la dimisión de Cámpora como un acto de «renunciamiento», comparándolo con aquel otro acontecimiento recordado y dolido, protagonizado por Evita más de dos décadas atrás, un 22 de agosto de 1951.

Así, las preocupaciones de esta particular edición de la revista dirigida por Dardo Cabo, pueden ser resumidas en dos ideas centrales: por un lado, dejar en claro que la renuncia de Cámpora se correspondía con un acto de lealtad hacia Perón; y en segundo lugar, que ese giro que habían adquirido

[6] *Ibíd.*

los acontecimientos no tenía una vinculación directa con la injerencia de los sectores tradicionalistas o burócratas del movimiento en los designios del gobierno: «RENUNCIA UN PERONISTA: el “Tío” como lo bautizó su pueblo. Como sólo el pueblo sabe expresarse para con los hombres que entrañablemente quiere. El “Tío”, el compañero Cámpora habla de su renunciamiento con la Hora del Pueblo» dice al pie de una foto que muestra a Héctor Cámpora sonriente, rodeado de cámaras y figuras de la escena política nacional.

«(...) esto tendría que haber sido algo limpio, claro y feliz: Cámpora renunciando, llamando a elecciones y el pueblo entero pidiendo a Perón como presidente, se arruinó por la ambición de cuatro imbéciles. Porque ese día el del renunciamiento de Cámpora debió ser un día feliz donde todos juntos otra vez habríamos estado junto al jefe. No es la primera vez que se juega la herencia. Ni tampoco la primera vez que se especula con la desaparición del General. Hubo otros apurados que se dieron contra la pared. Porque la sucesión es el motor de todo esto, lo intuimos todos, porque en la ambición loca de estos tipos se nota la fiebre de los aspirantes a la herencia. Pero todos esos intentos, como ha dicho el General, generan anticuerpos que terminan por expulsarlos del organismo del movimiento. Nosotros tenemos ese papel, de una manera o de otra serán arrollados por los soldados anónimos de Perón».^[7]

En vano la Tendencia había intentado intervenir en la segunda campaña electoral proponiendo a Cámpora como compañero de fórmula en la dupla presidencial. El 4 de agosto se lanzó la fórmula Perón-Perón, en el marco de una campaña que indiscutiblemente señalaba a la CGT como su aliada estratégica y que contó con todos los recursos financieros de su poderosa maquinaria burocrática (De Riz 2010, pág. 142).

Las elecciones desarrolladas en el mes de septiembre arrojaron un arrollador triunfo de la fórmula del matrimonio Perón que había obtenido el 62 % de los votos. Finalmente, el retorno del viejo líder al gobierno se produjo el 12 de octubre. Por su parte y pese al optimismo volcado pocos meses atrás en su semanario, la Tendencia fue perdiendo posiciones visiblemente.

Se evidenciaba entonces la paradoja de una acción exitosa que una vez concluida dejaba al margen al sector central que la había llevado a cabo. La campaña del «Luche y vuelve» fue fomentada y sustentada por la Juventud Peronista, y había dado sus frutos: el viejo líder estaba de regreso en la Argentina y tras 18 años de proscripción, se hallaba nuevamente al mando del movimiento desde la Casa Rosada. Asimismo, las viejas las dicotomías que signaron los años precedentes comenzaron rápidamente a transformarse y complejizarse. El movimiento peronista nunca había sido una estructura rígida ni homogénea, no obstante, ahora las disputas políticas e ideológicas internas se intensificaron y mostraron con mayor visibilidad. Así el peronismo se mostraba claramente como una imprecisa estructura que alojaba diversos sectores y concepciones política, un universo

[7] *El Descamisado*, n.º 9. Buenos Aires (1973).

de representaciones y discursos que reclamaban para sí la conducción del movimiento. En esta clave, resultan sugerentes ciertas lecturas políticas de la coyuntura plasmadas en editorial de la ya mencionada *Pasado y Presente*: «Más allá de episodios circunstanciales, es un hecho que todo el proceso que se viene desarrollando desde el 20 de junio en adelante forma parte de la ofensiva desatada por un grupo al que genéricamente podríamos calificar como derecha, vertebrada alrededor de un programa de desarrollo económicosocial que busca la negociación con los monopolios y en la que la burocracia sindical y la política del peronismo opera como la principal fuerza de control y desmovilización de la clase obrera del pueblo, y que ubica a su enemigo principal en el interior del propio movimiento».^[8]

Richard Gillespie ha señalado que Montoneros como «movimientista» que era dependía de que Perón y su movimiento fueran «verdaderamente» revolucionarios y «sinceramente» socialistas para que su posición dentro del mismo se consolidara. En esta clave, sus medios de avance político dentro del movimiento se vinculaban con la posibilidad de una purga de las burocracias, aunque esto fuera algo que podían reclamar pero no generar por cuenta propia. Paralelamente, su estrategia movimientista los habría llevado – durante el primer año de gobierno – a avenirse a la dominación que los sectores burgueses y burocráticos ejercían sobre el movimiento.

Sin embargo, Montoneros demostraría de manera contundente – en más de una oportunidad – que no estaba dispuesto a abandonar el sendero de lucha que el mismo General había estimulado. El 25 de septiembre, la consigna «Rucci traidor, a vos te va a pasar lo que le pasó a Vandor» se había hecho realidad. Y aunque estas acciones no fueron reconocidas públicamente, sí tuvieron repercusiones a corto y mediano plazo en el reordenamiento de las posiciones de fuerza internas del movimiento.

Por su parte, los menos convocantes – en comparación con la masividad que había adquirido la Tendencia – sectores del alternativismo,^[9] comprendían cabalmente los estrechos márgenes de maniobra y autonomía que se podían gestionar desde el interior del movimiento, aspecto que ya habían manifestado frente a la renuncia de Cámpora, y la asunción de Lastiri. En esta línea habían apuntado sus lanzas hacia el núcleo duro de la alianza que operaba – desde la Casa Rosada – contra los intereses de la clase trabajadora (Luvecce 1993; Águila y Viano 1996; Raimundo sin fecha).

Asimismo la nueva alianza de clases, aquella que suponía una nueva reconfiguración de las relaciones de poder derivadas del modelo económico, la misma que liquidaba, por el término de dos años, la posibilidad de desarrollar la libre negociación colectiva y congelaba las demandas salariales

[8] *Pasado y Presente*. Buenos Aires (julio-diciembre de 1973), pág. 182.

[9] Dentro de esta corriente se agrupaban además de la SN, un sector de las FAP y el PB y las publicaciones *Militancia (Peronista para la Liberación)* liderada por Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, prohibida en 1974 y su sucesora *De Frente (con las Bases Peronistas)*.

y aumentos de precios, era una realidad que ya había comenzado a implementarse en los últimos meses del gobierno de C ampora. De hecho, como sostiene, Julio Godio, el Pacto Social fue el resultado de un proceso iniciado en 1971, en la b usqueda de dotar a la Hora del Pueblo (el pacto político) y al FREJULI (el pacto electoral), de una base de sustentación entre los sectores empresariales y sindicales.

El plan diseñado por Perón y el ministro de economía José Ber Gelbard descansaba en una pretendida solidaridad entre clases, por ello la resistencia ejercida por el movimiento obrero constituía el principal obstáculo a sortear. Teniendo en cuenta que el índice de huelgas, tanto del sector privado como del público, ascend o en el segundo trimestre de 1974 a un promedio mensual de 39 %, llegando incluso a ser la cifra más alta en el período 1973-1976, el objetivo buscado planteaba ciertas dificultades  c mo controlar a los trabajadores? (Godio 2000, pág. 104).

Desde el inicio del tercer gobierno peronista se pusieron en marcha una serie de reformas y regulaciones tendientes a recortar el poder de presión de los trabajadores, al tiempo que se buscaba garantizar que «las 62 Organizaciones» tuvieran los dispositivos legales para frenar el avance de los sectores más radicalizados que osaran disputarles la conducción del movimiento: ley de Asociaciones Profesionales, la ley de Prescindibilidad y la reforma del código Penal. De hecho, la centralidad de esta política represiva giraba en torno a la ley 20.615 de Asociaciones Profesionales, aprobada el 29 de noviembre de 1973; cinco días después de que el gobierno nacional, y los representantes de la CGT y la CGE hubiesen firmado el ACTA COMPRO-MISO NACIONAL, conocida popularmente como el «Pacto Social».

Pese a que los diputados de la Tendencia habían intentado modificar algunos artículos de la problemática ley de Asociaciones Profesionales, en un primer momento Montoneros y la Tendencia se mantuvieron en un acrítico apoyo a las nuevas medidas; sin embargo, tal situación los llev o prontamente a enfrentar más de un dilema político: si pretendían atraer a los sectores más combativos del movimiento obrero, debían comenzar por desafiar la estrategia económica y política de Perón. No obstante, asumir posturas más radicales y críticas ponía en riesgo su estabilidad dentro del movimiento.

Como resultado en el bienio 1973-1974 Montoneros ensay o distintas formas de sortear el dilema. En esta clave buscaron cierta adaptación con el régimen al tiempo que tibias críticas comenzaron a expresarse a través de sus órganos de difusión, expresiones que eran constantemente fustigadas por la jefatura peronista.

En esa dualidad debe entenderse el asesinato de Rucci, hecho que nunca fue públicamente reivindicado, aunque todas las sospechas sobre la responsabilidad material recaían fuertemente en Montoneros. Por otra parte, la distancia entre la imagen ideal que Montoneros pretendía sostener, y las reales apreciaciones del viejo líder sobre las actuaciones de la Tendencia

eran un dato incontrastable. Sólo Montoneros insistía en creer que Perón estaba atrapado tras un cerco en su propia gestión de gobierno.

En esta línea, la tensión^[10] entre la Tendencia y la ortodoxia peronista – encarnada en el propio líder del movimiento – fue en aumento hasta estallar públicamente en la Plaza de Mayo el 1º de mayo de 1974. En aquella oportunidad y con motivo de llevarse a cabo la «celebración del día del trabajador», las organizaciones encargadas del acto habían previsto ciertos recaudos. Entre ellas se había prohibido el uso de banderas partidarias. Sin embargo, Montoneros había logrado franquear la seguridad y cuando Perón se prestaba a dar su discurso desde el balcón, se encontró con las siglas «JTP» y «Montoneros» frente a sus ojos.

El discurso que Perón pronunciara en aquella oportunidad y las interrupciones que sufrió por parte de las nutridas columnas de la Tendencia, ya forman parte de la mitología y el folklore del movimiento peronista. Un ida y vuelta entre el Líder y la militancia más joven del movimiento que no dejó de interpelarlo. El discurso ha quedado registrado en archivos radiales, audiovisuales y escritos, públicos y privados, pero fundamentalmente habría de quedar fijado en la memoria de los jóvenes: «(...) quiero que esta primera reunión del Día del Trabajador sea para rendir homenaje a esas organizaciones y a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica, y han visto caer a sus dirigentes asesinados, sin que todavía haya sonado el escarmiento».^[11] La amenaza se escuchó nítidamente por los altoparlantes. Pocos minutos más tarde, miles de jóvenes comenzaron a darle la espalda, para retirarse de la Plaza de Mayo.

La fractura del vínculo con el padre del movimiento fue pública y estruendosa, no obstante algo predecible desde hacía algún tiempo. A partir de ese momento Montoneros se encontró frente a un problema de difícil solución. Recordemos que su estrategia de «construcción de poder popular» establecía la necesidad de una alianza de clases que garantizara la «liberación nacional» frente a la «dependencia imperialista», y aunque en las declaraciones Montoneros establecía la necesidad de que tal alianza estuviera liderada por la clase obrera, en la práctica no habían hecho más que constatar que el movimiento estaba comandado por los sectores ligados a la burocracia y la burguesía.

En este sentido, Richard Gillespie sostiene que el talón de Aquiles, la debilidad de la estrategia de Montoneros, se debía a su incuestionable fe en Perón, convicción que los llevó a depositar en el viejo líder la esperanza de

[10] Resulta significativo que durante esos dieciséis meses de legalidad, Montoneros había llevado adelante otras acciones militares contra burócratas sindicales y representantes de los monopolios, como Rogelio Coria (UOCRA) y Arturo Mor Roig (ministro del Interior de Lanusse), entre otros.

[11] Juan Domingo Perón, fragmento del discurso pronunciado el 1º de mayo de 1974. Disponible en <http://www.elortiba.org/1mayo74.html>.



Figura 3.2

que la Argentina se encaminara de la etapa transitoria de «liberación nacional» hacia la de «la construcción del socialismo» (Gillespie 1987, pág. 157).

Más allá de las cuestiones de fe, puede afirmarse que la vertiginosidad de los acontecimientos dejaron poco margen de acción para que Montoneros pudieran, tal vez, comenzar a cuestionar su línea política movimientista (en el caso de que lo hubieran hecho), porque incluso antes de que evaluaran más claramente los resultados y las consecuencias de la ruptura con el Jefe del movimiento, la noticia de la muerte de Juan Domingo Perón, que se sucedió apenas dos meses más tarde del emblemático acontecimiento de la Plaza, lo dejaba todo en un segundo plano.

Ahora el mando de la Casa Rosada estaba en manos de su esposa María Estela Martínez de Perón y su ministro López Rega, y las disputas en el interior del movimiento se reavivaban por establecer, ahora, la herencia del padre muerto.

Una contienda que sobrepasaba los ya de por sí extensos márgenes del movimiento e involucraba múltiples actores, entre los que también se encontraba la SN.

«Mi único heredero es el pueblo»

«Lo que has heredado de tus padre adquiérello para poseerlo».

Goethe, *Fausto*

Ya se ha consignado que el escenario político y social que se abría en la Argentina posretorno del líder era un terreno resbaloso. Incluso para una organización que se proclamaba peronista y que – pese a haber definido no disputar hegemonía dentro del movimiento – comenzaba a dar sus primeros pasos de manera autónoma.

Para mediados de 1974^[12] la SN contaba con una publicación propia, que daba cuenta de importantes aspectos de la vida política y las proyecciones de quienes la sustentaban.^[13] A través de ella, de las notas, artículos y fotografías allí publicadas, es posible constatar los modos y los espacios donde «los Sabino» desarrollaron sus trabajos de inserción en los frentes de masas.

En las páginas que siguen se establecerán posibles conexiones entre la letra de la revista y ciertos aspectos programáticos de «los Sabino». A su vez, la visualización de tales conexiones, o constelaciones discursivas suponen un abordaje de la publicación en sí misma. Sin embargo, no es el propósito realizar aquí un estudio exhaustivo de la revista *Puro Pueblo*. Teniendo en cuenta que la publicación se constituyó como proyecto fomentado y solventado por la organización, lo que interesa destacar precisamente es la función asignada a la revista, en tanto dispositivo capaz de arrojar luz sobre las ideas y los proyectos colectivos de «los Sabino».

En esa clave, puede afirmarse de la mano de Gilles Deleuze que en una publicación – un libro, diría él, como en cualquier otra cosa – no hay nada que comprender. Tan sólo hay que preguntarse ¿con qué funciona? ¿en conexión con qué? (Deleuze 2011).

[12] Para 1974 Montoneros había ampliado exitosa y significativamente su estructura organizativa, no sólo a través de sus frentes de masas. También se habían nutrido con el aporte de distintas fusiones: Descamisados (fines de 1972) / FAR (octubre de 1973) / FAP (grupo dirigido por Caride, junio de 1974). No quedaban dudas, Montoneros se habían constituido – en poco más de 3 años – en la organización de la izquierda peronista más influyente y preponderante del campo popular de la Argentina (Gillespie 1987).

[13] Desde el campo de la Historia de las Ideas y los estudios culturales, las vertientes volcadas al análisis de las revistas culturales han demostrado que las revistas, como objeto de análisis, adquieren un carácter capaz de «arrojar luz sobre las particularidades de la construcción de un proyecto colectivo, porque contienen en su seno los principales referentes que participan del proceso de definición programática». Beigel (2003).

No obstante, la invocación al filósofo francés se corresponde con cierta inspiración generada en relación con la multiplicidad y las interconexiones discursivas, y no pretende constituirse en objeto de este trabajo. La pregunta preliminar entonces debería ser formulada del siguiente modo ¿qué conexiones discursivas se agencian desde *Puro Pueblo*?

Comencemos presentando la publicación. El primer número de la revista *Puro Pueblo* tiene como fecha de publicación la segunda quincena de julio 1974 y consta de 28 páginas en formato tabloide. La idea original fue la de sustentar una publicación quincenal. Finalmente el devenir de la propia vida de la organización, sumado al incremento de las políticas represivas condicionó la edición de la revista que sólo alcanzó un total de seis números en el transcurso de un año.

La muerte de Perón, ese «personaje clave del devenir de la historia política argentina» (Sigal y Verón 1986), constituye el telón de fondo sobre el que se imprimen las inaugurales páginas de la revista. En esta dirección, la primera edición estuvo, casi por completo, dedicada a cubrir tan emblemático acontecimiento, y establecer un vínculo de pertenencia simbólica con el movimiento peronista, un heterogéneo movimiento que, tras la muerte del líder, vio agudizar las disputas en su interior por establecer un nuevo liderazgo.

En la portada que presenta la revista puede leerse en grandes letras de molde el nombre elegido para la publicación: *Puro Pueblo*; y más abajo de manera estridente las palabras que el fallecido general pronunciara poco tiempo atrás «Mi único heredero es el pueblo». Con este gesto y en la elección del nombre,^[14] la revista intenta erigirse entonces como portavoz de aquel heredero que fuera proclamado en la Plaza de Mayo y, principalmente, como depositario de aquel ambiguo legado.

En su primer editorial puede leerse que: «*Puro Pueblo* tiene un compromiso y responde a intereses claros. Y es el compromiso con la verdad que aprendimos en todos estos años de lucha y resistencia, y que hoy ante la muerte del líder la sentimos como angustia, la verdad de que para un trabajador no hay nada mejor que otro trabajador. Y esos son sus intereses».^[15]

Sobre el final de la misma editorial, se reafirma ese compromiso sosteniendo que «*Puro Pueblo* habrá cumplido su cometido si sirve de cualquier manera a desarrollar el poder popular. Poder que se gesta en la fábrica y en el taller, en el barrio y la villa, en la escuela y la Universidad. Poder que se consolidará cuando juntemos todas esas ganas y las concretemos en organización. En organización de la clase obrera y el pueblo peronista.

[14] La elección del nombre de la revista no está exento de cierto tono irónico: *Puro Pueblo* (y nada más que pueblo). Una elección que podríamos suponer intenta reflejar las distancias que separan a «los Sabino» de aquellas otras organizaciones peronistas que denuncian no forman parte de ese cuerpo social.

[15] *Puro Pueblo*, n.º 1. Buenos Aires (1974), pág. 2.

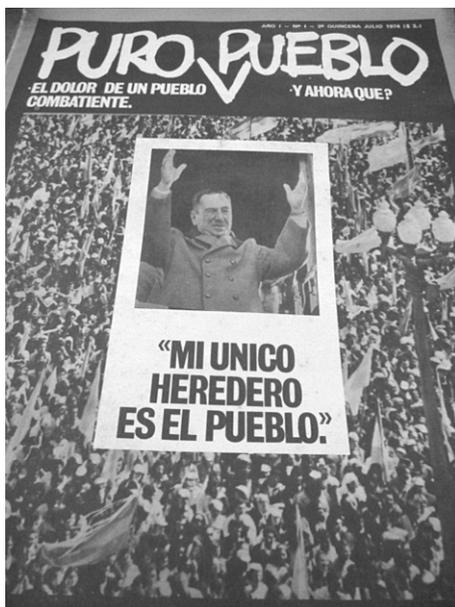


Figura 3.3

Compañeros: AQUÍ ESTA *PURO PUEBLO*. Sólo falta que te metas en ella y le des vida; si no será tan sólo letra muerta».^[16]

Dos son los aspectos a destacar de los extractos aquí seleccionados. Por un lado la denominación «puro pueblo» alude a la marcada intensión de separar, aislar, lo que es pueblo, de lo que no lo es. Su intención es clara: depurar el sujeto pueblo.

Por ello, existe la apelación a una supuesta comunión de intereses, establecida entre el pueblo peronista (que no es todo el movimiento) y la clase obrera. Una correspondencia que *Puro Pueblo* sitúa en la necesidad de enfrentar a los sectores patronales y la burocracia a través de la lucha por el «control obrero de la producción», en un contexto de crisis económica que avcina una crisis institucional y política. Asimismo, hay una entusiasta apelación al desarrollo del «poder popular» y a la construcción del «socialismo nacional».

Ahora bien, detengámonos por un momento en estas líneas para analizar más en detalle, y desgranar conceptualmente la idea de clase sobre la que se construyen ciertas lecturas políticas. O, dicho en otros términos ¿cómo se articula la noción de clase con esta otra, la de pueblo peronista?

En esta dirección, tanto una como otra de las categorías consignadas, pueden ser pensadas como los resortes sobre los que el discurso de *Puro*

[16] *Puro Pueblo*, n.º 1. Buenos Aires (1974), pág. 3.

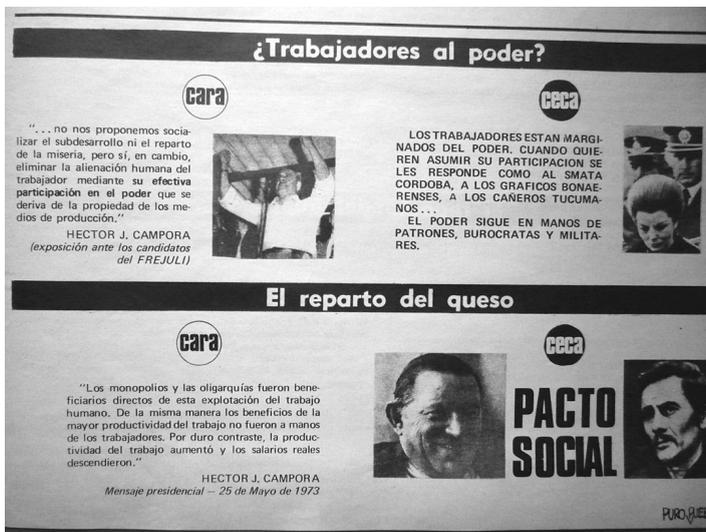


Figura 3.4. *Puro Pueblo*, n.º 6 . Buenos Aires (1975), pág. 24.

Pueblo se asienta, constituyéndose la publicación misma en una suerte de punto de fusión de esos intereses.

En el mismo sentido, podría pensarse que las líneas discursivas de *Puro Pueblo* inician un proceso de construcción identitaria que se traslada de uno a otro de los extremos. Una trayectoria que tiene como punto de partida un – heterogéneo y fraccionado – movimiento peronista, representado a través dos décadas de lucha y resistencia; y como puerto de llegada la clase obrera autoorganizada – expresada en las sublevaciones obreras que comienzan en 1969, el sindicalismo combativo y clasista – .

En esa trayectoria, que es narrativa, retórica y discursiva, se irá construyendo un andamiaje teórico-político, y también un sujeto lector al que apelarán cada vez más manifiestamente, un sujeto que pivotea entre ambas categorías, es decir la clase y el pueblo. Un sujeto que, por otra parte, acaba de delinearse en oposición a otros actores sociales, también relevantes dentro del contexto histórico y político de la primera mitad de los años setenta: la burocracia sindical y el gobierno de Isabel Martínez de Perón. Un contexto en el que ya se evidenciaba el fracaso de la política económica del Pacto Social, que acrecentaba su política represiva y tras el que se levantan los ecos o amenazas de un nuevo golpe de Estado. Frente a esta ríspida coyuntura, *Puro Pueblo* irá delineando su discurso con un tono cada vez más clasista y confrontativo.

«“Construcción de poder obrero”, “poder popular”, y “organización desde las bases”, son algunas de las consignas que asiduamente *Puro Pueblo* reproduce, al tiempo que

apuesta por redoblar esfuerzos por acercarlas a la mitología peronista, contraponiendo “al peronismo de los patrones” el “peronismo de los trabajadores”: “*Puro Pueblo* nace en un momento en el que en el seno del movimiento peronista no caben ya dos proyectos contradictorios: EL PERONISMO DE LOS PATRONES Y EL PERONISMO DE LOS TRABAJADORES. Y *Puro Pueblo* no está por encima de ellos, ni hace llamados a una unidad imposible, ni mendiga un carnet. *Puro Pueblo* es sectario”.^[17]

Un sectarismo, que tras la muerte de Perón, busca emplazarse en el lugar de salvaguarda de los «verdaderos intereses del pueblo», y pretende situarse más allá de las luchas desatadas al interior del peronismo. En este sentido, proclamarán la necesidad de romper la alianza policlasista sobre la que se sostiene el pacto social, denunciando que el «frente triunfante el 11 de marzo y el 23 de septiembre, se resquebrajó porque implicaba la existencia de dos proyectos y por lo tanto, dos formas de encarar la política en Argentina. Volver al 25 de mayo es entonces, una utopía, es borrar una experiencia concreta de la clase trabajadora y el pueblo. Porque ese frente, no será reformulado reconociendo la hegemonía de la clase obrera porque todos sabemos que esa fuerza aún no está organizada. Es la tarea».^[18]

Sigamos un poco más. En el sexto número de la revista,^[19] en continuidad con la línea editorial, se publica un cuadro comparativo que plantea una suerte de contrapunto entre el pacto social «que pudo ser» y «lo que es».

Es decir el contrapunto se sostiene en una operación ficcional que plantea un horizonte de lo que «pudo ser», condensado en la figura de Cámpora, si este hubiese continuado en su cargo de presidente de la Nación y – en el otro extremo – «lo que es», representado a través de los artesanos del Pacto Social – Perón, Isabel, «las 62», Rucci, López Rega, el empresariado y la oligarquía –. El propósito de la ficción es sintetizar y contrapesar la política de represión y ajuste, frente a la derrota «del proceso popular».

De este modo *Puro Pueblo* diagrama una representación contrafáctica del proceso iniciado el 11 de marzo (triumfo de la fórmula electoral Cámpora-Lima) hasta el momento en que están escribiendo (septiembre de 1974). El resultado es claro: situar a Cámpora – ya desplazado de la escena política – junto al pueblo traicionado por el «peronismo patronal».^[20]

[17] *Puro Pueblo*, n.º 1. Buenos Aires (1974), pág. 3.

[18] *Puro Pueblo*, n.º 1. Buenos Aires (1974), pág. 2.

[19] *Puro Pueblo*, n.º 6. Buenos Aires (1974). Vaya como una apostilla que a partir del n.º 4, la revista modifica su nombre y pasa a llamarse *Puro Pueblo Venceremos*. Hasta ese momento la letra «V» siempre consignada debajo de la «P» sólo indicaba el clásico emblema de «Perón Vuelve».

[20] Tal vez debiera señalar, aunque sea como una nota al margen, que la operación de situar a Cámpora en el lugar de líder, o conductor de un proceso político emparentado con los intereses de «una patria socialista» se asemeja, extemporáneamente, a los procedimientos de resignificación del pasado elaborados al cierre de la dictadura.



Figura 3.5. Trabajadores de Bagley. *Puro Pueblo*, n.º 2. Buenos Aires (1975), pág. 8.

Por ello, cuando «los Sabino» enuncian que «no hay posibilidad de reformular el pacto social», lo que debe entenderse es que aquella exitosa alianza policlasista de mediados de siglo xx ha caducado, y que en las políticas del Pacto Social ya no hay lugar para albergar los intereses del «peronismo de los trabajadores».

En la figura 3.5, puede leerse la bajada de la fotografía: «Las bases peronistas. La empresa Bagley ¿peronista?». Dicha composición (imagen + consigna) es también la que ilustra la nota sobre la ocupación de la empresa. Una nota que tras desarrollar los puntos álgidos del conflicto, dar a conocer los reclamos de los trabajadores y la postura de la comisión interna; finaliza con un encendido llamado a romper el Pacto Social.

«Bagley, como tantas otras empresas que formaban parte de la CGE, había publicitado su adhesión al Pacto Social a través de un medio masivo, en este caso a través de una solicitada en el diario *La Razón*, que es reproducida en las páginas de *Puro Pueblo*, acompañada de una breve intervención: “Este es el Pacto Social que nosotros no pedimos, ni firmamos. A no confundirnos compañeros... Ni hagamos confundir... A este Pacto social NO HAY QUE REFORMULARLO... ¡¡HAY QUE ROMPERLO!!”».^[21]

Concretamente el llamado se dirige a que la clase obrera asuma un papel protagónico. Romper el compromiso que «el peronismo de los patrones» ha firmado contra los intereses del «peronismo de las bases». En una de las

Trabajos de memoria donde el breve interregno camporista fue revalorizado, reconstruido simbólicamente, olvidando que Cámpora antes que nada era un hombre fiel a Perón. Y fue precisamente esa innegable cualidad la que lo llevó al sillón presidencial.

[21] *Puro Pueblo*, n.º 2. Buenos Aires (1974), pág. 9 (destacado en el original).

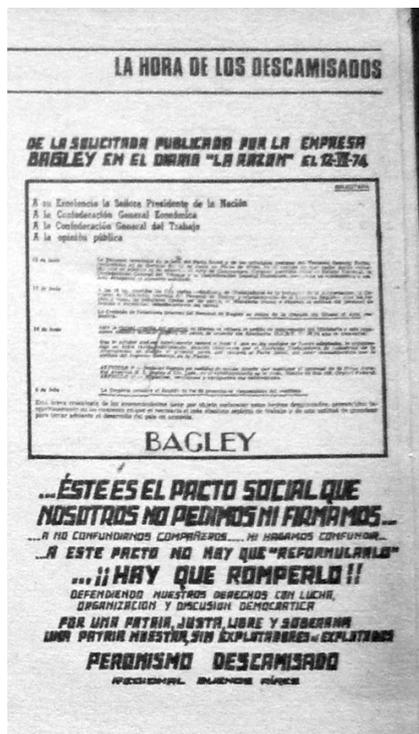


Figura 3.6. *Puro Pueblo*, n.º 2. Buenos Aires (1975), pág.-9.

líneas editoriales puede leerse: «Cuando salgamos a la huelga – como los compañeras del SMATA cordobés, como los de Bagley, como los hermanos chaqueños de Molinos – nos dirán subversivos, nos gritarán que le estamos haciendo el caldo gordo a los monopolios, al imperialismo, a los milicos, a los oligarcas (...). Nosotros defenderemos la legalidad constitucional, *no el orden del Pacto Social*. Nosotros lucharemos contra la oligarquía y el imperialismo a muerte – como hemos hecho en estos 18 años de lucha – y nadie nos va a usar como carne de cañón para una supuesta lucha que negociarán cuando las papas quemen (...) si tenemos que guardarnos la exigencia de paritarias para que patrones y burócratas decidan los mendrugos que nos corresponden; si no podemos *pelear por el control obrero de la producción* para joder a los monopolios; si tenemos que quedarnos en el molde de todo esto, ¿de qué nos sirve el orden constitucional?».^[22]

[22] *Puro Pueblo*, n.º 2. Buenos Aires (1974), pág. 3 (destacado propio). Vaya como una nota marginal que el interrogante «¿de qué nos sirve el orden constitucional?» no debe ser agenciado como un acto de desprecio por las instituciones democráticas. Por el contrario la valorización de la «democracia» (positiva o negativa) debe entenderse

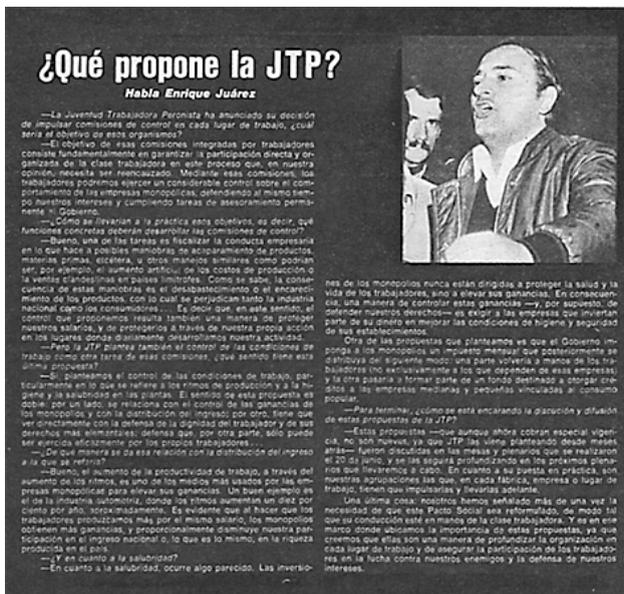


Figura 3.7. La Causa Peronista, n.º 2. Buenos Aires (1974), pág. 13.

Resumiendo, desde la óptica de quienes pensaban y diagramaban la revista, la tarea que la hora reclamaba era la de la acción organizada a través de la clase trabajadora.

No obstante, frente a la misma disyuntiva se manifestaron distintas voces que proclamaban disímiles vías de acción. Tal es el caso de *La Causa Peronista*, que en uno de sus primeros números reconoce «un cambio en la actitud del Gobierno, en el sentido de pasar a reprimir con más energía los actos de sabotaje, orquestados por la oligarquía y el Imperialismo». Hasta el momento, en cambio la dureza se había empleado preferentemente con los trabajadores que agobiados por el Pacto Social, salían a reclamar aumentos en Matarazzo, Propulsora, Acindar, el gremio docente, periodistas, y gráficos, etc. Por el contrario, maniobras de acaparamiento como la practicada meses atrás por Molinos Río de la Plata – una empresa de Bunge y Born – apenas habían sido sancionadas con una módica multa.^[23] Finalmente en la misma nota, en recuadro aparte, la agrupación sindical de la Tendencia,

en una red de intereses mucho más amplia, donde la sociedad y la política estaban indefectiblemente atravesadas por un análisis de clase. En opuesta dirección se han inscripto ciertos abordajes, vinculados al estudio de las organizaciones armadas, que encuentran en las experiencias político-militares de los años setenta, un alto grado de desinterés por la democracia (Ollier 2005).

[23] *La Causa Peronista*, n.º 2. Buenos Aires (1974), págs. 12-13.

la Juventud de Trabajadores Peronista propone «Impulsar comisiones de control en cada lugar de trabajo. El objetivo de esas comisiones integradas por trabajadores consiste fundamentalmente en garantizar la participación directa y organizada de la clase trabajadora en ese proceso que, en nuestra opinión, necesita ser reencauzado. Mediante esas comisiones, *los trabajadores podremos ejercer un considerable control sobre el comportamiento de las empresas monopólicas, defendiendo al mismo tiempo nuestros intereses y cumpliendo al mismo tiempo tareas de asesoramiento permanente al Gobierno*»^[24] «hemos señalado más de una vez la necesidad de que este Pacto Social *sea reformulado*, de modo tal que su conducción esté en manos de la clase trabajadora. Y es en este marco donde ubicamos la importancia de estas propuestas, ya que creemos que ellas son una manera de profundizar la organización en cada lugar de trabajo y de asegurar la participación de los trabajadores en la lucha contra nuestros enemigos y la defensa de nuestros intereses».^[25]

Presentadas como tales, las diferencias no son exclusivamente de índole discursiva sino que decantan en una matriz estratégica de la concepción de poder. En la revista *Puro Pueblo* se pugna por *romper el Pacto Social* de «la burocracia, los patrones y el gobierno». Seguidamente hay un llamado a la autoorganización de la clase y el control obrero de la producción. Contrariamente en *La Causa Peronista*, la JTP enfatiza su llamado a *reformular el pacto y a ejercer un control sobre las empresas* (en el circuito comercial para garantizar el abastecimiento). Al mismo tiempo, supone al movimiento obrero como un actor accesorio en las instituciones del Estado, algo así como un asesor de los asuntos de gobierno.

En suma, desde una perspectiva de clase ambos posicionamientos se proyectan más allá de la coyuntura política, y proponen derivas tácticas o líneas de acción que dialogan con aspectos estratégicos de cierta política. Una política que en términos setentistas se definía en «movimientista» o «alternativista» y suponía diferentes estrategias de acumulación de poder.

Puro Pueblo ¿Venceremos?

Luis Rodeiro nació en Córdoba en 1943 y tempranamente, en los años sesenta, se vinculó – como otros jóvenes de su generación – al movimiento de los curas rebeldes de la capital provincial. Esa experiencia desembocará en la conformación del Movimiento Universitario Cristo Obrero (MUCO). Seguidamente Luis participó en la conformación de la Agrupación Peronista Lealtad y Lucha, agrupamiento que daría lugar al desarrollo del AES – Agrupación de Estudios Sociales en la Universidad de Córdoba – y más tarde – en el ámbito sindical – sería conocido como el PB. Hacia 1970 Luis ya había entrado en contacto con los «grupos originarios» de Montoneros y

[24] *La Causa Peronista*, n.º 2. Buenos Aires (1974), pág. 13 (destacado propio).

[25] *La Causa Peronista*, n.º 2. Buenos Aires (1974), pág. 13.

participó del operativo que llevó adelante el copamiento de la localidad de La Calera. Estuvo preso junto a otros redactores del *Documento Verde* en una cárcel de Resistencia, hasta que el 25 de mayo de 1973, al ser liberado se incorporó a Montoneros Columna Sabino Navarro. En el año 1974 fue el encargado de dirigir el órgano de prensa de la organización: *Puro Pueblo*.

Cuando «los Sabino» decidieron dar inicio a esta experiencia gráfica que bautizaron con el nombre de *Puro Pueblo*, lo hicieron contemplando un objetivo específico: el de difundir el desarrollo de sus frentes de masas. La tarea fue encomendada a Luis Rodeiro, quien tendría a su cargo la dirección de la publicación. Contaba para ello con un grupo de apoyo que funcionaba en Capital Federal (allí se llevaba adelante el proceso de diseño, de impresión y distribución).^[26] Por lo demás colaboraron con los distintos números un reducido grupo de compañeros que, sin formar parte de la estructura orgánica de la SN, decidieron «solidariamente» patrocinar la pequeña apuesta editorial. Entre ellos sobresalen dos nombres bastante afamados por aquellos días. El ex diputado Diego Muñoz Barreto, (luego asesinado en Escobar a manos de Luis Patti) y el escritor y periodista Tomás Eloy Martínez, «en cuyo departamento hicimos muchas veces las tareas de redacción».^[27]

Con una tirada de 20.000 ejemplares, la revista era distribuida a través de una empresa y de la propia militancia en Córdoba, Santa Fe, Buenos Aires y Tucumán.

A partir de su cuarta edición *Puro Pueblo* agregaba a su nombre la palabra *Venceremos*, «ese grito que anida en la clase obrera y el pueblo peronista y que expresa nuestra fe de que Venceremos!».^[28]

En esta línea Luis puntualiza que «*Puro Pueblo* surge como una necesidad de comunicar, de difundir, de entrelazar, el intenso crecimiento y trabajo de organizaciones de base, en distintos barrios y sindicatos, que eran parte del trabajo político de la Columna José Sabino Navarro, con la intención de dar dimensión colectiva y nacional».^[29]

Una tarea, un propósito específico (el de entrelazar las luchas, los desarrollos de cada barrio y cada fábrica) que es exaltado en el semblante de la revista. Como si efectivamente y en tanto dispositivo, la publicación pudiera – en los hechos – «entrelazar las luchas», articular lo que estaba desarticulado, vincular aquello que en la realidad concreta no había podido vincularse. En esta clave debo mencionar que un porcentaje no menor de los conflictos allí expuestos refería a través de las fotografías o los textos a los mismos espacios de inserción que los/as entrevistados/as habían relatado en la primera instancia de la investigación. Por ello sostengo que *Puro Pueblo* tenía como objetivo central servir de lazo o puente entre los

[26] Entrevista con Luis Rodeiro (noviembre de 2011).

[27] Entrevista con Luis Rodeiro (noviembre de 2011).

[28] *Puro Pueblo*, n.º 3. Buenos Aires (1974), pág. 25.

[29] Entrevista con Luis Rodeiro (noviembre de 2011) (destacado propio).

en el hecho de que la SN no reclutaba militantes de base en la organización política. Por el contrario, existía una fuerte tendencia a fortalecer desde afuera los núcleos organizativos propios de la fábrica, consolidando lo que ellos dieron en llamar «grupos de apoyo a los líderes naturales que iban surgiendo en el lugar».^[30] En esta línea también debe señalarse otro elemento llamativo que hace a la concepción sindical de «los Sabino»: una marcada renuencia a la trasladar militantes desde otros frentes, al sindical. Lo que en términos setentistas se definía como «proletarización».

Solidarias con la línea de trabajo desplegada en el territorio, una experiencia que en las entrevistas es evocada como un «acompañamiento», algo así como un tutelaje de las expresiones más organizadas del movimiento obrero,^[31] las páginas de *Puro Pueblo* no contienen mención alguna de la existencia de la organización.

Y a contracorriente de ciertos dispositivos gestados y sostenidos por otras organizaciones políticas, cuando nos adentramos en la densa narrativa de la revista de «los Sabino», nos encontramos con una esforzada intención de ocultar toda pertenencia orgánica. De hecho, la revista no pretende establecer – en ningún momento – vínculo formal alguno con la «orga» que le diera origen.

Toda esta puesta en escena, alienta ciertos interrogantes ligados a los modos de vinculación entre la SN y ese movimiento obrero al que estaba dirigida la publicación. Vínculos que, como ya se ha mencionado, la SN desplegó en el ámbito específico de la fábrica a través del fortalecimiento de las estructuras organizativas propias del ámbito sindical (impulsando la consolidación de comisiones internas, en algunos casos apoyando el desarrollo de agrupaciones de base y en general a través de contactos particulares con delegados de gremios y sindicatos).

En términos generales, la decisión de invisibilizar la existencia de la SN en las páginas de la revista *Puro Pueblo* es un aspecto que responde a su lógica de construcción partidaria. Claramente diferenciada de otras publicaciones del período como pueden ser los casos de *Estrella Roja* (ERP), *El Combatiente* (PRT), *La Causa Peronista* o la revista *Descamisados* de Montoneros, *Puro Pueblo* no buscaba propagandizar o publicitar a la organización que le daba impulso. Por ello, exitosa o no, fue coherente con una línea estratégica que la SN promovía. Es decir, sería un error esperar otra cosa de su letra.

Sin embargo, y tal vez porque la revista estaba pensada para ser «trabajada» en los frentes de masas, o simplemente porque la idea de fortalecer los espacios propios de la fábrica se presentaba como un objetivo – revolucionario – en sí mismo, sin embargo, decía, por alguna de estas dos razones,

[30] Entrevista con Victorio. Rosario (abril de 2006).

[31] Cabe aquí una comparación con las estrategias desplegadas por Montoneros, valga como ejemplo el rol asignado a las agrupaciones sindicales como la JTP que, en términos generales, eran pensadas como instrumentos a partir de los cuales disputar las estructuras sindicales de la CGT (Lorenz 2007).

la revista exaltaba reiteradamente la necesidad de organizarse por la base. Incluso, si para ello era necesario dejar de lado las propias banderas partidarias.

Un ejemplo de ello puede leerse en la editorial del tercer número. Allí le darán un giro elocuente a la exaltación de la «unidad nacional» – tantas veces pregonada por el movimiento peronista – diciendo que «Esa unidad nacional es la que tiene sentido, la que se va forjando desde la lucha misma, la que va creciendo y desarrollando embriones de poder popular como contra respuesta al poder opresor, profundizando la lucha antiburocrática y la participación directa de los trabajadores y el pueblo en la construcción de su propio destino. Apoyando *esos centros de poder que van surgiendo en la lucha* y por donde se expresan masivamente los trabajadores y el pueblo, sin sectarismos, es como iremos construyendo la herramienta eficaz para hacer LA PATRIA JUSTA, LIBRE Y SOBERANA: LA PATRIA SOCIALISTA. *Si cada activista, si cada agrupación de base, si cada dirigente entiende que es más importante una comisión interna como expresión masiva que una sigla – también necesaria como garantía de permanencia y empuje – estaremos marchando hacia adelante, estaremos construyendo el poder popular, estaremos rescatando 18 años de lucha peronista y popular.*»^[32]

Es decir, la estrategia discursiva de la revista se complementa con cierta línea política que es propia de la SN, y que en su despliegue ratifica la existencia de una concepción táctica y una estrategia específicas. Un despliegue que dispone – una vez más – a la organización política asumiendo determinados roles de vanguardia, pero situada en las sombras. Dicha disposición estaba delimitada por la existencia de un «nosotros» (SN) y un «ellos» (diferente y distante). Un «otro» al cual debían asistir, acompañar y tutelar políticamente en la tarea (estratégica) de crear «poder popular».

Pero volvamos a las páginas de *Puro Pueblo*, para consignar que gran parte de sus carillas estaban destinadas a divulgar y dar a conocer (en el sentido literal de la expresión) las luchas y reivindicaciones de la «clase obrera y el pueblo peronista».

Impresa a continuación de la editorial, la sección «Lo que pasa» realiza una suerte de análisis de coyuntura, pasando una rápida revista a los acontecimientos políticos trascendentes de la quincena. No obstante, el segmento más importante, «La hora de los descamisados», es el de mayor caudal de páginas, y fue pensado como un espacio destinado al seguimiento de las luchas del movimiento obrero, destacando en cada caso, el accionar de los delegados y las comisiones internas en su enfrentamiento con los sectores o corporaciones patronales, y las burocracias sindicales. En esta línea, la primera editorial proclamaba que «*Puro Pueblo* habrá cumplido su cometido *si sirve de cualquier manera a desarrollar el poder popular*. Poder que se gesta en la fábrica y en el taller (...)».

[32] *Puro Pueblo*, n.º 3. Buenos Aires (1974), pág. 3 (destacado propio).

Insistentemente, el discurso de *Puro Pueblo* vuelve sobre este y otros dos enlaces de la misma cadena significante. Lo que impacienta comunicar a quienes diagraman la revista podría resumirse en tres consignas: unificar las luchas desde las bases, ejercer poder popular, luchar contra el poder de las burocracias y las patronales. Unas y otras se complementan en una red conceptual que se articula no sólo con una práctica cotidiana, sino con una específica concepción de la política sindical. Esta conceptualización también fue ejemplificada en algunas de las entrevistas realizadas, a través de los consejos obreros de Turín, aquella extraordinaria experiencia de organización de los obreros del norte italiano, sobre la que Gramsci teorizara en los años veinte y que en términos muy generales, se caracterizó por el rol asumido por los consejos de fábrica, definido en torno a su articulación con las modalidades de organización política (partidos) y económica (sindicatos). Con este ejemplo puede inferirse que «los Sabino» buscaban exponer – lo más claramente posible – el horizonte de expectativas que ellos mismos depositaban en su práctica y en su discurso. Por otra parte, también puede interpretarse, la necesidad de encontrar un antecedente histórico que fuera en cierta medida «exitoso». En otras palabras, buscaban hacerse de cierto capital simbólico desde el cual legitimar un discurso teórico.

Tal vez por ello valga la pena remarcar la singularidad de un artículo que se distingue del resto. Publicado en la quinta edición de la revista, bajo el título «Aportes para la liberación. Algunos conceptos sobre teoría y práctica»,^[33] el texto propone cierto ejercicio de reflexión que se orienta desde un interrogante un tanto impreciso: ¿de dónde sale la teoría?, interrogante que inmediatamente abre a otra serie de preguntas expuestas pedagógicamente del siguiente modo: «El desarrollo de las luchas populares exige permanentes o periódicos reubicamientos de la realidad en la cual se actúa, a fin de precisar lo mejor que se pueda, si se está en el rumbo correcto y cuáles son las tareas que la realidad demanda que se cumplan. Esa tarea de ver en dónde estamos y a dónde vamos, nos obliga a un esfuerzo de interpretación de los distintos hechos que tienen o pueden tener vital importancia para el avance de las fuerzas populares. Y es aquí donde debemos detenernos para hacer algunas reflexiones: ¿cómo hacemos para saber qué es lo importante y qué lo secundario? ¿Cuál es la forma de establecer cuáles hechos pesan más y cuáles menos? ¿Qué método seguimos para darnos cuenta si un acontecimiento es en realidad tal como lo vemos?, ¿cómo tener la seguridad que la realidad la hemos comprendido en toda su extensión?».^[34]

Seguidamente el artículo se desplaza hacia el enunciado de una «teoría revolucionaria», una teoría emanada y contrastada por una «necesidad que es tan vieja como las luchas populares».^[35]

[33] *Puro Pueblo*, n.º 5. Buenos Aires (1974), pág. 19.

[34] *Puro Pueblo*, n.º 5. Buenos Aires (1974), pág. 19.

[35] *Puro Pueblo*, n.º 5. Buenos Aires (1974), pág. 19.

Basada en las experiencias de lucha que – en otros períodos de la historia y en diferentes partes del globo – tuvo como protagonista a la clase trabajadora, afirma que: «La teoría no es entonces otra cosa que las acciones, que la práctica de un pueblo o una clase social o una organización, transformada en normas o leyes que sirven para mejor orientar la práctica futura. Y todas las normas producidas hasta el presente por la lucha revolucionaria en todo el planeta, es lo que llamamos teoría revolucionaria y que nos sirve para que podamos contar con un método práctico y probado de análisis de la realidad, que nos permita orientar mejor nuestras acciones».^[36]

Como si se tratara de un dispositivo acoplable, al cual es posible hacer girar para dar cuerda a una maquinaria más compleja, la práctica política y toda práctica revolucionaria, es transformada en el principal insumo de la teoría. Mutuamente dependientes teoría y práctica, práctica y teoría, son amalgamadas, fundidas en un formato de «normas o leyes que sirven para mejor orientar la práctica futura».

Convencidos, como lo estaban, de que bastaba conocer y estudiar la historia, es decir «los procesos de lucha», «las movilizaciones» y «reivindicaciones» de la clase obrera, para que comenzara a rodar el ingenio teórico. Se entiende mejor el vasto espacio dedicado a exponer las experiencias reivindicativas del movimiento obrero local.

En este sentido, el objetivo no era solamente que los obreros de Bagley o el SMATA^[37] pudiesen, por ejemplo, al adquirir la revista ver reflejada su propia experiencia de lucha, reproducida en distintos espacios geográficos y provincias vecinas. Sino que – y esta, sostengo, era la verdadera intención buscada por los responsables políticos del proyecto editorial – adquirirían la posibilidad de concebir un arco de experiencia común desde el cual aportar los insumos necesarios para una teoría revolucionaria.

Otra sección, la que en un orden lógico de lectura se sucede a «La hora de los descamisados», se denomina «Argentina patronal». Si bien hay aquí una línea de continuidad con el sentido antes señalado, es decir, con esa necesidad de exponer luchas, manifestaciones y reivindicaciones de los trabajadores, el empeño está puesto en mostrar aquellos movimientos del capital que, en íntima vinculación con las políticas gestadas desde el Estado, afectan los intereses de las clases trabajadoras. Podría decirse que los artículos que componen esta sección intentan completar el discurso eminentemente político, y darle una base de sustentación económica.

En términos generales no hay una única vertiente de análisis. Por el contrario los artículos son variados y tratan sobre diversos temas (ley agraria, precios de la carne, redistribución del ingreso, etc.), pero comparten un

[36] *Puro Pueblo*, n.º 5. Buenos Aires (1974), pág. 19.

[37] Particularmente estas experiencias pueden seguirse a lo largo de cinco de los seis números de *Puro Pueblo*.

represión: la táctica del terror

tación prepotente de ese aparato represivo montado hasta el detalle, se convierte en el arma política contra toda la población, con lo que se pretende evitar toda actitud de oposición o rebeldía a los designios de la clase explotadora. Esto se complementa con la acción criminal de los grupos especiales, lo que para el gobierno no es más que un problema entre izquierdas y derechas como ya vimos. Para otros como Timmermann, es una estadística ("en Argentina, un muerto cada 19 horas") que le provoca miedo. Pero la conciencia colectiva del pueblo no olvida, recuerda y encuentra la continuidad entre esta violencia criminal de hoy y la masacre de Ezeiza, donde la dere-

Figura 3.9. *Puro Pueblo*, n.º 6. Buenos Aires (1974), pág. 8.

mismo objetivo: el de poner de manifiesto, el de contrastar, los intereses de una y otra clase desde el ámbito de la producción.

Retomando aquella idea expresada en la primera editorial, cristalizada en la imagen de la Argentina de los patrones y los burócratas, frente al pueblo peronista y los trabajadores, dirán que detrás de los primeros está «la negociación con el imperialismo y la oligarquía»,^[38] ligada a los segundos, la idea de «una sociedad sin explotados ni explotadores».^[39]

La idea, la consigna si se quiere, es la misma, pero la afirmación se realiza con una tónica diferente «existen 10 millones de trabajadores en relación de dependencia, hay menos de 1 millón de empresarios muchos de los cuales son pequeños y medianos, repetimos ¿puede considerarse hoy justicia social una redistribución del ingreso de 50 % para nosotros y 50 % para los patrones? Evidentemente que no, y es por ello que debemos

[38] *Puro Pueblo*, n.º 3. Buenos Aires (1974), pág. 22.

[39] *Puro Pueblo*, n.º 3. Buenos Aires (1974), pág. 26.

ir centrando nuestros esfuerzos en romper este Pacto Social que no nos favorece en nada».^[40]

Un tanto más despreocupada es la letra de las columnas que componen «Perlas patronales», una sola carilla que por lo general cierra la sección anterior. Se trata de recortes de noticias de periódicos como *La Opinión* o el *Diario Noticias*, periódicos de circulación local como *La Gaceta de Tucumán* y publicaciones como *Siete Días*. Recortes llamativos o incluso irónicos de «noticias reales», declaraciones a la prensa de personajes trascendentes del *establishment* y el mundo de la política. Pequeñas referencias a la coyuntura política-económica. Lo que podría decirse en otros términos, como lo que dicen «otros» de la realidad.

Noticias inverosímiles y curiosidades, expuestas allí como muestrario de un discurso de clase – que si no fuese porque resultan un tanto burlescas – podrían ser tan elocuentes como el discurso de la propia publicación.

En suma, obviando el primer número que estuvo (como ya se ha señalado) íntegramente dedicado a cubrir el fallecimiento de Juan Domingo Perón, las demás ediciones consiguieron cierta homogeneidad – no completamente lograda – que es visible en el diseño y diagramación de la publicación, pero sobre todo en los modos discursivos puestos en juego.

En tan solo cinco números, *Puro Pueblo* logró realizar una serie de operaciones discursivas que, a la vez que inauguraban un nuevo dispositivo de llegada a los frentes de masas (en esta oportunidad se trataba del lanzamiento de su órgano de difusión oficial) ponían de relieve las complejidades inherentes a la construcción de cierto tipo de sujeto político. Un sujeto al que «los Sabino» apelan discursivamente y que oscila entre una enunciación retórica, el pueblo peronista y la categoría marxista de clase obrera, un sujeto que termina por momentos diluyéndose en una tensión de difícil resolución teórica.

De cualquier modo, si se piensa en conjunto el breve camino transitado por la publicación, puede verse la marcada tendencia a desplazar la centralidad del discurso de uno a otro de los extremos de esa trayectoria pendular, un desplazamiento que, apostando a la construcción de un sujeto protagonista de la historia, se inicia en la identificación con Perón y su movimiento, para terminar en la identificación con la clase obrera industrial.

Sirva como ejemplo que, salvo los dos primeros números de la revista, donde las portadas ilustran a los íconos del movimiento (Perón en la primera y Eva Duarte en la segunda), los restantes tienen como protagonista al movimiento obrero (si bien la portada del tercer número está dedicada a los mártires de Trelew, la contratapa y el contenido refieren a las luchas obreras). Por su parte, los últimos dos números (la quinta y sexta edición de *Puro Pueblo Venceremos*) tienen impresas en las tapas las fotografías de los dirigentes sindicales René Salamanca y Atilio López respectivamente. Atilio

[40] *Puro Pueblo*, n.º 3. Buenos Aires (1974), pág. 26.

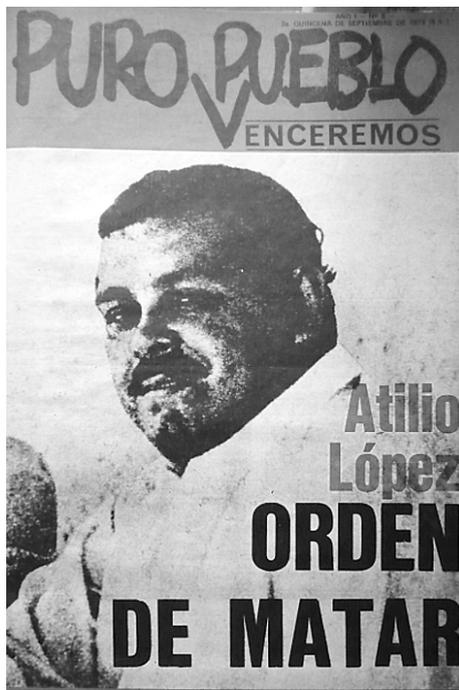


Figura 3.10

López era dirigente de UTA-Córdoba y fue asesinado el 16 de septiembre de 1974. René Salamanca dirigente del SMATA Córdoba y miembro del PCR, fue desaparecido en la madrugada del golpe de Estado de 1976.

Asesinado pocos días antes de publicarse en septiembre de 1974, la última editorial despide sentidamente a Atilio López. La portada de la sexta edición tiene un mensaje claro, impreso sobre una foto en blanco y negro, algo borrosa del sindicalista: «Atilio López. Orden de Matar».^[41] El contenido de la revista se devela – esta vez – ciertamente contrastado. Aunque las secciones no sufrieron grandes modificaciones, en este número, hay sin embargo, una clara tónica de denuncia del incremento de la política represiva que tomaba cuerpo en la figura de López Rega.

Desde el Ministerio de Bienestar Social y en sus funciones de secretario personal de Isabel, había escalado – en mayo de ese mismo año – quince grados en el escalafón de la policía, de cabo a jefe de la institución, y ya habituaba desviar fondos desde el Estado para financiar las actividades parapoliciales y delictivas de la Alianza Anticomunista Argentina (De Riz 2010).

[41] *Puro Pueblo*, n.º 6. Buenos Aires (1974).

El último número de la revista se caracteriza por cierto aire de tristeza que, pese a las consabidas notas de arenga y exaltación de unidad popular, no logra equilibrar el conjunto. Impresión que despiertan titulares como el de la página dedicada al análisis de coyuntura «Todo está peor que antes».^[42] Lo cierto es que para la mayoría de las organizaciones políticas revolucionarias el cierre del año 1974, significó también el cierre de sus órganos de difusión. El clima político vivido poco tiempo atrás definitivamente había comenzado a clausurarse y la Triple A comenzaba a ser visible a través de intimidaciones, secuestros, y asesinatos.

La Causa Peronista fue clausurada en septiembre, *Militancia* lo había sido en marzo y por ello pasó a llamarse *De Frente (con las bases peronistas)*, pero sólo podrían editarse unos pocos números ya que en el mes de julio volvería a ser clausurada. Lo mismo sucedería con el diario *Noticias* en agosto del mismo año.

Puro Pueblo apenas comenzaba a dar sus primeros pasos en ese convulsionado escenario político. La revista no fue clausurada; sin embargo, sus responsables decidieron dar por finalizada la aventura editorial.

Treinta y siete años después de la última impresión, Luis, su responsable, encuentra en esa ola de clausuras la causa más razonable que explica – en definitiva – la decisión de cerrar las puertas. «Si bien el decreto no nos contempló, su suerte, como la de la revista *Con todo* de la FAP/Peronismo de Base se consideró que estaba echada. Mantenerla en la clandestinidad significaba contar con una infraestructura de seguridad que no disponíamos».^[43]

Por otra parte, debe consignarse que en el número cinco de la revista llama la atención la importancia asignada a un hecho particular. Montoneros había publicado en uno de sus medios de difusión (*La Causa Peronista*) una extensa nota revelando los detalles y despejando las posibles incógnitas sobre el secuestro de Aramburu.

No era costumbre, desde las páginas de *Puro Pueblo*, el establecer un diálogo de ningún tipo con otras organizaciones del campo de la izquierda peronista y tampoco de la izquierda marxista. Su política editorial se distanciaba de otras prácticas bastante extendidas, como por ejemplo la que sostenía la revista *Militancia*, que cedía ciertas secciones a las organizaciones armadas para que pudieran dar a conocer sus lineamientos, sus debates o lo que, de hecho, consideraran pertinente (espacio que la misma SN había utilizado frecuentemente). De igual modo lo hacían otras publicaciones como podían ser las ya mencionadas *Estrella Roja* del ERP o *El Descamisado*, de Montoneros, donde con ánimo de criticar y debatir se daba a conocer ciertas acciones desarrolladas por otras organizaciones armadas. En la publicación

[42] *Puro Pueblo*, n.º 6. Buenos Aires (1974), pág. 4.

[43] Entrevista con Luis Rodeiro (noviembre de 2011).



Figura 3.11. Puro Pueblo, n.º 5. Buenos Aires (1974), pág. 5.

Estrella Roja^[44] por ejemplo existía una sección llamada «Crónica de la guerra revolucionaria», donde se brindaba un informe mensual o bimensual de las acciones armadas desarrolladas contra el enemigo en común y las bajas sufridas en el campo popular.

Pese a todo, hay un momento en que *Puro Pueblo* dialoga con Montoneros, y lo hace a través de una nota que se titula: «La montonera ilegal»,^[45] nota que cuestiona la decisión de la organización de pasar a la clandestinidad. El apelativo es en sí mismo llamativo. «Ilegal» y no clandestina. Como si en la elección del término hubiera algún resto de condena, tal vez más moral, que política. En primer lugar señalemos que nadie parece sorprenderse con la noticia. La nota se inicia afirmando que «La marcha de Montoneros hacia la ilegalidad era evidente» y más adelante «La historia y la práctica de los revolucionarios han demostrado que los límites de la legalidad los fija el enemigo y es esta – quizás – la primera vez que una organización revolucionaria se autoilegaliza». En cualquier caso, pareciera ser que el comportamiento asumido por Montoneros era efectivamente tal y como «los Sabino» anunciaban.

[44] Tanto la publicación *Estrella Roja* como *El Descamisado* fueron consultadas en línea, véase <http://eltopoblindado.com>.

[45] *Puro Pueblo*, n.º 5. Buenos Aires (1974), pág. 6.



Figura 3.12. *Puro Pueblo*, n.º 3. Buenos Aires (1975), contratapa.

En la misma tónica, en un recuadro aparte y bajo el título «Aramburu de nuevo en el tapete», *Puro Pueblo* despliega su particular crítica sobre la publicación de la nota «Cómo murió Aramburu»^[46] que realizara la conducción de Montoneros en el semanario *La Causa Peronista*, afirmando que «Lo trágico de la nota nada tiene que ver con los lamentos de señoras gordas aterrorizadas que profirieron nuestros políticos. *El error pasa por haber convertido en anécdota sensacionalista el hecho político-militar más claro y contundente con que se golpeó en esos años a la dictadura.* Lo equivocado es haber olvidado que el homenaje a los compañeros caídos debe inscribirse en el rescate histórico del hecho por su contenido de justicia popular revolucionaria ansiada por todo un pueblo y no simplemente en la decisión por heroica que haya sido, de diez compañeros. *La personalización que empapa en toda la nota a los autores del hecho, aparte de ser una base falsa si lo que se pretende es transformarlos en líderes políticos de masas, contribuye en poco o nada en reafirmar el concepto de lo que es una organización revolucionaria,*

[46] *La Causa Peronista*, n.º 9. Buenos Aires (1974), pág. 9 y ss.

donde cada uno de los militantes se funde en la organización y cada paso, cada avance, no es individual sino de la organización en su conjunto».^[47]

No puede dejar de señalarse aquí la presencia de un tono evidentemente crítico, o de recriminación si se quiere, enunciado desde un lugar de autoridad; autoridad que es ejercida por quienes también han participado del «hecho político-militar más claro y contundente con que se golpeó en esos años a la dictadura» pero que no han podido, o no han querido, capitalizarlo en términos políticos.^[48]

Pese a que sólo le ha dedicado media carilla en una de sus páginas, la revista de «los Sabino» se preguntaba, en su contratapa, debajo de un gran fotografía que ilustra una abultada muchedumbre «¿Qué pasa con los Montoneros?», las respuestas al interrogante, como se ha podido ver, giraron entorno a la recriminación y la consternación que les generaba el hecho de que Montoneros pasaran a la clandestinidad. Decisión que no dudaron en calificar como una supuesta «autoilegalización» tanto de la organización como de la revista *La Causa Peronista*.

Contrapesando estos aspectos con el testimonio antes citado, podría pensarse que la decisión de retirar de circulación la publicación de *Puro Pueblo* respondió a una lógica binaria. Por un lado tal vez fuese cierto que «su suerte estaba echada» y no había demasiadas razones para correr riesgos manteniéndola en funcionamiento cuando la mayoría de las revistas estaban siendo clausuradas. Pero por el otro también debe considerarse que, una y otra vez «los Sabino» quedaban atrapados en una suerte de encerrona que se presentaba cada vez que Montoneros cambiaba las reglas del juego.

Sin embargo, tanto el cierre de la revista como la disolución de la organización – decisión que sucede con unos meses de diferencia – son definiciones, tomadas a *posteriori* y como consecuencia de debates internos, actos políticos, individuales y colectivos, pero sobre todo, voluntarios. Razonados y discutidos, más o menos democráticamente, pero que fueron elaborados, con la premura que los tiempos imponían claro está.

En esta clave y sin ánimo de establecer, por el momento, conclusiones definitivas (sobre las que volveré en los siguientes capítulos), es factible pensar que tal decisión obedecía también a ciertos movimientos internos. La SN había roto con su organización madre dos años antes. En ese lapso de tiempo, todo parece indicar, que la organización no había podido terminar de acomodar las piezas de cierta maquinaria; una estructura montada sobre las bases de unos dispositivos regionales que no terminaban de apropiarse del todo. La crisis larvada, tal vez, comenzaba a visibilizarse a través de las páginas de la revista.

[47] *Puro Pueblo*, n.º 5. Buenos Aires (1974), pág. 6 (destacado propio).

[48] Recordemos que en el grupo fundacional de «los Sabino» se encontraban algunos de los militantes que habían participado del secuestro de Aramburu.

Capítulo 4

La lucha armada y los pasados convocados

Monina. Graciela María de los Milagros Doldán nació en Santa Fe en 1941; estudió en el Colegio Nuestra Señora del Calvario, para ingresar luego a la Facultad de Derecho en el año 1960. Cinco años después egresaba como abogada de la Universidad Católica. Bajo la dictadura de Onganía fue, junto a Dora Riestra, una de las dirigentes del MEUC, agrupación que convocaba a cientos de jóvenes santafesinos. En 1968, frente al abusivo aumento de los aranceles, el MEUC organizó una huelga de hambre que comenzó en la Iglesia Nuestra Señora de los Milagros y prosiguió en el Colegio Mayor Universitario. El conflicto entre alumnos y autoridades se extendió por varios meses y expresó cuestiones más profundas que la cuota universitaria.

Hacia 1969 un grupo de 8 o 9 militantes entre los cuales se encontraba Monina decidieron que había que dar un paso más allá de la lucha reivindicativa. Luego de un campamento en Córdoba, decidieron dar inicio a un grupo clandestino. La opción por las armas era un hecho. Poco tiempo después serían sindicatos como uno de los «grupos originarios» de Montoneros. En el año 1971 Monina se trasladó a Córdoba junto a su pareja, José Sabino Navarro (asesinado ese mismo año).

La Petisa María, como la llamaban algunos de sus compañeros, fue fundadora y llegó a ser la responsable militar de «los Sabino», organización en la que militó hasta su disolución en el año 1975, momento en el que decidió regresar a su antiguo encuadramiento en Montoneros. En abril de 1976 fue secuestrada en la ciudad de Córdoba y permaneció en cautiverio en el centro clandestino de detención de Perla, hasta que finalmente fue asesinada allí.

«Un método puede o no ser revolucionario y la lucha armada, no nos define políticamente».

Documento Verde

En las páginas iniciales he señalado que la adhesión a la denominada alternativa independiente y una férrea crítica al militarismo fueron elementos constitutivos de la experiencia de vida de la SN. Estos fueron los significantes que «los Sabinos» pretendieron instalar como referencia alternativa al resto

de las organizaciones *de la izquierda peronista*, al tiempo que delinearon la matriz de la crítica hacia Montoneros.

En esta clave se proponían revertir la tendencia a la militarización sin por ello abandonar la lucha armada, o dicho de otro modo: su apuesta política pretendía revertir la subordinación de la *política* a las *armas*. Estas definiciones y la puesta en marcha de un nuevo proyecto de organización se sucedieron en el contexto de transición entre el fin de la dictadura de Lanusse y el retorno de Perón a la escena política nacional. Con claros límites, propios de una democracia formal, la coyuntura abierta por el retorno del peronismo al poder supuso cierta revisión de las líneas tácticas hasta aquí desplegadas por el conjunto de las organizaciones armadas peronistas. La SN no fue una excepción.

Montoneros, pese a realizar una serie de declaraciones más o menos ambiguas, en su propio órgano de difusión expresaban su disconformidad con el accionar y la postura asumida por el PRT-ERP^[1] ante el «gobierno popular», al tiempo que reafirmaba que la «estrategia sigue siendo la Guerra Integral, es decir la que se hace en todas partes, en todos los momentos y por todos los medios, con la participación de todo el pueblo en la lucha y utilizando los más variados métodos de acción, desde la resistencia civil, pasando por las movilizaciones, hasta el uso de las armas».^[2] Montoneros «guardó las armas», pero no absolutamente. Con todo y pese a no reconocer su autoría, los asesinatos de José Ignacio Rucci y Rogelio Coria constituyeron pruebas contundentes de ello.

Pero «los Sabino» que tampoco habían retirado las armas de circulación, hicieron un uso bien distinto de ellas. Desde una perspectiva teórica, debe señalarse que reorientaron sus objetivos y su significación política, asignándole características particulares que veremos en el desarrollo de las siguientes páginas.

Igualmente, hay que resaltar que el lugar de «las armas» dentro de la praxis de la SN fue un lugar que no todos los y las militantes transitaron. A diferencia de otras organizaciones políticas del período, en la SN el grupo encargado de llevar adelante los operativos militares estaba integrado por un grupo reducido de ellos.

[1] Recordemos que el ERP había declarado que no abandonaría la lucha armada y de hecho llevó adelante un número elevado de acciones militares contra importantes objetivos de las fuerzas armadas: el Comando de Sanidad, en septiembre de 1973, el ataque al Regimiento de Caballería Blindada de Azul el 19 de enero de 1974, los ataques al Regimiento 17 de Infantería Aerotransportada de Catamarca y a la Fábrica Militar de Explosivos de Villa María, el 11 de agosto de 1974, el ataque al Batallón de Arsenales 121, en Fray Luis Beltrán, Santa Fe, el 13 de abril de 1975, y el copamiento del Batallón de Arsenales en Monte Chingolo el 23 de diciembre de 1975 (Pozzi 2006).

[2] *El descamisado*, n.º 4. Buenos Aires (1973), pág. 3.

Este aspecto deviene fundamental para poder evocar y (re)significar la funcionalidad de las armas en la teoría y la práctica de la SN, referencias que por otra parte constituyen el hilo conductor de la trama de este capítulo. En algunas de las entrevistas realizadas a militantes del frente universitario o el frente territorial, las reflexiones sobre el aparato armado fueron elípticas y en algunos casos mostraron un alto grado de desvinculación; por el contrario, en los casos de las entrevistas a miembros de lo que por el momento llamaré *célula armada*, la evocación de ese pasado constituye un aspecto ineludible de su experiencia setentista.

Apúntese al margen que no pocos sectores de la sociedad argentina observaron y observan con cierta simpatía el uso de la *violencia* en el escenario político del período 1966/1973, en tanto que dicho accionar estuviese unido a la contestación social frente a la dictadura. El objetivo estaba claramente delimitado: imponer al régimen la necesidad de acordar una salida institucional a la crisis política que incluyera al peronismo y a Perón. Sin embargo, tras pasado aquel umbral histórico los intentos por comprender el fenómeno de la «violencia política» oscilan entre una condena moral – sostenida a mi entender en una visión de la política moldeada en los términos de su ejercicio en el sistema democrático actual – y una incompreensión de la vinculación específica que ambas acepciones – esto es: política y violencia – tuvieron en el pasado reciente. Por ello, la pregunta en torno a la legitimidad del uso de la violencia en el período posterior a 1973 es una cuestión que aún reclama ser puesta en debate.

En esta clave, en muchas de las conversaciones sostenidas con mis testimoniantes, el tema de las acciones armadas, si bien por momentos fue silenciado (dicho fuera del micrófono), nunca fue una cuestión negada u oculta en los testimonios recogidos. Sin embargo, ha sido una decisión de índole estrictamente personal, el hecho de resguardar sus nombres verdaderos, en tanto los hechos aquí vertidos podrían – llegado el caso – perjudicar el normal desarrollo de sus vidas privadas. En suma, y para no redundar, he preferido poner apodos arbitrarios que utilizaré exclusivamente para el desarrollo de este apartado del libro. En particular, fueron los relatos de Raúl, Pedro, Valerio, Gabriela y César quienes me han aportado la materia prima con la cual abordar ciertos pliegues de la trama de un segmento de la historia de «los Sabino». Testimonios sin los cuales la reconstrucción de esa experiencia sencillamente habría sido imposible.

Los hechos y las acciones aquí narradas no han podido ser trianguladas o contrastadas con otras fuentes escritas, porque no fueron registrados por las publicaciones y periódicos de la época, y por su relativo «éxito», es decir, porque no dejaron huellas en los archivos judiciales o policiales. Es por ello que aquí la metodología aplicada obedece exclusivamente al tratamiento de las fuentes orales y los trabajos de la memoria.

Consigno solamente que en conversaciones fuera de micrófono con otros y otras militantes de la organización, y revisando entrevistas realizadas

a militantes de otras organizaciones, he podido comprobar la autoría de por lo menos una de las operaciones más relevantes aquí señaladas. No obstante, y dado que no constituye objetivo de este segmento de la investigación, la verificación de los hechos narrados sino la de abordar los significados asignados a ellos, y fundamentalmente desentrañar la funcionalidad asignada al aparato armado en la estructura de la SN, deviene en un hecho de menor «saber exactamente lo que sucedió». Quiero decir, si los secuestros extorsivos fueron dos o tres, y la cantidad de autos expropiados se revelaba menor o mayor a la que aquí se refiere, es indiferente a los objetivos propuestos en la investigación.

La célula armada y las acciones

De acuerdo a la serie de entrevistas hasta aquí realizadas he podido delinear un esquema de la estructura organizativa interna con la que contaba la SN a nivel nacional. Como ya he dicho, esta comprendía las ciudades de Córdoba, Rosario, Buenos Aires y Tucumán (y sus zonas de influencia). Como se ha señalado en capítulos anteriores, existían tres frentes de masas, es decir, tres estructuras internas que interactuaban con distintos ámbitos de militancia: sindical, territorial y universitario. Asimismo, existía un cierto tipo de aparato armado que en la estructura de la SN no tenía un nombre específico, pero sí tareas bien definidas, responsables locales y nacionales.

En algunos de los testimonios se sindicó a estos espacios como núcleos, en otros como células y hasta unidades de combate^[3] (en alusión a la forma organizativa que había adoptado Montoneros y también podría pensarse a las formas de organización de un Ejército). Sin embargo, dadas las funciones y tareas asumidas por quienes allí participaban y la vinculación que tenían con la estructura organizativa interna, he concluido que la forma de células es la que mejor se ajusta a cierto *modus operandi* propio de la SN, en tanto la célula era clandestina tanto para la sociedad como para el resto de la «orga», y no tenía intenciones de acumular militantes, característica propia de un Ejército.

Antes de continuar, precisemos que la SN se estructuró velozmente gracias a la posibilidad de utilizar las bases que le proveían las columnas disidentes de Montoneros, montando sobre ellas una nueva estructura que intentaba darse una proyección *nacional*. No obstante, existieron ciertos riesgos. Uno de ellos podía ser el arrastre de falencias organizativas que ya estaban presentes en Montoneros antes de la ruptura.

Consignemos que para principios 1972 Montoneros había perdido en manos de la represión gran parte de su dirección política y no había tenido aún el explosivo crecimiento por la base que experimentaría poco tiempo

[3] Recordemos que estas, junto a las unidades básicas revolucionarias (UBR) eran la denominación que Montoneros daba a sus encuadramientos que operaban en la clandestinidad.

después. Pero fundamentalmente, no contaba con una organización homogénea a nivel nacional. Por el contrario, se asemejaba más a aquellos «grupos originarios» (de características dispares, y de múltiples procedencias) de los cuales había surgido. Estas particularidades se evidenciaban sobre todo en algunas regiones donde Montoneros no había acabado de hacer pie. Córdoba y Rosario constituían ejemplos de ello (Perdía, 1997).^[4]

En este sentido, debe pensarse que el proceso que desembocaría en el nacimiento de la SN tuvo como epicentro estas mismas urbes, aunque los grupos que la impulsaron eran bien diferentes. En Córdoba, se trataba de un colectivo surgido de orígenes diversos (algunos vinculados al movimiento Lealtad y lucha/PB, MUCO) que, como ya he señalado, habían formado parte de la fundación de Montoneros o, para ser más específica, de sus primeras acciones: el secuestro de Pedro Eugenio Aramburu y su posterior fusilamiento y el copamiento de la localidad de La Calera. Grupo que, en el devenir de la discusión ocasionada por el *Documento Verde* y la consecuente ruptura, estrecharía vínculos con una tradición obrera que había sido dejada de lado tiempo atrás.^[5]

Por su parte, el rosarino era un grupo parcialmente proveniente de una célula de las FAP, de reciente creación y de escaso trayecto político en común, instruidos más como combatientes (manejo de armas de bajo calibre y colocación de artefactos explosivos) que como militantes de superficie.

En suma, el proyecto de una organización nacional era un aspecto que en la cotidianeidad se expresaba en la necesidad de «homogeneizar» una práctica que fuera más allá de los postulados del documento fundacional. Una tarea que, en sí misma, representaba un gran desafío.

En principio destaquemos que la responsabilidad de la logística militar de la SN estaba bajo el mando de Monina, militante de la organización que transitaba asiduamente entre las regionales a pesar de que su residencia se hallaba fijada en Córdoba. En esta clave, a través del caso Doldán se abordará una traza que aporta un plus de significaciones a los estudios sobre la experiencia armada, en la medida que pone sobre la mesa un aspecto no demasiado explorado hasta el momento: mujeres y armas. Aunque existe una importante cantidad de trabajos que han abordado la experiencia de las mujeres y las relaciones entre los sexos en las organizaciones armadas, quedan aún por explorar ciertos pliegues de una experiencia que no fue

[4] En las entrevistas realizadas a Ignacio, Victorio y Matías también se consignan estos datos.

[5] Se trata de vínculos con un sector importante del movimiento obrero cordobés «... en Córdoba en realidad la relación con el plano sindical era una relación más superestructural, incluso el tema de los Sabino en Córdoba, tal vez fue mucho más fuerte por la propia debilidad política que tenían también los montos en Córdoba, también la tenían en Rosario, Montoneros en Rosario no tuvo nunca un desarrollo importante, sí lo era en Santa Fe, en Buenos Aires y otros lugares del país, en el norte de Santa Fe...». Entrevista con Raúl.

homogénea y que por ello mismo reclama aún ser analizada (Oberti 2006; Pasquali 2007; Martínez 2009; Seminara y Viano 2009; Andújar *et al.* 2009; Grammatico 2011).

A diferencia del resto, la célula militar de Rosario mostraba una intensa actividad que desde sus inicios brindaba insumos materiales para el mantenimiento de la infraestructura organizativa. Raúl lo recuerda de este modo:

«los compañeros en Rosario (Rosario y Córdoba), ya habían hecho el primer... no quiero decirlo en términos de... pero sí, el primer secuestro económico, que fue el que posibilitó también el desarrollo político de lo que sucedía en Córdoba».

Pese a que hay indicios de que las células armadas de las regionales de Buenos Aires y Córdoba (fundamentalmente) también desarrollaron acciones armadas de similares características a las que asumió la rosarina, no se ha podido constatar este aspecto en las entrevistas realizadas. Por lo tanto, y asumiendo que la célula rosarina operó de hecho con un nivel de intensidad mayor que las restantes, resulta revelador el abordaje específico de sus modos de acción.

Así como el primer secuestro se realizó en Rosario, posibilitando a la SN fortalecer su infraestructura (autos, documentos, etc.), las siguientes acciones también tuvieron como principales actores a los/as militantes rosarinos. De hecho los operativos – hasta donde he tenido posibilidad de indagarlo – fueron siempre realizados en la zona de influencia del grupo rosarino, aunque en la mayoría de las oportunidades contaron con valiosas colaboraciones de compañeros y compañeras de otras regionales, como era el caso de Monina.

Es preciso señalar que Monina, la Petisa o María, como eran sus nombres de guerra, no sólo fue una figura clave en el desarrollo del aparato armado de la SN, también había sido una «pieza fundamental» en el (re)ensamble producido luego de la ruptura con Montoneros. Una figura influyente que desde los tiempos previos a la constitución de la SN había demostrado aptitudes militares y de conducción.

Mujeres y poder armado

La relación entre Raúl y Monina se remonta hacia finales de los años sesenta, momento en el que participaban de los grupos originarios de Montoneros. Allí según Raúl lo relata «... militarmente la única mujer que operaba era la Petisa... creo que además porque no la evaluaban como mujer sino como macho, porque nunca hubieran consentido, en el machismo que había y que era mucho, que una mina estuviera en el aparato armado».

Como es evidente en la cita, Raúl es preciso en las valoraciones hacia Monina. De hecho los calificativos denotan fuertes connotaciones en torno a nociones de masculinidad y feminidad. Valoraciones que si no fuera por

la reiteración que se dio en las otras entrevistas carecería tal vez de interés específico. Algunas de las razones de ese desplazamiento pueden hallarse en los modos de asumir ciertos roles dentro de la Organización y las formas en que esos roles eran vistos por otras y otros militantes.

En el mismo sentido, Gabriela recuerda «nosotros teníamos en la parte militar una tipa que era la que sabía más y era una mujer... se llamaba María de los Ángeles Doldán»^[6]

Fuese como fuera Monina en definitiva era una mujer que no ocupaba un lugar menor. Era quien tenía a su cargo el aparato armado de la SN, aspecto que por un lado marcaba ciertas diferencias en torno a la distribución genérica de los roles políticos hacia el interior de la SN, y también en relación a otras organizaciones. El rol asumido por Monina trasluce algunos aspectos de la intrincada red de significaciones que vinculan al poder de las armas con *las relaciones entre los sexos*.

Por otra parte, existe una gran aceptación en torno la similitud que podría haber entre «militancia setentista» y lucha armada. Incluso una inmensa cantidad de testimonios reafirman la idea de cierta naturalidad en el devenir de la experiencia militante, que ascendía a su punto más alto cuando las y los militantes daban el salto a la lucha armada. Es decir, los mismos testimonios destacan la lucha armada como consecuencia de su compromiso social y la fuerte impronta que esto generó en su propia experiencia.

Entonces, compromiso político, lucha armada y poder parecieran ser los pilares sobre los que «el» militante setentista asentaba su propia práctica. En esta clave, puede pensarse que toda experiencia que no encuadrara en estos parámetros aparece como disruptiva. Monina «era tan autoritaria como los varones» o «era vista como un macho», las connotaciones utilizadas para referirse a la responsable militar de la SN se sostienen en la excepcionalidad de una mujer. ¿Sólo los machos pueden liderar la lucha armada?

Tamizados tal vez por su trágica muerte, los recuerdos que evocan a Monina nos transmiten cualidades de su personalidad que exaltan aspectos comúnmente asociados a la figura de un héroe que dio su vida por una causa, la de la revolución. Monina ocupaba un lugar de referencialidad militar y política muy importante. [Nosotros] «reconocíamos un solo liderazgo militar que era la Petisa, que era la más capaz de todos, la Petisa era un cuadro militar de aquellos... ella para mí era la conductora, la referente,

[6] Refiere a Graciela María de los Milagros Doldán, «que era de Santa Fe, que después se fue, y era la compañera de Sabino... Navarro. Pero era un tipa con un... Las minas que tenían... eran minas con un carácter!... eran tan autoritarias como los varones, en su manejo te quiero decir, no había diferencia. Pero eran pocas las que llegaban a un ámbito de dirección. Si vos ves, hay un libro *Mujeres guerrilleras* que rescata... y vos te das cuenta ahí, en los relatos. Hubo en el PRT, hubo en los montos. Pero no eran iguales, diríamos».

nuestra líder...».^[7] Una vez más la exaltación de cualidades extraordinarias parecieran ser la justificación, la evidencia, de una asignación de roles que no se corresponde con la experiencia femenina.

Las anécdotas y otras formas de representar lo vivido

La célula rosarina funcionaba en estrecha vinculación y coordinación con otra, la de logística, compuesta por escasos tres integrantes. Estos últimos tenían a su cargo las tareas de recopilar los datos necesarios para desarrollar los operativos, seguimientos, relevamientos, y fundamentalmente «limpiaban» la documentación de los autos expropiados por la organización. Para llevar adelante estas minuciosas y morosas tareas contaban con la estructura provista por una gestoría. La agencia estaba ubicada en un barrio de la zona sur de la ciudad y funcionaba con normalidad atendiendo a habituales clientes que contribuían – involuntariamente – a mantener la fachada.

Refiriéndose a estas pequeñas estructuras, Raúl insiste con la misma idea: «en la Sabino teníamos lo que era nuestra unidad de combate, llamémosle así, y después toda la logística, con logística generalmente no nos conocíamos, yo que era el más clandestino y más aislado de todos no conocía a casi nadie. Pero en la logística se había desarrollado mucho con el taller, con la fabricación de los documentos, o sea la oficina de documentación, que ahí estaba “Claudia” y “el Justo”. Eran los que hacían la parte de documentación».

Esta estructura se completaba, finalmente, con un taller mecánico. Allí se acondicionaban los autos que habían sido expropiados. Al igual que en el caso de la gestoría, el taller funcionaba atendiendo las necesidades de los vecinos, una coartada útil tras la cual se montaba una parte de esa maquinaria necesaria para mantener – en la clandestinidad – los operativos destinados a conseguir el dinero para el sostenimiento de la organización. «En el taller estaba el hermano de Pedro que vivía en la casa esa que estaba en el taller, la cual conocían “el Flaco” y “Pedro”, y nada más, yo no sabía dónde estaba el taller. Estos hijos de puta nunca te devolvían... ninguno de los autos choreados salía con radio, siempre la radio se la choreaban ahí en el taller!».^[8]

Mientras la célula rosarina estuvo en actividad, se llevaron adelante secuestros a través de los cuales «los Sabino» se hicieron con importantes sumas de dinero.^[9] Para sostener estas operaciones, algunos de los militantes de la célula construyeron lo que ellos denominaban «la carceleta». Esta construcción tenía como función mantener oculta a la persona secuestrada mientras se produjeran las negociaciones destinadas a conseguir el pago del

[7] Entrevista con Pedro.

[8] Entrevista con Raúl.

[9] En las entrevistas realizadas a Raúl y Pedro se sindicaron tres secuestros de pequeños empresarios de la zona de influencia de Rosario.

rescate. Raúl recuerda que «teníamos la carceleta que era un sótano que se había hecho con un sistema muy particular de una loza gruesísima, que era el fondo de un placard y se entraba por el placard al sótano ese...».

Reproduzco aquí algunos párrafos que remiten al momento de la construcción del sótano. He optado por transcribirlos en la forma en que fueron relatados: una anécdota, que imprime al relato un tono cómico, evidente por la presencia de las risas, y actúa como atenuante de temas de difícil abordaje. Pero fundamentalmente, porque nos acerca a ciertas experiencias vitales (James 2004; Portelli 2004).

«... toda la tierra que se sacaba iba a lo que iba a ser el jardín y “el Flaco” lo veía cada vez más de arriba al vecino, porque iba levantándose el piso (risas) y cada vez la tierra era más alta en relación al tapial que ya estaba construido para que no se viera... pero un día mientras estaban haciendo los cimientos cae “el gitano” (que era un vecino del flaco), que nunca supe bien dónde estaba, pero sé que estaba ahí por el mercado de productores, ahí sobre 27 de febrero, para adentro tres o cuatro cuadras... cuando “el Gitano” lo ve construyendo los cimientos, (había hecho unos cimientos como de 60 cm), porque allí iba una loza que iba escondida bajo tierra pero loza al fin, gruesísima, para que si había un barroteo no se escuchara lo hueco. “El gitano le dice”:

»– Y eso para qué es? (Y “el flaco”, mentiroso como era, pero con respuestas rápidas, le dice):

»– No, porque este es terreno de relleno, para que esté firme porque esto es todo relleno.

»Pasó el tiempo, pasó como un año y un día “el Flaco” lo ve “al Gitano” que estaba construyendo la casa y había hecho la casa toda con cimientos de 60 cm!^[10] (risas), se había gastado el doble de ladrillos pobre tipo! Por el hijo de puta este que era un versero de aquellos...».

En el marco del desarrollo de actividades clandestinas como las que se describen aquí, donde hay un conjunto de militantes que asumen responsabilidades y también riesgos en pos de un proyecto colectivo, la anécdota «de los cimientos y el Gitano» no sólo remite a las circunstancias y ciertos peligros surgidos en el momento de la construcción de la casa y el sótano. También habilita la posibilidad de reflexionar sobre las identidades puestas en juego en esas actividades. Una identidad o un lugar simbólico conquistado por los militantes de la SN, un lugar asumido frente a la sociedad, desde el cual los desafíos son enfrentados y superados, y en cuyo transcurso se configura una historia fuera de lo común, extraordinaria, representada – en este caso – en la habilidad y rapidez de «el Flaco» para elaborar una respuesta creíble frente a la demanda de un vecino.

[10] Como referencia téngase el dato que el ancho de los cimientos depende de la pared que vaya a construirse, pero para una pared de 30 cm (que son las más anchas) por regla general los cimientos se hacen de 45 cm.

Cuando Raúl relata esta anécdota, y a través de ella representa los personajes y modula sus voces, nos introduce en una historia. Pone en juego una serie de aspectos que realzan la sensación de autenticidad, de veracidad de la historia narrada (James 2004, pág. 184). Aunque fuera de lo común, la historia fue real. «Los Sabino» construyeron un sótano, que luego utilizarían para mantener en el encierro a personas secuestradas, a la vista de todo el que quisiera verlo.

Algo similar ocurre en la trama del libro de ficción *La casa de los conejos* (Alcoba 2008), donde la astucia de los militantes de la organización Montoneros es puesta a prueba, constantemente, bajo la mirada de los vecinos. Construido sobre la base de los recuerdos de la autora, este libro describe una serie de actividades que la organización mantenía en la más absoluta clandestinidad y con altos grados de riesgo. Narrado en primera persona a través de Laura, hija de un matrimonio militante de la organización, quien luego de un breve período de convivencia con sus abuelos, termina por mudarse junto a su madre a una casa operativa de Montoneros. Esta particular vivienda alberga también a una joven pareja de militantes de la misma organización y un centenar de conejos encerrados en pequeñas jaulas tras las que se oculta el verdadero propósito de la casa: la imprenta clandestina del periódico *Evita Montonera*. Allí la madre de Laura se interna durante horas haciendo funcionar la prensa rotativa con sus manos, que ya no podrá ocultar la grasa que insiste en meterse entre sus uñas.

Las voces que enuncian aquellos actos, esos episodios de la cotidianeidad militante, son voces que exaltan cualidades, condiciones y formas de resolver problemas de la vida. Relatos que sitúan a los militantes en un lugar de excepcionalidad. Esas voces son y han sido muy recurrentes en los relatos en torno a las experiencias asociadas a la militancia setentista. Relatos, formas de narrar un pasado que, de múltiples maneras, han estado asociados al devenir de la constitución de la memoria colectiva.

Por otra parte, dichos procesos de construcción de memoria han cristalizado en diferentes discursos caracterizados por modos de transmitir y narrar el pretérito. Relatos que surgidos en distintos momentos o contextos sociopolíticos dan cuenta de representaciones diversas (y a veces divergentes) de elaborar la historia reciente argentina (Anguita y Caparrós 1997; Ollier 1998; Calveiro 2001, 2005; Cerruti 2001; Bonasso 2003; James 1990, 2004; Jelín 2001, Elizabeth Jelin 2007; Mudrovcic 2005; Oberti y Pittaluga 2001, 2006; Pittaluga 2007; Pozzi 1988, 1994; Lvovich 2007; Traverso 2007).

En esta clave tal vez debiera repasar, aunque fuera sintéticamente, los tres momentos más significativos de esas etapas de configuración de memoria. El período de reapertura democrática fue el telón de fondo del surgimiento de los primeros relatos que intentaban explicar la historia oculta (negada) de la dictadura militar iniciada en 1976. En estos discursos, el eje articulador fue la necesidad de dar lugar al testimonio como forma privilegiada de abordaje a ese pasado reciente; sin embargo, estas formas de testimonialidad,

alentadas por instituciones estatales como la CONADEP o los Juicios a las Juntas Militares, estuvieron centradas principalmente en registrar las dimensiones de la represión y el terror estatal. Así, el testimonio judicial fue la contraparte del abrumador silencio de las producciones de tipo académico,^[11] especialmente desde el campo de la historia. Sin lugar a dudas la versión más acabada de este paradigma discursivo se encuentra en la denominada teoría de los dos demonios.

Como corolario de este inaugural momento de reelaboración surgieron los primeros estereotipos: la figura de «la víctima» ocupó toda la escena, dejando de lado las interpretaciones de los contenidos políticos y sociales, no sólo de la represión, sino también de las organizaciones armadas y las movilizaciones obreras que protagonizaron las luchas políticas de las décadas del sesenta y setenta. En este contexto emergieron una serie de investigaciones – fuera del ámbito académico – que tuvieron como nota principal mostrar la brutalidad del terror estatal; un ejemplo de ello puede leerse en las páginas del libro *Recuerdos de la muerte* de Miguel Bonasso publicado en el año 1984.

Teniendo en cuenta que las políticas estatales terminaron por recalar – luego de las leyes de Obediencia Debida y Punto final – en los indultos presidenciales de Carlos Menem, cabe destacar que estas fueron recibidas por una sociedad altamente movilizadora tras las consignas de «Juicio y Castigo» como una clara manifestación de una «política por el olvido». Frente a ello, se dinamizaron diversas respuestas desde distintos sectores sociales; algunas de ellas inauguraron la posibilidad de nuevos usos resistentes de la memoria (Calveiro 2001), como la realización de «los escraches» a los represores como medio de búsqueda de una condena social frente a las leyes de impunidad otorgadas por el Estado. Este inusual fenómeno junto a la conmemoración de los veinte años del golpe de Estado, entiendo, representa un punto de inflexión y marca el inicio de una nueva etapa en cuanto a las formas de recordar y narrar el pasado reciente (Seminara, 2009).

Si el 20° aniversario del golpe presentó diferencias con respecto a las fechas anteriores, ese acontecimiento se relaciona con la aparición en escena de la agrupación HIJOS, no solamente porque se trataba de una nueva generación que se sumaba a las luchas por la memoria y el esclarecimiento de los crímenes del terrorismo de Estado, sino – y esto es lo fundamental – porque alentaba el desarrollo de nuevos interrogantes sobre el pasado, sobre la política y la militancia de los años setenta. Preguntas que habían sido elididas de los ámbitos académicos por considerarlas fuera de los límites de la historia, preguntas que formaban parte de otro terreno, aquel que – surcado por las pasiones y exaltaciones propias de la política – y que fueron consciente o voluntariamente excluidas de la agenda académica, emergieron subrepticamente promediando la década de los años noventa.

[11] Una excepción a esta afirmación lo constituye el libro de Hilb y Lutzky (1984).

Este nuevo contexto social de escucha se corresponde con nuevas representaciones sociales de la memoria. Supusieron una ampliación de los tópicos de reelaboración del pasado, adquirieron sugestivos matices y abrieron la posibilidad de nuevos enfoques. Así, por ejemplo, la figura de víctima *inocente* fue poco a poco desplazada para dar lugar a otras. Una deriva de estos enfoques es aquella que comienza a preguntarse por los sujetos y las organizaciones políticas de los años setenta, no ya en estrecha dependencia del accionar represivo sino más bien con estrategias de investigación que pusieron el acento en la vida interna de tales organizaciones. Sin embargo, en el camino de revalorizar las experiencias militantes de los años setenta volvieron a emerger relatos y memorias altamente estereotipadas. Si en aquel primer momento la victimización fue la figura resultante, en este segundo período se instituyó la del héroe (encarnación del hombre nuevo guevarista) como figura emblemática a la hora de convocar el tiempo pretérito.

Cerrando el ciclo – si es que puede pensarse tal movimiento en relación a los trabajos de la memoria – el 24 de marzo del 2004 el ex presidente Néstor Kirchner hizo descolgar el retrato del dictador Jorge Rafael Videla y encabezó los actos con los que se instituyera en la ESMA el Museo de la Memoria. Sin lugar a dudas este acontecimiento no puede dejar de verse como un (nuevo) punto de inflexión en las políticas estatales; si los diez años anteriores estuvieron impregnados de una política del olvido, el gobierno de Kirchner fue poco a poco estableciendo un giro que lo alejaba de esa perspectiva; alejamiento que implicó entre otras cosas la incorporación del 24 de marzo al calendario oficial como «Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia». Este giro político tuvo – y tiene – consecuencias sobre el campo de las organizaciones sociales: si el conjunto de las organizaciones de derechos humanos se encontraba relativamente dividido desde años anteriores, a partir de ese momento, se enfrentó a grandes disputas que terminarían fragmentándolo irreversiblemente.

En esta clave, quisiera plantear a manera de hipótesis que, considerando las trayectorias sociales de la memoria y la historia en relación a la reelaboración de las décadas del sesenta y setenta, pareciera que hoy en día los relatos que constituyen la memoria colectiva se encuentran, por decirlo de alguna manera, estabilizados, a diferencia del campo de la historia reciente que asiste a un escenario de debates y resignificaciones que abarcan y exceden los márgenes y el campo de interés establecidos por esa memoria, concediendo a las significaciones del tiempo pretérito un dinamismo trascendente (Pittaluga 2007).

De todo lo anterior puede concluirse en primer lugar que el carácter social de toda memoria individual está mediado por el contexto social de escucha. Es decir que todo *relato* es posible si hay un *otro* que esté dispuesto a escucharlo. En segundo lugar debería quedar claro que, más allá de que podamos hablar de cierta hegemonía en torno a las representaciones del

pasado reciente, esto no inhibe la existencia de otras tramas narrativas sobre la misma materia del pasado.

Entonces, dicho todo esto, volvamos a los relatos de los y las protagonistas de la experiencia setentista. Aquellas narraciones – decía párrafos antes – que sitúan a los militantes en un lugar de excepcionalidad, se corresponden o, mejor, son sintomáticamente solidarias con ese segundo momento de memoria que señalaba. Aquel que motivado por el afán de revalorizar la experiencia militante instituyó ciertos relatos donde una figura heroica surgía como representación emblemática del pasado evocado.

Las entrevistas realizadas a los militantes de la SN fueron instancias donde la posibilidad de hablar de una historia poco narrada fue explícitamente solicitada. Se trataba de encuentros con los/as entrevistados/as que estaban menos motivados por los acontecimientos que rodearon el devenir y desarrollo de la SN que por el significado que había adquirido en sus propias experiencias vitales. En esa clave, Alessandro Portelli ha indicado que las entrevistas además de revelar – en algunos casos – aspectos desconocidos del pasado, siempre iluminan ciertos pliegues no explorados de la vida cotidiana de las clases populares. «Pero [fundamentalmente] el elemento singular y precioso que las fuentes orales imponen al historiador, que ninguna otra fuente posee en igual medida, es la subjetividad del hablante. Si el enfoque de la investigación es amplio y lo bastante articulado, puede surgir una sección transversal de la subjetividad de un grupo o de una clase» (Portelli 1991).

En este caso se trata de un grupo particular, aquel que constituía la célula armada de la SN de Rosario y su zona de influencia. Esta célula contaba con una infraestructura bien montada que le permitió llevar a cabo secuestros extorsivos, expropiación de un número no determinado de automóviles que, luego de ser puestos a punto en el taller, gracias a los servicios prestados por la «gestoría» circulaban con papeles en regla. Maquinaria que estaba al servicio de abastecer de dinero a la estructura orgánica de «los Sabino» para garantizar su normal funcionamiento. Un funcionamiento que, en palabras de Pedro, consistía fundamentalmente en «operaciones económicas para tener fondos, para... bueno... nosotros teníamos una estructura con unos compañeros que eran clandestinos, para la propaganda, para el apoyo a los conflictos destinábamos fondos para sostener a los compañeros que estaban al frente del conflicto, para el movimiento (movilidad), vehículos y todo ese tipo de cuestiones».

Estas características otorgan a la SN un lugar diferenciado dentro del conjunto de las OAP. Porque su estructura representaba una forma singular de operatividad militar a nivel de organización interna visible en una serie de aspectos:

1. No había intención de constituir ni organizar un Ejército para enfrentar al enemigo (de lo anterior se desprende). No había acumulación de militantes en la célula armada.
2. No se buscaba propagandizar a la organización política a través de las acciones armadas (secuestros, asesinatos, expropiaciones, toma de fábricas, etc.).
3. Con estas características, la célula armada funcionaba en una sola regional, como así también por los objetivos buscados. En el transcurso de las entrevistas, el tema de «las armas» siempre fue vinculado con la natural necesidad de sostenimiento económico de la organización. Unas y otros se expresaron en este sentido y nunca hubo, en sus intervenciones, una interpretación política de tales acciones.

Pedro lo ilustra diáfanoamente, comparando una vez más la experiencia de la SN con Montoneros: «Nosotros somos un tránsito entre la ruptura de Montoneros y la nada... articulando con distintos sectores, pero nunca la articulación política pasó por lo militar. *Lo militar fue una especie de aparato propio con el que nosotros sosteníamos el desarrollo de la vida política*».^[12]

En la misma clave, Vicente recuerda que «... teníamos los laburos de base y los laburos gremiales y *lo armado era un apéndice*, no era lo principal. De hecho nosotros nunca tuvimos grados ni oficiales, ni suboficiales, ni nada, no? Teníamos una estructura que era el combatiente y los colaboradores... o sea que no se nos subió, o sea *no queríamos hacer un Ejército para enfrentar al enemigo... si no se levantaba el pueblo, la gente... el accionar de la clase trabajadora y el pueblo. ¿No?*».

Ahora bien, más allá del carácter asignado a tales acciones y el tono de las declaraciones aquí transcritas, entiendo que este aspecto del problema merece una reflexión un tanto más profunda, en tanto que asumo que ninguna acción protagonizada por una organización de estas características puede percibirse por fuera de la dimensión política y social en la que se halla inserta y a la que pretende transformar.

De la práctica a la teoría

Cuando los militantes de la SN comenzaron a delinear sus críticas al «militarismo» montonero lo hicieron, entre otros elementos, partiendo del análisis del período 1966/1973. En esta línea, acordaban con aquellas lecturas que planteaban que la lucha armada – en esa etapa presentada bajo su forma foquista – era la respuesta posible, frente a un sistema represivo que cerraba cualquier otra vía de canalización de la lucha política. Contrariamente, bajo el gobierno de Càmpera plantearon la necesidad de cambios profundos en esa caracterización.

[12] Entrevistas con Pedro (destacado propio).

Pedro lo relata del siguiente modo: «la caracterización del golpe de Onganía y el debate sobre el carácter del peronismo, esos me parece que eran los dos ejes... Perón no era el conductor estratégico, bueno ahí está, en esa definición: Perón no es el conductor estratégico de la guerra revolucionaria, ahí está la concepción de por qué había que construir una alternativa independiente... Y la mayor, bueno, no sé si la mayor... diferencia con Montoneros, también está la cuestión de la crítica al foquismo, caracterizar que *el foquismo fue una etapa durante el Onganiato y con Lanusse, y que después había terminado esa etapa foquista. Para nosotros terminó el 25 de mayo de 1973*, porque nosotros reconocimos que había un cambio de etapa, y no volvemos más en ese sentido. Por eso el agotamiento y la disolución de la Sabino es consecuente con esa concepción».

Está claro que «los Sabino» no desarrollaron una práctica foquista; sin embargo, y dado que bajo su particular perspectiva *foquismo y militarismo* fueron entendidos como manifestaciones extemporáneas de un mismo fenómeno, se entiende el empeño puesto en sus intervenciones por despejar este asunto.

Es una actitud diferente a la asumida por los partidos «tradicionales» de la izquierda argentina (PC-PCR-PST) que impugnaban la táctica asumida por la guerrilla, es decir, impugnaban la formación de un «ejército revolucionario», por considerar sus acciones desvinculadas de los intereses de la clase obrera. Y también porque convenían en caracterizar la acción guerrillera como una vía de «justificación» de las políticas de los sectores más reaccionarios del establishment (Campioni 2007); «los Sabino» volverán una y otra vez sobre la necesaria vinculación del análisis de la etapa y la acción armada.

Para ellos, el abandono de la práctica foquista, ya sea en su manifestación urbana o rural, se expresaba claramente en su apuesta por priorizar la política de inserción en los frentes de masas, poniendo la acción militar al servicio de esta. Construcción y apuesta política que no necesariamente suponía un distanciamiento de la práctica armada.

Si bien es cierto que el carácter político asignado a los objetivos militares – en comparación con Montoneros – varió sustancialmente y la funcionalidad concedida a las acciones armadas fue utilitaria, no puedo dejar de señalar que en esta particular concepción existe una validación de la lucha armada como forma de intervención en la realidad. En este sentido, también debe pensarse en cierta reafirmación del carácter constitutivo de la violencia en la política.

Por todo esto, más allá del escenario político y social inaugurado con la asunción de Cámpora, la posterior presidencia de Perón y, finalmente, el – más oscuro – gobierno de Isabel, el caso es que para los militantes de la SN la utilización de los métodos de la lucha armada era un elemento indispensable para el desarrollo de su praxis política.

Un detalle no menor que debe consignarse antes de continuar con la observación y el análisis de las entrevistas, es que una parte importante de aquellos militantes que fueron protagonistas de los primeros pasos de la SN compartieron un mismo horizonte generacional. Nacidos bajo los años del peronismo, ingresaron al campo de la militancia en los años sesenta y rápidamente la opción por las armas se delineó, nítida y concluyentemente, en el horizonte de sus vidas.

Contrariando habituales suposiciones, esta profunda transformación de su actividad política no es evocada hoy como un momento traumático ni como algo fuera del natural devenir de un compromiso con la lucha revolucionaria. Si visto desde el presente, este cambio sustancial en las formas militantes puede ser entendido como una ruptura tanto subjetiva como política, para Gabriela pareciera no haber presentado ni presentar demasiadas controversias. En sus propias palabras: «... Lo que pasa es que en ese momento era esa la historia, en ese momento se hacía una militancia medio social de ir a una villa... Después cuando pasabas, diríamos, a formar parte de una organización estaba totalmente separado de una militancia social en los barrios. (...) mi militancia en la facultad fue desde el punto de vista del cristianismo y todo lo demás (...). Y después fue una cosa así que si vos lo analizás hoy era a partir del convencimiento de que había que meterse en una organización para desarrollar diríamos la lucha armada para conquistar el poder. Así de simple la cosa».

A contracorriente de lo que se podría suponer desde el presente, en las palabras de Gabriela el salto a la opción por las armas no parece haber sido merecedor de una profunda reflexión político ideológica o personal. «Así de simple la cosa...» y es precisamente en esa paradigmática afirmación, donde residen ciertas formas representativas (generacionales) de un modo de explicar el paso decisivo a la vía armada.^[13]

Como señala Pilar Calveiro, uno podría admitir que esta decisión estaba – en parte – condicionada por el hecho de que estos mismos jóvenes habían aprendido el valor «político de *la violencia* en una sociedad que se valía de ella desde muchos años antes, y *militarizaron su práctica revolucionaria* al influjo de las teorías foquistas del Che» (Calveiro 2005, pág. 130) y su concepción de la política y su práctica fue, en consecuencia, un producto de la sociedad en la que emergieron y reflejo de las polémicas de su época.

Ahora bien, el debate que gira en torno al binomio política y violencia, o, como lo plantea Calveiro, política y/o violencia, se organiza a partir de la constatación de que el surgimiento de la guerrilla (hacia finales de la década del sesenta), representó una forma de desobediencia, la más radical

[13] Las exploraciones que he realizado por diversos campos de la militancia setentista en la Argentina – a través de la historia oral y las historias de vida – me han llevado a encontrarme con derroteros que, lejos de constituir situaciones excepcionales, se repiten una y otra vez, entre ellos se destaca el alto grado de naturalización con los que los militantes de los primeros sesentas optaron por la experiencia armada.

y confrontativa y como tal fue «una respuesta y continuación de la lógica violenta que predominó en la Argentina a lo largo del siglo xx» (Calveiro 2005, pág. 97).

Sin embargo, siguiendo el devenir del PRT-ERP y Montoneros, es fácil constatar (tal como lo señalan un conjunto de estudios) el hecho de que a partir de 1974 comienza a desarrollarse una franca tendencia a la militarización (Calveiro 2005; Pozzi 2006; Carnovale 2011).

Esta tendencia fue vista y caracterizada por el desplazamiento de la política y la intensificación de las acciones armadas. Caracterización que, como bien señala Carnovale (2011), es una idea bastante extendida y aceptada y trae como corolario no sólo la aceptación tácita de que la política y la violencia son términos claramente diferenciables y – hasta cierto punto – excluyentes, sino también que la intensificación de una va en detrimento de la otra.

Calveiro – refiriéndose a Montoneros – lo expresa diáfanoamente: «la diferencia entre reconocer el sustrato violento y militar en que descansa todo poder político y suponer que la política se reduce a lo militar radica en que, precisamente, el poder presupone lo militar, pero no se reduce a ello. *Por su sobredimensionamiento, lo militar fue ocupando el espacio político hasta producirse una verdadera confusión entre uno y otro y la reducción de uno al otro*» (Calveiro 2005, pág. 158).

El problema de la militarización también fue abordado, desde una perspectiva cualitativamente diferente por Pablo Pozzi, quien para referirse al caso del PRT-ERP, alega que «la hipótesis es que no hubo militarismo como tal (lo militar guiando a lo político), pero lo que hubo fue una autonomización de los aspectos militares de la organización. La separación entre ambos aspectos, militar y político, los llevó a desarrollarse por carriles distintos donde a veces chocaban entre sí y a veces se complementaban. Así se fue dando una cada vez mayor separación entre las acciones de gran envergadura y el desarrollo de la organización y sus necesidades políticas. El resultado fue una impaciencia permanente que llevó a la organización, en el plano militar, a acelerar los tiempos más allá de las coyunturas y desarrollos políticos» (Pozzi 2006, pág. 245).

Asumo entonces que una suerte de militarización de las organizaciones armadas en la Argentina, desarrollada a partir de la coyuntura abierta en 1974, supondría una resolución en una de las dos derivaciones antes consignadas. Esto es: la vía de la subordinación de la línea política a la militar (es decir lo militar guiando lo político), o bien la autonomización de lo militar (independencia de las acciones armadas de gran envergadura en relación a la coyuntura política).

Para el caso de la SN, lo cierto es que, desde un principio, el modo de concebir el aparato armado suponía precisamente asignarle un alto grado de autonomía con respecto a la línea política desplegada en los frentes de masas.

Incluso la célula militar operaba con un nivel de independencia suficiente que difícilmente pudiera trasladar prácticas, criterios o políticas militaristas a la «orga». Aunque fuera común que desde los frentes políticos se solicitara – sobre todo en el frente sindical – la apoyatura de ciertas acciones militares de poca envergadura, que «los Sabino» denominaban «autodefensa de los trabajos sindicales».^[14] Pero salvo esas excepciones, donde existía cierta vinculación entre «lo armado» y «lo político», por regla general el esfuerzo de la SN estuvo puesto en la construcción de los frentes de masas, siempre vinculado a revertir el «militarismo» que imputaban a la práctica de Montoneros y a la que, evidentemente, pretendían superar.

Frente a la pregunta ¿cómo entendían ustedes, la vinculación entre el aparato militar y lo político? La respuesta fue consistente «Nosotros subordinábamos lo militar al desarrollo político, y lo subordinábamos totalmente. No renegábamos de eso, además nosotros participamos en Montoneros en la época de la dictadura. Donde lo fundamental de la acción armada era la propaganda armada. Por lo tanto implicaba hacer acciones absolutamente claras, si es posible sin daño físico, se pretendía mostrar la vulnerabilidad de la dictadura».^[15]

Una deriva no menor de la separación de las acciones armadas y de las intervenciones políticas de los frentes de masas, se observa en algunos relatos de los miembros de la célula armada de la regional rosarina.

En este sentido, Gabriela es incisiva: «la discusión política también era bastante precaria», aunque evalúa que la SN a nivel nacional representó una experiencia donde el debate político tuvo un mayor protagonismo: «Nosotros en Rosario no había como en Córdoba, digamos, producción, elaboración teórica, política, eso lo hacían los cordobeses. Y en “los Sabino” hubo una división muy, muy tajante, entre los cordobeses que pensaban y nosotros que hacíamos el dinero para que ellos pudieran pensar. Esa cuestión del grupo que hace dinero que trata de... todas las acciones estaban referidas a juntar dinero para la militancia, para las acciones».^[16]

La idea de que la «elaboración teórica» era una tarea que se arrogaban los cordobeses, o en todo caso que se les había asignado, también parece compartirla Pedro cuando afirma que «la Petisa era el vínculo entre los teóricos que teníamos en Córdoba, los que hacían los análisis políticos y de coyuntura y ella venía y los explicaba. Y como había una enorme confianza humana, lo que decía la Petisa era medio palabra de Dios. Entonces me parece que eso fue en detrimento de la consolidación de una conducción muy sobresaliente acá en Rosario. En Córdoba había algunos *elefantes blancos*, había compañeros que por lo menos hablaban de corrido ¡15 o 20 minutos!, hacían análisis políticos, teorizaban...».^[17]

[14] Entrevista con Valerio.

[15] Entrevista con Pedro.

[16] Entrevistas con Gabriela.

[17] Entrevistas con Pedro (destacado propio).

Las citas aquí transcritas ponen en evidencia dos cuestiones. En primer lugar que la separación (desvinculación) entre acciones armadas y política no produce necesariamente la «militarización» de la organización. En segundo lugar, un aspecto aún no abordado, la cuestión referente a la dirección/conducción política de la organización, debate que abordaré a la luz de la discusión sobre *lo político y lo militar*.

Como ya he señalado, la SN tenía como objetivo procurarse una estructura que homogeneizara a las distintas regionales. Con esa perspectiva trazó una disposición orgánica que tenía como máxima jerarquía una mesa nacional, en la cual tenían representación los frentes de masas de las distintas regionales. En principio, debo destacar que de las entrevistas realizadas, todas sin excepción situaron a la ciudad de Córdoba y sus inmediaciones como el emplazamiento designado para realizar las reuniones de la mesa nacional. Tal vez el elemento más llamativo – según los relatos de los protagonistas – lo constituya el hecho de que si bien el aparato armado tenía cierta representación allí, estaba en un nivel subordinado.

Valerio participó en numerosas ocasiones de las reuniones desarrolladas en Córdoba, aunque no recordaba muchas de ellas: «Yo me acuerdo, honestamente, de una reunión, debe haber habido muchísimas, pero hay una que yo me acuerdo que era una mesa redonda y que habría unos 8 compañeros, 9... sí una mesa donde tenían representación los laburos políticos de las cuatro, llamales regionales, donde estaban las representaciones políticas más fuertes. Esto venía de una crítica muy fuerte a los montos donde el aparato militar era el que definía la política, y acá era lo contrario; *la política se definía en el seno de la política de acuerdo a la representatividad*. Obviamente que estaba la universidad, los del movimiento estudiantil, estaba el movimiento sindical y estaban los trabajos territoriales y estaban sentados en la mesa los compañeros, *que éramos yo y la Petisa, del frente militar y el frente militar respondía a esa conducción. La sensación que yo tengo es que el frente militar prácticamente participaba poco, o participaba como un militante político más. Pero no donde los fierros tuvieran una importancia política*».^[18]

El debate en torno a la conducción política y las jerarquías militares despierta ciertos aspectos donde el paralelo con Montoneros se muestra como un punto de partida o – mejor – como modelo de un funcionamiento orgánico que no es deseable equiparar y que se superó en la experiencia de la SN. En este sentido, la comparación indicada no es privativa del relato de Valerio; Raúl también prefiere, antes de evocar la experiencia de «los Sabino», establecer un contrapunto preciso: «el tema de la conducción estaba el prejuicio este del que hablábamos ayer... que tenía más que ver con el orden de este concepto de horizontalidad política que de jerarquía militar en realidad, y esto era una cuestión sin resolver, porque estaba

[18] Entrevista con Valerio (destacado propio).

claro que en Montoneros la jerarquía era específicamente militar, está bien, supuestamente el cuadro debía ser integral, tanto en su formación política como militar, pero si militarmente no era un buen cuadro, difícilmente tuviera un lugar de conducción, el político solo, no llegaba a ningún cuadro de conducción en Montoneros, era más probable que alguien que fuera medio tronco políticamente pero exitoso militarmente tuviera más cabida en esa lógica. En “el caso nuestro no, tenía más que ver con esa postura, esa cuestión de jerarquizar más la discusión política, y en la discusión política no había jefes en términos así...” podíamos decir que alternativamente la cosa oscilaba o pendulaba entre Pedro y yo, más Pedro queriéndose sacar el sayo de ese rol, que por lo que era yo, ¿viste? Algo de la chapa que uno traía se extendía ahí, *pero no es que uno fuera conducción en sí. Se discutía todo y se discutía mucho, en todo caso un rol, que nadie negaba en su rol de conducción era la Petisa*, eso sí, la Petisa vivía más tiempo en Rosario que en Córdoba. Si bien viajaba, se pasaba semanas enteras, sobre todo cuando estábamos al borde de alguna opereta, en Rosario [más] que en Córdoba. Ella incluso creo que se subestimaba en su capacidad política, y la tenía y mucho, pero siempre dejando el lugar de lo político para otro compañero y ella asumiendo más el rol de la fierrera, de todas maneras, vuelvo a insistir, no había una conducción así».

En síntesis, de las transcripciones que aquí se consignan pueden inferirse varias cuestiones. Pero, en principio, hay que destacar dos que concibo fundamentales para entender la trama de «los Sabino». La primera refiere a una suerte de esquema comparativo con el que se va articulando cierto relato donde un «nosotros» – la SN – se construye por oposición a un «otro», definido a partir de la lógica de funcionamiento militarista de la organización Montoneros.

El otro elemento aparece dibujado tras la representación de la Petisa, como si en su figura femenina se suavizaran ciertos rasgos claramente militaristas. Cuando Monina es evocada a través de la voz de sus compañeros, es presentada en sus dos facetas: pese a ser «una fierrera» era una «conductora nata», «un cuadro político de aquellos», una militante que incluso «dejaba los lugares de conducción» para que los ocuparan otros. Pero hay algo que queda claro: ella prefería seguir ejerciendo el lugar de la representación de las armas.

Que era una mujer que infundía respeto y tenía vocación de liderazgo, una militante de cualidades extraordinarias, es un aspecto del que efectivamente no caben dudas; incluso he podido tener acceso, casualmente, a un testimonio judicial de una militante que compartió junto a Monina su detención en el centro clandestino de La Perla, que da cuenta de su fuerte

personalidad y del respeto que infundía, incluso en condiciones de extrema fragilidad.^[19]

Monina representaba, para quienes estaban en la regional rosarina una suerte de líder político; sin embargo, de un análisis más riguroso del conjunto de los testimonios se desprende una figura más vinculada a una suerte de polea de transmisión que iba y venía de Rosario a Córdoba, operaba aquí y allá, al mismo tiempo que explicaba los análisis teóricos y de coyuntura que hacían los «teóricos de Córdoba». Ahora bien, qué lugar específicamente vendrían a ocupar – en el esquema formal de una organización – esos «elefantes blancos», mencionados en el testimonio citado más arriba.

Permítaseme aquí recordar algunos elementos señalados en las páginas iniciales, aquellos lineamientos que, valiéndome de las herramientas analíticas de Piera Aulagnier, denominé *enunciación del mito fundante*. Operación dispuesta según aquellos sujetos de la enunciación del «documento verde» que, luego de que este hubiera sido tomado como texto fundacional, fueron situados en el lugar de padres fundadores de la experiencia de la SN. Precisamente es esta figura la que quiero retomar aquí.

Teniendo en cuenta que no se han encontrado indicios (orales ni escritos) de la existencia de otra instancia – más o menos informal – que dictara las políticas de la SN por fuera o por encima de la mesa nacional, resulta oportuno completar el esquema del funcionamiento orgánico de la SN con una lectura atenta a cierto juego de la lógica interna. Una organización política, se sabe, no se sostiene únicamente a fuerza de normativas y

[19] Véase declaración de Susana Sastre ante la Justicia Federal de Córdoba (destacado propio) en: http://www.pparg.org/pparg/carceles/cordoba/cordoba_capital/la_perla/_b/contentFiles/Sastre_Susana-Justicia_federal.pdf (consultado en noviembre 2012). «También estaba detenida y seguía allí cuando yo me fui de La Perla, Graciela María de los Milagros Doldán – en mi declaración anterior figura como Roldán – era una abogada de Santa Fe, medalla de oro en la carrera, cuando yo llegué ella ya estaba, creo que la habían detenido en abril, era peronista, Barreiro siempre iba a hablar con ella, cuando iba cualquier militar de un rango más importante, la mostraban a ella como un trofeo, Barreiro le tenía mucho respecto, era muy reconocida por su militancia, por la forma en que actuó cuando la detuvieron, había una especie de respeto hacia los detenidos Doldán, Álvarez y Rufa, los trataban con mayor altura, ellos habían caído en una época muy dura – en el primer semestre de 1976 – los respetaban porque habían mantenido su línea en la caída, no obstante los torturaron lo mismo, ella me contó que la habían torturado bastante, no tenía ropa, le habían hecho un tajo a una frazada y la usaba tipo poncho, eso se me quedó grabado cuando llegue, después le dieron ropa, cuando yo me fui de La Perla ella estaba con vida, pero tenía claro de que la iban a matar, a Barreiro siempre le preguntaba cuándo la iban a fusilar, le decía si iba a tener los huevos suficientes como para estar presente en su fusilamiento, si se iba a animar, no tenía ningún problema en pelearlos, en enfrentarlos, le decía a Barreiro que quería que fuera él que estuviera en ese momento, que sacara la pistola y le pegara un tiro».

estructuras orgánicas. Se nutre, como toda entidad social de un conjunto de representaciones, valores, visiones, e ideas colectivas.

Una de aquellas visiones, habilitada por las representaciones trazadas en los momentos fundantes, delineaba la idea de construir una organización revolucionaria, que fuera alternativa a Montoneros. Con este bagaje, quienes fueron fundadores de la organización permanecieron en un lugar, el del «deber ser de los escribas», de producir los insumos teóricos necesarios para continuar con la línea de ruptura/gestación, iniciada en el *Documento Verde*.

Habría entonces una suerte de escalón intermedio, entre «los escribas», o padres fundadores, y aquellos militantes o simpatizantes que formaban parte de los frentes de masas. Un pequeño grupo constituido por aquellos y aquellas militantes que fueron parte de la gestación de la SN, y, en una segunda instancia, de la disidencia de Montoneros. Coincidentemente, en Rosario eran quienes formaban parte de la célula armada, en Buenos Aires no todos, pero sí una parte, al igual que en Córdoba y Tucumán. ¿Se debía esto a los saberes y prácticas que habían adquirido previamente en su encuadramiento bajo Montoneros? Posiblemente hubiese algo de ello.

Sin embargo, como indican los testimonios, a diferencia de lo ocurrido en Montoneros, la dinámica que les demandaba la nueva organización suponía una militancia doble, una legal en los frentes de masas y otra clandestina en el aparato armado, que no comportaba rangos ni jerarquías militares en la estructura interna. Dicho de otro modo: pese a formar parte de una estructura clandestina y militar, esto no se tradujo en una militarización de las tareas políticas. Ni lo militar guiaba lo político.

En este sentido, y para finalizar, quisiera señalar que, a diferencia de otras organizaciones armadas del período, la SN – al no contemplar la formación de un Ejército – no apelaba a la utilización de banderas, himnos, o escudos,^[20] que en los casos de el ERP o Montoneros fueron muy recurrentes y constituyeron lugares de posibilidad de fuerte anclaje de los valores y símbolos revolucionarios, en un caso, y de la patria socialista en el otro.

Dichos símbolos, se exhibían en momentos de peligro, como podía ser una operación de riesgo, y se exacerbaban para elevar el ánimo de los militantes. Gustavo Plis Sterenberg relata por ejemplo como «En los momentos más drásticos dentro del Batallón Domingo Viejobueno, los miembros del ERP entonaron la marcha de su organización». Como lo señala *La Opinión* del 26 de diciembre de 1975, «llamó la atención de los efectivos militares, que los guerrilleros, en medio del combate, cantaran. Asimismo, los atacantes llevaron consigo la insignia del Batallón Urbano “José de San Martín”, que esperaban izar en el mástil del cuartel» (Plis-Sterenberg 2003).

Los Sabino no habían generado ninguna de estas simbologías, por lo que las acciones que desarrollaron, aunque de menor riesgo y envergadura – si

[20] También utilizadas por los partidos tradicionales.

se las compara con los ataques a cuarteles por ejemplo – también implicaban «poner el cuerpo» (este concepto es trabajado por Manzano 2010) en una operación.

En esta dirección, debo insistir en el hecho de que las acciones armadas de la SN, más allá de la finalidad que tuviesen, no pueden ser cabalmente entendidas sin su correlato político, fundamentalmente porque estas acciones se desarrollaron bajo las expectativas que generaba la militancia cotidiana y la posibilidad de la revolución. Una cotidianeidad que necesariamente ponía en juego la relación con el otro, relación afectiva y electiva que se fue estrechando con el transcurrir del tiempo.

La experiencia compartida, tal como se deduce de los testimonios,^[21] estrechó vínculos, generó códigos, y las condiciones necesarias para que una identidad colectiva los nucleara. César, por ejemplo, frente a la pregunta ¿qué significó para vos la experiencia en «los Sabino»?; luego de un prolongado silencio, necesario como para que se acomodaran las emociones, respondió «Yo me sentía muy hermanado con los compañeros, aún hoy en día, a pesar de que tomamos caminos distintos, quedó una relación afectiva muy profunda, *porque el hecho de habernos jugado la vida juntos, o sea, el hecho de haber ido a operativos donde... yo me sentía respaldado, o sea yo sabía que el otro me iba a defender, no? Yo iba a defender al otro... de eso quedaron unos lazos muy intensos, no? muy profundos. y... que hoy en día se notan... bah! que sé yo, hoy yo me junto con los compañeros y a pesar de que algunos no estén en nada, otros estén en otra política, en otros partidos, en otra... a mí no me calienta para nada, no? O sea... ahí hay una... por lo menos en mí, hay una relación un lazo interno muy grande, no? Y por otro lado un orgullo muy grande de haber participado en una época extraordinaria, o sea yo... de mucha intensidad, de mucha... como podría decirte? No es velocidad, o sea... vertiginosa... y sobre todo de haber estado a un paso de hacer una revolución».*

En ese sentido sostengo que allí donde los símbolos típicamente partidarios dejaron un vacío, otros, como «la construcción identitaria» pudieron funcionar como base de sustentación de una «mística militante», en este caso una identidad colectiva propia de «los Sabino».

Visto desde el presente, el ejercicio de memoria, esto es volver sobre el pasado, revisarlo y relatar la experiencia de la SN en su vinculación con la lucha armada, permitió una aproximación a los múltiples sentidos asignados a una práctica.

[21] «es la única vez que me tocó verlo en una organización, la escasa competencia que había por los espacios de poder interno. Por eso digo que me parece que *éramos una banda en el buen sentido, éramos un grupo que nos teníamos mucha confianza, que le dábamos mucha bola a la cuestión humana, a la necesidad de los compañeros, a todo eso, que es lo que permitió que después de esa experiencia no hayan quedado rupturas* entre nosotros, los quilombos vinieron después, no por aquella historia...». Entrevista con Pedro (destacado propio).

En esta clave, si hay un relato propio de la experiencia armada de «los Sabino», este se presenta disperso a través de las memorias de sus protagonistas. No obstante, los elementos que lo componen aluden a un haz de representaciones y significaciones similares:

1. La necesidad de la práctica armada para el sostenimiento de la organización.
2. Validación de la lucha armada como forma de intervención política.
3. Autonomía del dispositivo armado con respecto a la línea política y el funcionamiento desplegados en los frentes de masas.

Finalmente, desde una perspectiva más atenta a los modos discursivos puede decirse que la trama narrativa de «los Sabino» da sentido a ese «nosotros» que enuncia el relato de, y propone un trabajo de identificación con, la experiencia narrada. Una identidad que, por otra parte, se compone de elementos elegidos en virtud de producir un distanciamiento con Montoneros, donde la lucha armada y los sentidos asignados a ella no fueron menores.

Capítulo 5

1975, la disolución

Mabel es oriunda de la localidad santafesina de Los Quirquinchos; allí vivió hasta alcanzar la edad suficiente como para comenzar sus estudios universitarios, momento en el que se trasladó a Rosario para cursar abogacía en la Facultad Católica de Derecho. Al promediar la década del sesenta inició sus primeras intervenciones en barrios y villas de la ciudad, así como un primigenio activismo dentro del Movimiento de Orientación Social y Cristiana (MOSIC) que impulsaba junto al desarrollo del trabajo social, la oposición a la gestión oficialista de una facultad fuertemente consustanciada con los objetivos del régimen de Onganía. Prontamente, como tantos otros jóvenes de su generación, su militancia se vincularía a las incipientes organizaciones armadas. En el año 1972 protagonizó junto a Víctorio, su compañero, la «rebelión» que daría lugar a la disidencia con Montoneros y posteriormente al surgimiento de «los Sabino» en la ciudad de Rosario. Mabel militó activamente en la SN hasta su (auto) disolución en el año 1975. Luego de un fugaz paso por el PRT, en 1976 partió rumbo al exilio en Francia.

El año 1975 fue difícil para el campo popular y las organizaciones político-militares, no solamente por la crisis económica y la inflación que constreñían los bolsillos de las clases trabajadoras, sino también porque el avance de la represión estatal y paraestatal se había intensificado notablemente cobrándose centenares de víctimas. Obreros, activistas, artistas, políticos, jóvenes, varones y mujeres de distintas edades y afinidades políticas fueron víctimas de la escalada represiva.

En este sentido, Laura Pasquali ha señalado que para el año 1975 la prensa se refería a las operaciones de la guerrilla en forma secundaria, destacándose en cambio el accionar de las fuerzas de seguridad (Pasquali 2007). Cabe señalar que dicha estrategia comunicacional estuvo condicionada en parte por un conjunto de políticas implementadas desde el Estado nacional, que en el transcurso del mismo año puso en marcha una serie de disposiciones y reglamentaciones que proveyeron el marco legal necesario para la implementación de la represión (Operativo Independencia, Consejo de Defensa Nacional, el decreto 2.722 que establecía «Ejecutar las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a efectos de aniquilar el accionar de los

elementos subversivos...»); accionar represivo que, tal como ha observado Gabriela Águila, se intensificó hacia 1975 y ostentó, a partir de marzo de 1976, una contundencia y una sistematicidad que no habían existido hasta el momento, desplegando, desde el inicio, un objetivo claro: el desmantelamiento de las organizaciones político militares (Águila 2008, págs. 17-43).

En capítulos anteriores se han abordado algunas cuestiones vinculadas a la percepción que «los Sabino» tuvieron de ese contexto represivo, percepción que fuera vertida en las páginas de su publicación quincenal a pocas semanas de haber decidido quitar de circulación la revista.

Ciertamente las consecuencias del avance represivo que franqueaba las fábricas y los barrios, la proliferación de asesinatos y desapariciones condicionaron los modos de pensar y hacer la política de los y las militantes. No obstante, el incremento y la sistematización de la trama represiva no explican la abrupta disolución de la experiencia de «los Sabino».

Los condicionantes más significativos de la clausura de la SN deben rastrearse en la convergencia de diversos factores internos, algunos anunciados – tan viejos y tan jóvenes como la misma organización – y otros que fueron resultado del propio devenir organizativo.

Pocos años antes, cuando ese puñado de militantes tomó la iniciativa de confrontar las directivas de la conducción nacional dando lugar a la primera disidencia significativa de Montoneros, o incluso cuando la SN se constituyó como organización política, nadie podía prever que a poco menos de tres años de andar, la aventura iniciada desembocaría en un callejón sin salida.

Como si se tratase de una serpentina de fichas de dominó que al caer la primera produce un efecto en cadena y ya es imposible impedir el derrumbe de todas las piezas, así comenzó el desenlace de la SN, con la realización de un congreso al que los asistentes – según dicen los testimonios – concurrieron para rediscutir y redefinir la estructura organizativa.

Por ello, en este capítulo se observarán las motivaciones políticas que actuaron en la autodisolución de «los Sabino», así como diversos aspectos que afectaron decididamente la vida de la organización.

La trama (narrativa) de la disolución

«Hagamos un plenario sobre el Congreso, porque sobre el Congreso hay tantas lecturas que yo no me atrevo a decir: esto pasó en el Congreso».

Antonio

Cada testimonio discurre por caminos únicos y singulares, configurando una trama narrativa que es propia del sujeto que esta evocando su propio pasado (Portelli 1991). Sin embargo, en el caso de las y los militantes de la SN – como sucede con otras experiencias colectivas – surgieron elementos

que se repitieron una y otra vez en los distintos momentos de evocación de lo vivido. Como si el haber experimentado ciertos acontecimientos colectivamente hubiera favorecido el desarrollo de una memoria tramada colectivamente.

Se trata de aspectos trascendentes que configuraron la memoria de «los Sabino», acontecimientos significativos que dejaron huellas donde sujetar la experiencia vivida. Uno de ellos, lo hemos visto, es el *Documento Verde*, punto de partida del «mito fundacional». Los testimonios que evocaron los inicios de la SN estuvieron fuertemente condicionados por la aparición del mencionado texto y una sucesión de circunstancias excepcionales. Se trata de relatos que resaltan un período de certezas, vitalidad y militancia entusiasta.

Por el contrario, los relatos sobre el momento de la disolución contrastan de manera significativa con aquel y transmiten una imagen de confusión o desconcierto. Por ejemplo, un elemento significativo es que no todos y todas los/as entrevistados/as pudieron recordar los modos en que la decisión de disolver la SN se llevó a cabo.

En algunos casos, los intentos por recordar los contextos de la disolución derivaron en un sincero «no me acuerdo bien» o «eso deberías preguntárselo a...». Esa dificultad o imposibilidad de recordar se relaciona con el hecho de (re)vivir momentos de un pasado que no se ajusta con la estructura más general del sentido asignado a la experiencia desarrollada en la SN.

En este sentido hay quienes sostienen que en todo relato existe un patrón clave de la estructura narrativa que «reproduce en toda la narración una matriz reconocible de conducta que impone una coherencia a la experiencia de vida del hablante, la coherencia del yo» (James 2004, pág. 164). Haciendo una trasposición de la fórmula, podría pensarse que en los testimonios que evocan la experiencia de la SN existe un tipo de «patrón clave» que se muestra a través de ciertas anécdotas, ejemplos, y un modo de instalar la experiencia de la SN en el contexto histórico de las OAP. Relatos que acentúan el valor político de haberse constituido en una alternativa a la organización Montoneros y resaltan el compromiso con la militancia sindical y la opción alternativista. Relatos que descansan en la intención de destacar la singularidad y excepcionalidad que representó la SN en el contexto de las organizaciones armadas de los primeros setenta.

Así, la decisión de poner fin a ese compromiso y esas apuestas políticas deviene un elemento extraño a esa tónica – y en cierto sentido perturbador – y por esta razón rompe con los marcos más generales del relato colectivo.

En este sentido, Alessandro Portelli y Luisa Passerini, sin duda dos de los más reconocidos historiadores orales, han señalado que al tratarse de fuentes narrativas, el análisis de los materiales de la historia oral debe valerse de categorías generales desarrolladas por la teoría crítica de la narrativa en la literatura y el folklore. Portelli ha insistido en un aspecto que ha devenido central para quienes hacemos historia desde esta variable interpretativa: «Lo

primero que hace que la historia oral sea diferente, entonces, es que nos dice menos sobre los acontecimientos que sobre su significado» (Portelli 1991, pág. 42).

El italiano destaca que las fuentes orales dicen no sólo lo que hizo la gente sino, y esto es lo más destacable, lo que deseaba hacer, lo que creen estar haciendo y lo que ahora piensan que hicieron. En esta clave señala la vital importancia que posee el modo en que los materiales de cierta historia son ordenados por el/la narrador/a pues «la organización de la narrativa revela mucho de las relaciones de los hablantes con su historia» (Portelli 1991, pág. 42).

De acuerdo a la serie de entrevistas realizadas, la desaparición de la SN se dio de manera intempestiva y a poco tiempo de haberse realizado un Congreso Nacional donde los/as militantes dieron cierta formalidad a una estructura organizativa y debatieron en torno a una serie de definiciones políticas. En función de dicho acontecimiento puede observarse la trama narrativa provista por los testimonios.

Antonio recuerda que el Congreso se llevó a cabo «prácticamente casi sobre el 75, fines del 74, y prácticamente después del Congreso se funciona tres o cuatro meses más y viene la autodisolución... a mediados del 75 nos habíamos disuelto como organización». Si bien el Congreso y el momento de la disolución de la organización fueron dos momentos diferentes, en la memoria de algunos de nuestros protagonistas aparecen fundidos, ambos acontecimientos se enredan y se presentan en una misma trama, imbricados. Por ejemplo, en el relato de Juan Carlos los dos momentos son fusionados, acentuando las dificultades para diferenciar entre el tiempo de realización del Congreso y aquel otro, el de la reunión ampliada, donde participaron también militantes de los frentes de masas: «después de varios plenarios, calculo yo, me acuerdo de uno que lo hicimos en un campo, no me acuerdo dónde, de quién era el campo ni dónde fue, pero sí estuvimos, creo, que un par de días ahí... decidimos disolver la organización...».

Según el testimonio de Matías, «A mediados del 75, se realiza en las afuera de Córdoba, una reunión ampliada de todos los frentes de trabajo, incluido el militar, se analiza la situación de seguridad, se evalúa que es insostenible mantener la organización dado el avance de la derecha y se impone la propuesta de disolver, dejar pasar la oleada represiva, refugiarse en la solidez ideológica de los cuadros, imitando la conducta de la izquierda alemana ante el avance del nazismo, el frente gremial esboza una repuesta contraria pero es minoría».

Apúntese al margen que tanto una instancia como la otra, es decir tanto el Congreso como la reunión ampliada, se desarrollaron bajo el sol de la provincia mediterránea y mediando pocos meses entre uno y otro; este hecho sin lugar a dudas debe haber favorecido a que los dos acontecimientos se confundan.

En esta línea el testimonio de Oscar, militante del frente universitario de Rosario, agrega algunos elementos que iluminan y complejizan el panorama:

«R: Yo participé de un Congreso... en Córdoba! para unificar los criterios para salir de la debacle...

»P: ¿Qué era la debacle?

»R: Claro ¿a dónde íbamos?... la... ideológica que había viste... había unos que eran muy pro PC digamos^[1] (...) cuando vamos allá bueno estaba el criterio del partido clásico, partido marxista-leninista clásico que defendía un sector de Córdoba, y el sector que estábamos nosotros acá que tampoco tenía la idea muy clara, partía de más bien de Gramsci, que el partido surgía de las masas y demás, entonces era más... no tan estructurado como secta partidaria y bueno en ese vaivén ideológico ... que no prevalece ni una idea ni la otra, yo creo que en ese vaivén de que no había sustento para mantener la estructura organizativa viste, y no estaban las cosas claras... lo fue matando de a poco a la organización».

De los últimos dos testimonios puede inferirse que en el Congreso habría habido distintas propuestas organizativas, disímiles visiones y diagnósticos políticos. Temas que se vieron confrontados en el desarrollo de discusiones más o menos acaloradas. Inferencia que contrasta con otros relatos, que tienden a cristalizar en una imagen donde pareciera que nada se alteró de su normal funcionamiento, hasta que la decisión de clausurar la SN se impuso como hecho ineludible.

Ignacio se adelanta a mi pregunta y se excusa: «Yo no participé en el Congreso de disolución, porque estaba acá [en Buenos Aires], yo estaba de acuerdo con la disolución, y estaba de acuerdo con que se dejara librado a la voluntad de los compañeros tomar la alternativa y la opción política que quisieran».

Victorio abrevia, no quiere detenerse en los detalles, en los lugares, él tiene un diagnóstico en torno a las razones que motivaron aquella definición, «hace crisis la cuestión... Vienen para mí dos hechos que fueron muy determinantes: la autoproscrición de Montoneros, que pasan a la clandestinidad lo cual acota muchos márgenes de legalidad y la posibilidad del laburo de masas, y por otro lado constatar que se había agotado ese supuesto espacio que nosotros suponíamos que había a la izquierda de los montoneros. Porque montos había tenido un crecimiento exponencial y un desarrollo muy grande, y ahí nos empezamos a vincular más con organizaciones de izquierda, más hacia la izquierda».

Solidario con esta idea, Antonio visualiza al Congreso como el momento donde se iniciaba una «discusión política, en la cual justamente a partir de este debate que se abre respecto de la concepción del partido, comienza a haber una serie de divergencias políticas, sobre todo en Córdoba, nosotros

[1] Refiere al modo de organización del partido leninista, y no específicamente al Partido Comunista Argentino y sus postulados políticos en el contexto de 1973-1976.

en Rosario mal que mal este tema siempre estuvo medianamente ausente. La crisis vino a partir de la disolución, pero en realidad la crisis política viene trasladada desde Córdoba... fundamentalmente para resumirte algo que yo puedo tener medianamente claro, es la ausencia de política de masas de nuestra organización política, o sea teníamos una serie de definiciones teóricas muy correctas pero no alcanzamos nunca a plasmarlas en propuestas políticas de masas capaces de revertir esta dicotomía entre izquierda y derecha ya para entonces. Yo siempre lo retrato con el hecho de decir: debajo de la sombra del ombú no crece nada, y en realidad el ombú en este caso era Montoneros. Estaba claro que esto aparecía en ese momento ya en el antagonismo político y militar que se venía planteando con Montoneros, esto era, casi te diría, una contradicción secundaria. Lo que se había comido la escena política era el debate entre la izquierda y la derecha del peronismo... y a nosotros no nos daba para nada el espacio de ninguna de las dos... entiendo que tuvo que ver fundamentalmente con esta situación política, creo que fue una actitud honesta de parte nuestra, en el sentido de decir: ¿qué conducimos, que política planteamos y hacia dónde vamos, en este cuadro de situación?».

Independientemente de las razones que motivaron la disolución, todos los testimonios coinciden en señalar que la experiencia de «los Sabino» había cumplido un ciclo. Ya sea por la aparición de un debate largamente postergado sobre el «rol del partido» o por los cambios operados en la política represiva del gobierno.

Antonio fue uno de aquellos que participaron de la reunión ampliada, instancia que formalmente había sido convocada como una reunión de la mesa nacional^[2] de la SN. Al mismo tiempo Antonio fue el encargado de transmitir la resolución en su regional, «yo era el miembro informante el que tenía que venir a decirles, viste? Es cierto que para entonces algunas cuestiones ya estaban planteadas!... Sosteníamos si todo el vínculo orgánico fundamentalmente a instancias de toda la infraestructura y de la guita, ya para entonces se había terminado la guita esa y estábamos planificando otra [acción militar] que no llegó a cuajar porque no, ya te digo organizativamente se volvió insustentable, digamos políticamente...».

En esta clave Victorio sostiene que «todos coincidíamos en que se habían acotado los espacios y que era insostenible sostener una organización de ese tipo en el marco de un enfrentamiento militar de las características que estaba teniendo, fundamentalmente Montoneros y el ERP y que había que priorizar la inserción y el desarrollo de los movimientos de masas... eran las 5 de la tarde y éramos unos 15 o 20 compañeros, y empezaron a ulular los

[2] Antonio enumera los integrantes de esa reunión: «en esa reunión estaba la conducción nacional que estaba compuesta por: Ignacio, el Negro Luis, que no fue a esa reunión, el Cacho Sorati, el Flaco Tito... el Ruso, y yo. La Petisa no integraba la conducción, ella a partir del... (congreso) no integraba la conducción».

patrulleros, no sé qué había pasado por ahí por la zona y nosotros estábamos discutiendo si nos disolvíamos o hacíamos una nueva operación para tener recursos para seguir adelante con la organización. Esa es la imagen que yo tengo...».

Aquí se percibe con mayor claridad el dilema que atravesaba la SN, por un lado se plantean la necesidad de fortalecer la inserción y la política de masas, y por el otro apuntalar la organización política, la contradicción emana precisamente en los modos de abordar el problema, tanto uno como otro de los otros de los objetivos aparecen disociados.

Para Mabel el evocar el desenlace de la SN se relaciona principalmente con una «buena decisión» política, «el final fue... Yo creo que fue una decisión buena, ¿y sabés por qué? No lográbamos dar un paso y los montos crecieron enormemente, después de la llegada de Perón fue un crecimiento monto impresionante... era una cosa de triunfalismo con respecto a lo que se podía hacer, y de integración también a un poder, al gobierno. Con lo cual, acordate, que vino la tregua monto... y nosotros seguíamos desarrollando nuestro trabajo de base, hasta que no pudimos o no supimos o no se quiso tener una proyección más política de la cosa, de tener un espacio de inserción y de visibilidad política, era una organización medio amorfa... yo creo que a la Sabino le faltó en ese momento pensar más estratégicamente y plantear ¿hacia dónde vamos?».

En el mismo sentido Mario recuerda que «como resultado de nuestro proceso de discusión veíamos que la existencia de una organización con el poderío, o falta del mismo, como tenía nuestra organización era de alguna manera dividir el campo, nunca íbamos a ser una alternativa a las otras organizaciones... por falta de recursos probablemente, porque nuestra convicción de trabajar dentro de lo que eran los organismos de masas, no solamente de carácter peronista o no peronista, sino la forma de entrar y trabajar en organismos de masas no requería de una organización político-militar como la nuestra... por lo menos esa es mi conclusión, no?».

En síntesis, y para retomar una frase particularmente llamativa, nótese que cuando Antonio dice «debajo de la sombra del ombú no crece nada, y en realidad el ombú en este caso era Montoneros» nos está proveyendo una imagen que condensa un conjunto de sensaciones dispares, y está diciendo varias cosas a la vez.

En principio, desde un punto de vista semántico, tal vez literario, la frase contendría dos partes. La primera: «debajo del ombú no crece nada» es en sí misma una suerte de axioma, una aseveración que no necesita ser demostrada.

La segunda parte es un tanto más compleja: «y en realidad el ombú en este caso era Montoneros». Yacen aquí dos ideas; la primera, fundamental para desandar el sentido de la frase, es el condicionante: «y en realidad en este caso» como si otra cosa hubiera sido posible. Seguidamente, se da paso a la otra idea, que es la reafirmación de la primera parte de la frase: el

ombú era Montoneros. Así la imagen se cierra sobre sí misma convocando sensaciones dispares. Frente a la irrefutable sentencia inicial, la idea que finalmente se transmite es que pese a todo sí hubo algo que pudo crecer bajo la sombra de Montoneros, aquello que se presenta como excepción a la regla fueron precisamente «los Sabino».

Así la imagen del ombú no refiere solamente al fin de la SN, por el contrario se constituye en una suerte de metáfora de su propia experiencia. Una y otra vez hemos señalado que los orígenes de la SN estuvieron fuertemente vinculados al devenir de Montoneros; quizás debamos agregar que en igual medida se presentaron los relatos sobre el precipitado final. Montoneros no sólo representaba la organización de la que se desprendería la SN, sino también el lugar al cual algunas/os de sus militantes retornarían.

Justamente la experiencia setentista de «los Sabino» no termina con la clausura de la organización, muy por el contrario, en los momentos finales se atravesaron situaciones verdaderamente originales que devinieron en la «reinserción» en otras estructuras políticas, de aquellos y aquellas militantes que así lo desearan.

Barajar y dar de nuevo

Una vez consumada la decisión de clausurar la SN, cada regional dio inicio a un proceso de «reinserción» de los militantes en otras organizaciones político militares de la escena nacional.

De acuerdo a los testimonios, en Rosario la tarea adquirió un cariz particular, de hecho llamativo, y fue llevada adelante por un grupo de militantes de la organización, quienes se constituyeron en una comisión que tenía como objetivo reubicar a «los Sabinos». La función de la comisión era la de establecer los contactos de manera formal y orgánica, y garantizar ciertas condiciones de seguridad.

Lo llamativo del proceso de la disolución de la SN es el hecho de que la propia organización asuma la tarea de auxiliar orgánicamente a las y los militantes a ingresar formalmente a otra estructura político-militar. Por ello sostengo que el rol asumido por la SN muestra variaciones en cuanto a las prácticas más extendidas del campo de la izquierda setentista que en general, una vez que la organización entraba en crisis, dejaba a sus militantes merced de su propia capacidad política para vincularse a otras organizaciones si así lo deseaba. Por el contrario, la senda tomada por la SN pareciera responder a una «marca» de funcionamiento interno que permite una retirada ordenada y planificada, y es un indicio más de las propias prácticas de la organización.

Mario formó parte de ese grupo y recuerda que comenzó a «ayudar a los compañeros de militancia de la organización a ingresar en otras organizaciones, ya sea en [Organización Comunista] Poder Obrero, ya sea en el PRT, Montoneros. Yo participé del grupo que tenía que tomar contacto con las otras organizaciones y tratar de hacer... de ayudar al ingreso de

los compañeros de acuerdo a como lo fueran deseando, fomentando los contactos con las otras organizaciones...».

Por su parte, Mabel recuerda «que el certificado de defunción, por lo menos acá en Rosario, fue una reunión en la casa de Antonio... Y después ahí cada uno tomó por su lado y la mayoría se metió en otras organizaciones... no se claudicaba de una militancia... se seguía en otra. Yo tengo fotos de ese año del proceso cuando empezó a haber mucha discusión interna y de hecho cuando se disolvió la Sabino unos se fueron al PRT; otros se fueron, volvieron a los montos, otros se fueron a [OCPO] Poder Obrero, es decir había como la sensación de que teníamos un techo y que no podíamos definir una estrategia diferenciada de lo existente, que como grupo armado no teníamos entidad...».

En el mismo sentido Antonio afirma que ninguno de los militantes de la regional rosarina «volvió a su casa después que se bajó la persiana de la Sabino; en todo caso cada uno hizo su opción política en función de lo que más o menos entendía era el espacio donde se podía seguir trabajando o militando, vuelvo a repetir el tema de bajar la persiana era decir no hay espacio para el planteo político que nosotros venimos sosteniendo, lo que en definitiva quedó librado a una voluntad individual...».

Juan Carlos, al igual que otros entrevistados, hace mención a un aspecto sobresaliente de este proceso de transición o de «libertad de acción», recordando que no sólo se reubicaron militantes sino que «inclusive el armamento que teníamos lo dividimos entre el ERP, Montoneros y Poder Obrero. Un grupo volvió a Montoneros, otro grupo pasó al PRT-ERP y otro grupo formó parte de Poder Obrero».

Si la comisión de reubicación de los y las militantes desarrollada en Rosario, otorga cierto grado de originalidad a la clausura de la SN, también debe señalarse que en conjunto, las decisiones tomadas por todas las regionales, luego de la disolución fueron llamativas.

En esta dirección destaco concretamente el hecho de que «los Sabino» traspasaron toda la infraestructura con la que contaban a las organizaciones que se encontraban en la amplia definición de «lo que existía». Uno de ellos por ejemplo recuerda que en la casa donde funcionaba el sótano compartieron el techo militantes de OCPO y del PRT, e incluso el taller continuó funcionando dentro de la estructura donde operaba el PRT-ERP.

En Buenos Aires el traspaso de la infraestructura no fue tan amplio, y desembocó en Montoneros, por lo menos así lo recuerda Ignacio: «Nosotros acá, al menos, no tocamos absolutamente ni un centavo, ni nada. Lo único que hicimos es nos quedamos con las armas personales, porque estábamos... Y yo, nosotros habíamos comprado con guita de “los Sabino” un Renault 12 que andaba legal, pero no me acuerdo a nombre de quién estaba, creo que se vendió, se vendió ese Renault; y el otro Renault que había sido expropiado, yo me acuerdo el momento en que lo cargo y le lleno hasta el tope el baúl de fierros y de paquetes de guita, lo cierro. Y me encuentro con [Daniel], que

era de la conducción montonera, y le entrego la llave del auto que estaba parado en tal lado... y Daniel se lo lleva. Daniel es un querido compañero que está desaparecido, yo lo quería muchísimo a Daniel... Yo me acuerdo que nos quedamos con nada, la guita que había sido expropiada era de la revolución, nosotros no seguíamos, pero los monto sí, sabíamos que estaban equivocados, pero les pasamos todo a ellos. Y quedó el baúl, me acuerdo, lleno lleno lleno de todos los fierros y todas las cosas que había acá en Buenos Aires, que había de todo un poco...».

La SN cordobesa no se diferenció en gran medida de lo acaecido en la capital nacional y cedió un porcentaje importante de su infraestructura a su otrora organización madre. El testimonio de Matías lo refleja de este modo: «gran parte del aparato militar, documentación y finanzas pasa a Montoneros, quien solo reconoce a La Petisa el grado de lo que ellos denominan “Oficial...”. De todas formas la lectura de “la Columna” a mi entender fue la correcta pero a diferencia de la izquierda tradicional, “la Columna”, con sus distintos frentes, se replegó luego de haber agotados todos sus esfuerzos en la construcción de una alternativa independiente de los trabajadores y haber utilizado todos los métodos de lucha existentes».

Si bien no todos lo hicieron, quienes optaron por integrarse en otras organizaciones se encontraron con situaciones no exentas de contradicciones. Un ejemplo paradigmático de ello lo constituye la elección de Antonio de retornar a la organización Montoneros, varios meses después de que la SN se hubiera disuelto.

Teniendo en cuenta que Antonio fue uno de aquellos militantes que participó de la escritura del *Documento Verde* y era una cara visible de las críticas elaboradas hacia Montoneros, la pregunta sobre las razones que motivaron su retorno resultaba más que sugerente y estimuló el desarrollo de la entrevista: «[finalmente] terminé haciendo una re-entre a Montoneros... justamente en esa re-entre lo único que se me permite es mi calificación militar, entonces yo era bueno para levantar autos, para apretar, para todo lo que sea militar, me entendés? Políticamente me trazaban un cerco que no me permitían discutir políticamente con el Pancho. Nos veíamos a escondidas en citas horizontales, por afecto, lo mismo que con el Punsí, por afecto, teníamos prohibido la vinculación, la relación...».

Paradojas de la vida, fue a instancias de su antiguo contacto en el cordón industrial de San Lorenzo, la «Chancha» López, como Antonio consigue ser aceptado nuevamente en Montoneros y donde se incorporó a la «UBR donde estaba él. Era una relación mentirosa, en realidad lo que querían, de alguna manera también era no solamente el tema de la infraestructura que uno tenía, sino además yo no participaba de las discusiones de conducción, pero si participaba de las UBR y de las unidades de combate, entonces de alguna manera también a mi me sacan el jugo desde el punto de vista de la infraestructura, qué sé yo casa, auto, campo, todo...».

Como Antonio, Mario también había optado por relocalizarse en Montoneros. Aunque si para el primero de ellos suponía el retorno a su primera instancia orgánica, para el segundo no revestía una carga emotiva especial. Sin embargo, tanto para uno como para otro, la militancia desarrollada bajo la estructura de Montoneros no supuso más que un fugaz tránsito, marcado eso sí, por fuertes tensiones y desacuerdos. «Era un lugar de... había diferencias en las formas de militancia, era una organización más pequeña que por sí, requería mayor delegación de responsabilidades hacia los miembros de la organización; eran formas de militar diferentes, mucho menos militarista, mucho más político, eran formas de mayor respeto a las opiniones más que a los galardones que pudiera tener un supuesto oficial o no. Eran dos formas de militar muy, muy diferentes. Así lo viví yo, no quiero decir que fueran así, pero así lo viví yo, aparte de alguna forma cuando yo me tuve que insertar en las estructuras de Montoneros en la universidad, yo venía con el estigma de haber sido Sabino... entonces para muchos de los militantes eh... yo diría que directamente no me tenían confianza».

Los singulares modos en que la decisión de cerrar la experiencia de la SN se llevaron adelante, destacan ciertos rasgos de la experiencia de la SN que dejaron fuertes huellas en la memoria de quienes transitaron por ella. De hecho, algunas y algunos todavía hoy continúan compartiendo espacios militantes y en otros casos, los lazos militantes se han transformado en amistades que permanecen en el tiempo. Para unos la experiencia de «los Sabinos» constituyó su única militancia desarrollada en los años setenta; en otros casos formó parte de un recorrido mucho más extenso (que incluso llega hasta el presente. Sin embargo, la pertenencia a la SN constituye un lugar de referencia trascendental en cuanto a la identidad forjada, que se renueva a través del tiempo y de alguna manera es perdurable.

En síntesis, tanto para los varones como para las mujeres, para quienes fueron parte de la experiencia sindical como del aparato armado, el hecho de «haber sido Sabino» no es un aspecto menor en el devenir de su identidad política.

En otras palabras, la impronta generada por la SN se definió de un modo perdurable en las identidades militantes de los varones y mujeres que participaron de aquella organización. Y es justamente ese rasgo identitario común el que me ha habilitado a poner en juego, o más precisamente a dialogar con esas historias intentando una revisión de sus propios pasados.

Es necesario señalar que para fines del año 1975 tanto el ERP como Montoneros se hallaban fuertemente militarizados. Teniendo en cuenta que uno de los hitos fundantes de la SN había sido justamente una sostenida crítica en ese sentido, resulta necesario indagar en las razones que motorizaron esas elecciones. El caso es que, del análisis de las entrevistas queda claro que en el momento de la disolución, recortado por el avance represivo, primaron tanto la voluntad de militancia como una necesidad de estar estructurado en una organización político-militar, por sobre la voluntad de conservar el

propio desarrollo logrado. En este sentido, el testimonio de un ex militante del frente fabril es iluminador: «Para terminar un poco con la historia de “la Columna”, después que [se] disuelve “la Columna” como tal... más o menos en el 75, no tengo ahora claramente... nosotros seguimos funcionando a pesar de... pero se disuelve como tal; quedaron las agrupaciones».^[3]

Este testimonio es iluminador porque evidencia dos modos de actuar, dos vías de franquear la trama represiva. Aspecto que también es visible en las ya citadas palabras de Matías quien afirmaba que en aquella reunión ampliada «se impone la propuesta de disolver, dejar pasar la oleada represiva, refugiarse en la solidez ideológica de los cuadros (...) el frente gremial esboza una repuesta contraria pero es minoría». Podría pensarse que ese frente en particular propuso lo opuesto pues las agrupaciones, las comisiones internas, los delegados de fábrica, todas aquellas experiencias organizadas por la base, impulsadas y en algunos casos desarrolladas por la SN. ¿Dónde habrían podido replegarse? Es cierto que la vinculación que estas habían asumido con una organización político-militar como la SN, no les imponía más niveles de exposición o riesgos, que los propios que una organización fabril o barrial podían asumir frente a un Estado represivo. Sin embargo, al retirarse la SN, la voluntad de militancia y la necesidad de pertenecer a una estructura orgánica con fuerte presencia llevó a muchos de los militantes de los frentes fabriles a optar por insertarse en estructuras político-militares como Montoneros; tal es el caso de la Chancha López y de Florencio Díaz, para poner dos ejemplos paradigmáticos de la SN. El primero de ellos, como ya he señalado, no sólo era uno de los principales referentes de la construcción sindical de la SN, sino de la Coordinadora de Gremios de San Lorenzo. López integra, junto a «Potongo» Camuglia, la larga lista de desaparecidos del cordón industrial de Rosario. Florencio Díaz, aquel locuaz orador que diera apertura al acto de presentación de Peronismo Descamisado, responsable del frente fabril e integrante de la SN de Córdoba, también se incorporó a Montoneros (junto a un importante grupo de militantes de esa regional). Luego sería asesinado en un fraguado intento de fuga de la cárcel.

Una y otra vez hemos vuelto a los testimonios, en este caso intentando encontrar las razones que ayuden a explicar el retorno a Montoneros, esa estructura tantas veces criticada. No obstante, hay ciertos aspectos de esas elecciones que permanecen aún en las sombras. Precisamente porque el devenir de la SN, este pequeño pasaje de la historia reciente argentina, forma parte también del inconmensurable devenir de las subjetividades de miles de varones y mujeres que, desde su propia cotidianeidad, desde sus elecciones políticas – acertadas o no – se arrojaron decididamente a cambiar el curso de la historia.

[3] Testimonio 4, entrevista realizada por Gabriela Águila.

Asimismo, las particularidades asumidas por la regional rosarina, ese proceso ordenado por una comisión, que mediaba entre otras organizaciones peronistas y marxistas, garantizando el traspaso y el reparo de la infraestructura y las/os militantes de la SN, en contraposición a las otras regionales que privilegiaron el traspaso a Montoneros, tal vez responda a los mismos interrogantes planteados en otros capítulos. Es decir, probablemente «esta última elección» se vinculara más con el grado de desarrollo y los modos de inserción desplegados en los frentes de masas, que con una afinidad política-ideológica.

Desde los márgenes. Algunas conclusiones

Al iniciar esta investigación me propuse dar cuenta de la existencia de una organización político-militar que dije pertenecía a una zona gris del pasado más cercano. Al mismo tiempo y de manera global, sostuve que esta misma indagación debía servir como puerta de entrada para reproblematicar algunos vectores que organizan el debate y las investigaciones en el campo de la historia reciente argentina.

No obstante, al enfrentarme con la historia de una organización que hasta el momento no contaba con investigación alguna, fue necesario establecer como punto de partida cierto diálogo con otras experiencias setentistas, esencialmente Montoneros, pero no exclusivamente. Un diálogo que se extendió desde las fuentes, es decir los documentos originales, hasta las interpretaciones y los contextos políticos en que las organizaciones se desarrollaron. De allí que los logros, los resultados generales, pero también las derivaciones más específicas vinculadas al conocimiento de la historia de la SN, puedan ser considerados como una aproximación a la entramada constelación de organizaciones políticas del período.

Por otra parte, desde una perspectiva teórico-metodológico multidisciplinar, he intentado articular la historia social, la memoria y las posibilidades derivadas de la historia oral y el análisis de los testimonios. Asimismo, la problematización desde el género, en tanto es constitutiva de mi propia visión del mundo se inscribe de manera integral y atraviesa la totalidad del libro.

No obstante, la particularidad de los roles asumidos por ciertas mujeres en la organización, como fue el caso excepcional de Monina en el lugar de dirección de la estructura armada de la SN, fue esencial para poder acceder y profundizar en torno a las formas de articulación y las relaciones entre los sexos, dentro de un determinado contexto social y político. A su vez, dichos aspectos permitieron arrojar luz sobre temas aún poco explorados por la historiografía: mujeres y armas.

Por otra parte, el registro de las historias de vida me permitió establecer conexiones diversas entre vivencias individuales y colectivas. Y ha sido gracias a los testimonios que hemos podido revisar aspectos singulares de esas experiencias militantes. Cuestiones vinculadas a la política y a la vida, registros del pasado a los que sólo es posible acceder a través de la oralidad.

En este sentido, P. Thompson (2005) ha indicado que las herramientas brindadas por la historia oral no se reducen a la provisión del puro dato empírico; por el contrario, se trata de fragmentos singulares del pasado contenidos en las memorias de la gente.

Simultáneamente, el análisis de las representaciones políticas de «los Sabino» supuso una suerte de plataforma desde la cual volver a pensar, rediscutir y poner en diálogo los imaginarios políticos, sociales y culturales de aquel período.

Desde una perspectiva literaria – y parafraseando a Ítalo Calvino – puede decirse que construir un cuento, una novela o cualquier otra forma de relato es establecer un modelo de relaciones entre funciones narrativas, donde quien escribe pone de manifiesto cierto procedimiento lógico que sirve para establecer relaciones entre hechos de la experiencia (Calvino, 1994). En este sentido, muchas veces he pensado que la historia de la SN es una historia escrita en los márgenes, un relato que en cierto modo fue configurado en – y desde – los resquicios de una trama de experiencias políticas y sociales mucho más vasta; pero que sin embargo, atraviesa medularmente un complejo y multifacético período de la historia argentina, el bloque temporal de los años sesenta y setenta.

Aunque su existencia no pueda extenderse más allá de los años que van de 1972 a 1975, ha sido necesario desplazarse en el tiempo abarcando un período más vasto. El desplazamiento ha sido necesario para comprender la globalidad y complejidad de los múltiples factores intervinientes tanto en la gestación, como en los procesos que desembocaron en la disolución de la SN.

Como si muchos pliegues los hubieran estado separando durante años, diría Juan José Saer, el inicio y el final de la SN se encuentran tamizados por la influencia de la misma organización de la cual tempranamente se desprendieron aquellos primeros militantes disidentes de Montoneros. Una influencia que como una sombra densa, se percibe en los relatos sobre ciertos trayectos del camino transitado; y fundamentalmente en aquellos que remiten a momentos de crisis interna.

Se ha señalado oportunamente que la relación formal con aquella organización finalizó hacia principios de 1973 (contemporáneamente a la liberación de «los escribas»). No obstante, los modos de representación puestos en juego por la SN fueron variando en el tiempo y de manera independiente a la vinculación concreta sostenida con Montoneros. En este sentido, el aspecto más llamativo deviene del análisis centrado en las narrativas y los relatos de los propios protagonistas.

En definitiva, la referencia a Montoneros fue utilizada en la mayoría de los testimonios como recurso discursivo para plantear, una y otra vez, una suerte de contrapunto con la representación de la SN y la propia militancia del/a entrevistado/a. De tal modo, para describir a su propia organización,

los y las ex militantes de la SN recurrieron, por lo general, a una comparación con Montoneros.

En tal dirección, he indicado que la representación que confeccionaron de sí mismos era, como si se tratase de un espejo, la resultante, o la combinación, de ciertos elementos orientados en función de generar una contraimagen de aquella organización. Es decir, la representación que «los Sabino» elaboraron de sí mismos era el resultado de una operación refractaria, donde la composición de la imagen final se (re)producía discursivamente, en inverso, como negativo, de Montoneros.

En definitiva, esta observación no pretende más que señalar que en la construcción identitaria de «los Sabino» operaron ciertos factores simbólicos y discursivos que giraban en torno a ciertas definiciones ontológicas: ser lo que no se es.

La organización

Sin embargo, y pese a que los relatos y los testimonios estuvieron muchas veces teñidos por la afirmación de ser lo que no se es, fueron variados y múltiples los senderos adoptados por la joven organización en la búsqueda de una identidad propia. Trayectorias que no siempre estuvieron acompañadas o tuteladas por la «presencia» de Montoneros, y que en su andar pusieron de manifiesto la existencia de concepciones políticas, lineamientos tácticos y estratégicos propios.

En los capítulos que preceden a estas páginas, he indicado que «los Sabino» pudieron desplegar una estructura orgánica – con desiguales niveles de desarrollo – en ciertas regiones y espacios urbanos de la geografía argentina, logrando consolidarse fundamentalmente en las ciudades de Rosario y Córdoba, y en menor grado en Buenos Aires y Tucumán.

La desigualdad en el desarrollo y crecimiento de las experiencias regionales de la SN estuvo estrechamente vinculada con aquellos intersticios, témporo-espaciales, generados a instancias de otras organizaciones político-militares de mayor envergadura, particularmente Montoneros. Resquicios producidos en la trama social y en los modos de inserción hacia los frentes de masas, dispuestos por aquellas estructuras político militares que, no habiendo conseguido ocupar ciertos espacios geopolíticos, dejaron sitio para que otras organizaciones – no hegemónicas – pudieran hacerlo.

Esta hipótesis, que conecta la praxis específica de la SN con otras expresiones del campo de las organizaciones armadas, como si un lazo inmaterial anudara una y otra experiencia, es específica y particularmente notoria en relación al devenir de Montoneros en Rosario y Córdoba y sus regiones colindantes, es decir, las zonas industriales de ambas ciudades.

De igual modo, un elemento que complementa el mapa y que como aquella excepción que confirma la regla debe ser mencionado aquí, es la regional bonaerense de la SN, que pese a haber contado con un buen número

de militantes orgánicos y con cierto grado de inserción en el movimiento obrero no puede dejar de considerarse menor, comparado con el nivel de incidencia en los conflictos regionales y el grado de maduración desarrollado por la propia organización en otras zonas.

En todo caso, tal vez haya que decodificar este desigual desarrollo, también, en relación a la abrumadora presencia que Montoneros tenía en Buenos Aires hacia el año 1972-1973.

En el caso de la provincia de Tucumán, aunque la SN logró desarrollar una experiencia de cierta importancia, no ha podido ser abordada con el mismo nivel de exhaustividad debido fundamentalmente a la escasez de fuentes, tanto escritas como orales.

Finalmente, y para plantearlo de manera condensada, digamos que la SN logró consolidarse en aquellas provincias y ciudades donde Montoneros (todavía) no habían podido hacerlo de manera hegemónica. De este modo el terreno se disponía propicio, con ciertas grietas, para que se filtrasen otras experiencias. Por ello la ruptura de las columnas disidentes de Córdoba y Rosario fue decisiva en el rápido despliegue y fortalecimiento de la SN, al tiempo que fraguaron de militantes e infraestructura a lo poco, o precario que Montoneros había podido desarrollar en esas regiones.

Sin embargo, al hacerlo, las posteriores construcciones regionales de la SN se sostuvieron sobre la base de diferentes tradiciones locales. En la regional rosarina se ha destacado que la experiencia desarrollada en la zona norte, permeó las prácticas y los dispositivos de «los Sabino» y estimuló una aceptada articulación y coordinación política, por la base, de carácter frentista con otras organizaciones, marxistas y peronistas en la Intersindical y la Coordinadora de Gremios. En la región cordobesa, contrariamente, los dispositivos que la organización dispuso para organizar y movilizar a la clase, Peronismo Descamisado, no respondieron a una política frentista.

Dichas diferencias, de carácter local y regional, no sólo asistieron al desarrollo de dispositivos de inserción en el movimiento obrero, que fueron múltiples y que produjeron experiencias diversas, aunque en ambos casos favorecieron la autoorganización de la clase. En virtud de esa diversidad la Organización tuvo un alto grado de vitalidad y voluntad de desarrollo político.

Contrariamente, los intentos por homogeneizar lo diverso desatendiendo las dinámicas propias de cada regional, llevó a la disgregación y la fractura. Dicho de otro modo, mientras la SN funcionó en la heterogeneidad, no hubo mayores inconvenientes; sin embargo, cuando buscó circunscribir prácticas y experiencias que difícilmente podían ser englobadas en una misma teoría, como ocurrió durante el primer y último Congreso, el que se realizó momentos previos a la disolución y que buscaba «unificar criterios», la crisis se precipitó auxiliada por la agudización de la política represiva del gobierno.

Una política

En las páginas inaugurales afirmaba que las razones que motivaron la escritura de este libro debían buscarse en la necesidad de (de)construir ciertas representaciones estáticas sobre el bloque temporal de los años sesenta y setenta, sobrevoladas y ancladas en una imagen polarizada por las dos organizaciones más emblemáticas del período. Este ejercicio supuso, entre otras cosas, la posibilidad de considerar aquellas experiencias minoritarias que imprimieron características singulares a la lucha armada y a la historia político-social de la Argentina reciente.

Tras esta pretensión, e indagando específicamente en la experiencia histórica de Montoneros Sabino Navarro, fue posible observar un conjunto de problemas de distinto orden que se desplegaron como si se tratase de un haz de luz reflejado en un cuerpo poliédrico, y dieron cuenta no solamente de la vida de la organización (su estructura y dinámica interna y sus objetivos), sino también de los modos en que esta pudo vincularse con el movimiento obrero, con otras organizaciones e intervenir en el contexto social y político en el que estaba inserta. Dichos problemas (los modos de escritura y la producción de textos, la militancia en los frentes sindicales, las revistas y la experiencia de la lucha armada) fueron expuestos a través de los diferentes capítulos, al mismo tiempo que fueron hilvanados cual hilos de una red, con una idea más general sobre las concepciones (tácticas y estratégicas) de la SN.

A lo largo de esta investigación al abordar el análisis del *Documento Verde* indagando por un lado las críticas y debates ligados a la lucha armada como metodología para la acción (foquismo/ militarismo) y, por el otro, la opción alternativista como vía de organización del movimiento obrero (opción clasista que adquiría cierta materialidad en los enfrentamientos cotidianos con las burocracias sindicales y las patronales, fue posible emplazar los debates internos de la SN en el contexto de los primeros años setenta de la historia política argentina. También fue factible establecer una suerte de diálogo entre las distintas organizaciones político-militares del campo de la izquierda peronista, contrapesando sus referencias teóricas, sus metodologías y sus posicionamientos tácticos frente a la cambiante coyuntura política.

Seguidamente, indagué en los contextos de escritura buscando explorar los sentidos asignados al *Documento Verde*, cuyo objetivo había sido fomentar la posibilidad de una autocrítica en torno a la práctica política de Montoneros, es decir, establecer un diálogo con Montoneros desde Montoneros. Sin embargo, negada aquella posibilidad, el *Documento Verde* pasó a ocupar otra función como primer eslabón de una cadena de acontecimientos que devinieron en una nueva experiencia política, adquiriendo el carácter de «enunciado fundante» de la SN.

Por otra parte, en virtud de abordar los aspectos referentes a la(s) línea(s) política(s) hacia los frentes de masas, me detuve particularmente en las concepciones vinculadas con la estrategia de inserción que «los Sabino» desplegaron hacia el movimiento obrero. Dicha perspectiva fue asumida contemplando los modos de trabajo desarrollados por Montoneros y el PRT, llegando a concluir que el grado de distanciamiento entre los dispositivos diseñados por estos y la SN fue cualitativo, al tiempo que descansaba en concepciones tácticas y proyecciones de cara al futuro divergentes. Este aspecto se evidenciaba también en los modos discursivos puestos en juego a través de la publicación *Puro Pueblo* y en la direccionalidad asignada a la práctica armada.

En igual dirección, así como la inserción de la SN en las distintas regionales no fue una práctica homogénea, las modalidades en que «los Sabino» desplegaron y concibieron las variables tácticas hacia el movimiento obrero tampoco lo fueron. En Córdoba, Peronismo Descamisado nucleaba las distintas construcciones políticas tanto barriales como sindicales; mientras que en el cordón industrial rosarino, los modos de agenciar la militancia sindical fueron de la mano de los «dirigentes naturales», las comisiones internas y aquellos dispositivos creados por los propios/as trabajadores, siendo la SN una suerte de rueda de auxilio que desde afuera «acompañaba» el desarrollo de distintas formas de autoorganización de la clase. Sin embargo, en una y otra variable existió un común denominador: la invisibilidad de la organización política.

«Los Sabino» no se «propagandizaban» a través de su publicación, ni mediante acciones armadas. Tampoco hicieron propaganda política en los frentes de masas. Por el contrario, había una esmerada vocación por mantener en un marco de invisibilidad la estructura de la SN. Organización que en los hechos fomentaba, financiaba y dinamizaba el desarrollo de otras instancias organizativas «autónomas» como las comisiones internas o, ciertos dispositivos intermedios como Peronismo Descamisado.

¿Entonces, la invisibilidad de la SN, se debía a la puesta en marcha de una modalidad específica o respondía a ciertas limitaciones en el desarrollo de una praxis? En el desarrollo de esta investigación he podido tensionar estos elementos demostrando que fue precisamente en la conjunción de ambos donde se asienta la especificidad de la SN, aunque también deberían considerarse los efectos de ciertos mecanismos de control y selección en el ingreso de militantes. Es decir, cabe pensar la escala de desarrollo alcanzada por la SN como forma de preservar lo propio. Algo que Montoneros no habían contemplado al momento de la enorme expansión y crecimiento cuantitativo experimentado en el contexto de los años 1973-1974. En cambio, «los Sabino» tal vez prefirieran salvaguardar y preservar los componentes del núcleo original, aunque para ello debieran mantener la organización en la invisibilidad.

Con todo, la indagación en los bordes de esa invisibilidad ha mostrado que la misma se agudiza precisamente en los espacios donde se exagera cierta identificación que excede a la SN y se proyecta de manera más general hacia una militancia clasista y alternativista.

En esta clave, he señalado que los testimonios se construyeron en torno a la convicción de que la SN fue una alternativa política a la organización Montoneros, destacando el compromiso con una militancia de base, en el ámbito gremial y desde la opción por la clase. Por ello mismo, los testimonios que dan cuenta de la (auto)disolución aparecen como un elemento extraño a la tónica general que exalta la excepcionalidad que representó la SN.

Por otra parte, «los Sabino» construyeron ciertas representaciones políticas identitarias en función del sostenimiento de una mirada crítica hacia su otrora estructura partidaria. Por ello, llama la atención el hecho de corroborar que luego de la autodisolución algunos/as de sus militantes (y referentes) retornaran a las filas montoneras ¿Cómo debería interpretarse este desenlace? ¿Montoneros había modificado su accionar, o fueron «los Sabino» quienes comenzaron a experimentar los límites a sus propias críticas?

Algunos de los testimonios parecieran ratificar la segunda opción cuando afirman que frente al abrumador crecimiento de Montoneros, la SN no tenía demasiados márgenes para desplegar una política capaz de disputar directamente con aquellos. Sin embargo, mi lectura es que independientemente del accionar de Montoneros, y al margen también del avance de la política represiva (aspecto que ya he señalado y que seguramente condicionó las perspectivas políticas y los modos de ser de la militancia), la falencia más grave de la organización se hallaba precisamente en el déficit de acumulación partidaria. Un déficit que se evidenciaba en la falta de una política de propaganda (en la publicación *Puro Pueblo*, por ejemplo), en la deficiente acumulación de militantes orgánicos y fundamentalmente, en la línea táctica implementada hacia los frentes sindicales, dado que allí se mostraba un grado de desarrollo importante (numérico y organizativo) que la SN no supo, o no quiso, canalizar políticamente.

Cuando «los Sabino» resolvieron poner fin a la existencia de la organización que los nucleaba, dejaron algunos cabos sueltos. Específicamente me refiero a aquellos dispositivos generados por la base (las agrupaciones, los cuerpos de delegados y las comisiones internas de las fábricas). Es decir, ese heterogéneo arco de militantes y activistas que, como círculos concéntricos, orbitaba alrededor de la SN y que de una u otra manera se identificaba con su política, leían su publicación, defendían su línea en una asamblea, o incluso se habían incorporado a alguna de las esferas de organización desplegadas o impulsadas por la SN en alguna de las regionales.

Mientras la SN estuvo en funcionamiento, estas expresiones de organización por la base no fueron canalizadas por (y hacia la organización política), y cuando aquella cerró sus puertas, los militantes que habían formado parte de su esfera de influencia quedaron sin ningún tipo de vínculo con instancia

orgánica alguna. Lo más llamativo es que luego de la autodisolución muchos de ellos optaron por integrar estructuras político-militares como Montoneros. Ese fue el caso de la Chancha López, emblemático militante del cordón industrial del Gran Rosario y referente de la SN para muchos trabajadores. La Chancha sin embargo nunca llegó a formar parte de la estructura interna de la SN y finalmente, luego del ocaso de «los Sabino» decidió incorporarse a Montoneros.

Este aspecto no sólo debe ser comprendido dentro de un marco más general de crecimiento de las organizaciones revolucionarias, sino como un efecto retroactivo de lo que señalaba antes, es decir, aquella tendencia general marcada por la SN donde, insisto, no existía una política de acumulación partidaria que motivara la incorporación de los militantes de base a las estructuras orgánicas. Por ello al desaparecer la Organización, también lo hicieron las limitaciones que la propia SN imponía en la formalización de ciertos grados de compromiso que hubiesen podido asumir esos militantes.

Otro de los aspectos que aquí quisiera retomar es la cuestión referente a la identidad de «los Sabino», es decir, esos procesos de identificación individuales que funcionaron como aglutinantes colectivos, dispositivos o emblemas de producción de valores y símbolos partidarios.

En el caso de la SN, tales dispositivos funcionaron de maneras particulares y a diferencia de otras organizaciones político-militares, al no contemplar la formación de un ejército regular, ni el desarrollo de un partido de masas, no utilizó emblemas como banderas, himnos, o escudos. «Los Sabino» no desarrollaron el culto a ninguna de estas simbologías. Sin embargo, una y otra vez, la identidad de «los Sabino» fue evocada a través de los testimonios, pero entonces ¿qué dispositivos funcionaron para que se construyera esa identidad colectiva? ¿Qué mecanismos subjetivos fueron puestos en funcionamiento para que una sumatoria de varones y mujeres se sintieran, colectivamente, identificados bajo un mismo signo político?

En primer lugar, se destaca la elaboración de cierto discurso propio de «los Sabino». Un discurso y una retórica que si bien hoy pueden sonar eclécticos, fueron lo suficientemente críticos y radicales como para proponer una variante al hegemónico discurso de Montoneros en el contexto de los primeros años setenta, incorporando al peronismo, el clasismo y el marxismo. En este sentido, la SN representó una alternativa política clasista dentro del peronismo, una identidad sin dudas convocante en aquellos años, pero difícil de amalgamar.

Por otra parte, fue la experiencia compartida la que estrechó vínculos, generó códigos y las condiciones necesarias para que una identidad colectiva los nucleara. En ese sentido, sostengo que allí donde los símbolos típicamente partidarios dejaron un vacío, otros valores, gestados al calor de la militancia cotidiana, pudieron funcionar como base de sustentación de una cotidianeidad y «mística militante», en este caso una identidad colectiva propia de «los Sabino». Identidad que por otra parte llevaba la impronta de

la racionalidad y la coherencia: la idea de lo que era «políticamente correcto» sustentaba gran parte del quehacer militante de los varones y mujeres que nutrían la organización. Valores o tipologías que habían sido definidas en su texto fundacional, y que por otra parte, estaban fuertemente consustanciados con las luchas antiburocráticas, los intereses de las clases trabajadoras y una reorientación de la lucha armada.

En última instancia, y más allá de la trama sobre la que se construyó la identidad de «los Sabino» y al margen de la traza sobre la que se definieron los discursos y las representaciones, el caso es que Montoneros Sabino Navarro fue una organización político-militar que moldeó, teórica y prácticamente una experiencia tendiente a revertir aquella subordinación de la política al plano de lo militar, una idea inaugural que ya enunciaban en el *Documento Verde*.

Sin embargo, los intentos por superar la militarización de la política, o dicho en otros términos, por revertir lo militar guiando lo político llevaron a la SN a un callejón sin salida. Estaba claro que lo militar nunca guió lo político, pero también que ambas esferas cobraron un nivel de autonomía que «los Sabino» no lograron articular acabadamente.

Por otra parte, la SN estaba envuelta en una lógica gobernada por esa impaciencia permanente (Pozzi 2001, pág. 245) a la que me refería algunas páginas atrás. Lógica que pareciera haber regido en gran parte de las organizaciones armadas del período, y que las llevaba a acelerar los tiempos más allá de las coyunturas; impaciencia que por ejemplo se evidenció en el prematuro cierre de la publicación *Puro Pueblo*, antes incluso de que los decretos de clausura los alcanzaran; la misma impaciencia quizá que los arrojó a disolver la organización e incorporarse, en algunos casos, a estructuras altamente militarizadas.

En todo caso, más o menos impacientes, los varones y mujeres que formaron parte de la SN dieron cuerpo a una organización dentro de la izquierda peronista, que puso en juego modos particulares de vincular políticamente marxismo y peronismo; apostando colectivamente a generar espacios de experiencia que involucraron y pusieron en juego ideas, pasiones y expectativas de futuro.

Glosario

SN: Organización Sabino Navarro

MUCO: Movimiento Universitario Cristo Obrero (Córdoba)

MOSIC: Movimiento de Orientación Social y Cristiana (Rosario)

MEUC: Movimiento de Estudiantes de la Universidad Católica (Santa Fe)

PB: Peronismo de Base

OAP: Organizaciones Armadas Peronistas

FAP: Fuerzas Armadas Peronistas

Bibliografía

ÁGUILA, GABRIELA

- 2008 *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976/1983. Un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en dictadura*, Buenos Aires: Prometeo, referencia citada en páginas 7, 128.

ÁGUILA, GABRIELA y CRISTINA VIANO

- 1996 «Algunas reflexiones en torno a los trabajadores de la Zona Norte del Gran Rosario en la primera mitad de los años 70. Un estudio de caso», en *Anuario Escuela de Historia*, n.º 17, Rosario, referencia citada en páginas 57, 76.

ALCOBA, LAURA

- 2008 *La casa de los conejos*, Buenos Aires: EDHASA, referencia citada en página 112.

ANDÚJAR, ANDREA; DÉBORA D'ANTONIO; KARIN GRAMMÁTICO; FERNANDA GIL LOZANO y MARÍA LAURA ROSA

- 2009 (comps.), *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*, Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, referencia citada en páginas XVI, 69, 108.

ANDÚJAR, ANDREA y AGUSTÍN SANTELLA

- 2007 *El Perón de la fábrica éramos nosotros : las luchas de Villa Constitución 1970-1976*, Buenos Aires: Desde el Subte, referencia citada en página 48.

ANGUITA, E. y MARTÍN CAPARRÓS

- 1997 *La voluntad, una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, 3 vols., Buenos Aires: Norma, referencia citada en páginas 1, 112.

BASCHETTI, ROBERTO

- 2004 «Montoneros. Línea político-militar. Documento interno, 1971», en *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*, Buenos Aires: Ediciones de la Campana, vol. 1, referencia citada en página 27.

BEIGEL, FERNANDA

- 2003 «Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana. Utopía y praxis latinoamericana», en *Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*, n.º 20, Caracas, referencia citada en página 80.

BENJAMIN, WALTER

- 1940 *Sobre el concepto de la historia*, Edición y traducción de Bolívar Echeverría, recuperado de <<http://es.scribd.com/doc/65415960/19020095-Benjamin-Tesis-Sobre-La-Historia>>, referencia citada en página XIII.

BONASSO, MIGUEL

- 2000 *Diario de un clandestino*, Buenos Aires: Planeta, referencia citada en página 1.
- 2003 *Recuerdos de la Muerte*, Buenos Aires: Planeta, referencia citada en página 112.

BORGES, JORGE LUIS

- 1998 *Historia universal de la infamia*, Madrid: Alianza Editorial, referencia citada en página 21.

CALVEIRO, PILAR

- 2001 «La memoria como futuro», en *El Rodaballo*, n.º 13, Buenos Aires, referencia citada en páginas 112, 113.
- 2005 *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires: Norma, referencia citada en páginas 16, 112, 118, 119.

CALVINO, ÍTALO

- 2000 *Las ciudades y la memoria*, vol. 3: *Las ciudades invisibles*, Madrid: Siruela, referencia citada en página 62.

CAMPIONE, DANIEL

- 2007 *Para leer Gramsci*, Buenos Aires: Ediciones del CCC, referencia citada en páginas 53, 58, 117.

CARNOVALE, VERA

- 2011 *Los Combatientes*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en páginas 10, 50, 119.

CASTORIADIS-AULAGNIER, PIERA

- 2004 *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*, Buenos Aires: Amorrortu, referencia citada en página 41.

CERIO, DÉBORA

- 2006 «Entre el pasado y el presente: el género en los relatos sobre una experiencia de organización obrera», en *Zona Franca*, n.º 15, Rosario (mayo de 2006), referencia citada en página 57.
- 2007 «Revisando los relatos sobre una experiencia de organización obrera: el Sindicato de Obreros y Empleados Petroquímicos Unidos en los años 70», en *Taller Sociedad, cultura y política*, n.º 24, Buenos Aires, referencia citada en páginas 56, 59.

CERRUTI, GABRIELA

- 2001 «La historia de la memoria», en *Revista Puentes*, n.º 1, Buenos Aires (marzo de 2001), referencia citada en página 112.

CERUTI, LEÓNIDAS Y MARIANO RESELS

- 2006 *Democracia Directa y Gestión Obrera. El SOEPU, la Intersindical de San Lorenzo y la Coordinadora de Gremios: 1962-1976*, Rosario: Ediciones Del Castillo, referencia citada en página 57.

CHAVES, G. Y J. LEWINGER

- 1998 *Los del 73. Memoria montonera*, Buenos Aires: De la Campana, referencia citada en página 1.

CURIEL, OCHY

- 2003 «Identidades esencialista o construcción de identidades políticas. El dilema de las feministas negras», en *Ciudad de Mujeres*, n/d, referencia citada en página 69.

DE RIZ, LILIANA

- 2010 *La política en suspenso 1966/1976*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en páginas 34, 75, 97.

DELEUZE, GILLES

- 2011 *Rizoma: Introducción*, recuperado de <<http://www.fen-om.com/spanishtheory/theoryx.html>>, referencia citada en página 80.

DONATELLO, LUIS MIGUEL

- 2010 *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto*, Buenos Aires: Manantial, referencia citada en páginas 1, 26.

DOWLING, JUAN ALFONSO

- 1982 «Dos momentos en la lucha de los obreros de Petroquímica Argentina», en *Teoría y Política*, n.º 7-8, México, DF (julio-diciembre de 1982), referencia citada en página 57.
- 1992 «Petroquímicos, la Intersindical y la democracia. Una experiencia de lucha de los trabajadores de la zona industrial de San Lorenzo», en *Nuevas tendencias en el sindicalismo: Argentina-Brasil*, Buenos Aires: Biblos, referencia citada en página 57.

FARGE, ARLETTE

- 1991 *La atracción del archivo*, Valencia: Institutio Alfons El Maganim, referencia citada en página 21.

GASPARINI, JUAN

- 1999 *Montoneros. Final de cuentas*, Buenos Aires: De la campana, referencia citada en página 1.

GILLESPIE, RICHARD

- 1987 *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires: Grijalbo, referencia citada en páginas 1, 2, 10, 12, 14, 28, 30, 50, 73, 79, 80.

GILMAN, CLAUDIA

- 2003 *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI, referencia citada en páginas XVI, 18.

GODIO, JULIO

- 2000 *Historia del movimiento obrero argentino. 1870-2000*, Buenos Aires: Ediciones Corregidor, vol. 2, referencia citada en página 77.

GRAMMÁTICO, KARIN

- 2005 «Las mujeres políticas y las feministas en los tempranos setenta: ¿un diálogo (im) posible?», en *Historia, género y política en los 70*, comp. por Andrea Andújar, Buenos Aires, referencia citada en página 69.
- 2011 *Mujeres Montoneras. Una historia de la Agrupación Evita 1973-1974*, Buenos Aires: Ediciones Luxenburg, referencia citada en páginas 14, 34, 69, 72, 108.

GRAMSCI, ANTONIO

- 1919 «El partido y la revolución», en *L'Ordine Nuovo*, Turin (27 de diciembre de 1919), referencia citada en página 58.

GUILLÉN, ABRAHAM

- 1965 *Teoría de la violencia*, Buenos Aires: Editorial Jancana, referencia citada en página 30.

GUINZBURG, CARLO

- 1994 *Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia*, Barcelona: Gedisa, referencia citada en página XV.
- 2008 *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona: Península y Océano, referencia citada en páginas XV, XVI.

HILB, CLAUDIA Y DANIEL LUTZKY

- 1984 *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (política y violencia)*, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en página 113.

JAMES, DANIEL

- 1990 *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires: Sudamericana, referencia citada en páginas 48, 112.
- 2004 *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires: Manantial, referencia citada en páginas 111, 112, 129.

JELIN, ELISABETH

- 2001 *Los trabajos de la memoria, ¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias?*, Madrid: Siglo XXI, referencia citada en página 112.

JELIN, ELIZABETH

- 2007 «La conflictiva y nunca acabada mirada sobre el pasado», en *Historia reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página 112.

LANUSSE, LUCAS

- 2005 *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Buenos Aires: Vergara editor, referencia citada en páginas 1, 12, 24.

LÖBBE, HECTOR

- 2009 *La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975- 1976)*, Buenos Aires: Ediciones RyR, referencia citada en página 49.

LORENZ, FEDERICO

- 2007 *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de El Tigre en la década del setenta*, Buenos Aires: Norma, referencia citada en páginas 48, 91.

LUVECCE, CECILIA

- 1993 *Las fuerzas armadas peronistas y el peronismo de base*, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en página 76.

LVOVICH, DANIEL

- 2007 «Historia reciente de pasados traumáticos. De los fascismos y colaboracionismos europeos a la historia de la última dictadura militar argentina», en *Historia reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página 112.

MANZANO, VALERIA

- 2010 «Cuerpos incansables: Activismo, Género y Generación en la militancia revolucionaria argentina de los tempranos 1970», en Terceras Jornadas «Historia, Género y Política en los 70», Buenos Aires, referencia citada en página 125.

MARTÍNEZ, PAOLA

- 2009 *Género, política y revolución en los años setenta. Las mujeres del PRT-ERP*, Buenos Aires: Imago Mundi, referencia citada en páginas 69, 108.

MUDROVICIC, MARÍA INÉS

- 2005 «Alcances y límites de perspectivas psicoanalíticas en historia», en *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, Madrid: Akal, referencia citada en página 112.

OBERTI, ALEJANDRA

- 2006 «Contarse a sí mismas. La dimensión biográfica en los relatos de mujeres que participaron en las organizaciones político-militares de los años 70», en *Historia, memoria y fuentes orales*, comp. por Vera Carnovale; Federico Lorenz y Roberto Pittaluga, Buenos Aires: Memoria Abierta y CeDinCi, referencia citada en páginas 69, 108.

OBERTI, ALEJANDRA Y ROBERTO PITTALUGA

- 2001 «Retazos para una memoria», en *El Rodaballo*, n.º 13, Buenos Aires, referencia citada en página 112.

- 2006 *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto, referencia citada en página 112.

OLLIER, MARÍA MATILDE

- 1998 *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria argentina*, Buenos Aires: Ariel, referencia citada en páginas 1, 112.
- 2005 *Golpe o revolución. La violencia legitimada*, Buenos Aires: EDUNTREF, referencia citada en página 87.

PASQUALI, LAURA

- 2005 «Narrar desde el género: una historia oral de las mujeres militantes», en *Historia, género y política en los 70*, comp. por Andrea Andújar, Buenos Aires, referencia citada en página 69.
- 2007 *Memorias y experiencias en las y los militantes de la guerrilla marxista. Un abordaje desde la historia social en el Gran Rosario, 1969-1976*, Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de Rosario, referencia citada en páginas 108, 127.

PERDÍA, ROBERTO

- 1997 *La otra historia*, Buenos Aires: Ágora, referencia citada en páginas 1, 7, 32, 45.

PITTALUGA, ROBERTO

- 2007 «Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)», en *Historia reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en páginas 112, 114.

PLIS-STERENBERG, GUSTAVO

- 2003 *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires: Planeta, referencia citada en página 124.

PORTELLI, ALESSANDRO

- 1991 «Lo que hace diferente a la historia oral. Recuerdos que llevan a teorías», en *La historia oral*, comp. por Dora Schwarzstein, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en páginas 62, 115, 128, 130.
- 2004 *La orden ya fue ejecutada. Roma, las fosas ardeatinas, la memoria*, Buenos Aires: FCE, referencia citada en página 111.

POZZI, PABLO

- 1988 *Oposición obrera a la dictadura*, Buenos Aires: Contrapunto, referencia citada en página 112.

POZZI, PABLO

- 1994 «Los setentistas: hacia una historia oral de la guerrilla en la Argentina», en *Anuario de la Escuela de Historia-UNR*, n.º 16, Rosario, referencia citada en páginas 6, 28, 112.
- 2001 *Por las sendas argentinas, El PRT/ERP, la guerrilla marxista argentina*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en página 149.
- 2006 «Para continuar la polémica sobre la lucha armada», en *Lucha Armada*, n.º 5, Buenos Aires, referencia citada en páginas 10, 50, 104, 119.

POZZI, PABLO y ALEJANDRO SCHNEIDER

- 2000 *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969/1976*, Buenos Aires: EUDEBA, referencia citada en páginas 34, 35, 48.

RAIMUNDO, MARCELO

- sin fecha *Izquierda peronista y clase obrera, una experiencia alternativa: Las FAP-PB*, Mimeo, referencia citada en páginas 23, 76.

RANCIÈRE, JACQUES

- 1996 *El desacuerdo política y filosofía*, Buenos Aires: Nueva visión, referencia citada en página XII.

REYES, HERNÁN

- 2005 «Abraham Guillén: teórico de la lucha armada», en *Lucha Armada*, n.º 4, Buenos Aires (septiembre-noviembre de 2005), referencia citada en página 28.

RODRÍGUEZ, LAURA

- 2009 «Los radicalizados del sector rural: Los dirigentes del Movimiento Agrario Misionero y Montoneros (1971-1976)», en *Mundo agrario*, vol. 10, n.º 9, Buenos Aires, recuperado de <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1515-599420090002000003&lng=es&nrm=iso> (visitado el 21-05-2015), referencia citada en página 64.

SCOTT, JOAN

- 1996 «El género: Una categoría útil para el análisis histórico», en *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, comp. por Marta Lamas, México, DF: PUEG, referencia citada en página XVIII.

SIGAL, SILVIA y ELISEO VERÓN

- 1986 *Perón o Muerte Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires: Legasa, referencia citada en página 81.

THOMPSON, EDWARD PALMER

- 1977 *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Editorial Laia: Madrid, referencia citada en página 51.
- 1989 *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 vols., Barcelona: Crítica, referencia citada en página XV.

THOMPSON, PAUL

- 2005 «Historia oral y contemporaneidad», en *Anuario*, n.º 20, Rosario, referencia citada en página 142.

TORRE, JUAN CARLOS

- 1993 *Los sindicatos en el gobierno peronista 1973-1976*, Buenos Aires: CEAL, referencia citada en página 48.

TRAVERSO, ENZO

- 2007 «Historia y memoria. Notas sobre un debate», en *Historia reciente. Perspectivas y desafíos de un campo en construcción*, Buenos Aires: Paidós, referencia citada en página 112.

VÉLEZ CARRERAS, IGNACIO

- 2005 «Montoneros, los grupos originarios», en *Lucha Armada en la Argentina*, n.º 2, Buenos Aires, referencia citada en páginas 4, 24.

VIANO, CRISTINA

- 2000 «Una ciudad movilizada (1966-1976)», en *Rosario en la Historia (de 1930 a nuestros días)*, Rosario: UNR Editora, vol. 2, referencia citada en página 52.

VVAA

- 1999 *El Villazo. La experiencia de una ciudad y su movimiento obrero*, comp. por Ernesto Rodríguez y Oscar Videla, Villa Constitución: Revista Regional Libros, vol. 1, referencia citada en página 48.
- 2004 *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*, comp. por Roberto Baschetti, Buenos Aires: De la Campana, vol. 1, referencia citada en páginas 28, 32.
- 2010 «Dossier: Hacia un debate sobre la “burocracia sindical”», en *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, n.º 7, Buenos Aires, referencia citada en página 49.

Índice alfabético

- Águila, Gabriela, 7, 57, 76, 128, 153
Alcoba, Laura, 112, 153
Andújar, Andrea, XVI, 48, 69, 108,
153, 156, 158
Anguita, E., 1, 112, 153

Baschetti, Roberto, 27, 28, 32, 153, 160
Beigel, Fernanda, 80, 154
Benjamin, Walter, XIII, 154
Bonasso, Miguel, 1, 112, 154
Borges, Jorge Luis, 21, 154

Calveiro, Pilar, 1, 16, 112, 113, 118, 119,
154
Calvino, Ítalo, 62, 154
Campione, Daniel, 53, 58, 117, 154
Caparrós, Martín, 1, 112, 153
Carnovale, Vera, 10, 50, 69, 108, 119,
154, 158
Castoriadis-Aulagnier, Piera, 41, 154
Cerio, Débora, 56, 57, 59, 154
Cerruti, Gabriela, 112, 155
Ceruti, Leónidas, 57, 155
Chaves, G., 1, 155
Curiel, Ochy, 69, 155

D'Antonio, Débora, 153
De Riz, Liliana, 34, 75, 97, 155
Deleuze, Gilles, 80, 155
Donatello, Luis Miguel, 1, 26, 155
Dowling, Juan Alfonso, 57, 155

Farge, Arlette, 21, 155

Gasparini, Juan, 1, 155
Gil Lozano, Fernanda, 153

Gillespie, Richard, 1, 2, 10, 12, 14, 28,
30, 50, 73, 79, 80, 156
Gilman, Claudia, XVI, 18, 156
Godio, Julio, 77, 156
Grammático, Karin, 14, 34, 69, 72,
108, 153, 156
Gramsci, Antonio, 58, 156
Guillén, Abraham, 30, 156
Guinzburg, Carlo, XV, XVI, 156

Hilb, Claudia, 113, 156

James, Daniel, 48, 111, 112, 129, 156
Jelin, Elisabeth, 112, 156
Jelin, Elizabeth, 112, 157

Lamas, Marta, XVIII, 159
Lanusse, Lucas, 1, 12, 24, 157
Lewinger, J., 1, 155
Lorenz, Federico, 48, 91, 157, 158
Lutzky, Daniel, 113, 156
Luvecce, Cecilia, 76, 157
Lvovich, Daniel, 112, 157
Löbbe, Hector, 49, 157

Manzano, Valeria, 125, 157
Martínez, Paola, 69, 108, 157
Mudrovic, María Inés, 112, 157

Oberti, Alejandra, 69, 108, 112, 158
Ollier, María Matilde, 1, 87, 112, 158

Pasquali, Laura, 69, 108, 127, 158
Perdía, Roberto, 1, 7, 32, 45, 158
Pittaluga, Roberto, 112, 114, 158
Plis-Sterenber, Gustavo, 124, 158

Portelli, Alessandro, 62, 111, 115, 128,
130, 158, 159

Pozzi, Pablo, 6, 10, 28, 34, 35, 48, 50,
104, 112, 119, 149, 159

Raimundo, Marcelo, 23, 76, 159

Rancière, Jacques, XII, 159

Resels, Mariano, 57, 155

Reyes, Hernán, 28, 159

Rodríguez, Ernesto, 48, 160

Rodríguez, Laura, 64, 159

Rosa, María Laura, 153

Santella, Agustín, 48, 153

Schneider, Alejandro, 34, 35, 48, 159

Schwarzstein, Dora, 62, 115, 128, 130,
158

Scott, Joan, XVIII, 159

Seminara, Luciana, 108

Sigal, Silvia, 81, 159

Thompson, Edward Palmer, XV, 51,
160

Thompson, Paul, 142, 160

Torre, Juan Carlos, 48, 160

Traverso, Enzo, 112, 160

Vélez Carreras, Ignacio, 4, 24, 160

Verón, Eliseo, 81, 159

Viano, Cristina, 52, 57, 76, 108, 153,
160

Videla, Oscar, 48, 160

VVAA, 28, 32, 48, 49, 160

